

Los Rifles de Sharpe



Bernard Cornwell

Lectulandia

La retirada de La Coruña ha pasado a la historia como una de las más duras pruebas a las que tuvo que enfrentarse el ejército británico en la Península. Durante el crudo invierno de 1809, con las victoriosas tropas francesas pisándoles los talones, los soldados a las órdenes de sir John Moore que murió en la batalla, debían ganar tiempo para lograr que el grueso de su ejército alcanzara el puerto y lograra embarcar.

En la vorágine de estos acontecimientos, el teniente Richard Sharpe queda aislado del grueso de las tropas británicas y rodeado por el enemigo, y sus únicas esperanzas para salvar el pellejo se cifran en recibir ayuda de la caballería española. Sin embargo, esta ayuda tiene un precio: participar con sus hombres en un asalto a Santiago de Compostela, que se encuentra ya en manos de los franceses... ¿conseguirán recuperar la ciudad?

Lectulandia

Bernard Cornwell

Los Rifles de Sharpe

Richard Sharpe - 6

ePub r1.0

viejo_oso 18.06.13

Título original: *Sharpe's Rifles*

Bernard Cornwell, 1988

Traducción: Montse Batista

Editor digital: viejo_oso

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Para Carolyn Ryan

PREFACIO

Ésta fue la primera «precuela» que escribí para la serie de Sharpe, cosa que había jurado no hacer. Mi primera intención fue dejar que las historias fluyeran sin contratiempos (para mí, aunque no para Sharpe) desde la batalla de Talavera en 1809 hasta Waterloo en 1815. Pero entonces, en 1987, unos magníficos productores de televisión me preguntaron si no podría proporcionarles una nueva historia con la que iniciar la serie que ellos preparaban. No se trataba de una petición tan quijotesca como pensé en un principio, pues resultó que uno de los inversores de la serie era una empresa española y los productores, con toda la razón, querían una historia en la que un español desempeñara un papel destacado. Su petición era al mismo tiempo un reproche dirigido a mí, pues las novelas de Sharpe tienden a dar la impresión de que los franceses fueron derrotados en España únicamente por el ejército británico; pero, aunque sus logros fueron magníficos, dicho ejército nunca podría haber vencido sin la ayuda de las fuerzas españolas y portuguesas y, por supuesto, de las guerrillas.

Así pues, debidamente reprendido, me puse a trabajar y escribí *Los Rifles de Sharpe*, que se convirtió en el primero de los programas de Carlton Television. La historia se desarrolla en 1809, unos cuantos meses antes de *Sharpe y el águila del imperio*, en una época en la que la suerte de los británicos en la Península pasaba por su peor momento. Se había enviado a España un pequeño ejército expedicionario comandado por sir John Moore para cortar las líneas de suministro francesas. Los franceses, que al principio estaban dirigidos por el mismísimo Napoleón, lo atacaron con furia y Moore, ampliamente superado en número, se vio obligado a retirarse a las montañas gallegas. Esta fue la famosa, o infame, retirada a La Coruña, una marcha de tres semanas por terreno montañoso con un clima espantoso. Muchas unidades perdieron la cohesión, pero la retaguardia, medio congelada y muerta de hambre, se las arregló para proteger al ejército hasta que éste llegó al puerto de La Coruña; allí Moore presentó batalla para dar tiempo a sus hombres a embarcar en las naves que los pondrían a salvo de vuelta a Inglaterra. La batalla se ganó, aunque a Moore le costó la vida, de modo que el ejército se salvó tras una terrible experiencia.

Estuve muy tentado de hacer que Sharpe se retirara con Moore hasta La Coruña, puesto que se trata de un episodio dramático de la historia militar, pero ello hubiese implicado que, después de la batalla, tuviera que embarcarse rumbo a Inglaterra, lo cual hacía muy poco probable su regreso a la Península a tiempo para participar en la batalla de Talavera. Así pues, en lugar de luchar en La Coruña, Sharpe se incorporó al pequeño número de soldados británicos que se separaron del grueso de la retirada y se replegaron hacia Portugal. En realidad, Sharpe se pierde durante la retirada de Moore y sigue perdido el resto de la guerra porque no vuelve a reunirse con su querido 95.º de Rifles. Es una lástima, pues se podría escribir una magnífica serie de

novelas sobre las hazañas de una compañía de fusileros en las guerras de Wellington. Pero si hubiera adscrito a Sharpe a una verdadera unidad como el 95.º me habría visto limitado a describir únicamente las acciones en las que combatió dicho regimiento. Los fusileros no estuvieron en Talavera y yo quería que Sharpe se encontrara allí, de modo que lo uní a un ficticio regimiento de casacas rojas. Se trataba de una circunstancia muy poco probable, de hecho dudo que sucediera alguna vez, pero el pobre Sharpe está condenado a los caprichos de su creador y, para proporcionarle la flexibilidad de estar en todos los asedios y batallas posibles, era necesario hacer de él una bala perdida. Es en este libro cuando se dispara.

Éste también es el libro en el que Sharpe conoce al hombre destinado a ser su amigo más íntimo: Patrick Harper. Algunos lectores han estado tentados de ver una simetría en sus nombres que podrían refundirse en Sharper, pero no fue ésa mi intención. A Sharpe lo llamé así por el jugador de rugby inglés Richard Sharp, y a Harper le di el nombre y las características de un amigo mío de Belfast. Es un hombre que conviene tener a tu lado en una pelea, tal como Sharpe está a punto de descubrir.

PRÓLOGO

El botín era un arcón.

Un comandante español hacía lo imposible por salvar el arcón que un coronel de *chasseurs* de la Guardia Imperial de Napoleón había ordenado capturar. Al francés le habían dado carta blanca para realizar la tarea; podía destruir o matar todo aquello que le supusiera un obstáculo.

El arcón era un baúl fabricado con una madera tan antigua que parecía carbón de tan negra y reluciente, rodeada por dos bandas de hierro que, aunque picadas de un óxido antiguo, seguían siendo fuertes. El viejo baúl medía unos sesenta centímetros de largo, cuarenta y cinco de ancho y otros tantos de alto. Lo cerraban dos hembrillas aseguradas con candados metálicos. La unión entre la tapa curva y el cuerpo del baúl estaba lacrado con sellos rojos, algunos tan antiguos que no eran más que pedacitos de cera incrustados en el grano de la vieja madera. La caja había sido forrada con una tela impermeabilizada para protegerla de la intemperie, o más bien para proteger el destino de España que se hallaba oculto en su interior.

El segundo día del año 1809, el coronel de *chasseurs* estuvo a punto de capturar el arcón. Le habían abastecido con un regimiento de dragones franceses que alcanzaron a los españoles cerca de la ciudad de León. Los españoles escaparon trepando por las altas montañas, obligados a abandonar sus caballos; ninguno hubiera sido capaz de ascender los empinados senderos de hielo resbaladizo donde el comandante Blas Vivar buscó refugio.

Era invierno, el peor invierno que se recordaba en España, y el peor momento para hallarse en las montañas del norte del país, pero los franceses no le habían dejado otra alternativa. Los ejércitos de Napoleón habían tomado Madrid en diciembre y Blas Vivar había huido con el arcón apenas una hora antes de que los jinetes enemigos entraran en la capital. Había cabalgado en compañía de ciento diez cazadores, soldados a caballo armados con una espada de hoja recta y una carabina de cañón corto. Sin embargo, los cazadores se convirtieron en presa fácil cuando, en un viaje de pesadilla a través de España, Vivar avanzó serpenteando y cambiando de rumbo para evitar a sus perseguidores. Había albergado la esperanza de encontrarse a resguardo con el ejército del norte del general Romana; pero, sólo dos días antes de que los dragones los obligaran a adentrarse en las montañas, Romana había sido derrotado. Entonces Vivar se quedó solo, encallado en las montañas con sólo noventa hombres. Los demás habían muerto.

Habían muerto por el arcón que los supervivientes transportaban a través de una campiña helada. La nieve se acumulaba en los senderos. Los deshielos sólo se producían por la lluvia frecuente; unos chaparrones incesantes que convertían los caminos de montaña en barro que se helaba y endurecía en las largas noches. La

congelación diezmó a los cazadores. Cuando el frío era más intenso los supervivientes se refugiaban en cuevas o en abandonados edificios agrícolas.

En un día así, en el que el viento traía consigo una arisca nevada del oeste, los hombres de Vivar permanecían encorvados en el mísero refugio de un estrecho barranco situado en la cima de una montaña. Blas Vivar estaba tendido al borde del barranco y miraba el valle con un largo catalejo. Miraba al enemigo.

Los capotes pardos ocultaban las casacas de color verde pálido de los dragones franceses. Éstos habían seguido a Vivar cada kilómetro de su arduo viaje y, mientras él avanzaba con dificultad por las tierras altas, ellos cabalgaban por los valles donde había carreteras, puentes y refugio. Algunos días el mal tiempo detenía a los franceses y Vivar suponía que los había despistado, pero cuando la nieve amainaba unas horas aquellas temidas formas reaparecían. En aquel momento, tendido bajo el viento gélido, Vivar veía a los jinetes enemigos desmontando en un pequeño pueblo situado al fondo del valle. Los franceses tendrían fuego y comida en el pueblo, sus caballos, cobijo y heno, en tanto que los hombres de Vivar sollozaban por el frío que azotaba la ladera.

—¿Están ahí? —El teniente Dávila, segundo al mando de Vivar, subía por el barranco.

—Ahí están.

—¿El *chasseur*?

—Sí. —Vivar veía a dos jinetes en una calle del pueblo. Uno era el coronel de *chasseurs* de la Guardia Imperial, con su llamativa pelliza escarlata, el pantalón verde oscuro y el colbac, un gorro redondo hecho de denso pelo negro. El otro no llevaban uniforme; iba vestido con una negra chaqueta de montar entallada y botas blancas.

Vivar temía al jinete de chaqueta negra más de lo que temía al *chasseur*, pues era él quien guiaba a los dragones en su persecución. El hombre de chaqueta negra sabía adónde se dirigía Blas Vivar, sabía dónde podía detenerle y conocía el poder del objeto que contenía el arcón con bandas de hierro.

El teniente Dávila se agachó en la nieve al lado de Vivar. Ninguno de los dos parecía un soldado. Iban arrebujados en unos capotes confeccionados con arpillera corriente. Llevaban el rostro, las botas y las manos envueltos con trapos. No obstante, bajo sus capotes improvisados vestían el uniforme escarlata de una compañía de cazadores de élite y todos eran tan duros y eficientes como cualquiera que luchara en las guerras francesas.

Dávila le tomó prestado el catalejo a Vivar y miró hacia el valle. La ventisca emborronaba la visión, pero pudo distinguir la mancha escarlata de la pelliza que colgaba del hombro derecho del *chasseur*.

—¿Por qué no lleva capote? —refunfuñó.

—Está demostrando lo fuerte que es —dijo Vivar cortante.

Dávila movió el catalejo y vio que llegaban más dragones al pueblo. Algunos guiaban caballos que renqueaban. Todos llevaban espadas y carabinas.

—Creía que los habíamos despistado —comentó con tristeza.

—No los despistaremos hasta que no hayamos enterrado al último de ellos. — Vivar se deslizó para alejarse de la línea del horizonte. Tenía el rostro curtido por el sol y el viento, un rostro pugnaz que parecería tosco de no ser por unos ojos oscuros que brillaban con humor y entendimiento. Unos ojos que, enrojecidos, observaban a sus hombres que temblaban en el barranco angosto—. ¿Cuánta comida nos queda?

—Suficiente para dos días.

—Si no supiera que no es así —la voz de Vivar apenas resultaba audible por encima del sonido del viento—, pensaría que Dios ha abandonado a España.

El teniente Dávila no dijo nada. Una ráfaga de viento arrastró la nieve de la cima y la arremolinó en una nube relumbrante por encima de sus cabezas. Los franceses, pensó con amargura, estarían robando comida, leña y mujeres en el valle. Los niños gritarían. A los hombres del pueblo los torturarían para que revelaran si habían visto a un grupo de cazadores andrajosos que acarreaban un arcón. Ellos negarían sinceramente haberlos visto, pero los franceses los matarían igualmente y el hombre de chaqueta negra y botas blancas lo observaría todo sin que cruzara por su rostro ningún indicio de emoción. Dávila cerró los ojos. Él no había conocido el odio hasta que comenzó aquella guerra y ahora no sabía si algún día conseguiría erradicarlo de su alma.

—Nos separaremos —dijo Vivar de pronto.

—¿Don Blas? —Dávila, que tenía la cabeza en otra parte, no lo había entendido bien.

—Yo me llevaré el arcón y ochenta hombres —siguió diciendo Vivar con lentitud — y usted esperará aquí con los demás. Cuando nos hayamos ido, y cuando los franceses se hayan ido, usted se dirigirá hacia el sur. No se moverá de aquí hasta que no esté seguro de que el valle está vacío. Ese *chasseur* es muy listo y puede que ya haya adivinado lo que estoy pensando. De manera que usted espere, Diego. Espere hasta que esté seguro, y luego deje pasar un día más. ¿Lo ha entendido?

—Lo he entendido.

A pesar del terrible cansancio y del frío que se filtraba hasta los huesos, Vivar encontró un poco de entusiasmo para conferir esperanza a sus palabras.

—Vaya hasta Orense, Diego, y vea si quedan allí algunos de nuestros hombres. ¡Dígales que los necesito! Dígales que necesito soldados y caballos. Lleve a esos hombres y caballos a Santiago y, si no estoy allí, cabalgue hacia el este hasta encontrarme.

Dávila asintió con la cabeza. Se planteaba una pregunta obvia, pero no pudo hablar.

Vivar lo entendió de todos modos.

—Si los franceses consiguen el arcón —dijo en tono sombrío—, ya se enterará. Pregondrán a los cuatro vientos su captura por toda España, Diego, y usted se enterará porque la guerra estará perdida.

Dávila se estremeció bajo su capote andrajoso.

—Si va hacia el oeste, don Blas, quizás encuentre a los británicos, ¿no?

Vivar escupió para expresar la opinión que le merecía el ejército británico.

—Ellos le ayudarían, ¿no? —insistió Dávila.

—¿Usted confiaría a los ingleses el contenido del arcón?

Dávila consideró su respuesta y se encogió de hombros.

—No.

Vivar avanzó hacia la cima y miró el pueblo.

—Quizás esos demonios se encontrarán con los británicos. Entonces una de esas manadas de bárbaros puede matar a la otra. —Se estremeció de frío—. Si tuviera hombres suficientes, Diego, llenaría el infierno con las almas de esos franceses. Pero no tengo hombres suficientes. ¡De modo que vaya a traérmelos!

—Lo intentaré, don Blas. —Dávila no se atrevió a prometer nada más, pues ningún español podía sentirse esperanzado en aquellos primeros días de 1809. El rey de España se hallaba prisionero en Francia y el hermano del emperador francés había sido entronizado en Madrid. Los ejércitos de España, que tan magnífico desafío habían demostrado el año anterior, habían sido aplastados por Napoleón; y el ejército británico, enviado allí para ayudarles, estaba siendo acosado de manera ignominiosa hacia el mar. Lo único que le quedaba a España eran fragmentos de sus ejércitos, el desafío orgulloso de sus gentes y el arcón.

A la mañana siguiente los hombres de Vivar se llevaron el arcón hacia el oeste. El teniente Dávila observó cómo los dragones franceses ensillaban sus caballos y abandonaban el pueblo saqueado del que se alzaba el humo hacia un cielo frío. Quizá los dragones no supieran dónde se encontraba Blas Vivar, pero el hombre de chaqueta negra y botas blancas sabía exactamente adónde se dirigía el comandante, de modo que los franceses obligaron a sus caballos a marchar en dirección oeste. Dávila esperó un día entero; luego, bajo un aguacero que enfangaba la nieve y llenaba los caminos de barro espeso, emprendió el camino hacia el sur.

Los cazadores y la presa volvían a avanzar, abriéndose camino lentamente por una tierra ventosa, y la presa buscaba el milagro que podría salvar a España y convertir la derrota en una victoria gloriosa.

CAPÍTULO 1

Más de un centenar de hombres quedaron abandonados en el pueblo. No se podía hacer nada por ellos. Estaban borrachos. Una veintena de mujeres se unieron a ellos. Ellas también estaban borrachas.

No sólo estaban ebrios, sino también inconscientes. Los hombres habían irrumpido en el almacén de una taberna y habían encontrado grandes barriles con la cosecha del año anterior que atenuaron su sufrimiento. En aquella hora, en un amanecer gris, yacían por el pueblo como víctimas de una plaga.

Los borrachos eran casacas rojas. Se habían alistado en el ejército británico por los delitos cometidos o por desesperación, y porque el ejército les daba un tercio de pinta de ron al día. La pasada noche habían hallado el paraíso en una mísera taberna de un mísero pueblo español en una mísera carretera de sílex que conducía al mar. Se habían emborrachado, y ahora iban a dejarlos a merced de los franceses.

Un teniente alto que llevaba la casaca verde del 95.º de Rifles se movió entre los cuerpos tendidos en el patio del establo de la taberna saqueada. Él no estaba interesado en los borrachos aturdidos, sino en unos cajones de embalaje que se habían sacado de una carreta tirada por bueyes para hacer espacio a los soldados heridos y congelados. Esos cajones, como otras muchas cosas que el ejército ya no podía acarrear por falta de fuerzas, iban a dejarse allí para los franceses que los perseguían, pero el teniente había descubierto que contenían munición de rifle. La estaba recuperando. Ya había llenado las mochilas y bolsas de su batallón con tantos de aquellos valiosos cartuchos como podían llevar los fusileros; en aquel momento, él y otro soldado seguían metiendo munición en las alforjas de la última mula del batallón.

El fusilero Cooper terminó la tarea y contempló los cajones que quedaban.

—¿Qué hacemos con ellos, señor?

—Quémenlos todos.

—¡Joder! —Cooper soltó una breve risa y luego señaló a los borrachos que había en el patio—. ¡Los va a matar!

—Si no lo hacemos nosotros lo harán los franceses. —El teniente tenía una cicatriz oblicua en la mejilla izquierda que daba a su rostro un aspecto inquietantemente salvaje—. ¿Quiere que los franceses empiecen a matarnos con nuestra propia pólvora?

A Cooper no le importaba demasiado lo que hicieran los franceses. En aquellos momentos lo que le importaba era una chica ebria que estaba tendida en un rincón del patio.

—Es una lástima que la matemos, señor. Es una monada.

—Déjela para los franceses.

Cooper se agachó para rasgar de un tirón el corpiño de la muchacha y dejar al descubierto sus senos. Ella se movió al notar el aire frío, pero no se despertó. Tenía los cabellos manchados de vómito y el vestido de vino, pero aun así era hermosa. Quizá tuviera quince o dieciséis años; se había casado con un soldado y lo había seguido a la guerra. Ahora estaba borracha y los franceses la tomarían.

—¡Despierta! —exclamó él.

—¡Déjela! —El teniente no pudo resistirse a cruzar el patio para mirar la desnudez de la chica—. Zorra estúpida —dijo agriamente.

Un comandante apareció en la entrada del patio.

—¿Intendente?

El teniente se dio media vuelta.

—¿Señor?

El comandante tenía un bigote pequeño e hirsuto y una expresión malévola.

—Cuando haya terminado de desnudar mujeres, intendente, quizá tendría la amabilidad de reunirse con los demás, ¿eh?

—Antes iba a quemar estos cajones, señor.

—¡A la mierda los cajones, intendente! ¡Dese prisa!

—Sí, señor.

—A menos que prefiera quedarse aquí. Dudo que el ejército lo echara de menos.

El teniente no respondió. Seis meses antes, cuando se había incorporado a aquel batallón, ningún oficial le hubiera hablado de este modo delante de los soldados, pero la retirada había agriado el humor y había sacado a la superficie los antagonismos ocultos. Hombres que normalmente se hubieran tratado con cauteloso respeto o incluso con forzada cordialidad ahora saltaban como perros rabiosos. Y el comandante Warren Dunnett odiaba al intendente. Era un odio furibundo, irracional y devorador y la molesta reacción del intendente era hacerle caso omiso. Esto, sumado a su aire de competencia, podía provocar una ira furiosa en el comandante Dunnett.

—¿Quién se cree que es, por el sagrado nombre de Cristo? —El comandante estalló frente al capitán Murray a la puerta de la taberna—. ¿Acaso piensa que todo el maldito ejército lo esperará?

—Él sólo está haciendo su trabajo, ¿no cree? —John Murray era un hombre afable y justo.

—No está haciendo su trabajo. Está boquiabierto mirándole las tetas a una puta —espetó Dunnett—. Yo no lo quería en el batallón y sigo sin quererlo en el batallón. El coronel sólo lo aceptó para hacerle un favor a Willy Lawford. ¿En qué demonios se está convirtiendo este condenado ejército? ¡Es un sargento con ínfulas, Johnny! ¡Ni siquiera es un oficial de verdad! ¡Y para colmo, de los Rifles!

Murray suponía que Dunnett le tenía envidia al intendente. No era frecuente que un hombre se alistara en el ejército británico como soldado raso y ascendiera hasta

formar parte del casino de oficiales. El intendente lo había hecho. Había llevado un mosquete en las filas de casacas rojas, se había convertido en sargento y luego, como recompensa por un acto de valentía suicida en el campo de batalla, lo habían nombrado oficial. Los demás oficiales recelaban del pasado del nuevo teniente y temían que su competencia en batalla pusiera de manifiesto su propia inexperiencia. No tenían de qué preocuparse, pues el coronel había mantenido alejado de la línea de batalla al nuevo teniente convirtiéndolo en el intendente del batallón, un nombramiento basado en el principio de que cualquiera que hubiera servido en la tropa como sargento conocería los trucos del fraudulento oficio de intendente.

Tras dejar a merced de los franceses tanto a los borrachos como la munición sobrante, el intendente salió del patio de la taberna. Empezó a llover; una lluvia fría como aguanieve que provenía del este y caía sobre los trescientos fusileros que aguardaban en la calle del pueblo. Dichos fusileros constituían la retaguardia del ejército; una retaguardia harapienta como una pantomima de la soldadesca, o como un monstruoso ejército de pordioseros. Soldados y oficiales iban envueltos en retazos de tela que habían mendigado o robado durante la marcha, las suelas de sus botas estaban sujetas con un nudoso bramante. Llevaban los rostros sin afeitar tapados con pañuelos mugrientos para protegerse del viento cortante. Sus ojos enrojecidos tenían una mirada ausente, sus mejillas estaban hundidas y el hielo blanqueaba sus cejas. Algunos soldados habían perdido el chacó y portaban sombreros de campesino de ala flexible. Su aspecto era el de una unidad derrotada y variopinta, pero seguían siendo fusileros y todos los rifles Baker tenían la llave engrasada y un pedernal de bordes afilados bien sujeto en el martillo.

El comandante Dunnett, al mando de este medio batallón, los hizo marchar en dirección oeste. Llevaban marchando desde la víspera de Navidad y ya había transcurrido una semana del mes de enero. Iban siempre hacia el oeste, alejándose de los victoriosos franceses cuyas fuerzas abrumadoras estaban anegando España, y cada jornada de marcha era una tortura de frío, hambre y dolor. En algunos batallones había desaparecido toda disciplina y los caminos que recorrían esas unidades quedaban plagados de cuerpos de soldados que habían perdido toda esperanza. Algunos de los muertos eran mujeres; las esposas a las que habían permitido viajar con el ejército a España. Otros eran niños. Para entonces los supervivientes se habían acostumbrado tanto al horror que podían pasar junto al cadáver congelado de un niño sin sentir nada.

No obstante, si bien el ejército se había desbaratado por las tormentas de hielo y un viento gélido que cortaba como el sable de un *chasseur*, todavía quedaban algunos soldados que marchaban en buena formación y, si se les ordenaba, se daban media vuelta para contener la persecución francesa. Se trataba de hombres duros, de buenos soldados; los de la Guardia y la Infantería Ligera, la élite del ejército de sir John

Moore que había marchado hacia el centro de España para cortar las vías de suministro de Napoleón. Habían marchado esperando la victoria, pero el Emperador los había atacado de manera arrolladora y a una velocidad salvaje, de modo que ahora aquel pequeño ejército británico se batía en retirada hacia los barcos que los llevarían a casa.

Los trescientos fusileros de Dunnett parecían estar solos en un páramo helado. El grueso del ejército que se retiraba se encontraba en algún lugar delante de ellos, y en algún punto por detrás estaban los perseguidores franceses, pero el mundo de los fusileros se reducía a la mochila del soldado que tenían enfrente, a la aguanieve, a su cansancio y al dolor de sus estómagos retorcidos por el hambre.

A una hora de distancia del pueblo llegaron a un río que cruzaba un puente de piedra. La caballería británica aguardó allí al recibir la noticia de que unas cuantas piezas de artillería avanzaban a trancas y barrancas por una pendiente situada a poco más de tres kilómetros por delante. El comandante de la caballería sugirió que los fusileros de Dunnett esperaran junto al puente.

—Denos tiempo para ayudar a los artilleros a llegar a la cima y luego regresaremos a buscarlos.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Dunnett con irritación.

—¿Una hora? No mucho más.

Los fusileros esperaron. Habían hecho eso mismo una veintena de veces en las últimas dos semanas y sin duda volverían a hacerlo veinte veces más. Eran el aguijón en la cola del ejército. Si tenían suerte aquel día no les molestaría ningún francés, aunque era probable que en algún momento de la próxima hora apareciera la vanguardia enemiga. Dicha vanguardia la constituirían soldados de caballería montados en unos animales cansados. Los franceses efectuarían un ataque de advertencia, los fusileros dispararían un par de descargas; después, como ninguno de los dos bandos contaba con ventaja, los franceses dejarían que los fusileros siguieran marchando penosamente. Así era la vida del soldado: aburrida, fría, desalentadora, y por ello morirían uno o dos fusileros y uno o dos franceses.

Los fusileros formaron por compañías para cortar el camino al oeste del puente. Temblaban y miraban fijamente al este. Los sargentos caminaban de un lado a otro por detrás de sus tropas. Los oficiales, todos los cuales habían perdido sus caballos a causa del frío, se encontraban al frente de sus compañías. Nadie hablaba. Quizás algunos soldados soñaran con los barcos de la armada que se suponía que les esperaban al final de aquella larga carretera, pero lo más probable es que no pensarán en otra cosa que el frío y el hambre.

El teniente nombrado intendente del batallón fue paseando hasta el puente y desde allí miró a través de la aguanieve hiriente que caía. En ese momento era el hombre más próximo al enemigo, el cual se encontraba a unos veinte pasos delante de

la línea de casacas verdes, y eso hería el orgullo del comandante Warren Dunnett, quien veía una implícita arrogancia en la posición elegida por el teniente.

—¡Ese desgraciado! —Dunnett se acercó al capitán Murray y se quedó a su lado.

—Es inofensivo —repuso Murray con su afabilidad habitual.

—Es un maldito y presuntuoso don nadie.

Murray sonrió.

—Es un intendente de lo más eficaz, Warren. ¿Cuándo fue la última vez que sus hombres tuvieron tanta munición?

—Su trabajo consiste en buscarme una cama para esta noche, no en andar merodeando por aquí para demostrar lo bien que combate. ¡Mírele! —Dunnett, como si tuviera una llaga que le picara y no pudiera dejar de rascársela, miró fijamente al intendente—. Piensa que todavía está con la tropa, ¿no es así? Campesino una vez, campesino siempre, esto es lo que yo digo. ¿Por qué lleva un rifle?

—No sabría decirle, la verdad.

El rifle era una excentricidad del intendente y resultaba impropia, pues un intendente necesitaba listas, tinta, plumas y tarjas, no un arma. Tenía que ser capaz de ir a buscar comida o de encontrar cobijo en un alojamiento al parecer abarrotado. Necesitaba tener buen olfato para percibir si la ternera estaba podrida, balanzas para pesar las raciones de harina y obstinación para resistir las depredaciones de los demás intendentes. Él no necesitaba armas; sin embargo, el nuevo teniente siempre llevaba un rifle, así como su sable reglamentario. Las dos armas parecían una declaración de intenciones: que él quería combatir antes que ser intendente; sin embargo, para la mayoría de los casacas verdes dichas armas eran más bien una pretensión patética que llevaba un hombre que, fuera cual fuese su pasado, ahora no era más que un teniente envejecido.

Dunnett dio unas patadas en el suelo con sus pies fríos.

—Primero mandaré de vuelta a las compañías de flanco, Johnny. Usted puede cubrirlas.

—Sí, señor. ¿Esperamos a la caballería?

—¡Que se joda la caballería! —Dunnett mostró ante aquel miembro de la infantería un rápido desprecio por el arma montada—. Voy a esperar cinco minutos más. No se puede tardar tanto en apartar del camino unos dichosos cañones. ¿Ve algo, intendente? —La pregunta también fue hecha con sorna.

—No, señor. —El teniente se quitó el chacó y se pasó la mano por el largo cabello negro que los días de campaña habían vuelto grasiento. Su casaca colgaba abierta y no llevaba pañuelo ni guantes. O no podía permitírselos o bien alardeaba de ser tan duro que no necesitaba esas comodidades. Aquella arrogancia hizo que Dunnett deseara que el nuevo teniente, que tan ansioso estaba por combatir, cayera víctima de los jinetes enemigos.

Pero no había jinetes enemigos a la vista. Quizá la lluvia, el viento y el maldito frío habían obligado a los franceses a guarecerse en el último pueblo. O quizá las mujeres borrachas habían resultado un aliciente demasiado irresistible. Fuera cual fuese el motivo, no había franceses a la vista, sólo aguanieve y unas nubes bajas agitadas por el viento que arreciaba.

El comandante Dunnett soltó una maldición con nerviosismo. Las cuatro compañías parecían estar solas en un desierto de lluvia y hielo, cuatro compañías de soldados olvidados en una guerra perdida, y Dunnett decidió que no podía esperar más.

—Nos vamos.

Se oyeron unos silbidos. Las dos compañías de flanco se dieron la vuelta y enfilaron el camino arrastrando los pies, como muertos vivientes. Las dos compañías del centro permanecieron en el puente a las órdenes del capitán Murray. Pasados unos cinco minutos, cuando las compañías de flanco se detuvieran para proporcionar cobertura, le tocaría el turno de retirarse a Murray.

A los fusileros les caía bien el capitán John Murray. Decían de él que era un verdadero caballero y que haría falta ser un cabrón muy despabilado para engañarlo; pero, si eras honesto con él, el capitán te trataba justamente. Murray poseía un rostro delgado de expresión divertida, era un hombre de sonrisa fácil y propenso a bromear. Gracias a oficiales como él aquellos fusileros podían seguir echándose las armas al hombro y marchar con el mismo ímpetu que habían aprendido en la plaza de armas de Shorncliffe.

—¡Señor! —Era el intendente, que todavía estaba en el puente y que llamó la atención de Murray hacia el este, donde una figura se movía bajo la aguanieve—. Es uno de los nuestros —añadió al cabo de un momento.

Aquella figura solitaria que avanzaba tambaleándose y zigzagueando era un casaca roja. No llevaba mosquete, chacó ni botas. Sus pies descalzos dejaban manchas de sangre en el lecho de sílex de la carretera.

—Así aprenderá —comentó el capitán Murray—. ¿Se dan cuenta, muchachos, de los peligros de la bebida?

No era un buen chiste, simplemente era la imitación de un predicador que una vez había sermoneado al batallón contra el mal de las bebidas alcohólicas, pero hizo sonreír a los fusileros. Quizá tuvieran los labios agrietados y ensangrentados a causa del frío, pero una sonrisa siempre era mejor que la desesperación.

El casaca roja, uno de los borrachos abandonados en el último pueblo, parecía agitar una mano floja en dirección a la retaguardia. El instinto lo había despertado, lo había conducido hasta la carretera y la había seguido hacia el oeste, hacia la seguridad. Pasó dando tumbos junto al cadáver esquelético y helado de un caballo y entonces intentó correr.

—¡Atención, caballería! —gritó el nuevo teniente.

—¡Fusileros! —exclamó el capitán Murray—. ¡Apunten armas!

Se arrancaron los trapos que envolvían las llaves de los rifles. Las manos de los soldados, aunque entumecidas por el frío, se movieron con rapidez. Bajo la niebla blanca de la aguanieve y el hielo, había otras formas. Jinetes.

Esas formas constituían una aparición grotesca bajo la lluvia gris. Eran formas oscuras. Vainas, capotes, penachos y fundas de carabina trazaban el contorno irregular de la caballería francesa. Dragones.

—¡Tranquilos, muchachos, tranquilos! —dijo el capitán Murray con voz calmada. El nuevo teniente se había dirigido al flanco izquierdo de la compañía, donde su mula estaba maneada.

El casaca roja salió de la carretera, saltó una zanja helada y luego gritó como un cerdo en el matadero. Un dragón había atrapado a ese hombre y la espada larga y recta descendió y le rajó la cara desde la frente hasta la barbilla. La sangre salpicó la tierra helada. Otro jinete que había avanzado desde el otro flanco hizo silbar su hoja de acero en el aire y le asestó al soldado un tajo en el cuero cabelludo. El casaca roja borracho cayó de rodillas llorando, los dragones le pasaron por encima y espolearon a sus monturas hacia las dos compañías que bloqueaban la carretera. El pequeño río no supondría ningún obstáculo para su carga.

—*Serrez! Serrez!* —La voz de mando francesa llegó de forma clara a oídos de los fusileros. Significaba «¡Cierren filas!». Los dragones se agruparon de modo que sus rodillas enfundadas en unas botas altas se tocaban y el nuevo teniente tuvo tiempo de ver esas extrañas trenzas que enmarcaban sus rostros antes de que el capitán Murray gritara la orden de disparar.

Abrieron fuego quizás unos ochenta rifles. El resto estaban demasiado húmedos, pero ochenta balas disparadas a menos de cien metros hicieron pedazos al único escuadrón y lo convirtieron en una vorágine de caballos que se tambaleaban, hombres que caían y pánico. Los chillidos de un caballo moribundo hendieron el gélido día.

—¡Recarguen!

El sargento Williams se encontraba en el flanco derecho de la compañía de Murray. Se hizo con uno de los rifles húmedos que no había disparado, sacó el lodo mojado de la cazoleta y la cargó con pólvora seca de su chifle.

—¡Elijan su objetivo! ¡Fuego a discreción!

El nuevo teniente escudriñó la sucia humareda gris en busca de un oficial enemigo. Vio a un jinete que se dirigía a gritos a la caballería desbaratada. Apuntó y el rifle le magulló el hombro al disparar. Le pareció ver caer al francés, pero no estaba seguro. Un caballo sin jinete se alejó al galope de la carretera con la sudadera goteando sangre.

Abrieron fuego más rifles. Escupían unas llamaradas que alcanzaban los sesenta

centímetros más allá de sus bocas. Los franceses se habían desperdigado utilizando la aguanieve como pantalla para enturbiar la puntería de los fusileros. Su primera carga, destinada únicamente a descubrir el carácter de la retaguardia que les hacía frente, había fracasado y ahora se conformaban con hostigar a los casacas verdes a cierta distancia.

Las dos compañías que se habían retirado hacia el oeste con Dunnett al mando ya habían formado. Sonó un silbido que le decía a Murray que podía replegarse con seguridad. Los franceses situados más allá del puente abrieron un fuego irregular e impreciso con sus carabinas de cañón corto. Disparaban desde la silla, lo cual hacía aún menos probable que sus balas alcanzaran un objetivo.

—¡Retirada! —gritó Murray.

Unos cuantos rifles escupieron sus proyectiles una última vez y los soldados se dieron la vuelta y empezaron a ascender por la carretera a toda prisa. Olvidaron el hambre y el terrible cansancio; el miedo les proporcionaba velocidad y corrieron hacia las dos compañías ya formadas que podían contener otra carga francesa. En los próximos minutos sería como el juego del gato y el ratón entre una caballería cansada y unos fusileros muertos de frío, hasta que los franceses renunciaran al empeño o hasta que la caballería británica llegara para ahuyentar al enemigo.

El fusilero Cooper cortó la maniota de la mula del intendente y tiró de aquella bestia contumaz por la carretera. Murray le asestó un corte en la grupa a la mula con su espada pesada y el animal avanzó de un salto.

—¿Por qué no deja que se vaya? —le gritó al teniente.

—¡Porque la necesito, caray! —El teniente ordenó a Cooper que sacara la mula de la carretera y la condujera por la ladera del norte para despejar el campo de tiro a las dos compañías de Dunnett. Los casacas verdes estaban entrenados para la línea de tiradores, para la cadena suelta de soldados que se refugiaban y disparaban al enemigo, pero en su retirada los hombres de verde formaron unas filas tan apretadas como las de los casacas rojas y utilizaron sus rifles para efectuar descargas cerradas.

—¡Formen! ¡Formen! —gritaba el sargento Williams a la compañía de Murray. Los franceses avanzaron con cautela hacia el puente. Quizás hubiera un centenar de ellos, una vanguardia montada en caballos que tenían aspecto de estar sumamente débiles y cansados. Ningún caballo tendría que haber estado en campaña con aquel tiempo y por aquellos duros caminos de montaña, pero el Emperador había enviado a esos franceses para que terminaran con el ejército británico, de manera que azotarían a los caballos hasta matarlos si con ello se aseguraban la victoria. Los animales llevaban los cascos envueltos en jirones de tela para que se agarraran a las calzadas resbaladizas.

—¡Fusileros! ¡Calen bayonetas! —gritó Dunnett. Las largas espadas bayoneta se extrajeron de las vainas de un tirón y se encajaron en las bocas de los rifles cargados.

Probablemente la orden no fuera necesaria. Los franceses no parecían tan duros para intentar otra carga, pero la norma era calar bayonetas cuando te enfrentabas a la caballería, de manera que Dunnnett lo ordenó.

El teniente cargó su rifle. El capitán Murray secó la humedad de la hoja de su espada de la Caballería Pesada que, al igual que el rifle del teniente, era una excentricidad. Se suponía que los oficiales de los fusileros tenían que llevar un sable ligero curvo, pero Murray prefería la espada de hoja recta de caballería, capaz de aplastarle el cráneo a un hombre sólo con su peso.

Los dragones enemigos desmontaron. Dejaron los caballos en el puente y formaron una línea de tiradores que se extendía a ambos lados de la carretera.

—No quieren jugar —comentó Murray en tono de censura, y se dio media vuelta con la esperanza de vislumbrar la caballería británica. No vio ni el menor rastro de ella.

—¡Replieguense por compañías! —gritó el comandante Dunnnett—. ¡Johnny! ¡Haga retroceder a las dos suyas!

—¡Cincuenta pasos, marchen! —Las dos compañías de Murray, acompañadas por el intendente y su mula, retrocedieron a trompicones los cincuenta pasos y formaron una nueva línea perpendicular al camino—. ¡Primera fila, rodilla en tierra! —bramó Murray.

—No hacemos más que salir corriendo. —El que habló fue un fusilero llamado Harper. Era un hombretón enorme, un gigante irlandés en un ejército de pequeña estatura, y era un alborotador. Tenía un rostro ancho y chato con unas cejas de color rubio rojizo que la helada aguanieve había blanqueado—. ¿Por qué no bajamos allí y asfixiamos a esos cabrones hasta que mueran? Deben de llevar comida en esas malditas mochilas. —Se dio media vuelta y miró al oeste—. ¿Y dónde diablos está nuestra jodida caballería?

—¡Cállese! ¡Vista al frente! —Fue el intendente quien le espetó la orden.

Harper le dirigió una mirada prolongada, llena de insolencia y desprecio y a continuación se volvió para observar la retirada de las compañías del comandante Dunnnett. Los dragones eran formas apagadas a media distancia. De vez en cuando una carabina disparaba y el viento atrapaba una nube de humo gris. Un casaca verde fue alcanzado en la pierna y maldijo al enemigo.

El nuevo teniente calculó que faltaban unas dos horas para mediodía. Aquella retirada ofensiva debería haber terminado a primera hora de la tarde, tras lo cual él tendría que adelantarse a toda prisa para buscar algún establo o iglesia donde los soldados pudieran pasar la noche. Esperaba que algún oficial del comisariado apareciera con un saco de harina que, mezclada con agua y cocida en una fogata de estiércol de vaca, tendría que servir de cena y desayuno. Con suerte algún caballo muerto les proporcionaría carne. Por la mañana, los hombres se despertarían con

retortijones de estómago. Volverían a formar filas; marcharían y luego se darían la vuelta para combatir a los mismos dragones.

Unos dragones que en aquel momento parecían contentarse con dejar que el fusilero se escabullera.

—Hoy no están muy entusiastas —gruñó el teniente.

—Están soñando con su casa —repuso Murray con añoranza—. Con una cazuela de pollo con ajos, un buen vino tinto y una chica rellenita en la cama. ¿Quién quiere morir en un lugar deprimente como éste si eso es lo que te espera?

—¡Nos retiraremos formando una columna de medias compañías! —Dunnett, convencido de que el enemigo no se arriesgaría a acortar distancias, tenía intención de darle la espalda y alejarse, sencillamente—. ¿Capitán Murray? Sus hombres primero, si es tan amable.

Sin embargo, antes de que Murray pudiera dar orden alguna, la voz del nuevo teniente lanzó una advertencia en tono apremiante:

—¡Atención, caballería por detrás!

—¡Son de los nuestros, idiota! —Dunnett no podía ocultar la aversión que tenía al intendente.

—¡Oh, Dios santo! —Murray se había dado la vuelta para echar un vistazo al camino por el que debían retirarse las cuatro compañías—. ¡Última fila! ¡Media vuelta! ¡Comandante Dunnett! ¡Son franchutes!

Sólo Dios sabía cómo había sucedido, pero un nuevo enemigo había aparecido por detrás. No había tiempo para preguntarse de dónde habían salido, sólo podían darse la vuelta y enfrentarse a los tres nuevos escuadrones de dragones. La caballería francesa cabalgaba con los capotes abiertos que dejaban ver sus casacas verdes con vueltas rosadas. Traían las espadas desenvainadas. Curiosamente, los dirigía un *chasseur*, un oficial con la casaca roja, la pelliza escarlata y el sombrero de pelo negro de la Guardia Imperial del Emperador. A su lado, montado en un gran caballo ruano, iba una figura igualmente extraña; un hombre vestido con chaqueta de montar negra y botas de un blanco reluciente.

Dunnett miró boquiabierto al enemigo. Los fusileros recargaron las armas vacías con desesperación. El intendente hincó una rodilla en el suelo, apoyó el rifle pasando el portafusil en torno a su codo izquierdo y disparó al *chasseur*.

Falló. El fusilero Harper lo abucheó.

Sonó una trompeta enemiga. Su tono estridente presagiaba muerte.

El *chasseur* tenía el sable alzado. Junto a él, el hombre con la chaqueta de civil desenvainó una espada larga y delgada. La caballería se puso al trote y el nuevo teniente oyó el sonido de los cascos contra el suelo helado. El regimiento de dragones seguía avanzando en escuadrones que podían distinguirse por el color de sus caballos. El primer escuadrón montaba en caballos negros, el segundo en bayos y el tercero en

castaños; se trataba de una disposición común en tiempos de paz, aunque poco frecuente en batalla, donde las monturas de repuesto diluían rápidamente la pauta. Los trompetas montaban en caballos grises, al igual que los tres hombres que portaban los largos mástiles con los guiones. Los pequeños estandartes destacaban contra las nubes bajas. Las espadas largas de los dragones resplandecían más aún, como hojas de hielo pálido.

El comandante Dunnett se dio cuenta de que sus fusileros corrían peligro de ser aniquilados.

—¡Vuelvan a formar en cuadro! ¡Vuelvan a formar! ¡Vuelvan a formar!

Los casacas verdes se apretaron formando un cuadro, una formación torpe con la que los soldados se apiñaban para protegerse de la caballería. El que se encontrara en la primera fila se colocaba de rodillas y clavaba la culata de su rifle en la hierba para poder sostener con firmeza la hoja de la bayoneta. Otros recargaron los rifles, pelándose los nudillos helados con las largas hojas de las espadas bayoneta al atacar los proyectiles. El fusilero Cooper y su mula se refugiaron en medio del cuadro.

El escuadrón de caballos castaños giró desde la retaguardia de la carga francesa, los jinetes desenfundaron las carabinas y desmontaron. Los otros dos escuadrones espolearon a sus caballos y avanzaron a medio galope. Todavía se hallaban a unos cien pasos de distancia y no empezarían a galopar hasta que no estuvieran muy cerca del objetivo.

—¡Fuego! —gritó Dunnett.

Los fusileros que habían recargado dispararon.

Una docena de sillas de montar quedaron vacías. Los fusileros se empujaron y se movieron para que sus filas formaran un buen cuadro desde el que pudieran disparar todos los rifles. En aquel momento había tres filas adornadas con la bayoneta.

—¡Fuego! —Más rifles escupieron sus proyectiles, cayeron más soldados de caballería y el oficial de *chasseurs*, en lugar de lanzar un ataque contra el enemigo, dio media vuelta a su caballo para alejarse; los dos escuadrones se desviaron, descubriendo así a los soldados desmontados que en aquel instante abrieron fuego con sus carabinas. Los primeros dragones, la compañía que había aguardado junto al puente, se acercaron a la cara este del cuadro.

La formación en cuadro constituía un blanco perfecto para los dragones desmontados. Si los fusileros se desplegaban en línea para rechazar aquella infantería improvisada, la caballería montada volvería a hacer avanzar a sus caballos y los casacas verdes acabarían hechos picadillo. El teniente pensó que el coronel de los *chasseurs* era un cabrón inteligente; un cabrón inteligente francés que aquel día mataría a algunos buenos fusileros.

Los fusileros comenzaban a caer. El centro del cuadro empezó a convertirse en un tumulto de heridos, de sangre, de gritos y plegarias desesperadas. La lluvia hiriente

arreciaba y humedecía las cazoletas de los rifles, pero aun así se inflamó suficiente cantidad de pólvora negra para escupir balas a un enemigo que, agazapado en la hierba, constituía un blanco pequeño y escurridizo.

Los dos escuadrones montados se habían desviado hacia el oeste y otra vez volvían a formar. Atacarían siguiendo la línea de la carretera y el acero helado de sus pesadas espadas rectas ardería como el fuego cuando alcanzara su objetivo. Aunque, mientras los fusileros permanecieran unidos y en sus firmes filas se erizaran las pálidas hojas de las bayonetas, los jinetes no podrían hacerles daño. Sin embargo, las carabinas enemigas estaban causando un número aterrador de víctimas. Y cuando hubieran caído suficientes fusileros, la carga de la caballería partiría el cuadro debilitado con la facilidad con la que una espada haría pedazos una manzana podrida.

Dunnett lo sabía, y buscó la salvación con la mirada. La vio en la nube baja que empañaba la ladera a unos doscientos metros de distancia en dirección norte. Si los casacas verdes podían ascender hasta aquel velo de nubes que los eclipsaría, estarían a salvo. Dudaba si tomar la decisión. Un sargento cayó dentro del cuadro, fulminado por una bala que le había atravesado el cerebro. Un fusilero chilló cuando otro proyectil lo alcanzó en el bajo vientre. Otro que había recibido un disparo en el pie contuvo unos sollozos de dolor mientras recargaba su arma metódicamente.

Dunnett dirigió la mirada hacia lo alto de la colina, al refugio que proporcionaba la nube. Se acarició el bigote pequeño e hirsuto perlado de lluvia y entonces se decidió.

—¡Suban por la ladera! ¡Suban por la ladera! ¡Mantengan la formación!

El cuadrado fue avanzando lentamente cuesta arriba. Los heridos gritaban al ser transportados. Las balas francesas seguían dando en el blanco con un ruido sordo y la formación de casacas verdes se volvió irregular cuando los soldados se detuvieron para responder con sus disparos o para ayudar a los heridos. Avanzaban con una lentitud exasperante, con una lentitud excesiva para los crispados nervios del comandante Dunnett.

—¡Rompan filas y corran! ¡Rompan filas y corran!

—¡No! —El nuevo teniente gritó la contraorden, pero no le hicieron caso. La orden de Dunnett había prevalecido y aquello se convirtió en una carrera. Si los casacas verdes se ponían a cubierto antes de que la caballería los alcanzara, vivirían, pero si el oficial de *chasseurs* había calculado bien la distancia, ganaría él.

En efecto, el *chasseur* de casaca roja lo había calculado perfectamente.

Los casacas verdes corrieron, pero por encima de sus resuellos y del golpeteo de sus botas le empezó a llegar el estruendo cada vez más fuerte de los cascos de los caballos.

Un soldado se dio la vuelta y vio la dentadura de un caballo. Por encima del toque de la trompeta oyó el silbido de una espada al hendir el aire. El fusilero gritó.

Entonces se desató el caos y la masacre.

Los jinetes separaron a los casacas verdes y dieron la vuelta para lanzarse a la matanza. Las grandes espadas tajaron y ensartaron. El nuevo teniente vio fugazmente a un hombre con unas trenzas que se mecían por debajo del borde de su casco. Se hizo a un lado rápidamente y notó el aire de la espada del dragón en la cara. Otro jinete cabalgó hacia el teniente, pero éste blandió el rifle por el cañón y con él golpeó al caballo encima del hocico. El animal relinchó, se empinó, y el teniente empezó a correr. Iba gritando a los soldados que se acercaran a él, pero los casacas verdes estaban desperdigados y corrían para salvar la vida. La mula del batallón se lanzó hacia el este y Cooper, que tercamente intentó salvar sus pertenencias atadas con correas en las alforjas del animal, fue abatido por un golpe de espada.

Un caballo atropelló al comandante Dunnett, que cayó sobre la hierba. Un teniente de diecisiete años fue alcanzado por dos dragones. El primero lo cegó con un tajante revés y el segundo lo acuchilló en el pecho. Los jinetes seguían llegando. Sus caballos apestaban a consecuencia de las llagas que les provocaba la silla de montar por forzarlos demasiado, pero los habían entrenado para este trabajo. A un fusilero le rebanaron la mejilla y la sangre y la saliva borbotaron en su boca. Los franceses arremetían profiriendo gruñidos. Aquél era el paraíso de un soldado de caballería: una infantería desbaratada y terreno firme.

El nuevo teniente seguía gritando mientras subía:

—¡Fusileros! ¡Conmigo! ¡Conmigo! —El *chasseur* debió de oírle, porque hizo dar la vuelta a su gran caballo negro y lo espoleó para dirigirse hacia el inglés.

El teniente lo vio venir, se colgó el rifle descargado al hombro y desenvainó el sable.

—¡Ven aquí, hijo de puta!

El *chasseur* sostenía su sable con la mano derecha y, para que le resultara más fácil asestar su tajo mortífero, dirigió su caballo hacia la izquierda del fusilero. El teniente aguardó y blandió su hoja curva contra el hocico del caballo. El corte detendría su arremetida al instante, haría que el animal se empinara, diera media vuelta y se marchara. Había derribado con este golpe a más jinetes de los que podía recordar. El secreto estaba en elegir bien el momento de asestarlo, y el teniente esperó a que la asustada huida del caballo desmontara al jinete. Quería ver muerto a ese hábil *chasseur*.

En respuesta a un toque de las espuelas del francés, el caballo pareció precipitarse para el golpe mortal; el teniente blandió el sable y se dio cuenta de que lo habían engañado. El animal frenó y viró en una maniobra que ponía de manifiesto muchas horas de paciente adiestramiento. El sable silbó en el espacio vacío. El *chasseur* no era diestro sino zurdo, y se había cambiado el arma de mano cuando su caballo giró a la derecha. Su hoja relució mientras descendía, apuntando al cuello del fusilero.

El teniente había sido engañado. Arremetió antes de tiempo y contra la nada, por lo que había perdido el equilibrio. El *chasseur*, consciente de que el inglés estaba muerto, planeaba su próximo ataque para que su sable diera en el blanco. Había matado a más soldados de los que podía recordar con este sencillo truco. Ahora añadiría un oficial de fusileros a los austríacos, prusianos, rusos y españoles que no habían sido suficientemente hábiles.

Sin embargo, el sable del *chasseur* no alcanzó su objetivo. Con una rapidez asombrosa, el fusilero recuperó su hoja y paró la embestida. Los sables chocaron con un golpe que sacudió los brazos de los dos hombres. La hoja de cuatro guineas del teniente se hizo pedazos, pero no antes de haber mermado la fuerza de la arremetida del francés.

El impulso del caballo del *chasseur* desplazó a éste más allá del inglés. El francés se dio la vuelta, atónito por aquel quite, y vio que el otro echaba a correr cuesta arriba. Por un segundo estuvo tentado de ir tras él, pero había otros objetivos más fáciles ladera abajo. Espoleó a su montura y se alejó.

El teniente tiró su sable roto y subió apresuradamente hacia la nube baja.

—¡Fusileros! ¡Fusileros! —Los soldados lo oyeron y se agruparon a su alrededor. Ascendieron juntos y formaron un grupo lo bastante numeroso para disuadir al enemigo. Los dragones fueron a por los aislados, soldados a los que resultaba más fácil matar y disfrutaron vengándose así de los jinetes que habían caído víctimas de las balas de los rifles, de los franceses que habían perdido la vida desangrándose entre sacudidas durante la larga persecución y de los abucheos que los fusileros les habían dirigido a través de la atmósfera cortante a lo largo de las últimas y gélidas semanas.

El capitán Murray se reunió con el teniente.

—¡Por Dios que nos han burlado! —Parecía sorprendido.

El pequeño grupo de fusileros se puso a salvo a poca distancia de las nubes, allí donde las rocas formaban un terreno demasiado desigual para que los dragones los siguieran. Murray detuvo a sus hombres y miró, horrorizado, la carnicería que se estaba produciendo más abajo.

Los dragones cabalgaban entre muertos y derrotados. Fusileros con el rostro tajado andaban tambaleándose, otros yacían inmóviles hasta que unas manos rapaces daban la vuelta a los cadáveres y rasgaban las bolsas y bolsillos. El intendente observó cómo levantaban al comandante Dunnett y le registraban el uniforme en busca de algún botín. Dunnett era afortunado. Estaba vivo y era un prisionero. Un fusilero que todavía trataba de escapar corrió ladera abajo; el hombre de chaqueta negra y botas blancas cabalgó tras él y, con una destreza escalofriante, le asestó un solo golpe.

—¡Hijos de puta! —Murray, consciente de que ya no habría más enfrentamientos, envainó su espada de la Caballería Pesada—. ¡Malditos cabrones franchutes!

Cincuenta fusileros, disgregados de las cuatro compañías, habían sobrevivido a la desbandada. El sargento Williams estaba con ellos, así como el fusilero Harper. Algunos soldados sangraban. Un sargento intentaba contener la hemorragia de un terrible tajo en el hombro. Un chico tenía los labios pálidos y temblaba. Murray y el nuevo teniente eran los únicos oficiales que habían escapado a la masacre.

—Avanzaremos poco a poco hacia el este —dijo Murray con calma—. Quizá podamos alcanzar al ejército después de anochecer.

El irlandés grandote soltó una palabrota con aire taciturno y los dos oficiales miraron al fondo del valle y vieron aparecer a la caballería británica bajo la llovizna. El *chasseur* la vio al mismo tiempo y las trompetas francesas dieron el toque de formación a los dragones. Los británicos, al ver que el enemigo se preparaba y que no había ni rastro de infantería, se retiraron.

Los fusileros que se encontraban al borde de la nube abuchearon a la caballería. Murray se dio la vuelta bruscamente:

—¡Silencio!

No obstante, los abucheos habían llamado la atención de los dragones desmontados que se encontraban más abajo en la ladera y creyeron que la burla iba dirigida a ellos. Algunos agarraron las carabinas, otros cogieron rifles caídos y dispararon una descarga irregular contra el pequeño grupo de supervivientes.

Las balas pasaron silbando como latigazos entre los hombres de casaca verde. La descarga falló, salvo una bala mortal que rebotó en una roca y se le hundió al capitán Murray en el costado. La fuerza del proyectil lo hizo rodar y lo arrojó cuesta abajo de la ladera. El hombre arañó la fina capa de hierba con la mano izquierda mientras con la derecha se apretaba la cintura llena de sangre.

—¡Sigán adelante! ¡Déjenme! —Su voz era poco más que un susurro.

El fusilero Harper bajó de un salto por la cuesta y recogió a Murray con sus brazos enormes. El capitán soltó un espantoso gemido de dolor cuando lo levantó. Más abajo los franceses ascendían por la ladera, ansiosos por completar su victoria haciendo prisioneros a esos últimos fusileros.

—¡Síganme! —El teniente condujo al pequeño grupo hacia el centro de las nubes. Los franceses dispararon de nuevo y las balas vibrantes pasaron de largo, y los fusileros se perdieron en la blancura. De momento estaban a salvo.

El teniente encontró un hueco entre las rocas que ofrecía cierta protección contra el frío. Dejaron allí a los heridos y se apostaron piquetes para vigilar el perímetro. Murray se había quedado blanco como el papel de los cartuchos.

—No pensaba que pudieran vencernos, Dick.

—No entiendo de dónde salieron. —A Murray se le ocurrió que el rostro afectado del teniente le daba aspecto de verdugo—. No nos adelantaron. ¡No pudieron hacerlo!

—Lo hicieron —dijo Murray con un suspiro y a continuación señaló al fusilero

Harper, quien, con una delicadeza que resultaba insólita en un hombre tan grande, empezó a desabrocharle el tahalí y después le apartó la ropa de la herida. No había duda de que Harper sabía lo que estaba haciendo, por lo que el teniente fue a escudriñar la ladera neblinosa en busca del enemigo. No se veía ni se oía nada. Estaba claro que los dragones consideraban que el grupo de supervivientes era demasiado pequeño para preocuparse por él. Los cincuenta fusileros eran los restos flotantes de la guerra, meras astillas arrancadas de una empresa que había naufragado, y si los franceses hubiesen sabido que a la cabeza de los fugitivos había un intendente, hubieran mostrado más desprecio aún.

El intendente había luchado contra los franceses por primera vez hacía quince años, y desde entonces no había parado de combatir. Puede que los fusileros encallados allí se refirieran a él como el nuevo teniente, y puede que confirieran a la palabra «nuevo» todo el menosprecio de los veteranos, pero era porque no lo conocían. Ellos creían que no era más que un sargento con ínfulas y se equivocaban. Era un soldado, y se llamaba Richard Sharpe.

CAPÍTULO 2

Por la noche, el teniente Sharpe se llevó a una patrulla hacia el oeste, siguiendo la elevada cima. Había albergado la esperanza de comprobar si los franceses ocupaban el lugar donde la carretera cruzaba la cresta; pero, en la gélida oscuridad y entre aquel revoltijo de rocas, se desorientó y regresó a regañadientes al hueco en el que se refugiaban los fusileros.

La nube se disipó antes del alba y la primera luz tenue del día reveló el cuerpo principal de los perseguidores franceses en el valle situado al sur. La caballería enemiga había emprendido la marcha hacia el oeste y Sharpe contempló la infantería del mariscal Soult avanzando en obstinada persecución del ejército de sir John Moore.

—Nos hemos quedado aislados. —El sargento Williams brindó su valoración pesimista a Sharpe quien, en lugar de responderle, fue a acucillarse entre los heridos. El capitán Murray dormía alterado, temblando bajo una docena de capotes. El sargento acuchillado en el cuello y los hombros había muerto durante la noche. Sharpe cubrió el rostro de ese hombre con un chacó.

—Es un don nadie engreído. —Williams clavó una malévola mirada en la espalda de Sharpe—. No es un oficial, Harps. No uno de verdad.

El fusilero Harper estaba afilando su bayoneta, con la concentración obsesiva de quien sabe que su vida depende de sus armas.

—No es un oficial como es debido —siguió diciendo Williams—. No es un caballero. No es más que un sargento con muchas pretensiones, ¿no es verdad?

—Nada más que eso. —Harper miró al teniente, vio la cicatriz en el rostro del oficial y su mandíbula pronunciada.

—Si cree que va a darme órdenes se va a joder. No es mejor que yo, ¿no es cierto?

Harper repuso con un gruñido, no con el asentimiento que deseaba el ánimo del sargento. Williams esperaba el apoyo de Harper, pero el irlandés se limitó a mirar la bayoneta con los ojos entrecerrados y luego envainó cuidadosamente la larga hoja.

Williams escupió.

—Les ponen un dichoso fajín, les dan una espada y se creen que son Dios Todopoderoso. ¡Ese tipo no es un verdadero fusilero, no es más que un maldito intendente, Harps!

—Nada más que eso —coincidió Harper.

—Es un jodido tendero presuntuoso, ¿eh?

Sharpe se dio la vuelta rápidamente y, aunque era imposible, Williams tuvo la sensación de que lo había oído. La mirada del teniente era dura como el pedernal.

—¡Sargento Williams!

—Señor. —Williams, a pesar de su afirmación de desobediencia, se acercó diligentemente al teniente Sharpe.

—Alojamiento. —Sharpe señaló el valle del norte donde, muy por debajo de ellos y surgiendo entre un velo de niebla, se divisaba una granja de piedra—. Lleve a los heridos allí.

Williams soltó un silbido de duda entre sus dientes amarillentos.

—No sé si deberíamos moverlos, señor. El capitán...

—He dicho que lleve a los heridos allí abajo, sargento. —Sharpe se había alejado, pero se dio la vuelta—. No se lo he pedido para tener una discusión sobre el maldito asunto. Muévase.

Les llevó gran parte de la mañana trasladar a los heridos hasta la casa de labor abandonada. El edificio más seco era un granero de piedra, construido sobre unos pilares de roca para mantener a raya a las alimañas y con un tejado rematado con cruces de manera que, desde cierta distancia, parecía una pequeña y tosca iglesia. La vivienda en ruinas y los establos les proporcionaron madera húmeda y cubierta de hongos con la que, una vez partida, astillada y rociada con pólvora de cartucho, lograron encender un fuego que poco a poco hizo entrar en calor a los heridos. El fusilero Hagman, un hombre de Cheshire desdentado y de mediana edad, salió a cazar algo para comer en tanto que el teniente apostó piquetes en los caminos de cabras que conducían al este y al oeste.

—El capitán Murray está muy mal, señor. —El sargento Williams abordó a Sharpe cuando el teniente regresaba al granero—. Necesita un cirujano, señor.

—Eso es difícilmente posible, ¿no?

—A menos que... esto... —El sargento, un hombre retaco de tez colorada, no podía decir lo que tenía en mente.

—A menos que nos rindamos a los franceses, ¿no? —le preguntó Sharpe agriamente.

Williams miró al teniente a los ojos. Eran unos ojos curiosos que con la frialdad de aquel momento parecían casi de reptil. El sargento apoyó su argumento con un tono agresivo:

—Al menos los franchutes tienen cirujanos, señor.

—Dentro de una hora —la voz de Sharpe dio a entender que ni siquiera había oído las palabras de Williams— inspeccionaré los rifles de todos los soldados. Asegúrese de que estén preparados.

Williams miró al oficial con aire belicoso pero no pudo reunir el coraje necesario para desobedecerle. Asintió bruscamente y se dio la vuelta para alejarse.

El capitán Murray estaba apoyado sobre un montón de mochilas dentro del granero. Le dirigió una débil sonrisa a Sharpe.

—¿Qué va a hacer?

—El sargento Williams cree que debería llevarle a que le vea un cirujano francés.

Murray hizo una mueca.

—Le he preguntado qué quiere hacer usted.

Sharpe se sentó al lado del capitán.

—Reincorporarme al ejército.

Murray asintió con la cabeza. Sostenía una taza de té contra el pecho, un valioso obsequio de uno de los fusileros que llevaba las hojas escondidas en el fondo de su cacerina.

—Puede dejarme aquí.

—No puedo...

—Me estoy muriendo. —Murray se encogió de hombros con menosprecio para dar a entender que no quería compasión. Su herida no sangraba en exceso, pero se le estaba hinchando el vientre cuyo tono azulado revelaba una hemorragia interna. Señaló con un movimiento de la cabeza a los otros tres heridos graves, todos con grandes cortes de espada en la cara o el pecho—. Déjelos a ellos también. ¿Adónde irá? ¿A la costa?

Sharpe negó con la cabeza.

—Ahora ya no alcanzaremos al ejército.

—Puede que no —Murray cerró los ojos.

Sharpe esperó. Había empezado a llover otra vez y el agua se filtraba por una gotera y caía con insistencia sobre el fuego. Estaba pensando en las alternativas que tenía. La opción más atrayente era intentar seguir al ejército de sir John Moore, pero se estaban retirando con mucha rapidez y los franceses controlaban la carretera que Sharpe debía tomar; por consiguiente debía resistir esa tentación porque lo único que conseguiría era que los hicieran prisioneros. En lugar de eso tenía que dirigirse al sur. Sir John había iniciado su marcha en Lisboa y allí había dejado unas cuantas tropas para que protegieran la capital portuguesa. Quizás esa guarnición todavía existiera y tal vez Sharpe pudiera encontrarla.

—¿A qué distancia está Lisboa? —le preguntó a Murray.

El capitán abrió los ojos y se encogió de hombros.

—¡Sabe Dios! ¿A unos setecientos kilómetros? ¿Ochocientos? —Crispó el rostro en un gesto de dolor—. Es probable que haya casi mil kilómetros por estas carreteras. ¿Cree que todavía tenemos tropas allí?

—Al menos podríamos buscar un barco.

—Eso si los franceses no llegan primero. ¿Qué me dice de Vigo?

—Es más probable que los franceses estén allí que en Lisboa.

—Cierto. —A la División Ligera la habían enviado a Vigo por una ruta que transcurría más al sur. Sólo se habían retenido allí unas cuantas tropas ligeras, como aquellos fusileros, para proteger la retirada de sir John Moore—. Quizá lo mejor sería

ir a Lisboa. —Murray miró más allá de Sharpe y vio que los soldados cepillaban y engrasaban las llaves de sus rifles. Suspiró y dijo—: No sea demasiado duro con ellos.

—No lo soy. —Sharpe se puso a la defensiva de inmediato.

Murray esbozó una sonrisa.

—¿Alguna vez ha estado a las órdenes de un oficial que hubiera ascendido desde la tropa?

Sharpe, que se oía una crítica, torció el gesto un instante, pero cayó en la cuenta de que Murray sólo quería ayudar.

—No, señor, nunca.

—A los hombres no les gusta. Lo cierto es que es una estupidez. Ellos creen que los oficiales nacen, no se hacen. —Murray hizo una pausa para tomar aliento, lo cual hizo que se estremeciera de dolor. Vio que Sharpe estaba a punto de encarecerle que guardara silencio y meneó la cabeza en señal de negación—. No tengo mucho tiempo. Más vale que utilice el que me queda. ¿Cree que estoy siendo terriblemente maleducado?

—No, señor.

Murray se detuvo un momento para tomar un sorbo de té.

—Son buenos muchachos.

—Sí.

—Pero tienen un extraño sentido de lo que es apropiado. Esperan que los oficiales sean distintos, ¿sabe? Quieren que sean unos privilegiados. Los oficiales son hombres que luchan porque quieren, la pobreza no les obliga a ello. ¿Lo entiende?

—Sí.

—Los soldados piensan que usted es uno de ellos; uno de los condenados, y quieren que sus oficiales gocen de algo más que eso. —Murray meneó la cabeza con tristeza—. No es un buen consejo, ¿verdad?

—Es muy buen consejo —mintió Sharpe.

El viento susurraba en los rincones del granero de piedra y hacía parpadear las llamas de la pequeña fogata. Murray sonrió con aire afligido.

—Déjeme que piense en algún otro consejo más práctico que darle. Algo que lo haga llegar a Lisboa. —Frunció el ceño un instante y a continuación volvió sus ojos enrojecidos hacia Sharpe—. Consiga tener de su lado a Patrick Harper.

Sharpe se volvió a mirar a los soldados apiñados en el extremo más alejado del granero. El irlandés grandote pareció intuir que se había mencionado su nombre porque dirigió una mirada hostil a Sharpe.

—Es un alborotador, pero los hombres le escuchan. Una vez intenté nombrarlo soldado de primera —Murray utilizó instintivamente el viejo término que los fusileros empleaban para referirse a un cabo—, pero no quiso aceptarlo. Sería un

buen sargento. ¡Demonios! Sería incluso un buen oficial si supiera leer, pero no quiere nada de eso. Los hombres le escuchan. Tiene al sargento Williams en un puño.

—Puedo manejar a Harper. —Sharpe pronunció las palabras con falsa convicción. Durante el breve tiempo que llevaba en aquel batallón, Sharpe se había fijado con frecuencia en el irlandés y se había dado cuenta de la verdad de la afirmación del capitán Murray respecto a que era un líder nato. Los soldados se apiñaban en torno a la hoguera de Harper, en parte para disfrutar con sus historias y en parte porque buscaban su aprobación. El irlandés brindaba una graciosa lealtad a aquellos oficiales que le caían bien; en cambio, a los que les tenía antipatía sólo les mostraba desprecio. Además, el fusilero Harper tenía algo muy amedrentador; no era sólo por su tamaño, sino por su aire de sabia independencia.

—No tengo ninguna duda de que Harper cree que puede manejarle a usted. Es un tipo duro —Murray hizo una pausa y sonrió—, pero rebosa sentimentalismo.

—Así pues, tiene una debilidad —comentó Sharpe con aspereza.

—¿Eso es una debilidad? —Murray se encogió de hombros—. Lo dudo. Pero ahora pensará que el débil soy yo. Mire, cuando esté muerto... —y de nuevo tuvo que menear la cabeza para evitar que Sharpe lo interrumpiera— cuando esté muerto —repitió— quiero que se quede con mi espada. Le diré a Williams que tiene que ser para usted.

Sharpe miró la espada de la Caballería Pesada que estaba apoyada contra la pared en su vaina metálica. Tenía aspecto de ser un arma incómoda y torpe, pero Sharpe no podía poner semejante objeción al regalo.

—Gracias —dijo con incomodidad. No estaba acostumbrado a recibir favores personales, ni había aprendido a ser cortés al aceptarlos.

—No es que sea una maravilla de espada —añadió Murray—, pero reemplazará la que ha perdido. Y si los hombres ven que la lleva... —No pudo terminar la frase.

—¿Creerán que soy un verdadero oficial? —Las palabras de Sharpe dejaron traslucir su resentimiento.

—Creerán que usted me caía bien —replicó Murray, corrigiéndolo con delicadeza— y eso ayudará.

Sharpe, reprendido por el tono de voz del moribundo, volvió a darle las gracias entre dientes.

Murray se encogió de hombros.

—Ayer lo estuve observando. Se le da muy bien el combate, ¿verdad?

—¿Para ser un intendente?

Murray hizo caso omiso de la autocompasión.

—¿Ha estado en muchas batallas?

—Sí.

—Pues no fue muy diplomático por su parte —dijo Murray con una sonrisa—, se

supone que los nuevos tenientes no han de tener más experiencia que sus superiores. —El capitán levantó la mirada hacia el tejado roto—. Menudo sitio más tonto para morir, ¿no le parece?

—Voy a mantenerle con vida.

—Me figuro que es usted capaz de muchas cosas, teniente Sharpe, pero no puede hacer milagros.

Después Murray se quedó dormido. Todos los fusileros descansaron aquel día. La lluvia persistente se convirtió a media tarde en una intensa nevada que, al caer la noche, empezó a cuajar en los resaltos de las montañas más cercanas. Hagman había atrapado dos conejos, una comida escasa, pero al menos era algo con lo que sazonar las pocas alubias y pedazos de pan que los soldados tenían en sus mochilas. No tenían calderos para cocinar, por lo que utilizaron las tazas de hojalata como cacerolas.

Sharpe abandonó el granero al atardecer y se dirigió al frío refugio de la casa de labranza en ruinas para ver caer la noche. En realidad no se le podía llamar casa, pues tan sólo eran cuatro paredes rotas de piedra que antaño habían sostenido un tejado de madera y tepe.

Había dos puertas, una daba al este y otra al oeste, y desde la primera Sharpe tenía una visión clara del valle lejano en el que se amontonaba y arremolinaba la nieve. En una ocasión, cuando el viento levantó los copos azotadores, le pareció ver una mancha gris de humo en el extremo del valle; prueba, quizá, de alguna aldea diminuta donde podrían encontrar refugio, pero la nieve volvió a cubrir el paisaje. Sharpe se estremeció y le pareció imposible que aquello fuera España.

El sonido de unos pasos hizo que se diera la vuelta. El fusilero Harper agachó la cabeza para entrar por la puerta oeste de la casita, vio a Sharpe y se paró en seco. Señaló unas cuantas vigas caídas del tejado, enterradas bajo un montón de piedras y tierra.

—Madera, señor —explicó en pocas palabras su cometido—. Para el fuego.

—Adelante. —Sharpe se quedó mirando al irlandés mientras éste agarraba las maderas podridas y las partía para liberarlas de sus obstrucciones. A Harper pareció molestarle que lo observara porque se irguió y miró fijamente al teniente.

—Así pues, ¿qué vamos a hacer, señor?

Por un segundo Sharpe se sintió ofendido por el tono hosco de aquel hombre, pero entonces se dio cuenta de que Harper tan sólo estaba preguntando lo que todos los soldados de la compañía querían saber.

—Nos vamos a casa.

—¿Se refiere a Inglaterra?

—Me refiero al ejército. —De pronto Sharpe deseó poder emprender aquel viaje solo, sin tener que cargar con hombres resentidos—. Tendremos que ir hacia el sur. Hacia Lisboa.

Harper cruzó la estancia hasta la otra puerta, donde se detuvo y miró hacia el este.

—No pensé que se refiriera a Donegal.

—¿Usted es de allí?

—Sí. —Harper contempló la nieve que se posaba en el valle cada vez más oscuro—. Donegal se parece un poco a esto, ya lo creo. Salvo que esta tierra es mejor.

—¿Mejor? —Sharpe estaba sorprendido. También estaba satisfecho, aunque de un modo confuso, por el hecho de que aquel hombre grandote se hubiera dignado mantener esta conversación que de pronto lo convertía en una persona más agradable—. ¿Mejor? —preguntó de nuevo Sharpe.

—Aquí nunca gobernaron los ingleses. ¿No es cierto, señor? —Ya estaba de vuelta la insolencia. Harper, de pie, bajó la mirada hacia Sharpe, que estaba sentado, y en su voz no había más que desprecio—. Este territorio está immaculado, ya lo creo.

Sharpe comprendió que lo habían empujado a hacer la pregunta que desataba el escarnio de aquel hombre.

—Creía que estaba recogiendo leña.

—Así es.

—Pues recójala y márchese.

Más tarde, en cuanto hubo hecho una visita a los piquetes que temblaban de frío, Sharpe regresó al granero y se sentó junto a la pared, donde escuchó las voces quedas de los soldados agrupados en torno al fusilero Harper. Se reían en voz baja, haciéndole saber a Sharpe que estaba excluido de la compañía de los soldados, incluso de los condenados. Estaba solo.

Murray murió durante la noche. Lo hizo sin hacer ruido ni montar ningún escándalo, deslizándose hacia la muerte con decoro.

—Los muchachos quieren enterrarlo —dijo Williams como si esperara que Sharpe lo desaprobara.

Sharpe estaba de pie en la entrada del granero.

—Por supuesto.

—Me dijo que le diera esto. —Williams le tendió la voluminosa espada.

Supuso un momento incómodo en el que Sharpe fue consciente de la mirada de los soldados al tomar entre sus manos aquella arma pesada y difícil de manejar.

—Gracias, sargento.

—Él siempre decía que en combate era mejor que un sable, señor —comentó Williams—. Asusta muchísimo a los franchutes, en serio. Es una hoja asesina, ya lo creo.

—Estoy seguro de ello.

Aquel momento de intimidad forjado por el obsequio de la espada pareció darle confianza a Williams.

—Anoche estuvimos hablando, señor.

—¿Estuvimos?

—Los muchachos y yo.

—¿Y? —Sharpe bajó de un salto de la entrada elevada del granero a un mundo que con la reciente nevada resultaba deslumbrante. Todo el valle relucía bajo la luz pálida de un sol amenazado por unas nubes cada vez más densas.

El sargento lo siguió.

—No van a ir, señor. No van a ir al sur. —Su tono era respetuoso pero firme.

Sharpe se alejó del granero. Sus botas crujían en la nieve intacta. También dejaban pasar la humedad; al igual que las botas de los soldados que se suponía comandaba, estaban rotas, abiertas y a duras penas se mantenían firmes gracias a los cordeles y los trapos; no era precisamente el calzado de un oficial privilegiado al que aquellos asustados fusileros seguirían a través del valle de la sombra de la muerte.

—¿Y quién ha tomado esta decisión, sargento? —Todos nosotros, señor.

—Dígame, sargento, ¿desde cuándo este ejército es una...? —Sharpe hizo una pausa e intentó recordar la palabra que una vez había oído cenando en el comedor de oficiales—. ¿Una democracia?

Williams nunca había oído esa palabra.

—¿Una qué, señor?

Sharpe no podía explicarle el significado, de modo que intentó abordar el tema de otro modo.

—¿Desde cuándo los sargentos están por encima de los tenientes?

—No es eso, señor. Williams estaba avergonzado.

—Entonces, ¿qué es?

El sargento vaciló, pero lo estaban observando los soldados, quienes se amontonaban en el hueco de la entrada, y bajo su mirada crítica encontró el valor y la locuacidad.

—Es una locura, señor. Eso es lo que pasa. ¡No podemos ir hacia el sur con este tiempo! ¡Nos moriremos de hambre! Y ni siquiera sabemos si sigue habiendo una guarnición en Lisboa.

—Eso es cierto, no lo sabemos.

—Por eso iremos hacia el norte, señor —anunció Williams con seguridad, como si le hiciera un gran favor a Sharpe sugiriéndoselo—. Allí arriba hay puertos, señor, y encontraremos una embarcación. Me refiero a que la armada sigue estando a cierta distancia de la costa, señor. Nos encontrarán.

—¿Cómo sabe que la armada está allí?

Williams se encogió de hombros con aire modesto.

—No soy yo quien lo sabe, señor.

—¿Harper? —aventuró Sharpe.

—¡Harps! ¡No, señor, por Dios! No es más que un paddy zoquete, ¿no es cierto? Él no sabría nada, señor. No, se trata del fusilero Tongue, señor. Es un tipo inteligente. Sabe leer. Fue la bebida lo que lo arruinó, señor. Sólo fue la bebida. Pero es un hombre educado, señor, y nos dijo, ¿sabe usted?, que la armada se encuentra a cierta distancia de la costa, señor, y que podemos ir al norte y encontrar un barco. —Williams, animado por el silencio de Sharpe, hizo un gesto hacia las empinadas colinas septentrionales—. No debe de faltar mucho para llegar a la costa, señor. ¿Quizá tres días? ¿Cuatro?

Sharpe se alejó unos cuantos pasos más del granero. La nieve tenía unos diez centímetros de espesor, aunque se había amontonado formando extensiones más profundas allí donde el terreno se hundía. La cantidad de nieve no impediría la marcha, que era lo único que le importaba a Sharpe aquella mañana. Las nubes empezaban a nublar el sol y Sharpe miró al sargento a los ojos.

—¿Se le ha ocurrido pensar, sargento, que los franceses están invadiendo este país desde el norte y el este?

—¿Ah sí, señor?

—¿Y que si nos dirigimos al norte lo más probable es que nos topemos con ellos? ¿O acaso es eso lo que quiere? Ayer estaba muy dispuesto a rendirse.

—Tendríamos que ser un poco listos, señor. Andar un poco de aquí para allá. —Williams hizo que el asunto de esquivar a los franceses pareciera como el juego infantil del escondite.

Sharpe alzó la voz para que todos pudieran oírle.

—Iremos hacia el sur, sargento. Hoy bajaremos hasta ese valle y esta noche encontraremos refugio. Después pondremos rumbo al sur. Nos marchamos dentro de una hora.

—Señor...

—¡Una hora, sargento! De modo que si quieren cavar una tumba para el capitán Murray, empiecen ahora. Y si quiere desobedecerme, sargento Williams, entonces haga la tumba lo bastante grande para que quepa usted también. ¿Me ha entendido?

Williams hizo una pausa con la intención de desafiarlo, pero la mirada de Sharpe lo aterrorizó. Hubo un momento de tensión en el que la autoridad pendió de un hilo, pero el sargento asintió en señal de aprobación.

—Sí, señor.

—Pues póngase a ello.

Sharpe se dio media vuelta y se alejó. Estaba temblando por dentro. Había parecido bastante calmado al darle las últimas órdenes, pero no estaba del todo seguro de que fueran a acatarse. Aquellos soldados no estaban acostumbrados a

obedecer al teniente Sharpe. Tenían frío, estaban lejos de casa, rodeados por el enemigo y convencidos de que un viaje hacia el norte los llevaría a un lugar seguro mucho antes que un viaje al sur. Sabían que su ejército había sido menos hábil que el contrario y se había visto empujado a batirse en retirada y habían visto los restos de los ejércitos españoles que, desbaratados de forma similar, se habían dispersado. Los franceses se desplegaban victoriosos por el territorio y los fusileros estaban desolados y asustados.

Sharpe también estaba asustado. Aquellos hombres podían poner en entredicho su tenue autoridad con una facilidad aterradora. O peor aún, si lo consideraban una amenaza para su supervivencia Sharpe podía acabar con una hoja clavada en la espalda. Su nombre quedaría registrado como un oficial muerto en el descalabro de la retirada de sir John Moore, o tal vez ni se percataran de su muerte porque no tenía familia. Ni siquiera estaba seguro de que le quedara algún amigo, puesto que, cuando a uno lo ascienden desde la tropa al casino de oficiales, deja atrás las amistades.

Sharpe pensó que tenía que volver para imponer su voluntad a la compañía, pero estaba demasiado impresionado y no quería enfrentarse al resentimiento de aquellos hombres. Se convenció de que tenía una tarea útil que realizar en la vivienda en ruinas, donde sacó el catalejo con la horrible sensación de estar eludiendo su deber.

El teniente Richard Sharpe no era un hombre rico. Su uniforme no era mejor que el que vestían los soldados a los que comandaba, salvo por el hecho de que sus raídos pantalones de oficial llevaban unos botones de plata en las costuras. Sus botas también estaban hechas jirones, sus raciones eran igual de escasas y sus armas estaban tan maltrechas como las del equipo de cualquier otro fusilero. Sin embargo, él poseía un objeto de valor y belleza.

Era el catalejo; un hermoso instrumento fabricado por Matthew Burge en Londres y que fue un obsequio del general sir Arthur Wellesley al sargento Richard Sharpe. Tenía una placa metálica en la que estaba grabada la fecha de la batalla en la India donde Sharpe, que entonces era un casaca roja, le había salvado la vida al general. Dicho acto también le había proporcionado un ascenso en el campo de batalla y en aquellos instantes, mientras miraba a través de la lente, lamentaba dicho ascenso porque lo había convertido en un hombre distinto, en un enemigo para su gente. Hubo una época en la que los soldados se agrupaban en torno a la hoguera de Richard Sharpe y buscaban su aprobación, pero ahora no.

Sharpe miró hacia el valle donde, bajo la ventisca del atardecer, creía haber visto el humo gris de las chimeneas de un pueblo. Ahora, a través de las lentes finamente pulidas, vio los edificios de piedra y el pequeño arco elevado de un campanario. Así pues, había un pueblo a unas pocas horas de marcha de distancia y, por pobre que fuera, tendría algunas provisiones almacenadas; habría grano y judías dentro de tarros sellados con cera y jamones colgando en las chimeneas. De repente la idea de la

comida le resultó dolorosa y abrumadora.

Movió el catalejo hacia la derecha, escudriñando el brillo deslumbrante de la nieve. Un árbol lleno de carámbanos apareció en la lente. Un movimiento repentino hizo que Sharpe detuviera el catalejo, pero no era más que un cuervo que batía las alas y cuya negrura resaltaba contra la blanca ladera. Detrás del cuervo había un revoltijo de huellas que mostraban el lugar donde algunos hombres se habían deslizado cuesta abajo hacia una zona muerta.

Sharpe miró fijamente. Las huellas eran recientes. ¿Por qué los piquetes no habían dado la alarma? Movié el catalejo para mirar la zanja poco profunda en la nieve que señalaba la línea del camino de cabras y vio que los piquetes no estaban. Maldijo en silencio. Los soldados ya se habían amotinado. ¡Malditos sean! Plegó los tubos del catalejo de golpe, se puso de pie y se dio la vuelta.

Al volverse vio al fusilero Harper en la entrada oeste de la casucha. Debía de haberse acercado con un sigilo felino, pues Sharpe no había oído nada.

—No vamos a ir al sur —dijo el irlandés con rotundidad. Pareció un tanto sobresaltado por el hecho de que Sharpe se hubiera movido tan de repente, pero su voz sonó implacable.

—Me importa un carajo lo que piense. Salga y prepárese.

—No.

Sharpe dejó el catalejo encima de la mochila que había en la repisa de la ventana de la casa en ruinas junto con su espada nueva y su rifle maltrecho. Afrontaba una decisión. Podía razonar y engatusar, persuadir y rogar, o podía ejercer la autoridad que le confería su rango. Tenía demasiado frío y estaba demasiado hambriento para adoptar la alternativa laboriosa, por lo que recurrió al rango.

—Está usted bajo arresto, fusilero.

Harper hizo caso omiso de sus palabras.

—No vamos a ir, señor, y no hay más que hablar.

—¡Sargento Williams! —gritó Sharpe a través de la puerta de la casucha que daba al granero. Los fusileros estaban de pie formando un semicírculo en torno a la tumba poco profunda que habían cavado en la nieve. Lo miraron y su inmovilidad fue la prueba de que aquella mañana Harper era su emisario y portavoz. Williams no se movió.

—¡Sargento Williams!

—No va a venir —afirmó Harper—. Es muy sencillo, señor. No vamos a ir hacia el sur. Iremos al norte, hacia la costa. Hablamos de ello, sí, y es allí a donde iremos. Usted puede venir o quedarse. A nosotros nos da lo mismo.

Sharpe permaneció inmóvil, disimulando el miedo que le producía escalofríos y le revolvía el estómago hambriento. Dirigirse al norte era acceder tácitamente al motín, lo reconocía, y al reconocerlo perdía hasta el último vestigio de autoridad. Sin

embargo, si insistía en dirigirse al sur estaría buscando que lo asesinaran.

—Iremos al sur.

—No lo entiende, señor.

—Oh, sí. Lo entiendo perfectamente. Ustedes han decidido ir al norte, pero están muertos de miedo de que pueda irme al sur yo solo y alcanzar la guarnición de Lisboa. Entonces informaría de su desobediencia y amotinamiento. Los pondrían junto a su propia tumba, Harper, y los fusilarían.

—Nunca conseguirá llegar al sur, señor.

—Lo que usted quiere decir, Harper, es que lo han enviado aquí para asegurarse de que no sobrevivo. Un oficial muerto no puede delatar un amotinamiento, ¿no es verdad?

Por la expresión del irlandés, Sharpe se dio cuenta de que sus palabras habían sido acertadas. Harper se movió intranquilo. Era un hombre enorme que superaba en diez centímetros el más de metro ochenta de estatura de Sharpe y su cuerpo ancho revelaba una fuerza arrolladora. Sin duda los demás fusileros estaban encantados de dejar que Harper les hiciera el trabajo sucio, y quizá fuera el único que tuviera agallas para hacerlo. O tal vez el odio que su nación sentía hacia los ingleses convertiría este asesinato en un placer.

—¿Y bien? —insistió Sharpe—. ¿Tengo razón?

Harper se humedeció los labios y llevó la mano a la empuñadura metálica de su bayoneta.

—Puede venir con nosotros, señor.

Sharpe dejó que el silencio se alargara y entonces, como si se rindiera a lo inevitable, asintió cansinamente con la cabeza.

—No parece que tenga elección, ¿no?

—No, señor. —La voz de Harper dejó traslucir el alivio de no tener que matar al oficial.

—Traiga esas cosas. —Sharpe señaló su mochila y sus armas con un gesto de la cabeza.

Harper, un tanto asombrado al recibir aquella orden en tono perentorio, se agachó, no obstante, a recoger la mochila. Todavía seguía agachado cuando comprendió que lo habían engañado. Harper empezó a darse la vuelta pero, antes de que pudiera protegerse, Sharpe le había propinado una patada en el vientre. Fue una patada fortísima que se hundió en la carne dura del fusilero y que Sharpe acompañó con un golpe con las dos manos que asestó en la nuca de Harper.

A Sharpe lo maravilló que el irlandés pudiera tenerse en pie siquiera. Cualquier otro hombre se hubiera quedado sin aliento y sin sentido, pero él no. Sacudió la cabeza como un jabalí acorralado, retrocedió con un tambaleo y luego consiguió enderezarse para recibir los siguientes golpes de Sharpe. El puño derecho del oficial

se estrelló contra el estómago del soldado grandote y luego siguió con el izquierdo.

Era como dar puñetazos contra madera de teca, pero los golpes le hacían daño a Harper. No el suficiente. El irlandés soltó un gruñido y se abalanzó sobre Sharpe, pero éste se agachó, le asestó otro golpe y la cabeza pareció estallarle como un disparo de cañón cuando un puño enorme le golpeó a un lado de la cabeza. Dio un topetazo y sintió que su cabeza se estrellaba en la cara del otro hombre, tras lo cual Sharpe se encontró con los brazos y el pecho atrapados en un abrazo capaz de partirle las costillas.

Sharpe alzó el pie derecho y le clavó el tacón en la espinilla a Harper. Debió de dolerle, pero el otro no aflojó y a Sharpe ya no le quedaban más armas que sus dientes. Le mordió la mejilla al irlandés y apretó los dientes, notó el sabor de la sangre, y el dolor bastó para obligar a Harper a soltar su fuerte abrazo para poder propinarle un golpe en la cabeza al oficial.

Sharpe fue más rápido. Se había criado en los suburbios, donde había aprendido todos los trucos del engaño y la brutalidad. Le pegó un puñetazo en la garganta a Harper y luego le hundió la bota en la entrepierna. A esas alturas cualquier hombre hubiera estado encogido de dolor, pero Harper se limitó a estremecerse y a continuación arremetió de nuevo con su fuerza arrolladora.

—¡Cabrón! —espetó Sharpe entre dientes, se agachó, hizo un amago y se lanzó hacia atrás de manera que rebotó en la pared ennegrecida y utilizó el impulso de su retroceso para clavar los puños cerrados en el vientre de su contrincante. Harper echó la cabeza hacia delante y Sharpe golpeó de nuevo; entonces, a través del remolino de luces que cruzaban delante de sus ojos, echó los puños hacia atrás y luego los lanzó contra el rostro del irlandés.

Harper no cedió. Devolvió los puñetazos, hizo sangrar a Sharpe por la nariz y los labios y lo hizo retroceder dando tumbos. Sharpe resbaló en la nieve, tropezó con un hombre tan rápido como él. Tampoco lo habían herido tanto desde hacía mucho tiempo y el gesto de sorpresa se convirtió en dolor cuando los puños de Sharpe le dieron en los ojos. Harper blandió la bayoneta, que utilizó para ahuyentar a su atacante, y Sharpe dejó que la hoja se le acercara. Notó que le rajaba el antebrazo, pero no hizo caso, y lanzó el puño hacia delante para romperle la nariz al irlandés. Le arañó los ojos a Harper intentando sacárselos de sus cuencas. El irlandés se zafó retorciéndose y Sharpe le propinó un empujón que le hizo perder el equilibrio de nuevo. El fuego le quemaba el brazo, el fuego de la sangre caliente que había hecho salir el acero, pero el dolor desapareció cuando Harper cayó.

Sharpe fue hacia él rápidamente. Le dio una patada, dos, aplastando la bota contra las costillas de aquel hombre, y luego agarró la bayoneta, cortándose los dedos, y clavó el tacón en la muñeca de Harper. Sharpe se hizo con el arma. Le dio la vuelta. Estaba jadeando y su aliento empañaba el aire gélido. La sangre que le salía de la

mano descendió por la hoja. Había más sangre en la nieve caída a través del tejado roto de la casucha y que había entrado por el hueco de las puertas.

El irlandés vio que tenía la muerte sobre él. Rodó en el suelo y volvió a lanzarse contra Sharpe con una piedra en la mano. Arremetió con la piedra, golpeó con ella la punta de la hoja que descendía y la sacudida le entumeció el brazo a Sharpe. Nunca había peleado con nadie que tuviera tanta fuerza, nunca. Intentó bajar de nuevo el arma, pero Harper había levantado la mano y Sharpe soltó un grito cuando la piedra le golpeó el estómago. Cayó contra la pared que tenía detrás, sosteniendo aún la bayoneta con la mano entumecida.

Vio que el rostro de Harper había cambiado. Hasta entonces el irlandés grandote se había mostrado tan desapasionado como un carnicero, pero ahora su semblante tenía una expresión enloquecida. Era el rostro de un hombre provocado por la furia de la batalla y Sharpe comprendió que, hasta aquel momento, Harper había sido renuente a hacer un trabajo necesario que de pronto se había convertido en una pasión. El irlandés habló por primera vez desde que empezó la pelea, pero lo hizo en gaélico, un idioma que Sharpe no entendía. Sólo entendió que las palabras eran un insulto que sería el treno de su muerte cuando Harper utilizara la piedra para machacarle la cabeza.

—Vamos, cabrón. —Sharpe se frotaba el brazo entumecido tratando de reanimarlo—. Escoria irlandesa. Condenado hijo de puta *paddy* de mierda. ¡Vamos!

Harper separó los labios ensangrentados dejando al descubierto los dientes también llenos de sangre. Lanzó un grito desafiante, arremetió y Sharpe utilizó el truco del *chasseur*. Cambió la hoja de la mano derecha a la izquierda y profirió su propio desafío. Se abalanzó.

Y entonces explotó el mundo.

Un ruido como el trueno del Juicio Final estalló en el oído de Sharpe y un foganazo de llamas chamuscó el aire cerca de su rostro con un calor repentino. Sharpe se encogió y oyó entonces el chasquido de una bala al rebotar en la pared de la casucha.

Sharpe pensó que alguno de los fusileros finalmente había hecho acopio de valor para ayudar a Harper. Desesperado como un animal acorralado, se volvió rápidamente con un gruñido, apartándose del hedor del humo de la pólvora, y entonces vio que el irlandés estaba tan asombrado como él. Harper seguía agarrando la piedra en su puño enorme y miraba fijamente al recién llegado que se hallaba de pie en la puerta decorada con molduras.

—Creía que habían venido a combatir a los franceses. —La voz sonó divertida, burlona, con tono de superioridad—. ¿O es que los británicos no tienen nada mejor que hacer que pelearse como ratas?

El que hablaba era un oficial de caballería con el uniforme escarlata de los

cazadores españoles, o más bien con los restos de dicho uniforme, puesto que estaba tan raído que podrían haber sido los andrajos de un mendigo. El galón dorado que ribeteaba el cuello amarillo de la casaca de aquel hombre había perdido el lustre y las anillas de suspensión de su espada estaban oxidadas. Las botas negras que le llegaban a medio muslo estaban rotas. Una capa de arpillera colgaba de sus hombros. Sus soldados, que eran los que habían dejado las marcas en la nieve y que en aquel momento formaban un cordón irregular al este de la granja, se hallaban en condiciones similares; pero Sharpe, con ojo de soldado, se fijó en que aquellos soldados de caballería españoles aún conservaban sus espadas y carabinas. El oficial bajó una pistola humeante de cañón corto que sostuvo pegada al costado.

—¿Quién demonios es usted? —Sharpe seguía esgrimiendo la bayoneta y estaba listo para arremeter. Lo cierto es que era como una rata acorralada; sangrante, salivosa y rabiosa.

—Soy el comandante Blas Vivar. —Vivar era un hombre de estatura mediana y gesto hosco. Al igual que sus hombres, parecía haber pasado las de Caín durante los últimos días; sin embargo, el agotamiento no impidió que su voz dejara traslucir su escarnio por lo que acababa de presenciar—. ¿Y usted quién es?

Sharpe tuvo que escupir antes de poder responder:

—Teniente Richard Sharpe, del 95.º. Los Rifles —añadió.

—¿Y él? —Vivar miró a Harper.

—Está arrestado —contestó Sharpe. Soltó la bayoneta y empujó a Harper en el pecho—. ¡Fuera! ¡Fuera! —Lo empujó a través de la puerta de la casucha y lo hizo salir hasta el lugar donde los demás casacas verdes esperaban en la nieve—. ¡Sargento Williams!

—¿Señor? —Williams se quedó boquiabierto al ver sus rostros ensangrentados—. ¿Señor?

—El fusilero Harper está bajo arresto mayor. —Sharpe le propinó un último empujón a Harper que lo hizo caer sobre la nieve y al volverse se encontró con la mirada burlona del español.

—Por lo visto tiene problemas, ¿eh, teniente? —El tono divertido de su voz intensificaba el desdén y la burla de Vivar.

Lo vergonzoso de aquella situación irritó a Sharpe, que al mismo tiempo se sintió herido por el tono del español.

—No es asunto suyo.

—Señor —lo reprendió el comandante Vivar.

—No es asunto suyo, señor.

Vivar se encogió de hombros.

—Esto es España, teniente. Me parece que lo que aquí ocurra es más asunto mío que suyo, ¿no? —Su inglés era excelente, y lo hablaba con una cortesía fría que

provocaba la testarudez de Sharpe.

Sin embargo, el inglés no podía evitar su obstinación.

—Lo único que queremos —Sharpe se limpió la sangre de la boca con la manga de su casaca verde oscuro— es salir de su jodido país.

Los ojos del español mostraron un atisbo de furia renovada.

—Creo que me complacerá verles marchar, teniente. Así pues, quizá sería mejor que los ayudara a hacerlo, ¿no cree?

Para bien o para mal, Sharpe había encontrado un aliado.

CAPÍTULO 3

—La derrota —dijo Blas Vivar— acaba con la disciplina. Enseñas a un ejército a marchar, a combatir y a obedecer órdenes. —Hizo hincapié en cada una de las virtudes con un movimiento descendente de la hoja de afeitar que salpicó de agua jabonosa el suelo de la cocina—. Pero —se encogió de hombros— la derrota acarrea la perdición.

Sharpe sabía que el español trataba de buscar excusas para el vergonzoso espectáculo que había tenido lugar en la granja abandonada. Era muy amable por su parte, pero Sharpe no estaba de humor para amabilidades y no supo qué responder.

—Además, esa granja trae mala suerte. —Vivar se volvió de nuevo hacia el fragmento de espejo que había apoyado en la repisa de la ventana—. Siempre ha sido así. En la época de mi abuelo tuvo lugar un asesinato. Por una mujer, naturalmente. Y en la época de mi padre hubo un suicidio. —Hizo la señal de la cruz con la navaja y a continuación se rasuró cuidadosamente el ángulo de la mandíbula—. Esa granja está embrujada, teniente. De noche se ven fantasmas. Es un lugar malo. Tiene suerte de que los encontrara. ¿Quiere utilizar la navaja?

—Ya tengo la mía.

Vivar secó la hoja de afeitar y la guardó con el espejo en su estuche de cuero. Entonces observó a Sharpe con aire pensativo mientras éste se servía un plato de las alubias con oreja de cerdo que el sacerdote del pueblo les había dado para cenar.

—¿Cree usted que —preguntó Vivar en voz baja—, tras la escaramuza, los dragones siguieron a su ejército?

—No lo vi.

—Esperemos que lo hicieran. —Vivar se sirvió también un poco del guiso—. Quizá crean que me he unido a la retirada británica, ¿no?

—Quizá. —Sharpe se preguntó por qué Vivar estaba tan interesado en los dragones franceses comandados por un *chasseur* de casaca roja y un civil de chaqueta negra. Había interrogado a Sharpe con avidez sobre todos los detalles del combate junto al puente, pero lo que más interesaba al español era saber qué dirección habían tomado los jinetes enemigos tras la lucha, una pregunta a la que Sharpe sólo pudo contribuir con su suposición de que los dragones habían cabalgado en pos del ejército de sir John Moore.

—Si está en lo cierto, teniente —Vivar alzó una taza de vino para brindar con ironía—, es la mejor noticia que he recibido en dos semanas.

—¿Por qué le están persiguiendo?

—No me persiguen a mí —respondió Vivar—. Persiguen a cualquiera que lleve uniforme, a cualquiera. Hace unos días encontraron mi rastro por casualidad. Quiero estar seguro de que no estarán esperando en el próximo valle. —Vivar explicó a

Sharpe que se dirigía hacia el oeste, pero que, al verse obligado a cruzar las tierras altas, había perdido todos sus caballos y muchos hombres. Lo que los había llevado a ese pequeño pueblo había sido la apremiante necesidad de comer y guarecerse.

Les habían proporcionado comida de buen grado. Cuando los soldados entraron en aquel pequeño asentamiento, Sharpe había notado lo mucho que se alegraban los habitantes de ver al comandante Blas Vivar. Algunos hombres incluso habían querido besarle la mano al comandante, en tanto que el cura del pueblo, que salió apresuradamente de su casa, había ordenado a las mujeres que encendieran los hornos y echaran mano de sus reservas del invierno. Los vecinos del lugar habían brindado una calurosa bienvenida a los soldados, tanto a los españoles como a los británicos.

—Mi padre —explicó entonces Vivar a Sharpe— era un señor en estas montañas.

—¿Eso significa que usted es noble?

—Soy el hijo menor. Ahora el conde es mi hermano. —Vivar se santiguó al mencionar a su hermano, una señal que Sharpe interpretó como muestra de respeto—. Yo soy un hidalgo, por supuesto —siguió diciendo—, por eso esta gente me llama don Blas.

Sharpe se encogió de hombros.

—¿Un hidalgo?

Vivar disimuló con educación su sorpresa ante la ignorancia de Sharpe.

—Un hidalgo, teniente, es un hombre que desciende de los antiguos cristianos de España. De puro linaje, se entiende, sin rastro de sangre mora o judía. Yo soy un hidalgo. —El sencillo orgullo con que lo dijo hizo aún más impresionante la afirmación—. ¿Y su padre? ¿Él también es un noble?

—Yo no sé quién es mi padre, o quién fue.

—No sabe... —La primera reacción de Vivar fue de curiosidad, pero la implicación de bastardía le obligó a dejar el tema. Estaba claro que Sharpe había caído aún más bajo en la opinión del español. El comandante miró por la ventana y observó el día que se apagaba—. Dígame, ¿qué va a hacer ahora, teniente?

—Voy a dirigirme al sur. A Lisboa.

—¿Para embarcar de regreso a casa?

Sharpe hizo caso omiso del dejo despectivo que insinuaba que escapaba de la lucha.

—Para embarcar de regreso a casa, sí —confirmó.

—¿Tiene un mapa?

—No.

Vivar partió un pedazo de pan para rebañar la salsa del plato.

—Se encontrará con que no hay carreteras hacia el sur en estas montañas.

—¿Ninguna?

—Ninguna que sea transitable en invierno, y mucho menos en un invierno como

éste. Tendrá que dirigirse al este hasta Astorga o al oeste hacia el mar para encontrar una ruta abierta hacia el sur.

—¿Los franceses están al este?

—Los franceses están por todas partes. —Vivar se recostó en su asiento y miró fijamente a Sharpe—. Yo voy a ir hacia el oeste. ¿Quiere venir conmigo?

Sharpe sabía que sus posibilidades de sobrevivir en aquel territorio desconocido eran escasas. No tenía mapa, no hablaba español y contaba únicamente con una vaga noción de la geografía del país, pero no tenía ningún deseo de aliarse con aquel aristócrata español que había sido testigo de su deshonra. No podía haber una acusación más condenatoria del fracaso de un oficial en el ejercicio del mando que lo encontraran peleándose con uno de sus propios soldados, y la sensación de vergüenza le hizo dudar.

—¿O acaso está tentado de rendirse? —preguntó Vivar con aspereza.

—Eso nunca. —La respuesta de Sharpe fue igualmente áspera.

El tono de su voz, tan inesperadamente firme, hizo sonreír al español. Vivar volvió a mirar por la ventana.

—Nos iremos dentro de una hora, teniente. Esta noche cruzaremos la carretera y eso debe hacerse en la oscuridad. —Miró nuevamente al inglés—. ¿Se pone a mis órdenes?

Y Sharpe, que en realidad no tenía otra alternativa, asintió.

Lo que de verdad irritó a Sharpe fue que sus fusileros aceptaran de inmediato el liderazgo de Vivar. Aquel mismo atardecer, formados en la nieve pisoteada frente a la diminuta iglesia, los casacas verdes escucharon las explicaciones del español. Vivar dijo que era una estupidez dirigirse al norte porque el enemigo estaba marchando para proteger los puertos costeros. También era una insensatez intentar reunirse con el ejército británico que se retiraba, puesto que ello implicaba tener que ir pisándoles los talones a los franceses, con lo que el enemigo sólo tendría que darse la vuelta para hacerlos prisioneros. La mejor ruta era hacia el sur, pero primero sería necesario marchar en dirección oeste. Sharpe observó los rostros de los fusileros y cuando éstos asintieron de buen grado en señal de comprensión, por un segundo los odió.

Así pues, según había dicho Vivar, aquella misma noche tenían que cruzar la carretera por la que avanzaba el grueso del ejército francés. Él no creía que la ruta estuviera guarnecida, pero los fusileros tenían que estar preparados para un breve combate. Sabía que combatirían bien. ¿Acaso no eran los tan cacareados casacas verdes británicos? Estaba orgulloso de luchar a su lado. Sharpe vio sonreír ampliamente a los fusileros. También vio que Vivar poseía el trato de gentes propio

de un oficial nato y por un segundo también odió al español.

El fusilero Harper no se contaba entre las filas. El irlandés estaba arrestado y, por orden de Sharpe, llevaba las muñecas atadas y sujetas con un trozo de cuerda a la cola de una mula que el comandante había requisado a uno de los habitantes del pueblo. La mula cargaba con un gran baúl cuadrado envuelto en un trozo de encerado y vigilado por cuatro españoles de Vivar que al mismo tiempo, por defecto, hacían de guardias del prisionero.

—¿Es irlandés? —preguntó Vivar a Sharpe.

—Sí.

—Me gustan los irlandeses. ¿Qué hará con él?

—No lo sé. —A Sharpe le hubiese gustado pegarle un tiro a Harper allí mismo, pero con ello la animosidad de los demás fusileros se hubiera convertido en puro odio. Además, burlar el meticuloso proceso disciplinario del ejército y ejecutarlo sin pensárselo dos veces hubiera significado una demostración de desprecio por la autoridad tan grande como por la que Harper había sido castigado.

—¿No marcharíamos más rápido si fuera desatado? —preguntó Vivar.

—¿Y animarlo a que deserte y se vaya con los franceses?

—La disciplina de sus soldados es asunto suyo —dijo Vivar con delicadeza, dando a entender que creía que Sharpe no había sabido llevar el asunto.

Sharpe fingió hacer caso omiso de su desaprobación. Sabía que el español lo despreciaba, pues hasta entonces Vivar no había visto más que incompetencia por parte de Sharpe, una incompetencia que aún parecía peor comparada con la fácil autoridad de ese hombre. Vivar no solamente había rescatado a los soldados británicos de su precario refugio en la vieja granja, sino que además los había rescatado de su oficial, y todos los fusileros de la improvisada compañía lo sabían.

Sharpe permaneció solo mientras las tropas formaban por compañías para la marcha. Los españoles irían en cabeza, después la mula con su carga en forma de arcón y los fusileros cerrarían la marcha. Sharpe sabía que debía decirles algo a sus hombres, que debía animarles o inspeccionar su equipo, hacer cualquier cosa que impusiera su mando, pero no podía afrontar sus miradas burlonas y se mantuvo alejado de ellos.

El comandante Vivar, al parecer ajeno al sufrimiento de Sharpe, se acercó al cura del pueblo y se arrodilló en la nieve para que le diera la bendición. Después aceptó un pequeño objeto que le entregó el sacerdote, pero Sharpe no sabía qué era.

La noche era muy fría. La fina nevada había cesado al atardecer y las nubes se disiparon lentamente en el cielo del este para revelar el fulgor gélido de las estrellas. Un viento intermitente atizaba la nieve caída creando formas etéreas y fantásticas que se ondulaban relucientes sobre el camino por el que los hombres avanzaban pesadamente como animales conducidos al matadero. Llevaban los rostros envueltos

con trapos para protegerse del frío implacable y las mochilas les rozaban los hombros hasta dejárselos en carne viva; sin embargo, el comandante Vivar parecía estar imbuido de una energía inagotable. Iba de un extremo a otro de la columna, animando a los soldados en español e inglés, diciéndoles que eran los mejores del mundo. Su entusiasmo era contagioso, lo cual suscitó una renuente admiración en Richard Sharpe, que vio que los soldados de caballería de uniforme escarlata prácticamente adoraban a su oficial.

—Son gallegos. —Vivar señaló a sus cazadores.

—¿Habitantes de la región? —preguntó Sharpe.

—Los mejores de España. —Su orgullo resultaba evidente—. En Madrid se burlan de nosotros, teniente. Dicen que los gallegos somos unos paletos, pero antes prefiero dirigir a un solo paleta a la batalla que a diez hombres de la ciudad.

—Yo soy de ciudad —comentó Sharpe con hosquedad. Vivar se rió pero no dijo nada.

A medianoche cruzaron la carretera que conducía al mar y encontraron pruebas de que los franceses habían pasado por allí. Los cañones habían formado unas profundas rodadas, ahora endurecidas por el hielo, en la superficie embarrada del camino. Unos montículos blancos a ambos lados mostraban los lugares en los que se habían dejado los cadáveres sin enterrar. No había enemigo a la vista y en el valle no se distinguían las luces de ningún pueblo o ciudad, por lo que los soldados estaban solos en una inmensidad de frío blanco.

Al cabo de una hora llegaron a un río en cuyas riberas crecían unos pequeños robles solitarios de espeso follaje. Vivar reconoció el terreno hacia el este hasta que encontró un lugar donde el agua helada corría con poca profundidad sobre la grava y entre unas rocas que ofrecían una especie de pasadera para los soldados cansados; pero, antes de permitir que nadie intentara cruzar, sacó un frasco pequeño de su bolsa. Lo descorchó y roció el río con un poco de su contenido.

—Ahora ya es seguro.

—¿Seguro? —Sharpe estaba intrigado.

—Es agua bendita, teniente. Me la dio el cura del pueblo. —Vivar pareció considerar que la explicación bastaba, pero Sharpe quiso saber más.

—Es por las xanas, por supuesto —dijo el español, que se dio la vuelta y le ordenó a su sargento que encabezara la marcha.

—¿Las xanas? —Sharpe se atrancó con la extraña palabra.

—Espíritus del agua. —Vivar hablaba completamente en serio—. Viven en todos los ríos, teniente, y pueden ser maliciosas si no las ahuyentamos. Podrían hacer que nos extraviemos.

—¿Fantasmas? —Sharpe no pudo ocultar su asombro.

—No. Un fantasma, teniente, es una criatura que no puede escapar de la tierra. Un

fantasma es un alma atormentada, alguien que vivió y que ofendió los Santos Sacramentos. Una xana, en cambio, no es humana. Una xana es... —se encogió de hombros— ¿una criatura? Como una nutria o una rata de agua. Es algo que vive en el río. Seguro que en Inglaterra también las hay, ¿no?

—No, que yo sepa.

Vivar puso cara de consternación y acto seguido se santiguó.

—¿Quiere cruzar ahora?

Sharpe atravesó la rápida corriente del río, a salvo de duendecillos maliciosos, y observó cómo sus fusileros hacían lo mismo. Ellos evitaron mirarle. El sargento Williams, que llevaba la mochila de uno de los heridos, prefirió hundirse más en el agua antes que alcanzar la orilla por el lugar donde estaba el oficial.

Empujaron a la mula para que cruzara y Sharpe se fijó en el cuidado con que los soldados vigilaban el baúl cubierto de tela encerada. Sharpe imaginaba que contendría la ropa y las pertenencias del comandante Vivar. Harper, que seguía atado a la mula de carga, escupió en dirección a Sharpe, pero éste optó por hacer caso omiso de su gesto.

—Ahora subiremos —anunció Vivar con un dejo de satisfacción, como si se alegrara de las dificultades que se avecinaban.

Subieron penosamente por la empinada pendiente de un valle donde el hielo barnizaba las rocas y la nieve goteaba de los árboles sobre sus cabezas. El viento arreció y el cielo volvió a encapotarse.

Empezó a caer aguanieve. El viento aullaba en torno a sus oídos tapados. Los hombres sollozaban por el sufrimiento y el esfuerzo, pero Vivar conseguía que siguieran avanzando.

—¡Arriba! ¡Arriba! ¿Adónde no puede llegar la caballería, eh? ¡Sigán! ¡Más alto! ¡Vamos a ver a los ángeles! ¿Qué le pasa, Marcos? ¡Su padre hubiera subido esta cuesta bailando aun doblándole la edad! ¿Quiere que los ingleses crean que un español no tiene fortaleza física? ¡Debería darle vergüenza! ¡Suba!

Al amanecer habían llegado a una ensillada en las montañas. Vivar condujo a los soldados exhaustos a una cueva oculta junto a unos laureles cubiertos de hielo.

—Aquí maté a un oso —le contó a Sharpe con orgullo—. Tenía doce años y mi padre me envió solo a cazar un oso. —Rompió una rama y se la lanzó a los hombres que estaban haciendo una hoguera—. Eso fue hace veinte años. —Lo dijo con cierto asombro de que hubiera pasado tanto tiempo.

Sharpe cayó en la cuenta de que Vivar tenía exactamente su misma edad, pero que, al provenir de la nobleza, ya era comandante, en tanto que él venía de los bajos fondos y el hecho de ser teniente se debía a una peripecia del destino. Dudaba que volvieran a ascenderlo más, y en vista de lo mal que había manejado a esos casacas verdes, tampoco creía que se lo mereciera.

Vivar observó mientras bajaban el baúl de lomos de la mula y lo llevaban a la entrada de la cueva. Se sentó a su lado y apoyó un brazo protector sobre su superficie convexa, y Sharpe vio que el hombre trataba aquel arcón de un modo casi reverente. Sharpe pensó que seguramente nadie que hubiese soportado el infierno helado por el que había pasado Vivar se preocuparía tanto por proteger un baúl que sólo contuviera ropa.

—¿Qué hay dentro? —preguntó Sharpe.

—Son sólo documentos. —Vivar contempló el amanecer que se iba imponiendo poco a poco—. La guerra moderna genera muchos papeles, ¿verdad?

No era una pregunta que requiriera una respuesta, sino más bien un comentario para evitar que siguiera inquiriendo. Sharpe no preguntó nada más.

Vivar se quitó el bicornio y con cuidado sacó de él un puro a medio fumar que había guardado en la faja interior. Se encogió de hombros con aire de disculpa por no tener ningún otro cigarro que ofrecer a Sharpe y lo encendió con una llama de su yesquera. El olor acre del tabaco hirió el olfato de Sharpe.

—Lo guardé para cuando estuviera cerca de casa —dijo Vivar.

—¿Está muy cerca?

Vivar hizo un movimiento con el cigarro que abarcó todo lo que veían.

—Mi padre era señor de todas estas tierras.

—¿Vamos a ir a su casa?

—Primero espero llevarle sano y salvo hasta su ruta hacia el sur.

Sharpe, a quien le picaba la curiosidad que los pobres tienen sobre los ricos altaneros, se sintió extrañamente decepcionado.

—¿Es una casa grande?

—¿Cuál de ellas? —preguntó Vivar con sequedad—. Hay tres, todas grandes. Una es un castillo abandonado, otra está en la ciudad de Orense y la otra en el campo. Todas ellas pertenecen a mi hermano, pero Tomás nunca ha amado Galicia. Él prefiere vivir allí donde hay reyes y cortesanos de manera que, aunque a él no le haga ninguna gracia, puede decirse que son mías.

—Tiene usted suerte —comentó Sharpe agriamente.

—¿Por vivir en una casa grande? —Vivar meneó la cabeza—. Puede que su casa sea más humilde, teniendo, pero al menos usted puede decir que es suya de verdad. La mía está en un país ocupado por los franceses. —Miró al fusilero Harper que, todavía atado a la cola de la mula, estaba encorvado en la nieve húmeda—. Igual que la de ese hombre está en un país ocupado por los ingleses.

El resentimiento de la acusación sorprendió a Sharpe, quien empezaba a admirar al español y quedó desconcertado al percibir semejante hostilidad repentina. Quizás el propio Vivar creyera que había hablado con demasiada aspereza, porque le brindó a Sharpe un encogimiento de hombros atribulado.

—Debe entender que la madre de mi esposa era irlandesa. Su familia se estableció aquí para escapar de la persecución inglesa.

—¿Así es como aprendió el idioma?

—Así y con buenos profesores. —Vivar dio una chupada al cigarro. Un poco de nieve reblandecida por el fuego de la cueva se deslizó desde el borde de la roca—. Mi padre creía que teníamos que hablar el idioma del enemigo —dijo con irónico regocijo—. Resulta extraño que ahora usted y yo estemos combatiendo en el mismo bando, ¿no le parece? Me educaron en la creencia de que los ingleses son unos bárbaros infieles, enemigos de Dios y de la verdadera fe, y ahora debo convencerme de que son nuestros amigos.

—Al menos tenemos los mismos enemigos —repuso Sharpe.

—Quizás ésta sea una descripción más exacta —coincidió él.

Los dos oficiales permanecieron sentados en incómodo silencio. El humo del cigarro de Vivar formaba volutas encima de la nieve y desaparecían en el brumoso amanecer. Sharpe, que tenía la sensación de que el silencio se hacía eterno, preguntó si la esposa del comandante estaba esperándole en alguna de esas tres casas.

Vivar tardó un momento en responder, y cuando lo hizo su voz sonó tan sombría como la campiña que contemplaban.

—Mi esposa murió hace siete años. Yo estaba de servicio de acuartelamiento en Florida y la fiebre amarilla se la llevó.

Al igual que la mayoría de personas a quienes se hace partícipe de semejante revelación, Sharpe no tenía ni la más mínima idea de cómo reaccionar.

—Lo siento —dijo con torpeza.

—Murió —continuó diciendo Vivar de manera implacable—, igual que mis dos hijos pequeños. Tenía la esperanza de que mi hijo volviera aquí para matar su primer oso, como hice yo, pero Dios lo quiso de otro modo. —Se hizo otro silencio, aún más incómodo que el primero—. ¿Y usted, teniente? ¿Está casado?

—No puedo permitírmelo.

—Pues búsquese una esposa rica —dijo Vivar con cruda sinceridad.

—Ninguna mujer rica me querría —replicó Sharpe, que al ver la perplejidad en el rostro del español, se explicó—: no nací en la familia adecuada, comandante. Mi madre era prostituta. Era lo que ustedes llaman una puta.

—Conozco la palabra, teniente. —Si bien el tono de voz de Vivar era desapasionado, no podía ocultar su desagrado—. No sé si creerle —acabó diciendo.

A Sharpe le enfureció aquella imputación de falsedad.

—¿Por qué demonios tendría que importarme lo que usted creyera?

—Supongo que no le importa. —Vivar envolvió y guardó cuidadosamente lo que le quedaba del puro y se recostó contra el baúl—. Ahora vigile usted, teniente, yo voy a dormir una hora. —Se colocó el sombrero inclinado sobre los ojos y Sharpe vio el

ramito de romero empapado prendido en su copa. Todos los hombres de Vivar llevaban el ramito de romero y Sharpe se figuró que sería una tradición del regimiento.

Por debajo de donde ellos estaban, el irlandés se movió. Sharpe deseó que el frío estuviera helando a Harper hasta la médula. Esperó que la nariz rota, oculta bajo un pañuelo blanqueado de nieve, le doliera horriblemente. Harper, como si intuyera estos pensamientos malévolos, se volvió a mirar al oficial y sus ojos, bajo unas cejas heladas, le dijeron a Sharpe que mientras Harper viviera, y mientras las noches fueran oscuras, debería tener cuidado.

Dos horas después del alba la aguanieve se convirtió en una lluvia persistente que formaba regatos en la nieve, goteaba de los árboles y transformó el radiante entorno en un lugar sucio y gris de frío sufrimiento. Volvieron a cargar el arcón en la mula y los centinelas se apostaron en sus flancos. Harper, a quien al final habían permitido guarecerse en la cueva, fue atado nuevamente a la cola del animal.

La ruta que debían tomar transcurría ladera abajo. Siguieron el lecho de un río que caía hasta el fondo de un valle tan enorme que hacía que el centenar de soldados parecieran unas insignificantes motas oscuras. Frente a ellos había otro valle, más vasto y profundo aún, que se extendía de lado a lado del primero. Era un espacio inmenso de viento y aguanieve.

—Cruzaremos ese valle —explicó Vivar—, treparemos por las montañas del otro lado y luego bajaremos al camino del peregrino, que hacia el oeste les conducirá a la carretera de la costa.

No obstante, los dos oficiales utilizaron sus catalejos para escudriñar el amplio valle. No se veía ningún jinete por los alrededores; en realidad no había criatura viviente que rompiera la gris monotonía del paisaje.

—¿Qué es eso del camino del peregrino? —preguntó Sharpe.

—El camino que va a Santiago de Compostela. Habrá oído hablar de él, ¿no?

—Nunca.

Vivar estaba claramente molesto por la ignorancia del inglés.

—¿Ha oído hablar de san Jaime?

—Supongo que sí.

—Era un apóstol, teniente, y está enterrado en Santiago de Compostela. Santiago es su nombre. Es el santo patrono de España y antiguamente visitaban su santuario miles y miles de cristianos. No solamente españoles, sino devotos de toda la Cristiandad.

—¿Antiguamente? —preguntó Sharpe.

—Siguen visitándolo algunas personas, pero el mundo ya no es lo que era. El diablo acecha en el extranjero, teniente.

Vadearon un arroyo y Sharpe se fijó en que en aquella ocasión Vivar no tomó precauciones contra los espíritus del agua. Le preguntó por qué y el español le explicó que las xanas sólo causaban problemas por la noche.

Sharpe se mofó de aquella afirmación.

—Yo he cruzado miles de ríos por la noche y nunca he tenido ningún problema.

—¿Cómo lo sabe? ¡Quizás haya tomado miles de caminos erróneos! ¡Es usted como un ciego describiendo el color!

Sharpe percibió el enojo en la voz del español, pero no quiso echarse atrás.

—Quizá sólo tienes problemas si crees en los espíritus. Yo no creo.

Vivar escupió a izquierda y derecha para conjurar el mal.

—¿Sabe usted qué decía Voltaire de los ingleses?

Sharpe ni siquiera sabía quién era Voltaire, pero un soldado que ha ascendido de la tropa al comedor de oficiales se convierte en un experto en ocultar su ignorancia.

—Estoy seguro de que nos admiraba.

Vivar se burló de su respuesta.

—Decía que los ingleses son un pueblo sin Dios. Creo que es cierto. ¿Cree usted en Dios, teniente?

Sharpe notó la intensidad de la pregunta, pero no pudo igualarla con una respuesta interesante.

—No pienso en esas cosas.

—¿No piensa en esas cosas? —Vivar estaba horrorizado.

Sharpe se molestó.

—¡Diantre! ¿Y por qué tendría que hacerlo?

—Porque sin Dios no hay nada. ¡Nada, nada, nada! —El repentino arranque de ira del español fue furioso—. ¡Nada! —gritó nuevamente la palabra, y dejó pasmados a los exhaustos soldados, que se dieron la vuelta rápidamente para ver qué había provocado semejante arrebato.

Los dos oficiales caminaron en un silencio embarazoso, rompiendo un campo de nieve intacto con sus botas. La lluvia picaba la nieve, que amarilleaba derritiéndose en las zanjas. A poco más de tres kilómetros a la derecha había un pueblo, pero Vivar tenía prisa y no quería desviarse. Atravesaron un claro entre los árboles y Sharpe se preguntó por qué al español no se le había ocurrido mandar piquetes por delante de los soldados, pero supuso que Vivar debía de tener la seguridad de que los franceses todavía no se habían adentrado tan lejos de las vías principales. No quiso mencionarlo, pues la atmósfera entre los dos ya era bastante tensa.

Cruzaron el valle más amplio y empezaron otra vez a subir. Vivar utilizaba caminos que conocía desde niño, senderos que subían desde los campos helados hasta

un camino de montaña traicionero que zigzagueaba peligrosamente por la cuesta empinada. Pasaron junto a una ermita situada al borde del camino y allí Vivar se santiguó. Sus hombres lo imitaron, así como los irlandeses que se contaban entre los casacas verdes de Sharpe. Eran quince; quince alborotadores que odiarían a Sharpe por el asunto del fusilero Harper.

El sargento Williams debía de haber pensado algo parecido, porque alcanzó a Sharpe y, con expresión avergonzada, acomodó su paso al de él.

—No fue culpa de Harps, señor.

—¿El qué?

—Lo que ocurrió ayer, señor.

Sharpe sabía que el sargento intentaba hacer las paces, pero la vergüenza que le provocó su pérdida de dignidad le hizo responder con aspereza:

—¿Quiere decir que estaban todos de acuerdo?

—Sí, señor.

—¿Estaban todos de acuerdo en asesinar a un oficial? Williams rehuyó la acusación.

—La cosa no fue así, señor.

—¡No me diga cómo fue, hijo de puta! Si estaban todos de acuerdo, sargento, todos ustedes merecen ser azotados, aunque ninguno tuviera agallas de ayudar a Harper.

A Williams no le gustó que lo acusara de cobarde.

—Harps insistió en hacerlo solo, señor. Dijo que tenía que ser una pelea justa.

Sharpe estaba demasiado enojado para que esta curiosa revelación del honor de un amotinado le afectara.

—¿Acaso quiere que llore por él? —Sabía que había manejado mal a esos hombres, terriblemente mal, pero no sabía de qué otra forma podía haberse comportado. Quizás el capitán Murray tenía razón. Quizá los oficiales nacían para mandar, quizás hacía falta ser un privilegiado para tener la autoridad natural de Vivar, y el resentimiento de Sharpe hizo que espetara a los casacas verdes que pasaron junto a él arrastrando los pies por el camino mojado—: ¡No se queden atrás! ¡Son soldados, maldita sea, no unos relamidos niños del coro! ¡Hagan el jodido favor de levantar los pies! ¡Muévanse!

Se movieron. Uno de los casacas verdes masculló una voz de mando y los demás amoldaron el paso, se echaron las armas al hombro y empezaron a marchar como solo podía hacerlo la Infantería Ligera. Le estaban demostrando al teniente que seguían siendo los mejores. Le estaban mostrando el escarnio que les suscitaba haciendo gala de su competencia y el comandante Vivar recuperó el buen humor con aquella arrogante demostración. Al ver que sus hombres se dispersaban al paso de los casacas verdes, les gritó que aflojaran el ritmo y volvieran a ocupar su lugar a la cola de la

columna. Todavía se estaba riendo cuando Sharpe lo alcanzó.

—Parecía usted un sargento, teniente —comentó Vivar.

—Antes era sargento. Fui el mejor sargento de todo el jodido ejército.

El español estaba asombrado.

—¿Fue sargento?

—¿Cree usted que al hijo de una puta iban a permitirle alistarse como oficial? Fui sargento, y antes de eso fui soldado.

Vivar se quedó mirando fijamente al inglés como si de repente le hubieran salido cuernos.

—No sabía que en su ejército se ascendiera desde la tropa. —El enojo que le había causado Sharpe hacía más o menos una hora se evaporó dando paso a una curiosidad fascinada.

—No es habitual. Pero los hombres como yo no llegan a ser verdaderos oficiales. Es una recompensa, ¿sabe?, por ser un idiota. Por ser estúpidamente valiente. Y luego nos nombran instructores o intendentes. Creen que podemos desempeñar estas tareas. No nos permiten ejercer el mando en combate. —La amargura de Sharpe era ostensible en aquella fría mañana, y supuso que si estaba haciendo esa confesión autocompasiva era porque con ella explicaba sus fracasos a ese competente oficial español—. Piensan que nos damos a la bebida, y tal vez lo hacemos. De este modo, ¿quién quiere ser oficial?

Pero a Vivar no le interesaban las tribulaciones de Sharpe.

—Entonces, ¿ha participado en muchos combates?

—En la India. Y en Portugal, el año pasado.

La opinión que Vivar tenía de Sharpe estaba cambiando. Hasta entonces había considerado al inglés un teniente avejentado sin éxito que no había conseguido comprar ni ganar un ascenso. Ahora se daba cuenta de que el ascenso de Sharpe había sido extraordinario, algo que un soldado corriente no osaba ni soñar.

—¿Le gusta combatir?

A Sharpe le pareció una pregunta curiosa, pero la respondió lo mejor que pudo:

—No sé hacer otra cosa.

—Entonces creo que será un buen oficial, teniente. Habrá muchos combates antes de que Napoleón acabe ardiendo en el infierno.

Siguieron ascendiendo durante otro kilómetro y medio más hasta que la pendiente se allanó y los soldados avanzaron por entre unas rocas inmensas que se alzaban encima del camino. Vivar, que había recuperado la simpatía, le contó a Sharpe que en aquel lugar elevado donde anidaban las águilas había tenido lugar una batalla. Los moros habían utilizado aquel mismo camino y los arqueros cristianos les habían tendido una emboscada desde las rocas de ambos lados.

—Los hicimos retroceder y el camino mismo hedía a su sangre. —Vivar

contemplaba aquellos riscos descollados como si en la piedra siguieran resonando los gritos de los paganos moribundos—. De eso debe de hacer unos novecientos años. — Lo dijo como si hubiera ocurrido ayer y él mismo hubiera llevado una espada en la lucha—. Todos los años los habitantes del pueblo celebran una misa para recordar el acontecimiento.

—¿Aquí hay un pueblo?

—A un kilómetro y medio aproximadamente siguiendo el desfiladero. Podemos descansar allí.

Sharpe se dio cuenta de que el cañón era un magnífico emplazamiento para una emboscada. Las fuerzas cristianas, ocultas en las altas rocas, habrían tenido una vista de águila del camino y habrían observado cada paso del ascenso de los moros al desfiladero, hacia las flechas mortíferas.

—¿Y cómo sabe que los franceses no nos están esperando? —Envalentonado por la renovada afabilidad de Vivar, Sharpe planteó la pregunta que antes le había preocupado—. No tenemos piquetes.

—Porque los franceses no se han adentrado tanto en España —respondió Vivar con seguridad—, y, si lo hubieran hecho, los habitantes del pueblo habrían difundido la advertencia por todos los caminos, y aunque no nos hubieran encontrado para advertimos, habríamos oído los caballos franceses. —Los franceses, siempre descuidados con su caballería, los montaban hasta que las llagas de la silla y la grupera se podían oler a casi un kilómetro de distancia—. Llegará un día —añadió Vivar alegremente— en que los franceses azotarán a su último caballo hasta matarlo y nosotros marcharemos sobre ese repugnante país. —La idea le proporcionó una energía renovada y se dio la vuelta hacia los soldados que marchaban—: ¡Ya no queda mucho para que puedan descansar!

En ese instante, desde lo alto del desfiladero donde los moros habían sido víctimas de una emboscada, y desde donde el sendero descendía hacia el camino del peregrino por delante de Sharpe, los franceses abrieron fuego.

CAPÍTULO 4

Sharpe vio que Vivar se tiraba al suelo a la derecha del camino y él se arrojó hacia el lado izquierdo. La espada grande que llevaba Sharpe, con la que todavía no estaba familiarizado, golpeó contra una roca, pero luego se llevó el rifle al hombro y arrancó el retazo de trapo que evitaba que la lluvia mojara la pólvora de la cazoleta del arma. Una bala francesa hizo un boquete en la nieve a unos dos centímetros a su derecha y otra alcanzó con un chasquido feroz la pared de piedra que se alzaba sobre él. Un hombre gritó por detrás de Sharpe.

Dragones. Eran los malditos dragones. Casacas verdes con vueltas rosadas. No había caballos. Eran dragones desmontados con carabinas cortas. Sharpe se recuperó de su asombro ante la emboscada e intentó sacar algo en claro de aquel caos de miedo y ruido que había surgido en medio del frío del invierno. Vio unas bocanadas de humo gris que, sucias como la nieve que se derretía, formaban un arco frente a él. Los franceses habían tendido una baja barricada de piedras de un lado a otro del camino a unos sesenta pasos de la entrada del cañón. Era una distancia considerable para las carabinas francesas, pero eso no importaba. Los Dragones desmontados que se alineaban en los picos de los inmensos y abruptos precipicios a ambos lados del desfiladero eran los que estaban causando el daño.

Sharpe rodó en el suelo. Una bala se hundió en la nieve allí donde un segundo antes había estado su cabeza. Veía a los dragones de pie al borde del abismo, disparando hacia abajo, contra la trampa mortal que era el camino donde, hacía novecientos años, los moros habían sido masacrados.

Los hombres de Vivar se habían dispersado. Estaban agachados al pie de las rocas y disparaban hacia arriba. Vivar les gritaba diciéndoles que formaran en línea para avanzar. Su intención era atacar a los soldados que bloqueaban el camino. El instinto le dijo a Sharpe que los franceses habían previsto dicho movimiento, motivo por el cual no habían construido su barricada en el desfiladero sino más allá. Querían atraer a las víctimas de su emboscada hacia la meseta y sólo podía haber una razón para ello. Los franceses tenían caballería a la espera, caballería con largas espadas rectas que harían una carnicería con la infantería desprotegida.

En el preciso instante en que se dio cuenta de ello, Sharpe también se percató de que estaba actuando como un fusilero, no como un oficial. Se había refugiado, estaba buscando un objetivo y no sabía qué estaban haciendo sus hombres detrás en el desfiladero. No es que tuviera ningún deseo de volver a meterse en esa trampa de rocas y balas, pero tal era el deber de un oficial, por lo que se levantó y echó a correr.

Se abrió paso a empujones entre los españoles allí congregados, vio que la mula estaba tendida en el suelo coceando y sangrando y entonces tornó conciencia de los zumbidos y chasquidos que se oían por todas partes. Sobre el desfiladero llovían

balas de carabina que rebotaban a lo loco y llenaban el aire de una maraña letal. Vio a un casaca verde tendido boca abajo. La sangre que le brotaba de la boca manchaba un metro cuadrado de nieve que se derretía. Sharpe oyó el chasquido de un rifle a su izquierda, luego otro a su derecha. Los casacas verdes se habían guarecido como habían podido e intentaban acertar a los franceses de arriba. Se le ocurrió pensar que los franceses tendrían que haber apostado más hombres en lo alto, que la intensidad de su fuego no bastaba para arrollar el camino. La idea le sorprendió tanto que permaneció absolutamente inmóvil y levantó la vista boquiabierto hacia la elevada línea del horizonte.

Estaba en lo cierto. Allí en lo alto, los franceses sólo tenían hombres suficientes para tender la emboscada, pero la matanza no la llevarían a cabo esos soldados, sino otros. El hecho de saberlo infundió esperanzas a Sharpe y le indicó lo que debía hacer. Empezó dirigiéndose a grandes zancadas hacia el centro del camino y gritándoles a sus hombres:

—¡Fusileros! ¡Conmigo! ¡Conmigo!

Los fusileros no se movieron. Una bala golpeó contra la nieve al lado de Sharpe. Los soldados de la caballería francesa, más acostumbrados a la espada que a la carabina, apuntaban alto, pero era un fallo habitual que no servía de mucho consuelo en medio de sus balas. Sharpe volvió a gritar para que los fusileros se agruparan a su alrededor, pero, como era natural, preferían el escaso refugio que les proporcionaba la base del precipicio. Sharpe obligó a salir a rastras a un soldado de la grieta de una roca.

—¡Por ahí! ¡Corra! Espéreme al final del desfiladero. —Hizo salir a otros bruscamente—. ¡De pie! ¡Muévanse! —Consiguió levantar a más soldados a patadas—. ¿Sargento Williams?

—¿Sí, señor? —La respuesta le llegó desde más abajo, en el despeñadero, desde algún lugar al otro lado del ovillo de humo de rifle atrapado entre las paredes de la roca.

—Si nos quedamos aquí estamos muertos. ¡Fusileros! ¡Sígueme!

Lo siguieron. Sharpe no tenía tiempo para reflexionar sobre la ironía de que unos soldados que hacía muy poco habían intentado matarlo ahora obedecieran sus órdenes. Le obedecieron porque Sharpe sabía lo que había que hacer, y lo sabía con firme certeza, y fue precisamente su certeza la que hizo salir a los casacas verdes de su precario refugio. También lo siguieron porque era el único hombre en el que podían confiar; Harper no estaba con ellos, seguía atado a la cola de la mula herida.

—¡Sígueme! ¡Sígueme! —Sharpe saltó por encima de un español herido, se dio la vuelta rápidamente cuando una bala pasó junto a su rostro como un latigazo y torció a la derecha. Había conducido a sus hombres casi hasta la entrada del cañón, justo por detrás del lugar donde Vivar seguía desplegando en línea a sus soldados de caballería

desmontados. Una vez, años atrás, un desprendimiento de rocas había formado un lomo de piedras sueltas y tierra y, aunque la pendiente era peligrosamente empinada, y aún más con la nieve que se derretía, ofrecía un atajo hasta la ladera que, a su vez, conducía hacia lo alto. Sharpe trepó por el pedregal utilizando el rifle a modo de bastón y tras él, de uno en uno y de dos en dos, venían los fusileros.

—¡Formen una línea de tiradores! —Sharpe se detuvo en lo alto de la primera pendiente abrupta para quitarse la mochila que lo molestaba—. ¡Desplieguense!

De pronto, algunos de los fusileros comprendieron lo que se esperaba de ellos. Se suponía que tenían que asaltar una cuesta empinada y resbaladiza en lo alto de la cual los franceses estarían protegidos por los bastiones naturales del revoltijo de rocas. Algunos vacilaron y buscaron refugio con la mirada.

—¡Muévanse! —La voz de Sharpe era más fuerte que los disparos—. ¡Vamos! ¡Línea de tiradores! ¡Muévanse!

Se movieron, no porque confiaran en Sharpe, sino porque tenían muy arraigado el hábito de la obediencia bajo fuego enemigo.

Sharpe sabía que si se quedaban en el desfiladero acabarían muertos. Los franceses los querían allí, inmovilizados por las carabinas de arriba para que acabaran con ellos los dragones, quienes atacarían desde el lugar donde el camino estaba bloqueado. La única forma de dividir aquella emboscada era atacando uno de sus brazos. Algunos soldados morirían en el intento, pero no tantos como en el horror del camino donde el barro hedía a sangre.

Sharpe oyó que Vivar gritaba una voz de mando en español pero no le hizo caso. El comandante debía hacer lo que creyera conveniente y Sharpe haría lo que le pareciera mejor, y de pronto lo embargó la extraña exaltación del combate. Allí, en medio del repugnante hedor del humo de la pólvora, se sentía como en casa. Durante dieciséis años su vida había consistido en eso. Otros hombres aprendían a arar los campos o a dar forma a la madera, pero Sharpe había aprendido a utilizar un mosquete o un rifle, la espada o la bayoneta, a atacar un flanco enemigo o a asaltar una fortaleza. Conocía el miedo, compañero habitual de todo soldado, pero Sharpe también sabía cómo sacar partido del miedo del enemigo.

Muy por encima de Sharpe, en lo alto, recortado contra las nubes grises, un oficial francés volvía a desplegar a sus hombres para que afrontaran la nueva amenaza. Los dragones desmontados, alineados a lo largo del borde del cañón, ahora debían dirigirse rápidamente a la derecha para hacer frente al ataque inesperado contra su flanco. Actuaron con urgencia y las primeras balas francesas hendieron el aire gélido con un silbido, rápidas como latigazos.

—¡Quiero que abran fuego! ¡Quiero fuego! —gritó Sharpe mientras ascendía, y se vio recompensado por los chasquidos de los rifles Baker. Los fusileros estaban haciendo aquello para lo que se les había entrenado. Uno disparaba mientras su

compañero avanzaba. Los dragones, que seguían buscando nuevas posiciones en las rocas elevadas, oían pasar las balas que barrenaban el aire en derredor. Los franceses no utilizaban rifles, preferían el mosquete, que era más rápido, pero un mosquete era un arma tosca comparada con el Baker, más lento de cargar.

Una bala pasó silbando junto a Sharpe. Le pareció que se trataba de una bala de mosquete disparada detrás de él y se preguntó si alguno de sus hombres, que lo odiaban, había apuntado a su espalda. En aquel momento no tenía tiempo que dedicar a ese temor, aunque el temor era real, pues en la India había conocido a más de un oficial impopular que había recibido un disparo por la espalda.

—¡Más deprisa! ¡Más rápido! ¡A la izquierda! ¡A la izquierda!

Sharpe intuía que sólo había soldados apostados en lo alto suficientes para mantener la emboscada, y esperaba conseguir que dicha línea se extendiera. Avanzó más hacia la izquierda, obligando a los franceses a moverse de nuevo. Vio un rostro en las rocas delante de él, un rostro con bigote enmarcado por las curiosas trenzas de los dragones franceses. Los franceses y los españoles los llamaban *dragons*, una idea que le pasó fugazmente por la cabeza cuando el rostro desapareció tras una nube de humo y, de nuevo, oyó el inconfundible chasquido de una bala de rifle. ¡Un rifle! ¡Un Baker! De repente se dio cuenta de que debían ser los mismos hombres que habían dividido las cuatro compañías de fusileros de Dunnett en el puente; estaban utilizando los rifles británicos capturados, y el recuerdo de aquella derrota le provocó una nueva furia que lo impulsó a seguir adelante.

Sharpe torció bruscamente hacia el centro de la línea enemiga debilitada. Había dejado atrás el rifle sin disparar, en algún lugar de la ladera, y había desenvainado su nueva espada. El arma lo convertiría en objetivo de los dragones, en un oficial al que había que disparar, pero también sería visible para sus hombres.

Le dolían las piernas debido al esfuerzo de la escalada. Sharpe jadeaba, ya no tenía aliento para gritar y sólo era consciente de la necesidad de acortar distancias con los franceses. Tuvo la repentina certeza de que moriría. Moriría allí, porque ni siquiera un dragón fallaría a tan corto alcance. No obstante, siguió subiendo. Lo que importaba era abrir el brazo de la trampa para que los soldados de Vivar pudieran escapar colina arriba. A Sharpe le palpitaba el corazón, los músculos le ardían, las heridas le dolían y se preguntó si sentiría la bala que lo mataría. ¿Le daría de lleno y lo arrojaría hacia atrás, deslizándole cuesta abajo por la sangre y la nieve derretida? Al menos sus hombres sabrían que no era un cobarde. Les demostraría a esos cabrones cómo moría un soldado de verdad.

Oyó una descarga española debajo de él, pero aquélla era otra batalla. Sonó una trompeta a cierta distancia, pero no tenía nada que ver con Sharpe. Su mundo consistía en unos cuantos metros de nieve fangosa con rocas más arriba. Vio un fragmento de blanco alcanzado por una bala disparada desde una roca y supo que

algunos de sus soldados disparaban para proporcionar fuego de cobertura. Oyó que otros fusileros lo seguían, maldiciendo al resbalar en la pendiente helada. Vio manchas fugaces de un verde pálido en las rocas, dragones, se apartó bruscamente de una bocanada de humo y el estallido de una carabina resonó en sus oídos. Se preguntó si estaría soñando, si ya estaba muerto, pero entonces su bota izquierda encontró un punto de apoyo firme en un saliente rocoso y se dio impulso hacia arriba desesperadamente.

Lo apuntaron dos fusiles ya amartillados. En aquel instante Sharpe daba gritos incoherentes; unos gritos de puro miedo que se convertían en una furia asesina. Odiaba al mundo entero. Vio a un dragón que retrocedía apresuradamente con una baqueta en la mano y la espada grande que le había regalado Murray hendió el aire para clavarse en las costillas de aquel hombre. Por un momento la hoja quedó atrapada en la carne, pero Sharpe retorció el acero para liberarlo y las gotas de sangre cayeron a borbotones sobre el rostro de un oficial francés que arremetió con su acero contra el vientre de Sharpe. Él dejó que la hoja enemiga se acercara, la esquivó con rapidez y estrelló el guardamano de su pesada espada en la cara del francés. Un hueso se quebró, salió más sangre, el oficial cayó al suelo y Sharpe le destrozó la cara con la empuñadura circular de su espada. Un casaca verde pasó corriendo por su lado con la bayoneta ya ensangrentada y luego otro fusilero avanzó hasta situarse entre las rocas.

Sharpe se puso de pie, le dio la vuelta a la espada y arremetió con ella. En la larga pendiente que se extendía debajo de él vio a dos soldados de casaca verde que yacían como muñecas de trapo abandonadas. Una carabina disparó a la izquierda de Sharpe y allí arriba, a merced del viento, el humo se dispersó rápidamente y mostró a un dragón asustado que se daba la vuelta y echaba a correr.

El sargento Williams le pegó un tiro a ese hombre y luego lo apuñaló con la bayoneta. Gritaba como un poseso. Otro fusilero alcanzó la cima. Un puñado de franceses trataron de formar en cuadro al borde del cañón y Sharpe les gritó a sus hombres que atacaran. Los casacas verdes avanzaron a toda prisa por la irregular extensión de nieve moteada de rojo. Tenían la cara manchada de pólvora y los labios retraídos en un gruñido mientras se encaminaban como una manada de lobos hacia los dragones, que no esperaron al ataque sino que rompieron filas y huyeron.

Las balas de los dragones situados en el extremo más alejado del desfiladero silbaron en el aire. Un fusilero giró bruscamente, cayó al suelo y escupió sangre mientras intentaba con dificultad ponerse a gatas.

—¡Sargento Williams! ¡Mate a esos cabrones! —Sharpe señaló al otro lado del cañón—. ¡Arránqueles la maldita cabeza!

—¡Sí, señor!

La trompeta sonó de nuevo y Sharpe se desvió otra vez hacia la cuesta por la que había subido. El comandante Vivar había formado a sus hombres al pie de la

pendiente, pero los franceses ya se lo esperaban. Su fuerza principal se había atrincherado en el camino y ahora había una compañía de dragones alineados para la carga frente al flanco izquierdo del español.

—¡Usted! —Sharpe agarró a un casaca verde—. ¡Y usted! —Agarró a otro—. ¡Maten a esos hijos de puta!

Los rifles dispararon a los jinetes.

—¡Apunten bajo! —El viento apagó su voz—. ¡Bajo!

Abatieron un caballo. Un soldado cayó de la silla. Sharpe encontró un rifle entre las rocas, lo cargó y disparó hacia abajo. El sargento Williams tenía a una docena de hombres abriendo fuego sobre el cañón, pero el resto de casacas verdes disparaban a la caballería. No podían detener la carga, pero sí podían desestabilizarla. Un caballo sin jinete salió en estampida hacia la nieve y otro arrastraba a un hombre ensangrentado al frente de la carga.

Vivar se retiró. Las espadas de los dragones hubieran convertido su delgada línea de soldados en carroña, por lo que el comandante se refugió en el desfiladero. El comandante francés debió de darse cuenta de que su carga estaba condenada al fracaso, pues los jinetes se veían obligados a retroceder. Si la caballería se hubiera metido entre las rocas sin la ayuda del fuego de cobertura de arriba, las descargas de los rifles los habrían masacrado.

La situación estaba en un punto muerto. Un hombre sollozaba en algún lugar con voz terriblemente lastimera. Un caballo cojo intentó reincorporarse a las filas de la caballería, pero cayó al suelo. El relleno de los cartuchos humeaba en la nieve. Sharpe no sabía si habían pasado dos minutos o dos horas. Sintió que el frío se le volvía a meter en los huesos, un frío que la repentina urgencia había vencido. Sonrió ampliamente, orgulloso del logro de sus casacas verdes. La acción se había realizado a una velocidad implacable que había desequilibrado al enemigo y le había arrebatado la ventaja, y ahora estaban en un punto muerto.

Los franceses seguían bloqueando el camino, pero los Rifles de Sharpe podían hostigar a los que se guarecían detrás de la baja barricada, y lo hicieron con el crudo placer de quienes se están vengando. Habían capturado a dos prisioneros franceses arriba; dos dragones abatidos a los que llevaron a empujones hasta un hueco entre las rocas y a quienes vigilaba un fusilero de aspecto salvaje. Sharpe pensó que en ningún momento hubo más de tres docenas de dragones a cada lado de la sima, y no veía a más de sesenta o setenta tras la barricada o entre las filas de la carga abortada. Sólo podía tratarse de un destacamento de dragones, un grupo enviado a las montañas.

—¡Teniente! —gritó Vivar por debajo de donde se encontraba Sharpe. El español estaba oculto tras la mole de las rocas.

—¿Comandante?

—Si llego a la barricada, ¿puede proporcionarme fuego?

—¡No lo conseguirá! —Si Vivar atacaba la barricada, su flanco volvería a quedar expuesto a los jinetes. Sharpe había visto lo que los dragones podían hacer a una infantería dispersa, y temía por los cazadores desmontados de Vivar. La carabina no era la verdadera arma de los dragones; saboreaban el poder de sus largas espadas rectas y rezaban para encontrarse con idiotas imprudentes contra quienes esgrimir sus hojas mortíferas.

—¡Inglés! —gritó de nuevo Vivar.

—¿Comandante?

—¡Me importa un comino su opinión! ¡Deme fuego!

—Idiota —masculló Sharpe, y entonces lanzó un grito a sus hombres—: ¡No les dejen levantar la cabeza!

Los soldados de Vivar salieron al descubierto en columnas de a tres. La primera vez que atacó, Vivar había formado una línea, pero entonces dirigió a sus hombres como si fueran un ariete humano hacia la obstrucción de la carretera. Los gallegos no marcharon, sino que avanzaron corriendo. El humo se alzó en bocanadas en la barricada y los soldados de Sharpe abrieron fuego.

Los dragones montados, que tan sólo eran cuarenta, vieron que el enemigo de casaca escarlata salía al descubierto. Los jinetes hicieron girar a sus caballos y los espolearon para ponerlos al trote. Vivar hizo caso omiso de ellos. Cayó un español y sus compañeros rodearon su cuerpo y volvieron a formar más allá. Sonó una trompeta aguda y estridente y al fin el comandante detuvo a sus hombres e hizo que se volvieran hacia el flanco amenazado.

Entonces Sharpe cayó en la cuenta de lo que pretendía Vivar y vio que su valentía rayaba en la idiotez. Dispararía contra los jinetes haciendo caso omiso de los dragones que había detrás de la barricada. Confiaba en que los fusileros mantendrían ocupados a los dragones desmontados y Sharpe anduvo de un extremo a otro de su línea de tiradores gritándoles los objetivos.

—Ese cabrón que hay junto al árbol. ¡Mátelo! —Vio a un soldado que disparaba apresuradamente y le propinó un puntapié—. ¡Apunte bien, desgraciado! —Sharpe buscó con la mirada la reveladora dispersión de pólvora desechada que delataría a quien sólo cargara el rifle a medias para evitar el golpe de culata en el hombro, fuerte como una coz, pero ninguno de los fusileros se valía de semejante conveniencia rastrera.

Dos soldados de la fila derecha de Vivar cayeron abatidos. Era el precio que Vivar debía pagar. En aquel momento la caballería avanzaba a galope tendido y los cascos de las monturas lanzaban al aire grandes terrones de tierra y nieve sucia.

—¡Apunten! —Vivar se encontraba expuesto en el flanco derecho, el más próximo a la barricada, donde había mayor peligro. Alzó su espada—. ¡Aguarden, aguarden!

La nieve formaba una fina capa en el suelo llano junto al camino. Los cascos de los caballos repiqueteaban contra el suelo y las espadas largas reflejaban la luz pálida. La trompeta los instó a seguir adelante, más deprisa, y los jinetes gritaron el primer desafío. Los españoles no habían formado un cuadro, sino que lo arriesgaban todo a una descarga aplastante de sus soldados formados en línea. Sólo unas tropas disciplinadas podían formar en línea contra una carga de la caballería.

—¡Fuego! —La espada de Vivar descendió rápidamente.

Las carabinas españolas llamearon. Los caballos se tambalearon. Se formó un arremolinado caos de sangre, soldados y nieve. Se oyó un chillido, pero Sharpe no pudo distinguir si se trataba de un hombre o de un caballo. Entonces, por encima de aquel alarido, se oyó el grito de guerra de Vivar:

—¡Santiago! ¡Santiago!

Los gallegos vitorearon y a continuación cargaron. No dirigieron su ataque hacia la barricada, sino hacia los jinetes desbaratados.

—¡Dios santo! —exclamó entre dientes un fusilero que estaba cerca de Sharpe, y bajó su arma—. ¡Están locos de remate!

Pero era una locura magnífica. Los hombres de Sharpe se quedaron mirando pero él les ordenó con un rugido que no dejaran de disparar al enemigo situado tras la barricada. Se permitió observar a los duros soldados gallegos que desechaban sus armas de fuego y desenvainaban sus largas espadas. Pasaron por encima de los caballos muertos y arremetieron contra unos dragones aturdidos. Otros agarraron algunas bridas o se llevaron a rastras a los jinetes.

Los franceses de la barricada se alzaron para efectuar su propio ataque y Sharpe le gritó una advertencia a Vivar, una advertencia que sabía que el español no llegaría a oír. Se dio la vuelta.

—¡Sargento Williams! ¡Quédese aquí con sus hombres! ¡Los demás! ¡Sígueme!

Los fusileros echaron a correr frenéticamente ladera abajo. Se lanzaron en una carga irregular hacia los últimos dragones del flanco, y los franceses los vieron venir, vacilaron y huyeron. Los hombres de Vivar estaban haciendo prisioneros o reuniendo caballos sin jinete en tanto que los supervivientes franceses se alejaban apresuradamente para ponerse a salvo. La batalla había terminado. Las víctimas de la emboscada, superados en número, se habían hecho con una victoria imposible y la nieve apestaba a sangre y a humo.

Entonces se oyeron unos disparos procedentes del cañón, por detrás de Sharpe.

Vivar se dio la vuelta y se quedó lívido.

Un rifle disparó y su sonido fue amplificado por el eco de las paredes de roca.

—¡Teniente! —Vivar señalaba con urgencia hacia el cañón—. ¡Teniente! —Había un dejo de genuina desesperación en su voz.

Sharpe dio media vuelta y echó a correr hacia el precipicio. Los disparos habían

sido repentinos y bruscos. Vio al sargento Williams que abría fuego hacia abajo y supo que debía haber más franceses escondidos en el extremo más alejado del cañón; soldados que habrían bloqueado la retirada despavorida que habían esperado provocar. En cambio, dichos soldados debían de estar avanzando cañón arriba para atacar a Vivar y a Sharpe por la retaguardia.

Salvo que un solo hombre los había detenido. El fusilero Harper había encontrado el rifle de un soldado caído y, utilizando el cadáver de la mula a modo de bastión, contenía al grupo de dragones. Se había cortado las ataduras de las muñecas con una bayoneta que le había producido unos cortes profundos en las manos y, a pesar de las heridas sangrantes, Harper no dejaba de cargar y disparar su rifle con tremenda precisión. Un caballo francés muerto y un dragón herido daban fe de la pericia del irlandés. Les gritaba su desafío gaélico a los demás, incitándolos a que se acercaran. Harper volvió sus ojos desorbitados cuando apareció Sharpe y, con una expresión desdeñosa, miró nuevamente a los franceses.

Sharpe alineó a sus fusileros a un lado y otro del camino.

—¡Apunten!

El *chasseur* de pelliza roja y sombrero de pelo negro estaba en el desfiladero. Junto a él cabalgaba el hombre alto de chaqueta de montar negra y botas blancas.

—¡Fuego! —gritó Sharpe.

Estallaron los fogonazos de una docena de rifles. Las balas silbaron al rebotar y cayeron otros dos jinetes. El hombre de rojo y el hombre de negro estaban ilesos. Por un instante dio la impresión de que estaban mirando a Sharpe directamente a los ojos, pero una descarga cerrada de fusilería desde lo alto hizo que se dieran la vuelta y espolearan sus caballos para alejarse y ponerse a salvo. Los fusileros los abuchearon y Sharpe les espetó que se callaran.

—¡Y recarguen!

Los franceses se habían marchado. El agua goteaba de los carámbanos colgados de las rocas. Un caballo herido relinchó. El humo sucio de los disparos flotaba por el desfiladero. Un fusilero vomitó sangre, luego suspiró. Otro soldado lloraba. Un disparo de rifle silenció al caballo herido y el sonido chocó contra las paredes de roca provocando unos ecos brutales.

Se oyeron unos pasos detrás de Sharpe. Era Blas Vivar que pasó al lado de los casacas verdes y se arrodilló junto a la mula. Desató el arcón de los arreos de la bestia con cuidado. Entonces, se puso de pie y miró a Harper.

—Lo ha salvado, amigo mío.

—¿Ah sí, señor? —Estaba claro que el irlandés no tenía ni idea de lo valioso que era el cofre para Vivar.

El español se acercó al soldado grandote y lo besó en ambas mejillas. Uno de los fusileros de Sharpe soltó una risita pero la solemnidad del momento hizo que se

callara, avergonzado.

—Lo ha salvado —repitió Vivar con lágrimas en los ojos. Entonces levantó el arcón y lo llevó a lo alto del cañón.

Sharpe lo siguió. Sus soldados, silenciosos y muertos de frío, bajaron a la carretera. La victoria no fue motivo de júbilo porque en el aire de invierno, mucho más allá de la barricada francesa abandonada, se alzaba una mancha grisácea de humo que hasta entonces había pasado desapercibida. Provenía del pueblo, y el humo era gris como la mortaja de un indigente y traía el hedor de la muerte y el fuego.

Y de dicha humareda, como si de nieve oscura se tratara, cayeron cenizas sobre una tierra ensangrentada.

CAPÍTULO 5

Los habitantes del pueblo no podían haberles advertido de la presencia de los franceses porque ya no había pueblo, ni habitantes.

El enemigo debía de haber provocado los incendios cuando preparaba la emboscada, pues las casas aún ardían violentamente. Los cadáveres, en cambio, se habían helado. Los franceses habían matado a la gente y se habían resguardado en sus casas mientras esperaban a que la pequeña columna de Vivar llegara al elevado cañón.

El pueblo nunca había sido gran cosa; un lugar pobre de cabras y ovejas y de gentes que sobrevivían de los pastos altos. Las casas estaban situadas en una hondonada al abrigo de robles enanos y castaños. Cultivaban patatas en unos campos pequeños bordeados de moreras silvestres y aulagas. Las viviendas eran meras cabañas de tejado de paja con estercoleros en la entrada. Las compartían personas y animales, igual que las casas de los propios fusileros de Sharpe en Inglaterra, y dicho parecido nostálgico acentuó el patetismo de la jornada.

Si es que había algo que pudiera acentuar el patetismo de niños y bebés asesinados, mujeres violadas y hombres crucificados. El sargento Williams, que había visto bastantes horrores en un mundo atroz, vomitó. Uno de los soldados españoles de infantería se dio la vuelta en silencio hacia un prisionero francés y lo destripó antes de que Vivar pudiera pronunciar palabra. El cazador profirió un aullido de odio.

Vivar no hizo caso del asesinato ni del aullido, y se dirigió a donde estaba Sharpe con curiosa formalidad.

—¿Tendría la bondad...? —empezó a decir, pero le resultó difícil continuar. El hedor de los cuerpos que ardían en el interior de las casas era fuerte. Tragó saliva—. ¿Tendría la bondad de apostar piquetes, teniente?

—Sí, señor.

Al menos así los fusileros podían alejarse de los cuerpos de niños masacrados y de las casuchas en llamas. Lo único que quedaba del pueblo eran los muros de la iglesia; muros de piedra que no podían quemarse, aunque el tejado de madera seguía llameando en lo alto, arrojando humo por el valle donde, entre los árboles, Sharpe apostó a sus centinelas. Los franceses, si todavía andaban por ahí, eran invisibles.

—¿Por qué lo hicieron, señor? —Dodd, un hombre tranquilo, recurrió a Sharpe.

Sharpe no pudo darle ninguna respuesta.

Gataker, un bribón de lo más espabilado del ejército, contemplaba el paisaje con la mirada vacía. Isaiah Tongue, cuya educación se había malogrado por la ginebra, crispó el rostro cuando oyó un grito terrible que venía del pueblo; pero, al caer en la cuenta de que el grito lo había proferido un francés capturado, escupió para demostrar que no le preocupaba.

Sharpe siguió adelante, apostando más centinelas y llegó a un lugar desde el cual se podía abarcar una gran distancia hacia el sur. Se sentó allí solo, contemplando la inmensidad del cielo que auguraba peor tiempo. Aún llevaba la espada desenvainada en la mano y, como si estuviera en las nubes, intentó devolverla a su vaina metálica. La hoja, todavía manchada de sangre pegajosa, se detuvo a medio camino y, para su asombro, Sharpe vio que una bala había perforado la vaina y los bordes del agujero se habían metido hacia adentro.

—¿Señor?

Sharpe se volvió y vio al sargento Williams nervioso.

—¿Sargento?

—Hemos perdido a cuatro hombres, señor.

Sharpe se había olvidado de preguntar y se maldijo por semejante omisión.

—¿Quiénes son?

Williams nombró a los muertos, aunque los nombres no le dijeron nada a Sharpe.

—Tenía la sensación de que habíamos perdido más —comentó con asombro.

—Sims está herido, señor. Y Cameron también. Hay algunos más, señor, pero ellos son los que están más graves. —El sargento tan sólo estaba haciendo su trabajo, pero los nervios lo hacían temblar mientras hablaba con su oficial.

Sharpe trató de ordenar las ideas, pero el recuerdo de los niños muertos le mermaba los sentidos. Había visto niños muertos con frecuencia, ¿y quién no? Durante las últimas semanas se habían encontrado con muchos niños del ejército congelados en la horrible retirada, pero a ninguno de ellos lo habían asesinado. Había visto a niños golpeados hasta hacerles sangrar, pero no los mataban. ¿Cómo habían podido los franceses permanecer en el pueblo sin ocultar su espantosa carnicería?

Williams, que estaba preocupado por el perturbador silencio de Sharpe, masculló algo sobre ir a buscar un río en el que los soldados pudieran llenar las cantimploras. Sharpe asintió.

—Asegúrese de que los franceses no hayan contaminado el agua, sargento.

—Por supuesto, señor.

Sharpe se dio la vuelta hacia aquel hombre fornido.

—Y los muchachos lo hicieron bien. Muy bien.

—Gracias, señor. —Williams pareció aliviado. Se encogió cuando les llegó otro grito desde el pueblo—. Lo hicieron muy bien —dijo apresuradamente, como si intentara que ambos se distrajeran del grito. Interrogaban a los prisioneros franceses que después morirían. Sharpe miró hacia el sur, preguntándose si las nubes traerían lluvia o nieve. Recordó al hombre de casaca roja, el *chasseur* de la Guardia Imperial, y al hombre de chaqueta negra que iba a su lado. ¿Por qué esos dos hombres otra vez? Porque sabían que Vivar iba a venir, pensó Sharpe, aunque con lo que los franceses no contaban era con los fusileros. Sharpe recordó el momento en que, en la

cima de la colina, el primer casaca verde pasó junto a él con la bayoneta calada y se recriminó un error. No había ordenado que se calaran las bayonetas, sino que los soldados lo habían hecho por su cuenta.

—Los hombres lo hicieron muy bien —insistió Sharpe—, dígaselo.

Williams vaciló.

—¿No sería mejor que se lo dijera usted, señor?

—¿Yo? —Sharpe se volvió bruscamente hacia el sargento.

—Lo hicieron por usted, señor. —Williams se sentía incómodo, más aún porque Sharpe no reaccionó a sus torpes palabras—. Estaban intentando demostrar algo, señor. Todos nosotros. Y esperábamos que usted...

—¿Qué esperaban? —La pregunta se hizo con demasiada aspereza y Sharpe se dio cuenta de ello—. Lo siento.

—Esperábamos que soltara a Harps. A los soldados les cae bien, ¿sabe?, y el ejército siempre perdona a sus hombres, señor, si sus compañeros luchan bien.

El resentimiento que Sharpe sentía hacia el irlandés era demasiado fuerte y no le permitió acceder a dicha petición de inmediato.

—Les diré a los hombres que lo hicieron bien, sargento. —Hizo una pausa—. Y consideraré lo de Harper.

—Sí, señor. —El sargento Williams estaba claramente agradecido por el hecho de que, por primera vez desde que había entrado a las órdenes de Sharpe, el teniente lo hubiera tratado con cierta cortesía.

Sharpe también se percató de ello, y quedó sorprendido. Había tenido miedo de dirigir a esos hombres y su insubordinación lo había asustado, pero no había comprendido que ellos también le tenían miedo. Sharpe sabía que era un hombre duro, pero siempre se había considerado una persona razonable, y sin embargo ahora, reflejado en el nerviosismo de Williams como en un espejo, se vio como algo mucho peor: como un matón que se vale de la pequeña autoridad de su rango para asustar a los soldados. De hecho, éste era precisamente el tipo de oficial que Sharpe más había detestado cuando él estaba bajo su amargada autoridad. Sintió remordimientos por todos los errores que había cometido con esos hombres y se preguntó cómo podría enmendarlos. Era demasiado orgulloso para pedir disculpas, de manera que, en lugar de eso, le hizo una avergonzada confesión al sargento.

—No estaba seguro de que los soldados me siguieran por esa ladera.

Williams soltó un gruñido, en parte porque le hizo gracia y en parte porque lo comprendía.

—Estos muchachos sí, señor. Tiene aquí a la flor y nata del batallón.

—¿La flor y nata? —Sharpe no pudo disimular su sorpresa.

—Los granujas, en resumidas cuentas. —Williams sonrió ampliamente—. Yo no, señor. Yo nunca fui muy dado a las peleas. Digamos que siempre tuve la esperanza de

no tener que ganarme la paga —se rió—. Pero estos muchachos, señor, la mayoría de ellos son unos auténticos cabrones. —Pronunció estas palabras con un tono que indicaba admiración—. Si lo piensa, señor, es lógico. Observé a los muchachos cuando esos franchutes atacaron en el puente, señor. Algunos estarían dispuestos a rendirse, pero no estos muchachos. Ellos se aseguraron de escapar. Le han tocado los duros, señor. Excepto yo. Yo tuve suerte. Pero si da a estos muchachos la oportunidad de combatir, señor, lo seguirán a donde usted diga.

—También lo siguieron a usted —dijo Sharpe—. Lo vi en lo alto de esa colina. Lo hizo bien.

Williams tocó los galones de su manga derecha.

—Me avergonzaría de llevar esta sardineta si no arrojara el hombro. Pero no, señor, fue usted. Atacar esa colina fue una completa locura. ¡Pero funcionó!

Sharpe se encogió de hombros para quitarle importancia al cumplido, pero lo reconoció como tal y en el fondo estaba bastante satisfecho. Quizá no fuera un oficial nato, pero por Dios que era un soldado nato. Era el hijo de una prostituta, carente de Dios, pero aun así era un maldito soldado.

En el pueblo había palas y azadas que los soldados llevaron hasta la entrada del cañón y cavaron tumbas para los franceses muertos.

Vivar caminó con Sharpe hasta el lugar donde se estaban abriendo unas sepulturas poco profundas en la tierra dura. El español se detuvo junto a uno de los dragones muerto en la carga de caballería y cuyo cadáver había sido despojado de la ropa. La piel era blanca como la nieve revuelta en tanto que la tez se le había puesto morena por la exposición al viento y al sol. El rostro ensangrentado estaba enmarcado por trenzas.

—*Cadenettes* —dijo Vivar de repente—. Así las llaman. ¿Ustedes cómo las llaman, coletas?

—Trenzas.

—Es su distintivo —parecía resentido—. Lo que indica que son especiales, una élite.

—¿Como el romero de los sombreros de sus hombres?

—No, no se parece en nada. —La brusca negación de Vivar frenó la conversación entre los dos. Permanecieron en un embarazoso silencio junto a los enemigos muertos.

Sharpe, que se sentía incómodo, rompió el silencio:

—No hubiera creído posible que una caballería desmontada desbaratara a unos jinetes.

El halago llenó de alegría al comandante.

—Yo tampoco hubiera creído posible que la infantería tomara esa montaña. Fue una estupidez por su parte, teniente, una gran estupidez, y un acto más valiente del

que habría podido imaginar. Se lo agradezco.

Sharpe, a quien siempre le resultaban embarazosos los cumplidos, trató de quitarle importancia.

—Fueron mis fusileros.

—Creo que lo hicieron para complacerle, ¿no? —Vivar lo decía en serio, intentaba tranquilizar a Sharpe. Al ver que el inglés no respondía, la voz del español se hizo más intensa—. Los soldados siempre se comportan mejor cuando saben lo que se espera de ellos. Hoy les ha mostrado lo que quería, y fue una simple victoria.

Sharpe masculló algo sobre la suerte.

Vivar no hizo caso de la evasiva.

—Usted los dirigió, teniente, y sabían lo que se esperaba de ellos. Los soldados siempre tendrían que saber qué es lo que sus oficiales quieren de ellos. Yo les doy tres normas a mis cazadores. No deben robar a menos que vayan a morir si no lo hacen, cuidar de sus caballos más que de ellos mismos y combatir como héroes. Sólo son tres reglas, pero funcionan. Dé a sus hombres normas firmes, teniente, y le seguirán.

Sharpe, de pie en la solitaria meseta barrida por el frío, sabía que el comandante Vivar le estaba ofreciendo un obsequio. Quizá no hubiera reglas para ser oficial, y quizá los mejores oficiales habían nacido para su propia excelencia, pero el español le estaba brindando a Sharpe una clave para el éxito y, al darse cuenta del valor de aquel regalo, Sharpe sonrió.

—Gracias.

—¡Normas! —siguió diciendo Vivar como si Sharpe no hubiese dicho nada—. Las normas forjan verdaderos soldados, no asesinos de niños como esos hijos de puta. —Le propinó una patada al francés muerto y se estremeció. Otros cadáveres franceses estaban siendo arrastrados por la nieve reblandecida hacia la tumba poco profunda—. Diré a uno de mis hombres que haga unas cruces con madera quemada.

Aquel hombre volvió a sorprender a Sharpe. Le pegaba una patada al cadáver desnudo de un francés y al minuto siguiente se preocupaba de señalar las tumbas de esos mismos enemigos con cruces. Vivar se percató de su sorpresa.

—No es por respeto, teniente.

—¿No?

—Tengo miedo de la Santa Compañía, de sus espíritus. Las cruces mantendrán sus sucias almas bajo tierra. —Vivar escupió al cadáver—. Usted piensa que soy un idiota, teniente, pero yo la he visto. La Santa Compañía son las almas perdidas de los muertos condenados y parecen una miríada de velas en la niebla de la noche. Sus gemidos son aún más terribles que éstos. —Movié la cabeza en la dirección por la que les llegaba otro grito agónico desde el pueblo—. Se merecen lo peor, inglés, por lo que les han hecho a los niños.

Sharpe no podía discrepar de la justificación del comandante.

—¿Por qué lo hicieron? —No podía imaginar lo que sería matar a un niño, ni cómo un hombre podía pensar siquiera en cometer un acto semejante.

Vivar se alejó de los cadáveres franceses y caminó hacia el borde de la pequeña meseta por la que había cargado la caballería.

—Cuando los franceses llegaron aquí, teniente, eran nuestros aliados. Maldita sea nuestra estupidez, pero los invitamos. Vinieron para atacar a nuestros enemigos, los portugueses, pero cuando estuvieron aquí decidieron quedarse. Pensaron que España era débil, que estaba corrompida, indefensa. —Vivar hizo una pausa y contempló el enorme vacío del valle—. Y quizá sí estuviéramos corrompidos. No la gente, teniente. ¡Eso no lo piense nunca, nunca! Pero sí el gobierno —escupió—. De modo que los franceses nos despreciaban. Creían que éramos una fruta madura a punto de ser recogida, y tal vez lo fuéramos. ¿Nuestros ejércitos? —Vivar se encogió de hombros con desesperanza—. Los soldados no pueden combatir si se los dirige mal. Pero la gente no está corrompida. La tierra no está corrompida. —Dio unos golpes con el tacón en la hierba cubierta de nieve—. Esto es España, teniente, querida por Dios, y Dios no nos abandonará. ¿Por qué cree que usted y yo hemos ganado hoy?

Era una pregunta que no esperaba respuesta y Sharpe no dijo nada.

Vivar volvió la mirada hacia las montañas lejanas, donde las primeras lluvias parecían manchas oscuras contra el horizonte.

—Los franceses nos despreciaban —retomó su idea anterior—, pero aprendieron a odiarnos. Les costó conseguir la victoria en España. Incluso llegaron a conocer el sabor de la derrota. En Bailén obligamos a un ejército a rendirse, y cuando asediaron Zaragoza la gente los humilló. Y por eso los franceses no nos perdonan. Ahora nos inundan con ejércitos y saben que sólo si nos matan a todos podrán derrotarnos.

—Pero ¿por qué matan a los niños? —A Sharpe todavía le perseguía la imagen de los cuerpecitos torturados.

Vivar hizo una mueca ante la pregunta.

—Ustedes luchan contra hombres de uniforme, teniente. Saben quién es su enemigo porque se viste para ustedes con casacas azules que adornan con un galón dorado como objetivo para sus rifles. Sin embargo, los franceses no saben quiénes son sus enemigos. Cualquiera que lleve un cuchillo podría serlo, y por eso nos temen. Y para detenernos harán que el precio de la enemistad sea demasiado alto. Propagarán por toda España un miedo mayor, ¡el miedo a eso! —Se dio la vuelta y apuntó con el dedo hacia la mancha de humo que aún se alzaba desde el pueblo—. Nos temen, pero intentarán que nosotros los temamos aún más a ellos. Y tal vez lo consigan.

Aquel pesimismo repentino resultaba sorprendente en un hombre tan indómito como Blas Vivar.

—¿De verdad lo cree así? —preguntó Sharpe.

—Creo que los hombres deberían temer la muerte de sus hijos. —Vivar, que había enterrado a los suyos, habló en tono muy sombrío—. Pero no creo que los franceses tengan éxito. Ahora son victoriosos y las gentes de España lloran a su descendencia y se preguntan si queda alguna esperanza, pero si a esa gente se le puede ofrecer un ápice de confianza, un mero destello en la oscuridad, ¡entonces lucharán! —pronunció las últimas palabras con un gruñido y a continuación, con un súbito cambio de humor, le dirigió una sonrisa de disculpa a Sharpe—. Tengo que pedirle un favor.

—Claro.

—El irlandés. Patrick Harper. Suéltelo.

—¿Que lo suelte? —Sharpe quedó desconcertado, no por la petición en sí, sino por el repentino cambio de actitud de Vivar. Un momento antes se había mostrado vengativo y duro como el acero; ahora estaba siendo tímidamente educado, como un peticionario.

—Ya sé —se apresuró a añadir Vivar— que la falta del irlandés es grave. Se merece que lo azoten hasta dejarlo medio muerto, si no muerto del todo, pero hizo una cosa que valoro muchísimo.

Sharpe, avergonzado por el tono humilde de Vivar, se encogió de hombros.

—Por supuesto.

—Hablaré con él y le explicaré sus obligaciones de obediencia.

—Puede soltarlo. —Sharpe ya se había convencido a medias de la necesidad de dejar en libertad a Harper, aunque sólo fuera para demostrarle al sargento Williams que era un hombre razonable.

—Ya lo he soltado —admitió Vivar—, pero me pareció que era mejor pedir su aprobación. —Sonrió, vio que Sharpe no ponía ninguna objeción y se agachó para recoger un casco francés del suelo. Rasgó el forro de lona que protegía el fino metal al tiempo que evitaba que la luz del sol se reflejara en él y revelara la posición de los dragones—. Una chuchería muy bonita —comentó en tono mordaz—, algo para colgar en las escaleras cuando termine la guerra.

Sharpe no estaba interesado en el casco abollado de un dragón; se estaba dando cuenta, en cambio, de que lo que Harper había hecho y que Vivar «valoraba muchísimo» era proteger el arcón. Recordó el horror en el rostro del español cuando creía que podía perder el cofre. Como un rayo de sol que penetrara por una abertura entre nubes oscuras, Sharpe lo entendió al fin. El *chasseur* había estado persiguiendo a Vivar y, sin que los dragones fueran conscientes de ello, la persecución los había conducido hasta la cola del ejército británico donde casualmente habían desbaratado cuatro compañías de fusileros, pero después habían seguido adelante. No habían ido detrás de los británicos que se retiraban, sino detrás del arcón.

—¿Qué hay en el cofre, comandante? —preguntó en tono acusador.

—Documentos, ya se lo dije —respondió Vivar con despreocupación al tiempo que arrancaba los últimos jirones de lona del casco.

—Los franceses vinieron aquí para capturar ese arcón.

—Los prisioneros me dijeron que habían venido en busca de comida. Estoy seguro de que estaban diciendo la verdad, teniente. Normalmente es lo que hacen cuando se enfrentan a la muerte, y todos me contaron lo mismo. Era una partida de forrajeadores. —Vivar limpió el metal del casco con la manga y se lo enseñó a Sharpe para que lo examinara—. Es una chapuza. ¿Ve lo mal remachado que está el barboquejo?

Sharpe tampoco ahora hizo caso del casco.

—Vinieron a por ese cofre, ¿no es cierto? Le habían estado siguiendo y sabían que tenía que cruzar estas montañas.

Vivar miró el casco con el ceño fruncido.

—No creo que me lo quede. Ya encontraré otro mejor antes de que termine la matanza.

—Eran los mismos hombres que atacaron nuestra retaguardia. ¡Tenemos suerte de que no mandaran a todo el regimiento aquí arriba, comandante!

—Los prisioneros dijeron que sólo los soldados que llevaban las monturas más aptas podían llegar tan lejos. —Esto parecía confirmar a medias las sospechas de Sharpe, pero Vivar negó el resto de inmediato—. Le aseguro que sólo vinieron en busca de forraje y comida. Me dijeron que habían desvalijado los pueblos del valle y que ahora tenían que subir al terreno elevado si querían comida.

—¿Qué hay en el cofre, comandante? —insistió Sharpe.

—¡Curiosidad! —Vivar se dio media vuelta y empezó a caminar hacia el pueblo—. ¡Curiosidad! —Echó el brazo hacia atrás y arrojó el casco lejos, al vacío, allí donde la meseta descendía bruscamente. El casco relució en el aire, giró y cayó con estrépito entre la maleza—. ¡Curiosidad! Una enfermedad inglesa que lleva a la muerte, teniente. ¡Evítela!

Los incendios se extinguieron durante la noche, menos el fuego de una casa que los hombres de Vivar alimentaban con madera cortada de los árboles circundantes y en el que asaron unos pedazos de carne de caballo ensartados en sus espadas. Los fusileros asaron la carne de caballo en sus baquetas. Todos se alegraban de haber enterrado los cuerpos de los habitantes. Los piquetes se apostaron más cerca, al borde mismo del pueblo quemado donde temblaban expuestos al viento frío. La lluvia de la tarde había cesado al oscurecer y durante la noche se abrieron claros en las altas

nubes que permitían que una pálida luna iluminara las montañas recortadas con la nieve parcialmente derretida en un paisaje extrañamente lacerado. En algún lugar aulló un lobo.

Los hombres de Sharpe montaron guardia durante la primera mitad de la noche. A medianoche Sharpe recorrió el pueblo e intercambió palabras incómodas con cada uno de los soldados. Las conversaciones resultaban forzadas porque ninguno de los casacas verdes podía olvidar la mañana en la que habían conspirado para matar a Sharpe, pero un galés más locuaz que los demás, Jenkins, se preguntaba dónde estaría el ejército de sir John Moore en aquel momento.

—¡Sabe Dios! —respondió Sharpe—. Lejos.

—¿Derrotado, señor?

—Tal vez.

—Pero ¿Boney se ha marchado, señor? —Hizo la pregunta ansiosamente, como si la ausencia del Emperador proporcionara una esperanza renovada a los fusileros fugitivos.

—Eso nos dijeron. —Se suponía que Napoleón ya había abandonado España, pero eso no constituía un motivo para el optimismo. No tenía necesidad de quedarse. Sus enemigos se batían en retirada por todas partes y podía confiar en que sus mariscales, que habían conquistado Europa, acabarían con España y Portugal.

Sharpe siguió andando y dejó atrás las viviendas quemadas. Llevaba la suela de la bota derecha suelta y las perneras de los pantalones abiertas en los muslos. Había arreglado la vaina rota, pero por lo demás su uniforme colgaba sobre su cuerpo como los harapos de un espantapájaros. Se dirigió al lugar donde el camino ascendía hacia el cañón y donde, junto a un pilón de piedra que las mujeres del pueblo habían utilizado como lavadero, había apostado un piquete de tres hombres.

—¿Han visto algo?

—Nada, señor. Está más tranquilo que una taberna seca.

Fue Harper quien respondió y quien se puso de pie, grande y formidable, alejándose de la sombra del pilón. Los dos hombres se miraron y el irlandés se quitó el chacó en un saludo formal.

—Lo siento, señor.

—No importa.

—El comandante habló conmigo. Estábamos asustados, ¿sabe, señor?, y...

—¡He dicho que no importa!

Harper asintió con la cabeza. Su nariz rota todavía estaba hinchada y nunca volvería a estar recta. El irlandés grandote sonrió ampliamente:

—Si no le importa que se lo diga, señor, tiene usted más fuerza en los puños que una vaquilla de Ballinderry.

El comentario había sido ofrecido como muestra de paz, pero Sharpe aún tenía

muy fresco el recuerdo de la pelea en la granja abandonada y estaba demasiado dolorido para aceptarla.

—Lo he dejado bajar de un gancho condenadamente afilado, fusilero Harper, pero eso no le da derecho a decir la primera estupidez que se le pase por la cabeza. De modo que póngase el dichoso sombrero y vuelva al trabajo.

Sharpe se dio media vuelta y se alejó, dispuesto a girar sobre sus talones al instante si oía pronunciar la más mínima insolencia, pero Harper tuvo el tino de no decir nada. El viento fue el único que hizo ruido, un susurro a través de los árboles antes de alzar hacia la noche las chispas de la gran hoguera. Sharpe se acercó al fuego y se calentó su uniforme helado y húmedo. Supuso que había vuelto a meter la pata, que tendría que haber aceptado aquellas palabras amables como la ofrenda de paz que pretendían ser, pero su orgullo lo había incitado a la saña.

—Debería dormir un poco, señor. —Era el sargento Williams que, bien abrigado para protegerse del frío, apareció a la luz del fuego—. Yo me ocuparé de los muchachos.

—No puedo dormir.

—No. —La palabra fue un asentimiento—. Es por culpa de los chiquillos muertos.

—Sí.

—Hijos de puta —dijo Williams. Extendió las manos hacia el fuego—. Había uno que no tendría más edad que mi Mary.

—¿Cuántos años tiene?

—Cinco, señor. Es una criaturita preciosa. No se parece a su padre.

Sharpe sonrió.

—¿Su esposa vino a España con usted?

—No, señor. Ella ayuda a su padre en la panadería. El hombre no estaba muy contento cuando su hija se casó con un soldado, pero los padres nunca están satisfechos.

—Eso es cierto.

El sargento se estiró.

—Pero tendré unas cuantas historias excepcionales para contar cuando vuelva a Spitalfields. —Guardó silencio un momento, quizá pensando en su casa—. Es curioso, la verdad.

—¿El qué?

—Que esos cabrones vinieran hasta aquí a por suministros. ¿No es eso lo que dijo el comandante, señor?

—Sí. —Se suponía que las fuerzas francesas vivían de lo que les daba la tierra, robando lo que podían para seguir vivos, pero Sharpe, al igual que Williams, no podía creer que los jinetes enemigos hubieran trepado hasta aquel pueblo remoto cuando

había lugares más tentadores en los valles—. Eran los mismos hombres que nos atacaron en la carretera —dijo. Lo cual, en cierto modo, había favorecido a Sharpe porque los dragones franceses, incapaces de resistirse a utilizar los rifles capturados, habían resultado unos ineptos con aquellas armas.

El sargento Williams asintió con la cabeza.

—Un cabrón que llevaba una casaca roja, ¿verdad? —Sí. Y un tipo de negro.

—Yo creo que van detrás de esa caja que acarrear los españoles. —Williams bajó la voz como si alguno de los cazadores que dormían pudiera oírle—. Es de esas cajas en las que se llevan las joyas, ¿no? Podría haber un dineral ahí, señor.

—El comandante Vivar dice que contiene documentos.

—¡Documentos! —exclamó el sargento con desdén.

—Bueno, me figuro que no vamos a averiguarlo —dijo Sharpe—. Y le recomendaría que no fuera demasiado preguntón, sargento. Al comandante no le hace ninguna gracia la curiosidad.

—No, señor. —Williams pareció decepcionado por la falta de entusiasmo de Sharpe.

Sin embargo, Sharpe había ocultado su propia curiosidad porque, tras unos momentos más de conversación desganada y después de desearle al sargento una buena noche, se dirigió lentamente y sin hacer ruido hacia la iglesia. Utilizó el sigilo que había aprendido de pequeño en los barrios bajos de Londres donde, si un niño no robaba, se moría de hambre.

Rodeó la iglesia y permaneció un largo rato oculto en las sombras junto a la puerta. Escuchó. Oyó el crepitar del fuego y el sonido del viento, pero nada más. Aun así esperó, aguzando el oído para percibir el más mínimo ruido en el interior del viejo edificio de piedra. No oyó nada. Le llegaba el olor de la madera quemada dentro del edificio, pero no detectó presencia humana. Los españoles más próximos se hallaban a unos treinta pasos de distancia, envueltos en sus capotes, durmiendo.

La puerta de la iglesia estaba entornada. Sharpe la cruzó lentamente y, una vez dentro, se detuvo.

La luz de la luna iluminaba el santuario. La chamusquina había ennegrecido las paredes, el altar había desaparecido y aun así los hombres de Vivar habían despejado aquella profanación apartando las vigas del techo quemadas para hacer un pasillo que condujera a los escalones del altar. En lo alto de los escalones se encontraba el arcón, del mismo color negro de las paredes.

Sharpe aguardó. Recorrió el pequeño interior del edificio con la mirada, por si percibía algún movimiento, pero no oyó nada. Una pequeña ventana oscura se abría en el muro sur de la iglesia, la única abertura que había. Por allí no se veía nada más que oscuridad, lo cual sugería que el ventanuco daba a un armario o a un estante profundo.

Sharpe avanzó entre los maderos caídos, algunos todavía humeantes. En una ocasión su suela derecha suelta aplastó un negro pedazo de madera quemada, pero fue el único ruido que hizo.

Se detuvo al pie de los dos escalones que conducían al altar y allí se quedó acuclillado. Enrollado sobre la tapa del arcón había un rosario de azabache cuyo diminuto crucifijo brillaba a la luz de la luna. Aquella caja, pensó Sharpe, contenía algo que había llevado a los soldados franceses hasta las gélidas tierras altas. Vivar había dicho que eran documentos, pero ni el más religioso de los hombres guardaría documentos con un crucifijo.

El cofre estaba envuelto con una tela impermeabilizada firmemente cosida. Durante la refriega dos balas se habían incrustado en el arca y habían roto el encerado y Sharpe metió los dedos por los agujeros, los pasó por encima de las balas abultadas y notó la dura suavidad de la madera. Recorrió las formas de los pasadores y candados bajo el hule. Los candados eran unos anticuados cierres de bolas que Sharpe sabía que podría abrir en cuestión de segundos con el sacatrapos de un rifle.

Se echó hacia atrás apoyado en los talones mientras miraba el cofre. Cuatro fusileros habían muerto por él y podía ser que murieran más todavía, y Sharpe decidió que eso le daba derecho a saber lo que contenía. Sabía que no podría ocultar que la caja había sido abierta, pero su intención no era robar su contenido, de modo que no tenía ningún escrúpulo en dejar la lona rasgada y los candados forzados.

Metió la mano en el bolsillo de la casaca y sacó la navaja que utilizaba para la comida. La abrió y alargó la mano para cortar la tela.

—Hágalo, inglés, y estará muerto.

Sharpe se volvió rápidamente a la derecha. Desde el ventanuco negro le llegó el chasquido de la llave de una pistola.

—¿Comandante?

—Los enfermos pueden ver la misa desde esta ventana, teniente —dijo la voz de Vivar desde la negrura—. Es un buen lugar para un centinela.

—¿Y qué está vigilando el centinela?

—Documentos, nada más —respondió Vivar con frialdad—. Guarde el cuchillo, teniente, y quédese donde está.

Sharpe obedeció. Al cabo de un momento el comandante apareció en la puerta de la iglesia.

—No vuelva a hacerlo, teniente. Mataré para proteger lo que hay en esa caja.

Sharpe se sintió como si fuera un chiquillo sorprendido por un guarda, pero intentó defenderse descaradamente en la confrontación.

—¿Documentos?

—Documentos —contestó Vivar en tono sombrío. Levantó la mirada al cielo donde unas nubes plateadas pasaban a toda prisa junto a la luna—. No es una noche

para matar, inglés. La Santa Compañía ya está inquieta. —Empezó a andar por el pasillo—. Creo que ahora debería intentar dormir. Tenemos que recorrer un largo camino por la mañana.

Sharpe, escarmentado, pasó junto a Vivar y se dirigió a la puerta de la iglesia. Apoyó una mano en la jamba y se volvió a mirar el cofre. Vivar, de espaldas a él, ya estaba arrodillado frente al arca misteriosa.

Sharpe, incómodo por ver a un hombre rezando, se detuvo.

—¿Sí, teniente? —Vivar no se había dado la vuelta.

—¿Sus prisioneros le dijeron quién es el *chasseur*? ¿El hombre de rojo que les condujo hasta aquí?

—No, teniente. —La voz del español denotaba mucha paciencia, como si sólo contestara para complacer el capricho de un niño—. No se me ocurrió preguntárselo.

—¿O el hombre de negro? ¿El civil?

Vivar tardó un segundo en contestar.

—¿Acaso el lobo sabe cómo se llaman los perros?

—¿Quién es, comandante?

Las cuentas del rosario golpetearon.

—Buenas noches, teniente.

Sharpe sabía que no conseguiría ninguna respuesta, sólo más misterios comparables a la insustancialidad de la Santa Compañía. Cerró la puerta chamuscada a medias, se fue a su fría cama sobre la tierra desnuda y escuchó el gemido del viento en aquella noche de espíritus vagantes. Un lobo aulló en alguna parte y uno de los caballos capturados dio un quedo relincho. Un hombre rezaba en la capilla. Sharpe durmió.

CAPÍTULO 6

Los cazadores y los fusileros se dirigían al oeste; pero, por miedo a los dragones franceses, Vivar evitaba las sendas más fáciles de la ruta del peregrino, convencido de que era más seguro el terreno elevado. El camino, si se podía llamar así, se abría esforzadamente a través de los puertos de las altas montañas y cruzaba riachuelos fríos crecidos por el deshielo y la lluvia persistente y azotadora que hacía el suelo resbaladizo como la grasa. Los caballos franceses capturados llevaban a los heridos y a los que habían contraído fiebre a causa del frío, pero para que aquellas preciosas bestias sobrevivieran a los senderos traicioneros habían de guiarlas con infinito cuidado. Uno de los caballos llevaba el arcón.

No había noticias de los franceses. En los primeros dos días de marcha Sharpe esperaba ver las siluetas amenazadoras de los dragones en la línea del horizonte, pero el *chasseur* y sus hombres parecían haberse esfumado. Las pocas personas que vivían en los pueblos de las tierras altas le aseguraron a Vivar que no habían visto a ningún francés. Algunos ni siquiera sabían que había un enemigo extranjero en España y, al oír el extraño idioma de los fusileros de Sharpe, miraban con recelosa hostilidad a los forasteros.

—Y no es que su dialecto no sea extraño —comentó Vivar alegremente; y, con la misma fluidez en el habla gallega como en el más distinguido idioma de España, tranquilizaba a los campesinos diciéndoles que no debían temer a los hombres de casaca verde.

A los pocos días, convencido de que los franceses habían perdido el rastro, Vivar descendió al camino del peregrino que resultó una sucesión de senderos que se confundían y serpenteaban por los valles más profundos. Los caminos anchos estaban reforzados con pedernal para los carros y carruajes, y aunque el invierno había sumergido el pedernal en barro, los soldados marchaban con rapidez y comodidad sobre aquella superficie firme. Una tupida arboleda de castaños y olmos crecía junto al camino que conducía por un país que de momento se había librado de ejércitos rapiñadores. Los soldados comían bien. Había maíz, centeno, patatas, castañas y carne salada almacenada para el invierno. Una noche incluso comieron ajo fresco.

Sin embargo, a pesar de la comida y del camino más transitable, no era un terreno fácil. Un mediodía, estando junto a un puente que cruzaba un río hondo y oscuro, Sharpe vio tres cabezas humanas clavadas en lo alto de unos postes de madera. Las cabezas llevaban allí meses y los cuervos les habían comido los ojos, las lenguas y las carnes más blandas, y los jirones de piel que quedaban en las truculentas calaveras se habían vuelto negros como la pez.

—*Rateros* —le dijo Vivar a Sharpe—. Salteadores de caminos. Saben que los peregrinos son presas fáciles.

—¿Van muchos peregrinos a Santiago de Compostela?

—No tantos como antes. Siguen acudiendo unos cuantos leprosos para curarse, pero incluso a ellos los disuadirá la guerra. —Vivar hizo un movimiento con la cabeza hacia los cráneos de cabello lacio—. De modo que ahora estos caballeros tendrán que utilizar sus habilidades asesinas contra los franceses. —La idea lo animó, de la misma manera que la marcha más acomodada por el camino del peregrino animó a los fusileros de Sharpe. A veces cantaban al marchar. Volvieron a descubrir viejas comodidades. Vivar compró unos grandes bloques de tabaco que tenían que raspar para convertirlo en hebras que se pudieran fumar y algunos fusileros imitaron a los soldados españoles y liaron el tabaco en papel en lugar de fumarlo en pipas de cerámica. En los pueblos pequeños siempre les daban generosas cantidades de una sidra fuerte y áspera. Vivar quedó asombrado del aguante de los fusileros con la bebida y se asombró más aún cuando Sharpe le contó que la mayoría de los hombres se habían alistado en el ejército para obtener la ración diaria de un tercio de pinta de ron.

Allí no podían conseguir ron, pero los soldados estaban contentos con la abundancia de sidra; incluso trataban a Sharpe con cautelosa aceptación. Los casacas verdes habían recibido a Harper en sus filas con verdadera alegría y Sharpe había comprobado que el hombre grandote era el verdadero líder de aquellos hombres. El sargento Williams les caía bien, pero por instinto esperaban que Harper tomara las decisiones por ellos y Sharpe se convenció agriamente de que era Harper, no él, quien fusionaba a esos supervivientes de cuatro compañías distintas en una sola unidad.

—Harps es un buen tipo, señor. —El sargento Williams perseveró en su papel de pacificador entre los dos hombres—. Ahora dice que se equivocaba.

A Sharpe lo irritó aquel cumplido de segunda mano.

—Me importa un carajo lo que diga.

—Dice que nunca le habían pegado tan fuerte en toda su vida.

—Ya sé lo que dice. —Sharpe se preguntó si el sargento hablaría de la misma manera a los demás oficiales y decidió que no. Supuso que si Williams utilizaba semejante familiaridad era únicamente porque sabía que Sharpe era un ex sargento—. Puede decirle al fusilero Harper —repuso Sharpe con deliberada aspereza— que si se pasa de la raya una vez más van a pegarle tan fuerte que ya no recordará nada.

Williams se rió.

—Harps no volverá a pasarse de la raya, señor. El comandante Vivar tuvo unas palabras con él, señor. Sabe Dios qué fue lo que le dijo, pero le dio un susto tremendo. —Meneó la cabeza en un gesto de admiración hacia el español—. El comandante es un cabrón muy duro, señor, y rico, además. ¡Lleva una maldita fortuna en esa caja!

—Ya le dije que no son más que documentos —replicó Sharpe en tono

despreocupado.

—Son piedras preciosas, señor. —No había duda de que Williams disfrutaba al revelar el secreto—. Lo que yo había imaginado. Diamantes y esas cosas. Es lo que el comandante le contó a Harps, señor. Harps dice que las joyas pertenecen a la familia del comandante y que si conseguimos llevarlas sin ningún percance a Santiago, o como se diga, el comandante nos dará una moneda de oro a cada uno.

—¡Qué tontería! —exclamó Sharpe con sequedad, y supo que su resentimiento estaba provocado por una envidia irracional. ¿Por qué Vivar le contaría a Harper lo que no había querido contarle a él? ¿Acaso era porque el irlandés era católico? En realidad, ¿por qué iba Vivar a depositar las joyas de su familia en una iglesia con tanta reverencia? ¿Y acaso unas meras joyas habían sido el motivo de que unos dragones enemigos atravesaran las montañas invernales para tender una emboscada?

—Son joyas antiguas. —El sargento Williams hizo caso omiso de las dudas de Sharpe—. Una de ellas es un collar hecho con los diamantes de una corona. Una corona mora, señor. Era un antiguo rey, señor. Un *bagano*. —No había duda de que el sargento había quedado terriblemente impresionado. Aunque los fusileros marcharan bajo la lluvia y por malos caminos, sus dificultades adquirirían dignidad porque escoltaban las joyas paganas de un antiguo reino.

—No me creo ni una sola palabra de todo esto —dijo Sharpe.

—El comandante dijo que no se lo creería, señor —repuso Williams con respeto.

—¿Harper vio las joyas?

—Eso acarrearía mala suerte, señor. —Williams tenía la respuesta preparada—. Si se abre el cofre sin el permiso de la familia, ¿no?, entonces te poseen los malos espíritus. ¿Lo entiende, señor?

—¡Oh, sí! Perfectamente —contestó Sharpe, pero el crédito que el sargento daba a la existencia de las joyas estaba lejos de las dudas irónicas de Sharpe.

Aquella misma tarde, en un campo anegado por la lluvia, Sharpe vio dos gaviotas volando por el oeste. Dicha visión, aun cuando no prometía el fin del viaje, estaba llena de esperanza. Llegar al mar sería todo un logro; indicaría el fin de la marcha hacia el oeste y el principio del viaje hacia el sur, y en su impaciencia hasta creyó oler la sal en la atmósfera azotada por la lluvia.

Una hora antes de anoecer llegaron a una pequeña ciudad levantada en torno a un puente tendido sobre un río de aguas rápidas y profundas. Los restos de una fortaleza antigua dominaban la ciudad, pero la plaza fuerte había sido abandonada hacía mucho tiempo. El *alcalde* aseguró al comandante Vivar que no había franceses en una distancia de cinco leguas y dicha convicción lo persuadió para descansar en la ciudad.

—Saldremos temprano —le dijo a Sharpe—. Si el tiempo se mantiene así mañana a esta hora estaremos en Santiago de Compostela.

—Desde donde yo me dirigiré al sur.

—Desde donde usted se dirigirá al sur.

El *alcalde* ofreció su propia casa a Vivar y sus establos a los cazadores y alojaron a los fusileros en un monasterio cisterciense que, habiendo hecho votos de brindar hospitalidad a los peregrinos, demostró la misma generosidad con los soldados extranjeros. Había cerdo recién matado con alubias, pan y odres de vino tinto. Incluso había unas botellas negras de un brandy crudo y fortísimo llamado aguardiente que les ofreció un monje musculoso cuyas cicatrices y tatuajes le daban un aspecto de soldado veterano. Este monje trajo también un costal de bizcocho y dio a entender por señas que la comida era para su marcha del día siguiente. La generosidad del monje convenció a Sharpe de que, tras los fríos horrores de las últimas semanas, sus fusileros y él llegarían de verdad a un lugar seguro. El peligro del enemigo parecía al fin distante y, aliviado de la necesidad de tener que apostar piquetes para prevenirse de las alarmas nocturnas, Sharpe durmió.

Pero se despertó en lo más profundo de la noche.

Un monje con vestiduras blancas que sostenía un farol merodeaba entre las formas oscuras de los fusileros dormidos bajo las arcadas del claustro. Sharpe soltó un gruñido y se acodó para incorporarse. Oyó ruidos fuera en la calle; el retumbo de unas ruedas y un golpeteo de cascos.

—*¡Señor! ¡Señor!* —El monje le hizo señas apremiantes a Sharpe, quien, maldiciendo de que lo hubieran despertado, recogió las botas y las armas y siguió al monje por el claustro helado hasta el vestíbulo del monasterio iluminado por unas velas.

De pie en aquel vestíbulo, tapándose la boca con un pañuelo como si temiera algún contagio, había una mujer de dimensiones formidables. Era tan alta como Sharpe, de espaldas igual de anchas que las de Harper y con una cintura como un tonel de vino. Llevaba múltiples capas y mantos que hacían que su mole pareciera mucho más enorme y su rostro de ojos pequeños y labios finos estaba coronado por un sombrero diminuto de una delicadeza absurda. La mujer no hacía caso de los monjes que clamaban con insistencia dirigiéndose a ella en tono de súplica. Las grandes puertas del monasterio estaban abiertas tras ella y, a la luz de las antorchas que ardían en los soportes de la calle, Sharpe vio un carruaje. Cuando Sharpe llegó, la mujer se metió el pañuelo en la manga.

—¿Es usted un oficial inglés?

Sharpe estaba tan asombrado que no dijo nada. No fue la pregunta lo que le sorprendió, ni siquiera la voz estentórea con que fue pronunciada, sino el hecho de que aquella mujer grandota era inglesa.

—¿Y bien? —preguntó.

—Sí, señora.

—No puedo decir que me alegre de encontrar a un oficial que ha jurado fidelidad a un rey protestante en un lugar como éste. Y ahora póngase las botas. ¡Dese prisa, hombre! —La mujer hacía caso omiso de los monjes que trataban de llamar su atención del mismo modo que una vaca lechera ignora el balido de las ovejas.

—Dígame su nombre —le exigió la mujer.

—Me llamo Sharpe, señora. Teniente Richard Sharpe de los Rifles.

—Búsqueme al oficial inglés de más rango. Y abróchese la casaca.

—Soy el oficial de más rango, señora.

La mujer lo miró con malévola desconfianza.

—¿Usted?

—Sí, señora.

—Pues tendrá que valer. ¡Quíteme sus sucias manos de encima! —Estas últimas palabras iban dirigidas al abad quien, con una educación exquisita, había intentado llamar la atención de la mujer llevando una mano vacilante y trémula al borde de uno de sus voluminosos mantos—. ¡Búsqueme a unos cuantos soldados! —Esto se lo dijo a Sharpe.

—¿Quién es usted, señora?

—Soy la señora Parker. ¿Ha oído hablar del almirante sir Hyde Parker?

—Por supuesto, señora.

—Era pariente de mi esposo hasta que Dios decidió llevarlo a la gloria. —Una vez hubo establecido su posición jerárquica por encima de Sharpe, al menos por matrimonio, la señora Parker recuperó su tono más vituperante—. ¡Dese prisa, hombre!

Sharpe se puso las botas destrozadas mientras intentaba encontrarle algún sentido al hecho de que una mujer inglesa apareciera en plena noche en un monasterio español.

—¿Quiere soldados, señora?

La señora Parker lo miró como si fuera a retorcerle el pescuezo.

—¿Es que está sordo, hombre? ¿Tocado de la cabeza? ¿O simplemente es estúpido? ¡Quíteme sus manos papistas de encima! —Esta última admonición iba dirigida al abad cisterciense, quien retrocedió de un salto como si lo hubieran aguijoneado—. Esperaré en el carruaje, teniente. ¡Dese prisa! —La señora Parker, para alivio de los monjes, regresó indignada a su coche.

Sharpe se abrochó la espada, se colgó el rifle y, sin molestarse en ir a buscar a ningún soldado, salió a la calle que estaba abarrotada de carros, carruajes y jinetes. Entre el gentío reinaba una sensación de pánico suscitada por la gente que sabía que debía marcharse pero que no sabían dónde estarían seguros. Sharpe, intuyendo el desastre, se acercó al coche de la señora Parker. Su interior afelpado se hallaba iluminado por un farol tapado cuya luz dejó ver a un hombre alto y penosamente

delgado que intentaba ayudar a la mujer a sentarse.

—¡Aquí está! —La señora Parker, cuando al fin pudo encajar su mole en el banco de piel, miró a Sharpe con el ceño fruncido—. ¿Tiene soldados?

—¿Para qué los quiere, señora?

—¿Que para qué los quiero? ¿Lo has oído, George? ¡Uno de los oficiales de Su Majestad encuentra a una mujer inglesa indefensa, varada en un país papista y bajo la amenaza de los franceses, y se pone a hacer preguntas! —La señora Parker se inclinó hacia delante ocupando la portezuela abierta del carruaje—. ¡Vaya a buscarlos!

—¿Por qué? —le espetó Sharpe, lo cual dejó estupefacta a la señora Parker, que no estaba acostumbrada a encontrar oposición.

—Por los testamentos. —Fue el hombre quien respondió. Miró a Sharpe por encima de la señora Parker y le dirigió una sonrisa muy vacilante—. Me llamo Parker, George Parker. Tengo el honor de ser primo del difunto almirante sir Hyde Parker. —Lo dijo en tono cansino, desvelando así que todo el esplendor que pudiera haber conseguido el señor George Parker en esta vida se debía únicamente al reflejo del lustre de su primo—. Mi esposa y yo necesitamos su ayuda.

—Tenemos unas traducciones al español del Nuevo Testamento —interrumpió la señora Parker— ocultas en esta ciudad, teniente. Los españoles confiscarán esas escrituras a menos que las escondamos. Necesitamos que sus hombres las rescaten. —Estaba claro que una explicación así constituía un discurso conciliatorio, un discurso que su esposo recompensó con un asentimiento ansioso.

—¿Quiere que mis fusileros recuperen los testamentos de manos de los españoles? —preguntó Sharpe, absolutamente confuso.

—¡De los franceses, idiota! —bramó la señora Parker hacia el exterior del carruaje.

—¿Los franceses están aquí?

—Ayer entraron en Santiago de Compostela —respondió el señor Parker con tristeza.

—¡Dios santo!

La exclamación tuvo el afortunado efecto de acallar a la señora Parker. Su esposo, al ver lo sorprendido que estaba Sharpe, se inclinó hacia delante.

—¿No se ha enterado de los acontecimientos que han tenido lugar en La Coruña? Sharpe casi no quería oírlo.

—No me he enterado de nada, señor.

—Hubo una batalla, teniente. El ejército británico logró escapar hacia el mar, pero a expensas de muchas vidas. Se dice que sir John Moore está muerto. Por lo visto los franceses son ahora los dueños de esta parte de España.

—¡Dios mío!

—Nos comunicaron su presencia cuando llegamos aquí —explicó Parker—, y

ahora le rogamos su protección.

—Por supuesto. —Sharpe miró calle arriba y entendió el pánico. Los franceses habían tomado los puertos del Atlántico del extremo noroeste de España. Los británicos se habían ido, los ejércitos españoles estaban desperdigados y las tropas de Napoleón no tardarían en dirigirse hacia el sur para completar su victoria—. ¿A qué distancia nos encontramos de La Coruña?

—A unas once leguas. Tal vez doce. —El rostro de George Parker, pálido a la luz de las velas, tenía un aspecto demacrado y preocupado. Y no es de extrañar, pensó Sharpe. Los franceses se encontraban apenas a un día de marcha.

—¿Quiere darse prisa? —La señora Parker, que se había recuperado de la impresión causada por la exclamación de Sharpe, se abalanzó con aire vengativo.

—Aguarde, señora. —Sharpe regresó corriendo al monasterio—. ¡Sargento Williams! ¡Sargento Williams!

Tardó diez minutos en despertar y hacer formar a los fusileros, que salieron tambaleándose y medio dormidos a la calle donde, a la luz de las antorchas, Sharpe les gritó que formaran. El aliento de los soldados creaba nubecillas de vapor bajo las llamas y Sharpe sintió las primeras gotas de lluvia. Los monjes les llevaron generosamente pequeños sacos de pan a los soldados que parecían desconcertados por el escandaloso caos formado en aquella pequeña calle.

—¡Teniente! ¿Quiere darse prisa? —Era la señora Parker, que hizo chirriar los muelles del carruaje al inclinarse. Fue entonces cuando el fusilero Harper soltó un silbido penetrante, los demás soldados profirieron una ovación y Sharpe se dio media vuelta rápidamente e hizo un descubrimiento de lo más inoportuno. Por lo visto la señora Parker debía de tener una doncella, o quizás una dama de compañía, si no era su hija, y la chica, si era la hija de la señora Parker, no se parecía a su madre. No se le parecía en lo más mínimo. Sharpe vio un rostro de ojos brillantes, unos rizos oscuros y una sonrisa pícaro que sólo podía traer problemas, entre la tropa.

—¡Oh, mierda! —masculló.

Sharpe había hecho levantar y formar a sus soldados y ahora no sabía qué hacer con ellos, y mientras esperaba a que Blas Vivar saliera de la casa del alcalde, donde un consejo de ancianos de la ciudad se había reunido a toda prisa, mandó a sus hombres que recuperaran el Nuevo Testamento en español del establo de un librero que había escondido los libros para George Parker.

—La Iglesia de Roma no lo aprueba, ¿comprende? —Lejos de su esposa, George Parker resultó ser un personaje distinguido y un tanto triste—. Quieren mantener al pueblo en la oscuridad de la ignorancia. El arzobispo de Sevilla confiscó un millar de testamentos y los quemó. ¿Puede dar crédito a semejante comportamiento? Por eso vinimos al norte. Creía que Salamanca sería un campo más fértil para nuestros empeños, pero el arzobispo de allí amenazó con una confiscación similar. De modo

que nos fuimos a Santiago, y por el camino dejamos nuestros preciosos libros bajo la protección de este buen hombre —Parker señaló la casa del librero—. Creo que vende unos cuantos por su cuenta, pero no puedo culparle por ello. Claro que no. Y si difunde el evangelio, teniente, el que no está adulterado por los sacerdotes de Roma, sólo puede ser para gloria de Dios. ¿No está usted de acuerdo?

Sharpe estaba demasiado ofuscado por los extraños acontecimientos de la noche para mostrar su asentimiento. Se quedó mirando mientras traían otro montón de aquellos libros encuadernados en negro y los cargaban en el cajón trasero del carruaje.

—¿Ha venido a España para distribuir Biblias?

—Sólo desde que se firmó el tratado de paz entre nuestros dos países —respondió Parker como si eso lo explicara todo, y al ver que Sharpe seguía con expresión de desconcierto, le brindó más información—. Tiene que saber que mi querida esposa y yo somos seguidores del difundo John Wesley.

—¿El metodista?

—Exactamente —Parker asintió con vigorosos movimientos de la cabeza—, y cuando mi difunto primo, el almirante, tuvo la gentileza de recordarme en sus últimas voluntades, mi querida esposa consideró que lo más apropiado sería gastar el dinero esclareciendo las tinieblas papistas que envuelven el sur de Europa. Vimos la declaración de paz entre Inglaterra y España como una providencia de Dios que dirigía nuestros pasos hacia aquí.

—¿Y han tenido mucho éxito? —Sharpe no pudo resistirse a preguntar, aunque la respuesta fue claramente visible en la expresión lúgubre de Parker.

—¡Ay, teniente! La gente de España es obstinada en su herejía romana. No obstante, si una sola alma alcanza el conocimiento de la gracia protestante y salvadora de Dios, me sentiré ampliamente justificado en esta empresa. —Parker hizo una pausa—. ¿Y usted, teniente? ¿Puedo preguntarle si tiene un conocimiento personal de su Señor y Salvador?

—Soy un fusilero, señor —repuso Sharpe con firmeza, ansioso por evitar un ataque protestante contra su alma ya acosada por el catolicismo—. Nuestra religión consiste en matar a los franchutes y demás cabrones paganos a quienes no les gusta el buen rey George.

La agresividad de la respuesta de Sharpe hizo callar a Parker durante un momento. El hombre de mediana edad miró con tristeza a los refugiados que había en la calle y suspiró.

—Usted es un soldado, por supuesto. Pero tal vez me perdonará, teniente, ¿no?

—¿Perdonarle, señor?

—Mi primo, el difunto almirante, era muy dado a proferir brutales maldiciones. No es mi deseo ofenderle, teniente, pero mi querida esposa y mi sobrina no están

acostumbradas al lenguaje subido de tono de los militares y... —se le fue apagando la voz.

—Le pido disculpas, señor. Trataré de recordarlo. —Sharpe señaló hacia la vivienda del librero donde la señora Parker y la chica se habían refugiado temporalmente—. ¿Es su sobrina, señor? Parece un poco joven para viajar por un lugar tan turbulento, ¿no?

Si Parker imaginó que Sharpe estaba intentando sonsacarle información sobre su sobrina, no mostró ningún resentimiento.

—Louisa tiene diecinueve años, teniente, pero lamentablemente es huérfana. Mi querida esposa le ofreció empleo como dama de compañía. Por supuesto, no teníamos idea de que la guerra seguiría un curso tan desfavorable. Creíamos que, con el ejército británico luchando en España, seríamos bien recibidos y estaríamos protegidos.

—Quizá últimamente Dios sea francés —comentó Sharpe a la ligera.

Parker no hizo caso de su frivolidad. En cambio, observó al torrente de refugiados que avanzaban desordenadamente a través de la noche con sus fardos de ropa. Los niños lloraban. Una mujer arrastraba dos cabras atadas con unos trozos de cuerda. Un tullido andaba balanceándose con sus muletas. Parker meneó la cabeza.

—Aquí les tienen mucho miedo a los franceses.

—Es que son unos hijos de puta, señor. Perdóneme —Sharpe se ruborizó—. ¿Estaban en Santiago de Compostela cuando llegaron?

—Su caballería llegó al extremo norte de la ciudad ayer por la tarde, lo cual nos dio tiempo a escapar. Creo que Dios fue muy providencial.

—Desde luego, señor.

El sargento Williams, con una amplia sonrisa en el rostro, se cuadró delante de Sharpe.

—Ya están todos los libros santos cargados, señor. ¿Quiere que vaya a buscar a las damas?

Sharpe miró a Parker.

—¿Va a seguir el viaje esta noche, señor?

Sin duda la pregunta desconcertó a Parker.

—Haremos lo que usted considere mejor, teniente.

—Depende de usted, señor.

—¿De mí?

Estaba claro que George Parker era igual de indeciso que su primo, sir Hyde, cuyas evasivas casi habían hecho perder la batalla de Copenhague. Sharpe intentó explicarle las alternativas que tenía la familia:

—Este camino, señor, sólo va al este o al oeste, y los franceses se encuentran en ambas direcciones. Supongo que ahora que los libros están a salvo, señor, tendrá que

decidirse en una u otra dirección, ¿no? Dicen que los franceses se portan bastante bien con los inocentes viajeros ingleses. Tenga por seguro que lo interrogarán y que sufrirá ciertos inconvenientes, pero lo más probable es que le den permiso para viajar hacia el sur. ¿Puedo sugerirle Lisboa, señor? He oído que allí todavía hay una guarnición británica, y aunque haya zarpado, podría encontrar un barco mercante británico.

Parker miró a Sharpe con expresión preocupada.

—¿Y usted, teniente? ¿Qué intenciones tiene?

—Difícilmente puedo contar con la tolerancia de los franceses, señor —dijo con una sonrisa—. No, nosotros vamos hacia el sur, señor. Teníamos la esperanza de tomar la carretera desde Santiago de Compostela, pero puesto que esos cabr... puesto que los franceses están allí, señor, atajaremos por las montañas. —Sharpe dio unas palmadas en las ruedas embarradas del gran carruaje—. Es imposible que esta cosa venga con nosotros, señor, por lo que me temo que tendrá que pedir permiso a los franceses para cruzar su territorio.

Parker llevaba unos segundos moviendo la cabeza.

—Le aseguro, teniente, que mi esposa y yo no tenemos intención de humillarnos ante el enemigo siempre y cuando haya una escapatoria viable. Viajaremos al sur con usted. Además, puedo asegurarle que hay una buena ruta hacia el sur desde esta ciudad. ¡Allí! —señaló al puente—. Justo al otro lado del río.

Sharpe quedó tan asombrado que permaneció un momento en silencio.

—¿Hay un camino que va hacia el sur desde aquí?

—Exactamente, así es. De lo contrario no me habría atrevido a venir a recuperar mis testamentos.

—Pero si me habían dicho... —Sharpe se dio cuenta de pronto de que no tenía sentido contar la afirmación de Vivar de que no existía ningún camino hacia el sur—. ¿Está usted seguro, señor?

—Lo recorrí hace apenas un mes. —Parker notó la vacilación de Sharpe—. Tengo un mapa, teniente. ¿Quiere verlo?

Sharpe siguió a Parker y entraron en casa del librero. La señora Parker, sentada junto al fuego en sus enormes proporciones, lanzó una mirada recelosa al casaca verde.

—Los testamentos están a salvo, querida —anunció Parker mansamente—, y me preguntaba si podríamos examinar el mapa.

—¿Louisa? —La señora Parker se dirigió a su sobrina—. El mapa.

La chica se acercó obedientemente a una bolsa de viaje de cuero y buscó entre los papeles. Sharpe apartó deliberadamente la mirada de ella. A juzgar por las pocas miradas fugaces que ya le había dirigido, Louisa Parker poseía una belleza perturbadora. Era una mujer de figura alta y delgada, de semblante risueño e

inquisidor y en su piel clara no había señales de enfermedad ni de privaciones. Era una chica que haría que un soldado se agitara en sueños, pensó Sharpe, aunque fuera una dichosa metodista.

Louisa trajo el mapa a la mesa. George Parker intentó hacer las presentaciones.

—Louisa, querida, no te hemos presentado al teniente...

—¡Louisa! —interrumpió la señora Parker, que sin duda era muy consciente del peligro que suponían los soldados para las jovencitas—. ¡Ven aquí a sentarte!

Durante el silencio que siguió Sharpe desplegó el mapa.

—No es un mapa muy cabal —comentó Parker con modestia, como si fuera responsable de sus caprichos—, pero le aseguro que el camino existe. —Pasó el dedo por una fina línea negra, cosa que a Sharpe no le sirvió de mucho pues todavía estaba intentando encontrar su ubicación en aquella hoja mal impresa—. El camino se cruza con la ruta costera en este punto, a una buena distancia al sur de Villagarcía —continuó diciendo Parker— y yo esperaba poder encontrar una embarcación aquí, en Pontevedra. Creo que la armada británica patrulla la costa y, si Dios quiere, quizá podríamos persuadir a algún pescador amable de que nos llevara hasta uno de sus barcos, ¿no?

En realidad Sharpe no le escuchaba. Estaba mirando fijamente el mapa, intentando descubrir la tortuosa ruta que había seguido con Vivar. No pudo encontrar el curso exacto del viaje, pero una cosa estaba muy clara: durante los últimos días sus fusileros y él habían pasado al menos cerca de dos caminos hacia el sur. Vivar le había repetido a Sharpe que no había carreteras que fueran en esa dirección, que los fusileros debían ir primero a Santiago de Compostela y desde allí dirigirse a Lisboa. El español había mentido.

George Parker confundió la expresión adusta de Sharpe con pesimismo.

—Le aseguro que el camino existe.

De pronto Sharpe fue consciente de que la chica lo estaba mirando y dicho escrutinio avivó el instinto de protección propio de un soldado.

—¿Dice que viajó por ese camino hace un mes, señor? —En efecto.

—¿Y un carruaje puede recorrerlo en invierno?

—Por supuesto que sí.

—¿Es que piensa malgastar toda la noche? —La señora Parker se puso de pie con aire amenazador—. ¿O es que a los soldados británicos ya no les importa la suerte que corran las mujeres británicas?

Sharpe plegó el mapa y, sin pedir permiso, se lo metió en la bolsa.

—Podremos irnos muy pronto, señora, pero primero tengo que resolver unos asuntos en la ciudad.

—¡Unos asuntos! —No había duda de que la señora Parker estaba alimentando el fuego de su imponente ira—. ¿Qué asuntos puede tener un teniente, señor Sharpe,

que tengan preferencia sobre nuestra seguridad?

Sharpe abrió la puerta.

—Será cuestión de un cuarto de hora, a lo sumo. ¿Sería tan amable de estar lista en diez minutos, señora? Tengo a dos hombres heridos que tendrán que viajar en su carruaje. —Sharpe vio que a la mujer le hervía la sangre y estaba a punto de protestar—. Y pondremos las mochilas de mis hombres en la baca. De lo contrario, señora, ya puede irse al sur sin mí —le brindó un esbozo de reverencia—. A sus pies, señora.

Sharpe se marchó antes de que la señora Parker pudiera contestar y hubiera jurado que oyó una risita divertida de la muchacha. ¡Maldición! ¡Maldición! ¡Maldición! Ya tenía bastantes cosas de las que preocuparse sin ese eterno problema propio de los soldados. Fue al encuentro de Vivar.

—¡Buenas noticias! —exclamó Vivar a modo de saludo a Sharpe en cuanto el fusilero apareció en casa del *alcalde*—. ¡Mis refuerzos se encuentran a tan sólo medio día de distancia! ¡El teniente Dávila ha encontrado caballos y hombres de refresco! ¿Le hablé de Dávila?

—De lo que no me habló fue del camino, ¿verdad?

—¿El camino?

—¡Me dijo que teníamos que ir hacia el oeste para poder dirigirnos al sur! —Sharpe no había tenido intención de hablarle con tanta furia, pero no pudo ocultar su resentimiento. Sus hombres y él habían atravesado un territorio frío, habían trepado por laderas mojadas y cruzado corrientes gélidas con gran esfuerzo para nada. Podrían haber emprendido la marcha hacia el sur hacía días. A esas alturas ya podrían haber cruzado la frontera portuguesa. En cambio, se hallaban a unas cuantas horas de marcha del enemigo—. ¡El camino! —Tiró el mapa de George Parker sobre la mesa—. ¡Hay un camino, Vivar! ¡Una dichosa carretera! ¡Y nos hizo pasar de largo dos veces! Y esos condenados franceses sólo están a un día de marcha de distancia. ¡Me mintió, maldita sea!

—¿Mentirle? —Blas Vivar montó en cólera con la misma furia que Sharpe—. ¡Salvé sus miserables vidas! ¿Cree que sus hombres hubieran durado una semana en España sin mí? ¡Cuando no se pelearan entre ustedes estarían emborrachándose! He conducido a una panda de inútiles borrachos a través de España y ni se me agradece, no se me agradece en absoluto. ¡Yo escupo en su mapa! —Vivar agarró el valioso mapa y, en lugar de escupir en él, lo rompió en pedazos que arrojó al fuego.

El *alcalde*, acompañado por un sacerdote y media docena de hombres ancianos y serios, observaba la confrontación en perturbado silencio.

—¡Maldito sea! —Sharpe había intentado arrebatarse el mapa un segundo

demasiado tarde.

—¿Maldito sea yo? —gritó Vivar—. Yo estoy luchando por España, teniente. No huyendo como un chiquillo asustado. Pero los británicos son así, ¿verdad? Al más mínimo contratiempo se van corriendo a casa con su mamá. ¡Muy bien! ¡Pues corra! Pero no va a encontrar una guarnición en Lisboa, teniente. ¡Ellos también se habrán marchado corriendo!

Sharpe no hizo caso de los insultos porque quería hacer la pregunta que le hacía hervir la sangre de indignación.

—¿Por qué nos trajo aquí, cabrón?

Vivar se inclinó sobre la mesa.

—Porque por una vez en su ignorante vida, teniente, creí que un inglés podría hacer algo por España. Hacer algo por Dios. ¡Algo útil! ¡Ustedes son una nación de piratas, de bárbaros, de paganos! ¡Sabe Dios por qué puso a los ingleses en esta tierra, pero pensé, sólo por una vez, que podría hacer algo que resultara útil a Su creación!

—¿Proteger su preciosa caja? —Sharpe señaló el cofre misterioso que se hallaba junto a una de las paredes—. De no ser por nosotros hubiera perdido esa maldita cosa, ¿no es cierto? ¿Y por qué, comandante? ¡Porque sus valiosos ejércitos españoles son unos malditos inútiles, por eso!

—Y su ejército está roto, vencido, y se ha marchado. Es más que inútil. ¡Y ahora váyase de aquí! ¡Huya!

—Espero que los franceses consigan hacerse con su dichosa caja. —Sharpe se dio media vuelta para marcharse y entonces oyó el sonido áspero de una espada al desenvainarse. Se volvió rápidamente al tiempo que extraía también su espada de la vaina que había reparado y Vivar se abalanzó contra él esgrimiendo su hoja que destellaba a la luz de las velas.

—¡Basta! —El sacerdote se interpuso entre los dos hombres furiosos. Suplicó a Vivar, quien miraba fijamente a Sharpe con desprecio. Como no entendía nada de aquella conversación, el fusilero se mantuvo en guardia sin bajar la espada.

El sacerdote logró persuadir a Vivar, que bajó su arma de mala gana.

—No va a durar ni un solo día sin mí, teniente, ¡pero márchese!

Sharpe escupió en el suelo para hacer patente su propio desprecio y, con la espada aún desenvainada, regresó a la noche. Los franceses habían tomado el norte y él tenía que huir.

CAPÍTULO 7

El primer día de viaje hacia el sur el avance resultó mucho mejor de lo que Sharpe esperaba. El carruaje de los Parker se movía con pesadez, pero tenía ruedas de llanta ancha para hacer frente a caminos embarrados y llenos de rodadas y un paciente conductor español que guiaba con habilidad los seis grandes caballos de tiro. Durante aquella primera jornada los fusileros tuvieron que sacar de dificultades al carruaje en dos ocasiones; una en una pendiente empinada y la segunda cuando una rueda se salió del camino y cayó en una ciénaga. Sharpe no vio a Louisa Parker, pues la tía de la muchacha se había encargado de que permaneciera confinada tras las cortinillas de cuero corridas del coche.

El tamaño y el valor del carruaje impresionaron a Sharpe. La misión de los Parker de iluminar a los paganos papistas de España no carecía de casi nada y George Parker, que al parecer prefería caminar con Sharpe que estar en compañía de su esposa, explicó que el dinero legado por el almirante había hecho posible tales comodidades.

—¿El almirante era un hombre religioso, señor? —preguntó Sharpe.

—¡Ay, no! Ni mucho menos. Pero era rico, teniente. —Estaba claro que las preguntas de Sharpe sobre el precio del carruaje habían molestado a Parker—. No veo por qué la obra del Señor debería verse limitada por una escasez de fondos, ¿no le parece?

—No, por supuesto que no —coincidió Sharpe alegremente—. Pero ¿por qué España, señor? Creía que en Inglaterra ya había bastantes paganos sin tener que molestar a los españoles.

—Porque los españoles sufren la oscuridad de Roma, teniente. ¿Tiene usted idea de lo que eso significa? ¿El horror que eso supone? ¡Puedo contarle historias de comportamiento sacerdotal que le provocarían escalofríos! ¿Sabe las supersticiones que alberga esta gente?

—Tengo cierta idea, señor. —Sharpe se volvió a comprobar el avance del carruaje. Sus dos heridos viajaban en la baca, desterrados allí por la insistencia de la señora Parker—. Pero los *don* no parecen estar del todo preparados para el metodismo, señor, si me disculpa el atrevimiento.

—Son terreno pedregoso —asintió Parker con desánimo.

—Pero mire, en la India conocí a un oficial que convirtió a los paganos a la cristiandad —comentó Sharpe amablemente—, y tuvo mucho éxito.

—¿De verdad? —El señor Parker se alegró al conocer esta prueba de la gracia de Dios—. ¿Era un hombre devoto?

—Estaba como una cabra, señor. Era de los Irlandeses Reales, y a todos les falta un tornillo.

—Pero ha dicho que tuvo éxito, ¿no?

—Los amenazó con volarles la cabeza con un mosquete a menos que se bautizaran, señor. La cola daba dos veces la vuelta al arsenal y llegaba hasta el cuartel de guardia.

El señor Parker guardó silencio, sumido en un pesimismo que podía equipararse con el enfado de los fusileros que marchaban pesadamente. La alegría de Sharpe también era forzada, pues no estaba dispuesto a admitir que su decisión de dirigirse hacia el sur había desbaratado los pocos progresos que había hecho para ganarse la confianza de los fusileros. Se dijo que el malhumor de los hombres se debía a la falta de sueño, aunque en realidad sabía que era porque se habían visto obligados a dejar al comandante Vivar. Los soldados confiaban en Vivar, mientras que la autoridad de Sharpe aún estaba a prueba, lo cual agraviaba la frágil dignidad del teniente.

La confirmación del descontento de los fusileros llegó del sargento Williams, quien acomodó su paso al de Sharpe cuando la pequeña columna marchaba entre unos extensos manzanales.

—Los muchachos querían quedarse con el comandante, señor.

—¡Por Dios! ¿Y eso por qué?

—¡Por sus joyas, señor! Iba a darnos oro cuando llegáramos a Santiago.

—Es un idiota rematado, sargento. No hay ningún oro. Puede que hubiera joyas en esa dichosa caja, pero el único motivo por el que deseaba nuestra compañía era para que le diéramos protección. —Sharpe estaba seguro de tener razón. El encuentro de Vivar con los fusileros casi había doblado en número la pequeña fuerza del comandante, pero el deber de Sharpe no era para servir a un puñetero arcón, sino al ejército británico—. De todas formas no hubiéramos podido llegar a Santiago. Esos condenados franchutes están por todas partes.

—Sí, señor —repuso Williams obedientemente aunque con resentimiento.

Esa noche se detuvieron en una pequeña ciudad donde el dominio que el señor Parker tenía del español les consiguió un sitio en una posada. Los Parker alquilaron una de las habitaciones que daban al amplio salón de la taberna y a los fusileros les permitieron utilizar un establo.

La única comida que llevaban los soldados eran los restos del pan que les habían dado en el monasterio y Sharpe sabía que necesitarían más. El posadero tenía carne y vino, aunque no iba a desprenderse de ninguna de las dos cosas si Sharpe no le pagaba. No tenía dinero, de manera que abordó a George Parker quien le confesó, con tristeza, que era su esposa quien controlaba los fondos familiares.

La señora Parker, despojándose de capas y mantos, pareció hincharse de indignación al oír lo que Sharpe le pedía.

—¿Dinero, señor Sharpe?

—Los soldados necesitan carne, señora.

—¿Es que tenemos que dar una subvención al ejército?

—Se lo devolverán, señora. —Sharpe notó la mirada de Louisa pero, por el bien del apetito de sus hombres, resistió mirar a la sobrina por miedo a ofender a la tía. La señora Parker hizo sonar su monedero de cuero.

—Éste es el dinero de Dios, teniente.

—Sólo se lo pedimos prestado, señora. Y mis soldados no podrán ofrecerle protección si se mueren de hambre.

Este argumento, planteado con tanta modestia, pareció convencer a la señora Parker. La mujer exigió la presencia del posadero, con quien negoció la adquisición de una olla de huesos de cabra que, tal como le explicó a Sharpe, podían hervirse para hacer un caldo nutritivo.

Cuando terminó el regateo, Sharpe vaciló antes de firmar el recibo que la señora Parker le pedía.

—¿Y un poco de dinero para vino, señora?

George Parker alzó la vista al cielo, Louisa se puso a despavesar unas velas y la señora Parker se volvió hacia Sharpe y le lanzó una mirada horrorizada.

—¿Vino?

—Sí, señora.

—¿Sus hombres consumen bebidas fuertes?

—Tienen derecho a beber vino, señora.

—¿Tienen derecho? —La inflexión ascendente presagiaba problemas.

—Son las normas del ejército británico, señora. Un tercio de pinta de licor al día, señora, o una pinta de vino.

—¿Para cada uno?

—Por supuesto, señora.

—No mientras estén escoltando a unas personas cristianas hacia un lugar seguro, teniente Sharpe. —La señora Parker se guardó el monedero en un bolsillo de la falda—. El dinero de Nuestro Señor y Salvador, teniente, no se va a despilfarrar en licores. Sus hombres pueden beber agua. Mi esposo y yo no bebemos otra cosa que no sea agua.

—O cerveza suave —se apresuró a corregirla George. La señora Parker no le hizo caso.

—El recibo, teniente, si es tan amable.

Sharpe firmó el pedazo de papel con diligencia y luego siguió al posadero hacia una amplia habitación donde, por carecer de otra moneda, cortó cuatro de los botones de plata de las costuras exteriores de los pantalones de su uniforme. Con los botones pudo comprar odres de vino suficientes para que todos los soldados tuvieran una taza. El vino, así como la olla de huesos cartilagosos, fue recibido con un silencio hosco que sólo rompieron unos refunfuños hostiles cuando Sharpe anunció que el toque de

diana sería a las cuatro de la mañana. Herido por esta nueva evidencia de la actitud poco colaboradora de los fusileros, les espetó que si alguno prefería ser prisionero de los franceses podía marcharse de inmediato. Señaló la puerta del establo tras la cual ya se estaba formando hielo en el patio.

Nadie respondió ni se movió. Sharpe distinguió los centelleantes ojos de Harper que le miraban desde el fondo del establo y vio que, de nuevo, los fusileros se habían agrupado instintivamente en torno al irlandés grandote. Pero no tenía sentido mirar a Harper en busca de ayuda. Él, más que cualquier otro, parecía lamentar haber dejado al comandante Vivar, aunque Sharpe no tenía la más remota idea de lo que imaginaban que hubieran hecho junto al comandante.

—¡A las cuatro! —dijo—. ¡Y nos pondremos en marcha a las cinco!

Al igual que los fusileros, la señora Parker tampoco se alegró al oír la noticia.

—¿Levantarnos a las cuatro? ¿Cree que un cuerpo puede sobrevivir sin dormir, teniente?

—Creo, señora, que es mejor ir delante de los franceses. —Sharpe vaciló, pues no quería hacerle ninguna otra petición a aquella mujer tan poco servicial, pero sabía que no podía calcular bien la hora en la oscuridad de la noche—. Me preguntaba, señora, si no tendría usted algún reloj.

—¿Un reloj, teniente? —La señora Parker hizo la pregunta para ganar tiempo en el que reunir sus fuerzas de rechazo.

—Por favor, señora.

Louisa le dirigió una sonrisa a Sharpe desde el asiento de la ventana que alojaba la cama en la pared. Su tía, al ver la sonrisa, cerró bruscamente la cortina de la celda.

—Usted, por supuesto, dormirá al otro lado de esta puerta, ¿no, teniente?

Sharpe, que estaba pensando en el reloj, quedó desconcertado por la imperiosa exigencia.

—¿Cómo dice, señora?

—¡En esta habitación hay mujeres indefensas, teniente! ¡Mujeres británicas!

—Estoy seguro de que estarán seguras, señora —Sharpe señaló el fuerte cerrojo.

—¿Es que no tiene noción de cuáles son sus responsabilidades, teniente? —La señora Parker avanzó, furiosa—. ¡No es de extrañar que no haya podido ascender más allá de su bajo rango!

—Señora, yo...

—¡No me interrumpa! Aquí no voy a tolerar sus modales de barracón, teniente. ¿Ha visto a esas criaturas papistas que están bebiendo como animales en esta taberna? ¿Sabe los horrores que provocan las bebidas fuertes? Y permítame recordarle que el señor Parker pagó sus impuestos en Inglaterra, lo cual nos da derecho a su protección.

George Parker, que intentaba leer sus escrituras a la luz de una vela de sebo, miró suplicante a Sharpe.

—Por favor, teniente.

—Dormiré fuera, señora, pero necesito un reloj.

La señora Parker, satisfecha con su pequeña victoria, sonrió.

—Si va a protegernos, teniente, tendrá que pasar la noche en vela. Si tiene que darle vueltas a un reloj de arena no se quedará dormido. ¿George?

George Parker hurgó en su bolsa de viaje y sacó un reloj de arena que le entregó a Sharpe con una mueca de disculpa. La señora Parker asintió con satisfacción.

—Faltan veinticinco minutos para las diez, teniente, y el reloj tarda una hora en vaciarse. —Lo despidió con un movimiento imperioso de la mano.

Sharpe se apoyó en la pared junto a la puerta de la habitación de los Parker. Puso el reloj en el alféizar de una ventana y observó cómo se deslizaban los primeros granos de arena. ¡Maldita sea esa condenada mujer! Con razón el ejército quería evitar la difusión del metodismo entre sus tropas. No obstante, en cierto sentido Sharpe se alegraba de ser un guardaespaldas, aunque fuera de una persona tan desatenta como la señora Parker, pues ello le daba una excusa para no regresar al establo donde sus fusileros pondrían de manifiesto una vez más su contrariedad y desprecio. Hubo un tiempo en el que la compañía de hombres como aquéllos había sido su vida y su disfrute, pero ahora, como oficial, se veía privado de la camaradería. Sintió un inmenso y desesperado hastío y deseó que pronto terminara aquel maldito viaje.

Cortó otro botón de sus pantalones, que dejaban al descubierto una zona del muslo lleno de cicatrices, y se compró un odre de vino. Se lo bebió con rapidez y abatimiento, luego arrastró un banco a la puerta de la familia. Los clientes de la taberna, que no se fiaban de aquel soldado harapiento de semblante adusto, se mantuvieron alejados de él. El banco estaba cerca de una pequeña ventana con los postigos abiertos desde la que Sharpe dominaba los establos. En cierto modo esperaba que los fusileros pudieran intentar amotinarse de nuevo, o quizás escabullirse durante la noche para reunirse con su querido comandante Vivar, pero aparte de unos cuantos soldados que salieron al patio a orinar, todo parecía en calma. En calma, pero no en silencio. Sharpe oía las risas de los fusileros y eso hizo más amarga su soledad. Poco a poco las risas se fueron acallando.

No podía dormir. La taberna se vació, salvo por dos arrieros que roncaban alegremente junto al fuego que se extinguía y por el camarero, que se hizo la cama bajo el mostrador. Sharpe notó un incipiente dolor de cabeza. De pronto echó de menos a Vivar. La alegría y seguridad del español había hecho soportable la larga marcha y ahora él se sentía perdido en el caos. ¿Y si la guarnición británica había abandonado Lisboa? ¿Y si no había ninguna embarcación de la armada frente a la costa? ¿Acaso estaba condenado a vagar por España hasta que los franceses solucionaran sus problemas haciéndolo prisionero? ¿Y qué si lo hacían? La guerra no

tardaría en finalizar con una victoria de los franceses, que entonces mandarían a casa a sus prisioneros. Sharpe regresaría a Inglaterra como otro oficial fracasado más que sobreviviría a duras penas con media paga. Dio la vuelta al reloj de arena e hizo otra marca en la pared encalada.

Junto a los arrieros dormidos había un odre de vino medio tumbado y Sharpe lo robó. Se echó un chorro del líquido repugnante en la boca con la esperanza de que su sabor áspero atajara su reciente jaqueca. Sabía que no sería así. Sabía que por la mañana estaría dolorido y con un humor de perros. Lo mismo que sus hombres, sin duda, y el recuerdo de su hosquedad lo deprimió más aún. ¡Malditos sean! ¡Maldito sea Williams! ¡Maldito sea Harper! ¡Maldito sea Vivar! ¡Maldito sea sir John Moore por echar a perder el mejor ejército que había salido nunca de Inglaterra! ¡Y maldita sea España y malditos los Parker y maldito el dichoso frío que se iba apoderando de la taberna a medida que el fuego se apagaba!

Oyó a sus espaldas el cerrojo de la puerta. Lo estaban descorriendo subrepticamente y con sumo cuidado. Entonces, después de un largo rato, la pesada puerta se entreabrió con un crujido. Un par de ojos nerviosos miraron a Sharpe.

—¿Teniente?

—¿Señorita?

—Le traía esto. —Louisa cerró la puerta con mucho, mucho cuidado y se acercó al banco. Le tendió un grueso reloj de plata—. Es un reloj que suena —le dijo en voz baja—, y lo he dispuesto para que suene a las cuatro en punto.

Sharpe cogió el pesado reloj.

—Gracias.

—Tengo que pedirle disculpas —se apresuró a decir Louisa.

—No...

—Sí, tengo que hacerlo. Paso muchas horas disculpándome por el comportamiento de mi tía. Si es tan amable, quizá mañana podría devolverme el reloj sin que ella se entere.

—Por supuesto.

—También pensé que le gustaría esto, teniente. —Sonrió con picardía mientras sacaba una botella negra de debajo de la capa. Para asombro de Sharpe, contenía coñac español—. Es de mi tío —explicó la joven—, aunque se supone que no debe beberlo. Creerá que mi tía lo encontró y lo tiró.

—Gracias. —Sharpe tomó un poco del fuerte líquido. A continuación, con incómoda cortesía, limpió la boca de la botella con su manga sucia y se la ofreció a Louisa.

—No, gracias. —La muchacha sonrió ante aquel torpe gesto pero lo reconoció como una invitación amistosa, por lo que tomó asiento con decorosa aceptación en el otro extremo del banco. Todavía iba vestida con la falda, la capa y el sombrero.

—¿Su tío bebe? —le preguntó Sharpe, asombrado.

—¿Usted no lo haría, si estuviera casado con ella? —Louisa sonrió al ver la expresión de Sharpe—. Créame, teniente, sólo vine con mi tía por la oportunidad de ver España. No porque deseara pasar unos meses en su compañía.

—Entiendo —repuso Sharpe, aunque en realidad no entendía nada, y mucho menos por qué aquella chica había buscado su compañía en mitad de la noche. No creía que se hubiera arriesgado a la ira de su tía sólo para prestarle un reloj, pero parecía tener ganas de hablar y, aunque su presencia lo turbaba y cohibía, Sharpe quería que se quedara. El fuego mortecino proyectaba luz suficiente para teñir de rojo el rostro de la chica. Sharpe pensó que era muy hermosa.

—Mi tía es extraordinariamente grosera —dijo Louisa disculpándose—. No tenía ningún motivo para comentar nada sobre su rango de la manera en que lo hizo.

Sharpe se encogió de hombros.

—Ella tiene razón. Soy mayor para ser teniente, pero hace cinco años era sargento.

Louisa lo miró con renovado interés.

—¿En serio?

—En serio.

La muchacha sonrió, con lo que Sharpe sintió unas punzadas de deseo.

—Creo que debe de ser un hombre sumamente excepcional, teniente, aunque debo decirle que mi tía piensa que es sumamente zafio. No deja de expresar su asombro por el hecho de que pueda ostentar el grado de oficial de Su Majestad, y afirma que sir Hyde nunca hubiera permitido que un rufián como usted fuera oficial en uno de sus barcos.

Por un instante, el maltrecho amor propio de Sharpe hizo que aquella crítica lo irritara, pero vio que la expresión de Louisa era más pícaro que serio. También vio simpatía en la joven. Era una simpatía que Sharpe no había recibido desde hacía meses y, aunque le reconfortó, su cohibición le hizo responder con poca naturalidad. Un oficial nato, pensó con amargura, sabría cómo reaccionar ante el humor mordaz de la muchacha, pero él sólo fue capaz de hacerle una pregunta aburrida.

—¿Sir Hyde era su padre?

—Era primo de mi padre, un primo muy lejano, la verdad. Me han dicho que no era un buen almirante. Consideraba a Nelson un aventurero —se quedó inmóvil, alertada por un ruido repentino, pero fue un tronco de la chimenea humeante—. Sin embargo, se convirtió en un almirante muy rico —siguió diciendo Louisa— y la familia se benefició de su dinero.

—¿Es usted rica entonces? —Sharpe no pudo evitar preguntárselo.

—Yo no. Pero mi tía ha recibido suficiente para crear problemas en el mundo. —Louisa habló con mucha gravedad—. ¿Tiene usted idea, señor Sharpe, de lo

embarazoso que resulta divulgar el protestantismo en España?

Sharpe se encogió de hombros.

—Usted se ofreció a ello, señorita.

—Cierto. Y la vergüenza es el precio que pago por ver Granada y Sevilla. —Se le iluminaron los ojos, o tal vez fuera el reflejo de las brasas—. ¡Me gustaría ver más cosas!

—Pero van a volver a Inglaterra, ¿no?

—Mi tía cree que es lo más sensato —respondió Louisa con un tono prudentemente burlón—. Los españoles no reciben de muy buen grado sus intentos de liberarlos de los grilletes de Roma, ¿sabe?

—Pero ¿a usted le gustaría quedarse?

—No creo que sea posible, ¿no le parece? Las mujeres jóvenes, señor Sharpe, no tienen libertad en este mundo. Debo regresar a Godalming, donde me espera un tal señor Bufford.

Sharpe no pudo menos que sonreír ante el tono en que lo dijo.

—Es absolutamente respetable —dijo Louisa, como si Sharpe hubiera insinuado lo contrario— y, por supuesto, metodista. Su dinero proviene de la manufactura de la tinta, un negocio tan rentable que la futura señora Bufford podría esperar una casa grande y una vida de magníficas, aunque tediosas, comodidades. Por supuesto, la tinta no decolorará nada porque se fabrica en el apartado Deptford.

Sharpe nunca había conversado con una chica de la educación de Louisa, ni había oído hablar nunca de la clase adinerada con semejante menosprecio. Él siempre había creído que cualquiera que naciera para tener magníficas, aunque tediosas, comodidades, estaría eternamente agradecido.

—¿Usted es la futura señora Bufford?

—Ésa es la intención, sí.

—¿Pero usted no quiere casarse?

—Creo que sí, que lo deseo —Louisa frunció el ceño—. ¿Usted está casado?

—No soy lo bastante rico para casarme.

—Eso no detiene a otros, creo. No, señor Sharpe, sencillamente, no deseo casarme con el señor Bufford, aunque mi renuencia es muy egoísta, sin duda. — Louisa quitó importancia a su indiscreción con un encogimiento de hombros—. Pero no esperaba encontrarle despierto para que aguante mi infelicidad. Lo que quería preguntarle, teniente, es si nuestra presencia hace más probable que usted y sus hombres puedan ser capturados por los franceses.

Estaba claro que la respuesta era afirmativa, pero estaba igualmente claro que Sharpe no podía decir eso.

—No, señorita. Siempre y cuando llevemos un buen ritmo para mantenernos delante de esos hijos..., de ellos.

—De haberme respondido sinceramente, iba a encarecerle que nos abandonara a esos hijos..., a su merced. —Louisa esbozó su solemne sonrisa pícaro.

—Yo no la abandonaría, señorita —repuso Sharpe con torpeza, y se alegró de que la penumbra ocultara su rubor.

—Mi tía suscita una gran lealtad.

—Exactamente. —Sharpe sonrió y la sonrisa se convirtió en una carcajada que Louisa hizo callar llevándose un dedo a los labios.

—Gracias, teniente —se levantó—. Espero que no se sienta molesto por tener que cargar con nosotros.

—Ahora ya no, señorita.

Louisa se acercó a la puerta con sigilo.

—Que duerma bien, teniente.

—Usted también, señorita. —Sharpe la observó mientras ella se deslizaba por el hueco de la puerta y contuvo el aliento hasta que oyó correrse el cerrojo sin ningún percance. Ahora su sueño sería turbulento, pues una sonrisa dulce y burlona había vuelto del revés todos sus pensamientos, deseos y sueños. Richard Sharpe se hallaba lejos de casa, expuesto al peligro de un enemigo conquistador y, para empeorar aún más las cosas, se había enamorado.

Sharpe se despertó a las cuatro de la mañana con el tintineo de la alarma del reloj de plata de Louisa. Llamó a la puerta de los Parker hasta que un gruñido le indicó que la familia se había despertado. Entonces se dirigió al establo y vio que sus hombres no se habían fugado durante la noche. Estaban todos, y casi todos borrachos.

No estaban tan ebrios como los soldados abandonados a los franceses durante la retirada, pero poco les faltaba. Salvo unos cuantos, los demás estaban como una cuba, aletargados o inconscientes. Los odres de vino que Sharpe había comprado se hallaban vacíos en el suelo, pero entre la paja había también numerosas botellas vacías de aguardiente; los monjes cistercienses, al entregarles los costales de pan, habían escondido el licor como parte de su obsequio. Sharpe soltó una maldición.

El sargento Williams estaba aturdido, pero consiguió ponerse de pie.

—Fueron los muchachos, señor —explicó en un tono de disculpa—. Estaban disgustados, señor.

—¿Por qué no me contó lo del licor?

—¿Contárselo, señor? Williams estaba asombrado de que Sharpe esperara semejante cosa.

—¡Malditos sean! —Sharpe tenía la cabeza embotada y le dolía el estómago, pero su resaca no era nada comparado con el estado en el que se encontraban los casacas verdes—. ¡Encárguese de que esos cabrones se levanten!

A Williams le entró hipo. El farol reveló lo inútil que resultaría la tarea de despertar a los fusileros; pero, asustado por la actitud de Sharpe, el sargento realizó

unos débiles intentos de sacudir al soldado que tenía más cerca.

Sharpe apartó a Williams. Lanzó gritos a los hombres. Los despertó a puntapiés, los arrancó de su estupor y les propinó puñetazos en sus sensibles estómagos hasta que los soldados vomitaron en el suelo del establo.

—¡Arriba! ¡Arriba! ¡Arriba!

Los hombres se tambaleaban en medio de una aturdida confusión. Esto constituía un peligro constante en aquel ejército. Los soldados se alistaban para beber. Lo único que los mantenía en las filas era la ración diaria de ron. Aprovechaban la menor oportunidad para ahogarse en licor. Sharpe también lo había hecho cuando era un casaca roja, pero ahora era oficial y su autoridad se había descatado abiertamente una vez más. Cebó su rifle cargado con pólvora seca y lo amartilló. El sargento Williams se encogió frente al inminente estruendo, Sharpe apretó el gatillo y la explosión retumbó en el establo.

—¡Levántense, cabrones! ¡Arriba, arriba! —Sharpe volvió a patearlos de nuevo, pues la incompetencia de no saber lo del licor exacerbaba aún más su ira. También era lamentablemente consciente de la mala impresión que tal comportamiento causaría en la señorita Louisa Parker.

Cuando pasaba un cuarto de hora de las cinco, bajo una llovizna que prometía persistir todo el día, Sharpe formó por fin a los hombres en el camino. Mientras el carruaje de los Parker maniobraba para salir del patio de la taberna, Sharpe, a la luz de un farol que llevaba el sargento Williams, pasó revista a las armas y al equipo. Olió todas las cantimploras y vertió lo que quedaba de licor en el camino.

—¿Sargento Williams?

—¿Señor?

—¡Iremos a paso ligero! —El paso ligero de los fusileros era muy rápido y los soldados, anticipando el dolor, se quejaron—. ¡Silencio! —bramó Sharpe—. ¡Los fusileros darán media vuelta a la derecha! ¡Derecha! —Los soldados adormilados estaban sin afeitarse, tenían los ojos enrojecidos y se movían con torpeza—. ¡Paso ligero!

Marcharon bajo un amanecer gris y deprimente. Sharpe forzó tanto el paso que algunos soldados abandonaban las filas para vomitar en las cunetas inundadas. Él los hizo entrar de nuevo en la formación a patadas. En aquel momento pensó que probablemente odiara a esos hombres y casi deseaba que lo desafiaran para así poder maldecir y emprenderla con esos cabrones indisciplinados. Los obligó a ir tan rápido que el coche de los Parker quedó atrás.

Sharpe no hizo caso del lento avance del carruaje. En cambio, apretó aún más el paso de los fusileros hasta que el sargento Williams, que temía el estado de ánimo de los hombres, próximo al amotinamiento, se puso a su lado. En aquel punto el camino descendía por una larga pendiente hacia un río ancho que cruzaba un puente de

piedra.

—No pueden hacerlo, señor.

—Pero emborracharse sí que pueden, ¿verdad? Pues ahora que sufran, maldita sea.

El sargento Williams estaba sufriendo, sin duda. Estaba pálido y sin resuello, arrastraba los pies y parecía estar a punto de vomitar. Otros soldados se encontraban en un estado aún peor.

—Lo siento, señor —dijo débilmente.

—Tendría que haberlos abandonado a los franceses. A todos ustedes. —Los remordimientos acrecentaban el enojo de Sharpe. Sabía que la culpa era suya. Debería haber tenido el coraje de inspeccionar los establos por la noche, pero en lugar de eso había intentado esconderse de la antipatía que suscitaba en los soldados quedándose en la posada. Recordó a los borrachos abandonados durante la retirada de sir John Moore; hombres sin esperanza, dejados a la cruda merced de los perseguidores franceses y, aunque les había amenazado con la misma suerte, Sharpe sabía que no abandonaría a esos soldados. Ahora ya era una cuestión de orgullo. Sacaría del desastre a ese grupo de fusileros. Quizá no le dieran las gracias, ni se ganara su simpatía, pero los llevaría a través del mismísimo infierno si de ese modo los conducía a la seguridad. Vivar había dicho que era imposible, pero Sharpe lo haría.

—Lo siento, señor —Williams seguía intentando calmarlo.

Sharpe no dijo nada. Estaba pensando en qué fácil habría sido aquella terrible experiencia si fuera un sargento que pudiera mantener el orden entre los soldados. Williams se preocupaba demasiado de agradar, pero Sharpe no sabía de otro más que pudiera llevar los galones. Gataker era demasiado despabilado y demasiado ansioso de la buena opinión de sus compañeros. Tongue era educado, pero el más beodo de la compañía. Parry Jenkins, el galés, podría haber servido para sargento, pero Sharpe dudaba que poseyera la firmeza necesaria. Hagman era demasiado perezoso. Dodd, el hombre tranquilo, demasiado lento y poco seguro de sí mismo. Sólo quedaba Harper, y Sharpe sabía que no iba a hacer nada para ayudar al despreciado intendente. Sharpe tendría que aguantarse con Williams, del mismo modo que Williams y la compañía tenían que aguantar al teniente Sharpe que, al llegar al puente de piedra, ordenó a los soldados que se detuvieran.

Se detuvieron. El alivio se reflejó en sus semblantes. Aún no se veía el carruaje, que sorteaba las rocas al otro lado de la colina.

—¡Compañía! —La fuerte voz de Sharpe crispó el rostro de algunos soldados—. ¡Descansen armas!

Sintieron aún más alivio cuando apoyaron las pesadas armas en el suelo; y entonces, mientras se desabrochaban las bayonetas y las bolsas, Sharpe separó al

grupo de soldados más sobrios y ordenó al resto que se despojaron de las mochilas, los capotes y las botas.

Los hombres creyeron que estaba loco, pero estaban acostumbrados a seguir la corriente a oficiales excéntricos, por lo que se descalzaron bajo la mirada adusta del teniente. El carruaje apareció en lo alto de la pendiente y Sharpe ordenó bruscamente a los soldados que volvieran la vista al frente en lugar de contemplar el coche como pasmarotes. El chirrido de las zapatas de los frenos del carruaje sonaba como un clavo en una pizarra.

—No tenían permiso para emborracharse —dijo entonces Sharpe con voz monótona, ya sin enojo—. En consecuencia, espero que se encuentren jodidamente mal.

Los soldados advirtieron que Sharpe ya no estaba furioso y algunos sonrieron para mostrar que, en efecto, se encontraban muy mal.

Sharpe sonrió.

—Bien. Ahora salten al agua. Todos.

Se le quedaron mirando fijamente. El retumbo y el rechinar de las ruedas del coche se hicieron más fuertes.

Sharpe cargó el rifle con los movimientos rápidos de un hombre largamente adiestrado en el ejército. Los soldados lo miraron con incredulidad al ver que se llevaba la culata chapada al hombro y apuntaba a la primera fila.

—¡He dicho que salten al agua! ¡Vamos!

Amartilló el rifle.

Los soldados saltaron.

La caída desde el parapeto del puente era de unos dos metros y medio aproximadamente y el río, crecido por la nieve derretida y las lluvias de invierno, tenía poco más de un metro de profundidad. El agua estaba fría como el hielo, pero Sharpe permaneció junto a la paredilla del puente y ordenó que todos se empaparan en la corriente gélida. Se sirvió del rifle para animarlos a hacerlo.

—¡Usted! ¡Meta la dichosa cabeza debajo del agua! ¡Harper! ¡Suméjase, vamos, hombre! —Sólo los sobrios, los heridos y, por deferencia a su endeble rango, el sargento Williams, se libraron de la experiencia—. ¡Sargento! ¡Que formen en la orilla de tres en fondo! ¡Vamos, dese prisa!

Los soldados salieron temblorosos del río y formaron tres lamentables filas sobre la hierba. El carruaje se detuvo pesadamente y George Parker, con expresión nerviosa, salió por la portezuela.

—¿Teniente? A mi querida esposa le preocupa que con su paso tan rápido pueda dejarnos abandonados. —Entonces Parker vio a la empapada formación y se quedó boquiabierto.

—Están borrachos —dijo Sharpe con una voz lo bastante alta para que los

soldados lo oyeran—. Mamados. Como una cuba. ¡No sirven para una mierda! Les he hecho sudar el maldito licor a estos cabrones.

Parker agitó una mano en señal de protesta por el lenguaje pero Sharpe no le hizo caso. Se limitó a gritar a sus hombres:

—¡Quítense la ropa!

Hubo una pausa de incredulidad.

—¡Quítense la ropa!

Los soldados se desnudaron. Cuarenta hombres muertos de frío, pálidos y abatidos, permanecían de pie bajo la llovizna.

Sharpe los miró.

—Me da igual que se mueran todos. —Esto llamó su atención—. En cualquier momento, cabrones, los malditos franceses podrían aparecer por esta carretera — señaló con el pulgar la cima de la colina que tenía a sus espaldas— y tengo muchas ganas de dejarlos aquí para que los encuentren. ¡No sirven para nada! ¡Creía que eran fusileros! ¡Creía que eran los mejores! ¡He visto batallones de la maldita milicia mejores que ustedes! ¡He visto miembros de la maldita caballería que parecían más soldados que ustedes! —Este último era un insulto difícil de batir, pero Sharpe lo intentó—. ¡He visto a malditos metodistas más fuertes que ustedes, cabrones!

La señora Parker retiró la cortinilla de cuero para exigir que terminaran las maldiciones, vio a los soldados desnudos y soltó un grito. La cortinilla se cerró.

Sharpe miró a sus soldados hasta conseguir que apartaran la vista. No los culpaba por estar asustados, pues a cualquier soldado podía perdonársele el terror cuando la derrota y el caos destruían un ejército. Aquellos soldados habían sido abandonados, lejos de casa y privados del comisario de intendencia que los vestía y alimentaba, pero aun así seguían siendo soldados, tenían que acatar la disciplina, una palabra que a Sharpe le hizo pensar en las órdenes simples que daba el comandante Vivar. Con un sencillo cambio, esas tres reglas le vendrían muy bien.

Sharpe hizo que su voz sonara menos áspera.

—A partir de ahora tendremos tres normas. Sólo tres normas. Si quebrantan alguna de ellas yo los quebrantaré a ustedes. Ninguno de ustedes robará nada a menos que tengan mi permiso para hacerlo. Ninguno de ustedes se emborrachará sin mi permiso. Y combatirán como demonios cuando aparezca el enemigo. ¿Ha quedado claro?

Silencio.

—¡Les he preguntado si ha quedado claro! ¡Más fuerte! ¡Más fuerte! ¡Más fuerte!

Los hombres desnudos gritaron su asentimiento; gritaron como desafortunados para quitarse a ese loco de sus congelados cuerpos. En aquel momento ya parecían mucho más sobrios.

—¡Sargento Williams!

—¿Señor?

—¡Pónganse los capotes! Disponen de dos horas. Enciendan unas fogatas, sequen la ropa y luego vuelvan a formar en columna de tres en fondo. Yo montaré guardia.

—Sí, señor.

El carruaje permaneció inmóvil y el cochero español se quedó en el alto pescante con el semblante inexpresivo. Cuando todos los fusileros se habían cubierto con los capotes secos, la portezuela se abrió con brusquedad y por ella apareció la furiosa señora Parker.

—¡Teniente!

Sharpe sabía lo que presagiaba esa voz. Se dio media vuelta rápidamente.

—¡Señora! ¡Quiere guardar silencio!

—Voy a...

—¡Silencio, maldita sea! —Sharpe se dirigió hacia el carruaje a grandes zancadas y la señora Parker, temerosa de que recurriera a la violencia, cerró dando un portazo.

Pero Sharpe se acercó a la caja del equipaje, de la que sacó unos cuantos testamentos en español.

—¿Sargento Williams? ¡Para encender el fuego! —Lanzó los libros al prado, en tanto que George Parker, que creía que el mundo se había vuelto loco, guardaba un silencio educado.

Al cabo de dos horas, en medio de un escarmentado silencio, los fusileros marcharon hacia el sur.

A mediodía paró la lluvia. El camino se unía a otro más ancho y embarrado que hacía más lento el pesado avance del carruaje. No obstante, como una promesa de que las cosas mejorarían, Sharpe distinguió una extensión de agua a lo lejos, a su derecha. Era demasiado ancha para tratarse de un río, por lo tanto, sería un lago o bien un brazo del océano que, como un fiordo escocés, penetraba tierra adentro. George Parker dijo que, en efecto, era una ría, un valle inundado por el mar que, por consiguiente, podría conducirles hasta las embarcaciones patrulleras de la armada británica.

Esta expectativa suscitó el optimismo, al igual que el territorio que atravesaban en aquellos momentos. El camino les llevó por tierras de pastos en las que se intercalaban bosquecillos, muros de piedra y riachuelos. Las laderas eran poco empinadas y las pocas granjas parecían prósperas. Sharpe, que intentaba recordar el mapa que Vivar había destruido, sabía que debían de hallarse bastante al sur de Santiago de Compostela. Su desesperación de la noche anterior se estaba debilitando con la esperanza que le proporcionaba aquel camino hacia el sur y por la expresión subyugada de los rostros de sus soldados. El hecho de entrever el mar también contribuyó a ello. Podría suceder que en la próxima ciudad, sin ir más lejos, hubiera pescadores que podrían trasladar a estos refugiados hasta donde patrullaban los

barcos de la armada. George Parker, que caminaba junto a Sharpe, estuvo de acuerdo.

—Y si así es, teniente, no habrá necesidad de llegar a Lisboa.

—¿No, señor?

—Habrá barcos ingleses cargando vino en Oporto. Y no podemos estar a más de una semana de distancia de Oporto.

¡Una semana para alcanzar la seguridad! Sharpe se alegró al pensarlo. Una semana de marchar duramente con las botas rotas. Una semana para demostrar que podía sobrevivir sin Blas Vivar. Una semana para azotar a esos fusileros hasta que se convirtieran en una unidad disciplinada. Una semana con Louisa Parker, y después otras dos semanas más de travesía rumbo al norte, contra los vientos de Vizcaya.

Cuando pasaban dos horas de mediodía, Sharpe ordenó un alto. El mar seguía siendo invisible; no obstante, flotaba un intenso olor a sal entre los pinos desordenados bajo los cuales se dio de comer maíz seco y heno a los caballos que tiraban del carruaje. Los fusileros, después de repartirse las últimas hogazas que les habían dado en el monasterio, se echaron en el suelo, exhaustos. Acababan de atravesar una extensión de prados inundados donde el camino había sido una ciénaga de la que habían tenido que liberar al carruaje. Ahora el camino ascendía suavemente entre muros cubiertos de musgo hacia una granja de piedra que se hallaba en la próxima cima, a una distancia de un kilómetro y medio hacia el sur.

Los Parker tomaron asiento sobre unas mantas de viaje al lado del coche. La señora Parker no había mirado a Sharpe desde su arranque de ira junto al río, pero Louisa le dirigió una alegre sonrisa de complicidad que provocó en Sharpe un azoramiento inmediato por miedo a que sus hombres lo vieran y llegaran a la inevitable conclusión de que el teniente estaba locamente enamorado. Para evitar desvelar sus sentimientos, Sharpe se alejó del pinar y se dirigió al lugar donde un piquete estaba agachado junto al camino.

—¿Hay algo? —preguntó.

—Nada, señor. —Era Hagman, el fusilero de más edad y uno de los pocos que no se había emborrachado hasta perder el conocimiento durante la noche. Estaba mascando tabaco y sus ojos no se apartaron en ningún momento de la línea del horizonte del norte—. Va a llover otra vez.

—¿Le parece?

—Lo sé.

Sharpe se acuclilló. Las nubes que se deslizaban desde el mar invisible, negras y grises, parecían infinitas.

—¿Por qué se alistó en el ejército? —preguntó.

Hagman, cuya boca desdentada le daba a su rostro, ya poco agraciado, un perfil parecido a un cascanueces, sonrió ampliamente.

—Me pillaron cazando furtivamente, señor. El juez me dio a elegir, señor. La

cárcel o la tropa.

—¿Está casado?

—Es por eso que elegí la tropa, señor. —Hagman se rió y escupió un chorro de saliva amarillenta en un charco—. Era una maldita zorra con boca de serrucho, una jodida arpía, señor.

Sharpe se rió y se quedó completamente inmóvil.

—¡Señor! —exclamó Hagman en voz baja.

—Ya los veo. —Sharpe se puso de pie, se dio media vuelta y empezó a gritar, porque al sur, en la línea del horizonte, recortados contra las nubes oscuras, había soldados de caballería.

Los franceses los habían alcanzado.

CAPÍTULO 8

Era un mal sitio para quedar atrapado; una extensión de terreno abierto donde la caballería podía maniobrar casi a su antojo. Aunque había unas zonas cenagosas al borde de los campos que, al igual que el camino, estaban flanqueadas por muros bajos de piedra, Sharpe sabía que le resultaría difícil librar a sus hombres del enemigo.

—¿Está seguro de que son franceses? —preguntó Parker.

Sharpe ni siquiera se molestó en contestar. Un soldado que no reconociera las siluetas enemigas no merecía vivir, pero tampoco lo merecía uno que dudara.

—¡Vamos! ¡Adelante! —Esto se lo dijo al cochero, quien, sobresaltado por el repentino enojo de Sharpe, hizo restallar su largo látigo sobre la pareja de animales que iban a la cabeza del tiro. Los tirantes hicieron un ruido metálico, los balancines se sacudieron con la tensión y el carruaje avanzó de golpe.

Los fusileros arrancaron los trapos que envolvían las llaves de sus armas. Sharpe rezó una plegaria silenciosa a la deidad que cuidaba de los soldados, fuera cual fuese, dándole las gracias porque, el día que se habían separado del ejército, hubieran recibido tanta munición. La necesitarían, pues el enemigo los superaba terriblemente en número y su única esperanza radicaba en la habilidad del rifle para retrasar su persecución.

Sharpe calculó que los jinetes franceses tardarían diez minutos en llegar al pinar donde estaban los fusileros. No podían escapar por el este ni por el oeste, donde sólo había campos vacíos; en cambio, Sharpe tenía que llegar a la cima situada al sur donde estaba la granja y esperar que, al otro lado y por milagro, encontrara un obstáculo impenetrable para los jinetes. Si no hallaban escapatoria tendrían que atrincherarse en la granja y fortificarla. No obstante, diez minutos no bastaban para llegar a la granja, de modo que Sharpe mantuvo a una docena de hombres en el pinar. El resto, a las órdenes de Williams, se fueron con el carruaje.

Sharpe se quedó allí con Hagman, pues el viejo cazador furtivo poseía una destreza asombrosa con el rifle, y también con Harper y sus amigos más íntimos porque se figuraba que eran sus mejores combatientes.

—No podremos retenerlos durante mucho rato —explicó a los pocos soldados que lo acompañaban—, pero podemos ganar un poco de tiempo. Sin embargo, cuando nos vayamos tendremos que correr como alma que lleva el diablo.

Harper se santiguó.

—Dios salve a Irlanda. —En aquel momento había por lo menos doscientos dragones en fila por el camino cenagoso en el que hacía una hora se había atascado el coche.

Los fusileros se tendieron en el suelo al borde de la línea de los árboles. Allí

serían invisibles para los franceses, que todavía se encontraban a unos ochocientos metros de distancia.

—Quédense tumbados sin moverse —advirtió Sharpe a sus soldados—. Apunten a los caballos. Va a ser un disparo a muy largo alcance. —Le hubiera gustado esperar a que el enemigo estuviera a unos doscientos metros de distancia antes de abrir fuego, pero eso permitiría que los jinetes se acercaran demasiado. En cambio se vería obligado a disparar al límite de la distancia de fuego de los rifles con la esperanza de que las balas provocaran sorpresa y pánico suficientes para frenar el avance de los franceses durante unos instantes preciosos.

Sharpe, oculto por la oscuridad bajo los pinos, se hallaba detrás de sus hombres. Sacó el catalejo y apoyó su tubo largo en el tronco de un pino.

Vio unas casacas de color verde pálido, vueltas rosadas y trenzas. El catalejo escorzaba el avance de la columna francesa de manera que las lentes parecían llenarse de hombres que subían y bajaban en sus sillas de montar. Vainas, carabinas, bolsas y sabretaches tintineaban. A aquella distancia los rostros franceses, oscuros bajo sus gorras de forrajeador, eran inexpresivos y amenazadores. Llevaban unos bultos curiosos atados detrás de las sillas de montar y Sharpe se dio cuenta de que eran redes llenas de forraje para los caballos. Los franceses se detuvieron.

Sharpe maldijo en voz baja.

Movió el catalejo a izquierda y derecha. Los dragones habían dejado atrás lo peor del pantanal y se habían desplegado en una línea que en aquel instante no se movía. Los caballos bajaron la cabeza para pacer la hierba húmeda.

—¿Señor? —llamó Hagman—. En el camino, señor. ¿Ve a esos cabrones?

Sharpe dirigió bruscamente el telescopio de nuevo hacia el centro de la línea enemiga. Allí había aparecido un grupo de oficiales cuyas charreteras y entorchados eran de un color dorado oscurecido por la luz invernal, y entre ellos estaba el *chasseur* con su pelliza roja y el civil de chaqueta negra y botas blancas. Sharpe se preguntó qué misteriosa habilidad poseerían aquellos hombres para seguir su rastro por esas tierras en invierno.

El *chasseur* desplegó también su catalejo y Sharpe tuvo la sensación de que el francés miraba directamente el círculo revelador de su propia lente. Mantuvo el antejo inmóvil hasta que el otro se cerró de golpe. Entonces vio que el *chasseur* daba una orden a un oficial de dragones, al parecer un ayudante de campo, quien se dirigió al galope hacia el oeste.

El resultado de esa orden fue que un pequeño destacamento de dragones cogió los pesados cascos que colgaban de los pomos de las sillas. Los seis hombres se pusieron el casco, señal inequívoca de que les habían ordenado avanzar. Consciente de que el pinar podía ocultar una emboscada, el *chasseur* mandaba un piquete en avanzada. Sharpe había perdido el factor sorpresa, pues, aunque el enemigo no supiera que los

estaban aguardando, estaba preparado por si surgían problemas. Plegó el catalejo de golpe y maldijo la cautela del comandante francés que ahora le imponía una decisión delicada.

Sharpe podía matar a esos seis hombres, pero ¿detendría a los demás dragones? ¿O acaso, calculando sus efectivos por la escasez de disparos, saldrían al galope al instante para llevar la concentración de jinetes hacia los árboles antes de que los fusileros pudieran alcanzar la cima del sur? No disponían de diez minutos, tal vez, sólo tenían cinco.

Vaciló. Pero si algo había aprendido siendo soldado era que cualquier decisión, aunque fuera mala, era mejor que ninguna.

—Vamos a retroceder. ¡Rápido! ¡Sigan escondidos!

Los fusileros se deslizaron hacia atrás y se levantaron cuando los árboles los ocultaban de los franceses, y siguieron a Sharpe hasta el camino.

—¡Por Dios! —La imprecación venía de Harper y fue provocada al ver el carruaje de los Parker que, a tan sólo unos doscientos metros delante de ellos, se había quedado atascado. El cochero, con las prisas, había estrellado una rueda contra un muro de piedra en un recodo del camino. Williams y sus hombres intentaban liberar el vehículo en vano.

—¡Déjenlo! —bramó Sharpe—. ¡Déjenlo!

La cabeza de la señora Parker apareció por la ventanilla del carruaje para dar la contraorden:

—¡Empujen! ¡Empujen!

—¡Salgan! —Sharpe iba resbalando en el barro—. ¡Salgan! —Para rescatar el coche tenían que hacer que los caballos recularan, hacerlos girar y luego avanzar de nuevo, y eso llevaría un tiempo del que Sharpe no disponía, por lo que tenían que abandonarlo.

Sin embargo, la señora Parker no estaba de humor para sacrificar las comodidades del vehículo. Hizo caso omiso de Sharpe y se asomó peligrosamente por la ventanilla abierta para amenazar a su cochero con un paraguas plegado.

—¡Azótelos más fuerte, idiota! ¡Más fuerte!

Sharpe agarró la manecilla de la puerta y tiró de ella hacia abajo.

—¡Salgan! ¡Fuera!

La señora Parker lo acometió con el paraguas y del golpe le torció el chaco a Sharpe, que se lo dejó sobre los ojos, pero él la agarró de la muñeca, tiró de ella y oyó su grito cuando la mujer cayó al barro.

—¿Sargento Williams?

—¿Señor?

—¡Que dos hombres saquen esas mochilas del techo! —En ellas se encontraba toda la munición de repuesto de Sharpe. Gataker y Dodd treparon a lo alto del

vehículo, cortaron las cuerdas con las bayonetas y arrojaron las pesadas mochilas a los fusileros. George Parker intentó hablar con Sharpe, pero el oficial no tenía tiempo para su nerviosismo—. Tendrá que correr, señor. ¡Hacia la granja! —Sharpe le dio media vuelta a ese hombre y le señaló la casa de piedra y el granero que constituían los únicos refugios en aquel territorio pelado.

Los ojos de Louisa denotaban un excitado nerviosismo. A la muchacha la apartó de un empujón la señora Parker quien, llena de barro por su caída y abrumada por la pérdida del coche y del equipaje, trató de alcanzar a Sharpe, pero él, a voz en cuello, ordenó a la familia que echaran a correr.

—¿Es que quiere morir, mujer? ¡Muévase! ¡Sargento Williams! ¡Escolte a las señoras! ¡Métanse en la granja! —La señora Parker gritó pidiendo su bolsa de viaje que el señor Parker, tembloroso como una hoja, había rescatado del interior del carruaje. Rodeados por los fusileros, la familia y el cochero huyeron ladera arriba.

—¿Señor? —Harper detuvo a Sharpe—. ¿Bloqueamos el camino? —señaló el carruaje.

Sharpe no tenía tiempo para asombrarse de la repentina buena voluntad del irlandés. Sin embargo, sí que reconoció el valor de su sugerencia. Si bloqueaban el camino los franceses se verían obligados a salvar los muros de piedra que cerraban los campos a ambos lados. No ganarían mucho tiempo, pero en aquella situación desesperada les vendría bien aunque sólo fuera un minuto más. Asintió con la cabeza:

—Si podemos.

—No hay problema, señor. —Harper desenganchó las cadenas de los tirantes, las lanzas y los balancines mientras otros cortaban el arnés y las riendas. El irlandés dio una palmada en la grupa a los caballos para que el tiro de animales se dirigiera colina arriba—. ¡Muy bien, muchachos! ¡Vamos a volcar este armatoste!

Los fusileros se agruparon en el costado derecho del vehículo. Sharpe estaba mirando fijamente hacia los árboles, esperando al piquete enemigo, pero no pudo resistirse a volver la vista atrás para ver cómo el irlandés ordenaba a los soldados que levantaran el carruaje.

Por un momento el coche se negó a moverse; daba la impresión de que Harper sostenía todo el peso del carruaje sobre su enorme cuerpo y lo empujaba hacia arriba. Las ruedas se alzaron del barro y el cubo del eje raspó la piedra en la que estaba atascado.

—¡Empujad! —Harper pronunció la palabra con un prolongado bramido y el carruaje se alzó aún más en el aire. Por un segundo amenazó con volver a caerse y aplastar a los casacas verdes, por lo que Sharpe corrió hacia allí y sumó su fuerza al enorme vehículo, que se tambaleó un instante y luego, con un golpe sordo y un sonido de madera que se rompía, cayó de lado en el camino. El equipaje y los almohadones de los asientos se sacudieron en su interior y los testamentos en español

quedaron esparcidos y amontonados en el barro.

—¡Caballería, señor! —gritó Hagman.

Sharpe se volvió hacia el norte y vio a los seis jinetes enemigos que frenaban sus monturas al borde de los árboles. Apuntó rápidamente y falló el tiro. Hagman disparó al cabo de un segundo e hizo que uno de los caballos se empinara de dolor. Los otros dragones tiraban de las riendas de un lado a otro. Se efectuaron otros dos disparos antes de que el piquete enemigo se refugiara entre los pinos.

—¡Corran! —gritó Sharpe.

Los fusileros corrieron. Subieron por el camino apresuradamente, con las vainas dando sacudidas y las mochilas golpeándoles la espalda. Una bala de carabina, disparada a mucha distancia, pasó vibrando por encima de la cabeza de Sharpe. Vio que dos casacas verdes arrastraban a la señora Parker con todo su peso y la ridiculez de la escena hizo que le entraran ganas de reír. Estaba atrapado por la caballería y se estaba partiendo de risa.

Sharpe alcanzó al grupo del sargento Williams. La señora Parker, furiosa, estaba demasiado jadeante para gritarle, pero también estaba demasiado gorda para moverse con rapidez. Sharpe buscó a Harper con la mirada.

—¡Llévela a rastras!

—¡No lo dirá en serio, señor!

—¡Llévela en brazos si es necesario!

El irlandés empujó a la señora Parker por el trasero. Louisa se rió pero Sharpe le gritó a la muchacha que corriera. Él y el resto de su pelotón entraron en fila en el campo que lindaba con el camino y allí, guarecidos por un muro de piedra, aguardaron la persecución.

Sharpe oía las trompetas de caballería que dialogaban entre ellas. Los piquetes habían mandado el aviso de que el enemigo estaba a la vista y corría, y los demás dragones harían avanzar a sus caballos y cambiarían los gorros de forrajeador por los cascos de lona. Las espadas saldrían de las vainas con un ruido áspero y las carabinas se descolgarían de los hombros.

—¡Tendrán que cruzar entre los árboles, de modo que les daremos una descarga a esos cabrones y echaremos a correr! ¡Apunten hacia el lugar donde el camino penetra en la arboleda, muchachos! —Sharpe tenía la esperanza de retrasar a los dragones al menos un minuto, tal vez más. Cuando la cabeza de la columna enemiga apareciera por debajo de los árboles le asestaría una buena descarga y los jinetes que vinieran detrás tardarían en sortear los caballos heridos.

Hagman estaba recargando cuidadosamente su rifle con la mejor pólvora y los mejores proyectiles. Se abstuvo de utilizar los cartuchos ya preparados que contenían una pólvora más gruesa y cargó su rifle con la mejor pólvora fina que todos los fusileros llevaban en un chifle. Envolvió la bala con el pedazo de cuero engrasado

que, cuando se disparase el arma, se agarraría a las siete estrías que recorrían en espiral el interior del cañón y que transmitían el movimiento giratorio a la bala. Atacó la bala con el parche de cuero, empujándola para que venciera la resistencia del cuarto de vuelta de las rayas y cebó la llave con una pizca de pólvora buena. Se tardaba mucho tiempo en cargar un rifle de esa manera, pero el disparo podía ser más cruelmente preciso. Cuando Hagman terminó, apuntó el arma por encima del muro de piedra y escupió un chorro de saliva manchada de tabaco.

—Apunten un paso a la izquierda por el viento.

Una gota de lluvia cayó en el muro junto a Sharpe, que rezó para que el tiempo aguantara lo suficiente para permitir que sus rifles dispararan. Caminó de un lado a otro detrás de sus hombres.

—¡Que los disparos les hagan daño! ¡Una descarga y echamos a correr como locos!

—¿Señor? —Un soldado situado en un extremo de la fila señaló hacia los árboles al este del camino y al mirar hacia allí Sharpe se preguntó si no se distinguía un movimiento entre los árboles. Desabrochó el bolsillo en el que guardaba el catalejo; pero, antes de que pudiera sacarlo del estuche que lo protegía, el enemigo apareció de repente entre los árboles formando una extensa línea.

Sharpe se había esperado que avanzaran en fila por el hueco donde el camino se adentraba en el pinar, pero los dragones se habían desplegado a izquierda y derecha del bosque; con los cascos puestos y las espadas desenvainadas, todos los efectivos enemigos salieron a la luz.

—¡Fuego!

Fue una descarga insignificante. Si los fusileros hubieran podido concentrar sus balas en la cabeza de una abarrotada columna de caballería podrían haber convertido el camino en un montón de caballos relinchantes y hombres ensangrentados. Sin embargo, contra una extensión de jinetes que se acercaban formando una sola línea, las balas apenas eran más molestas que los tábanos. Un solo caballo, alcanzado por la cuidadosa bala de Hagman, se tambaleó y cayó al suelo.

—¡Corran! —gritó Sharpe.

Los fusileros corrieron como si el diablo les estuviera pisando los talones. Los franceses habían previsto la descarga, se habían protegido contra ella y ahora habían salido al descubierto y avanzaban dando gritos como cazadores que hubieran oído la sangre y azuzaran a los perros. Por delante de Sharpe, los demás fusileros se dirigían ya hacia la granja. Vio que Louisa cargaba con la mochila del herido Cameron y que a él lo llevaba cogido de la mano.

—¡Cabrones a la derecha! —Hagman lanzó el grito de advertencia y al volverse Sharpe vio que los jinetes del este se encontraban en el terreno más firme y que tenían más probabilidades de alcanzar a su pequeño grupo. Los dragones montaban

como si estuvieran en una carrera de obstáculos, oliendo la victoria, y un hueco en el muro les permitió coger velocidad al tiempo que los obligó a agruparse como si compitieran para tomar una curva. Sharpe distinguió el agua que levantaban los cascos cuando la caballería se lanzó por una extensión de terreno húmedo y, extrañamente, vio aparecer la sangre roja en dos de los caballos, una espada que daba vueltas por los aires y luego un hombre que se retorció en la silla, caía y era arrastrado por un caballo que relinchaba presa del pánico. Sharpe oyó entonces el estallido de los fusiles.

Harper había abandonado a la señora Parker y había formado una línea de fusileros al borde del muro exterior de la granja. Su descarga había dispersado a la caballería situada al este para darles una remota posibilidad al grupo de Sharpe.

—¡Corran! ¡Corran!

Los soldados se colgaron los rifles al hombro y echaron a correr. Sharpe oía los cascos de los caballos detrás. Distinguió el crujido de las sillas y los gritos de los oficiales y sargentos. Más balas de rifle pasaron volando, disparadas desde la granja para darle cobertura. Louisa miraba fijamente con los ojos como platos.

—¡Izquierda, señor! —gritó un soldado—. ¡Izquierda! —La caballería se aproximaba por el oeste; eran los jinetes que habían rodeado el bloqueo del camino y que se disponían a saltar con sus bestias el muro de piedra que lo bordeaba. Un jinete cuyo caballo se hallaba en pleno salto fue alcanzado por una bala y su cuerpo giró bruscamente. Los demás siguieron adelante, ilesos, y Sharpe supo que su pelotón quedaría atrapado. Desenvainó la espada grande, afirmó los pies en el suelo y dejó que el primero de los franceses cabalgara hacia él.

—¡Corran! —gritó a sus hombres—. ¡Corran!

El primer francés era un oficial de dragones que iba muy inclinado sobre su silla y con la espada apuntando hacia delante como si fuera una lanza para así atravesar el vientre de Sharpe. El fusilero echó su espada hacia atrás, de izquierda a derecha, asiéndola con las dos manos para asestar un golpe dirigido al hocico del caballo. El golpe lo alcanzó en los dientes, el animal se lanzó a un lado con brusquedad y Sharpe se arrojó contra su cuerpo de manera que la espada del francés pasó de largo delante de él. Sharpe intentó agarrar al francés para tirarlo de la silla, falló, y el chaco le salió despedido cuando la red forrajera lo golpeó y lo hizo caer al camino. La pata trasera del caballo le dio en la cadera, el dragón desapareció y Sharpe se levantó apresuradamente.

—¡Al suelo! —Era la voz de Harper, y Sharpe se arrojó al suelo mientras otra descarga estallaba en lo alto. Un caballo profirió un relincho agudo, resbaló y cayó sobre el estiércol del camino. El animal sacudió los cascos y uno de ellos pasó a un par de centímetros de la cabeza de Sharpe.

—¡Corra! —bramó Harper.

Sharpe pudo ver la carnicería del camino. La descarga de Harper, dirigida hacia la aglomeración formada por el estrechamiento de las paredes de piedra, había conseguido que los jinetes se detuvieran en seco. Sharpe cruzó la cerca de la granja corriendo. Tenía que cruzar un trecho de pastos expuestos para ponerse a salvo. Los fusileros ya estaban entrando en la vivienda y Sharpe vio abrirse un primer postigo empujado por el cañón de un rifle.

—¡Detrás de usted! —Otra vez un ruido de cascos que se aproximaban, ahora por la izquierda, y Sharpe se dio media vuelta con un gruñido. Blandió la espada contra el caballo, que viró bruscamente para alejarse y obligó así a su jinete a probar el difícil golpe transversal, descendente y de un lado a otro de su propio cuerpo. El fusilero atacó a fondo y notó que su espada penetraba en el muslo izquierdo del dragón. El ímpetu que llevaban caballo y jinete liberó a éste de la hoja clavada. Más rifles dispararon y una de las balas pasó tan cerca de Sharpe que éste la notó como un golpe de viento.

—¡Corra! —le gritó Harper de nuevo.

Sharpe corrió. Llegó a la granja justo cuando el último de los fusileros cruzaba el umbral a toda prisa. Harper estaba preparado para cerrar la puerta y bloquearla con un arcón.

—¡Gracias! —le dijo Sharpe con un jadeo al cruzar la puerta como una exhalación. Harper no le hizo caso.

Sharpe se hallaba en un pasillo que recorría toda la granja de norte a sur. Unas puertas cerraban las entradas exteriores y otras dos conducían a la vivienda propiamente dicha. Sharpe optó por la puerta de la izquierda, que se abrió a una cocina espaciosa donde un hombre y una mujer permanecían agachados y temblando de miedo junto a una chimenea en la que, suspendido de una llar, había un caldero bullente queapestaba a lejía. El cochero de los Parker dio una explicación a la pareja en tono apremiante y acto seguido empezó a cargar una enorme pistola de arzón. Louisa intentaba sacar de su ceñido estuche otra más pequeña con culata de marfil.

—¿Dónde está su tía? —le preguntó Sharpe.

—Allí. —La joven señaló una puerta situada al fondo de la cocina.

—Entre ahí.

—Pero...

—¡He dicho que entre ahí! —Sharpe cerró el estuche de la pistola y, pese a la indignación de Louisa, la empujó hacia la recocina donde sus tíos estaban acucillados entre unos tarros altos de barro. Se acercó renqueando a la ventana más cercana y vio que los dragones se arremolinaban al otro lado del pequeño granero. Sus hombres les estaban disparando. Un caballo se empinó, un francés se llevó la mano a un brazo herido y un trompeta gritó.

Los dragones se dispersaron. No se marcharon muy lejos; sólo fueron a refugiarse

detrás del granero de piedra o de los muros del campo, Sharpe sabía que en cuestión de segundos y desmontados, empezarían a acribillar la granja con el fuego de sus carabinas.

—¿Cuántas ventanas hay, sargento?

—No lo sé, señor. —Williams estaba sin resuello tras el esfuerzo de subir corriendo la pendiente.

Una bala entró en la cocina desde el exterior. Alcanzó una viga alta por encima de Sharpe.

—¡Agachen la cabeza! ¡Y devuelvan el fuego!

En el piso de abajo había tres habitaciones; la amplia cocina tenía una ventana orientada hacia el norte y otra hacia el sur. En la pequeña recocina donde se agazapaban los Parker no había ventanas. Más allá del pasillo había otra estancia mucho mayor y sin aberturas que era un establo para los animales. Dos cerdos y una docena de pollos asustados eran sus únicos ocupantes.

Una escalera conducía de la cocina al piso de arriba donde había un dormitorio. Una cama enorme y una cómoda daban fe de la relativa prosperidad de la granja. La habitación tenía dos ventanas que daban al norte y al sur. Sharpe apostó fusileros en ambos huecos y luego ordenó al sargento Williams que asumiera el mando en el dormitorio y abriera unas troneras en las paredes del este y el oeste.

Y un agujero en el tejado.

—¿El tejado? —Williams levantó la mirada boquiabierto hacia las gruesas vigas y las maderas que ocultaban las tejas.

—Para vigilar el este y el oeste —ordenó Sharpe. Hasta que no pudiera ocuparse de sus flancos estaría expuesto a la sorpresa de los franceses.

Sharpe volvió al piso de abajo y ordenó abrir otra aspillera al lado de la campana de la chimenea. El granjero español comprendió lo que había que hacer, sacó un pico y empezó a golpear la pared de su casa. Un crucifijo que colgaba sobre la piedra encalada retembló con los golpes que daba el hombre.

—¡Cabrones a la derecha! —gritó Harper desde la ventana. Los rifles traquetearon. Los casacas verdes que habían disparado se agacharon y retrocedieron, dejando que otros ocuparan su lugar. Algunos dragones desmontados habían intentado asaltar la granja, pero tres de ellos yacían en un charco, otros dos se levantaron como pudieron y se alejaron cojeando para ponerse a salvo y el tercero se quedó inmóvil. Sharpe vio las salpicaduras de la lluvia en las ondulaciones del agua manchada de sangre.

Entonces, durante unos instantes, reinó una paz relativa.

Ninguno de los soldados de Sharpe había resultado herido. Estaban jadeantes y mojados, pero sanos y salvos. Permanecieron agachados bajo la amenaza del fuego de las carabinas que azotaba las ventanas, pero las balas sólo causaron daños en la

casa. Sharpe atisbó y vio que el enemigo se había ocultado en las zanjas o detrás del estercolero. La esposa del granjero, muy nerviosa, ofrecía pedazos de salchicha a los casacas verdes.

George Parker salió de la recocina y avanzó a gatas. Aguardó la atención de Sharpe que, una vez obtenida, aprovechó para inquirir cuál era la línea de actuación que pensaba seguir.

El teniente Sharpe informó al señor Parker de que su intención era esperar a que anoheciera.

Parker tragó saliva.

—¡Faltan horas para eso!

—Cinco a lo sumo, señor —Sharpe estaba recargando su rifle—, a menos que Dios haga que el sol se quede inmóvil.

Parker hizo caso omiso de la frivolidad de Sharpe.

—¿Y después?

—Escapar, señor. Pero no hasta que no sea de madrugada. Caer sobre esos cabrones cuando no se lo esperen. Matar a unos cuantos y esperar a que reine la confusión. —Sharpe enderezó el rifle y cebó la cazoleta—. No pueden hacernos mucho daño siempre que permanezcamos agachados.

—Pero... —Parker se encogió cuando una bala dio contra la pared encima de su cabeza—. Mi querida esposa, teniente, desea que le asegure que podremos recuperar el carruaje.

—Me temo que no, señor. —Sharpe se alzó con la rodilla apoyada en el suelo, vio un atisbo de sombra detrás del estercolero y disparó su rifle. El arma vomitó una bocanada de humo y un pedazo de papel ardiendo humeó en el suelo—. No habrá tiempo, señor. —Se agachó, sacó un cartucho de la bolsa y lo rompió de un mordisco para extraer la bala.

—¡Pero mis testamentos están allí!

A Sharpe no le hacía gracia revelar que los testamentos, la última vez que los vio, estaban tirados por el barro español. Escupió la bala en la boca de su rifle.

—Sus testamentos, señor, están ahora en poder del ejército de Napoleón. —Atacó la bala, el relleno y la pólvora en el cañón del arma. Percibió el sabor seco y repugnante del salitre de la pólvora en la boca.

—Pero... —Una bala de carabina acalló nuevamente a Parker. Ésta alcanzó una cacerola que colgaba de una viga con un ruido metálico. La bala hizo un agujero en el metal, dio en la viga de al lado y cayó a los pies de Sharpe. Éste la recogió, se la pasó de una mano a otra para no quemarse y después la olió. Parker frunció el ceño, perplejo.

—Corre el rumor de que los franchutes envenenan sus balas, señor —dijo Sharpe en voz lo bastante alta para que sus hombres, entre los cuales había algunos que se

creían la historia, lo oyeran—. No es cierto.

—¿Ah, no?

—No, señor. —Sharpe se metió la bala en la boca, sonrió y se la tragó. Los soldados se rieron al ver la expresión de George Parker. Sharpe se volvió para ver cómo iba la tronera en el granero. Las paredes de la granja eran enormemente gruesas y, aunque el pico había penetrado casi treinta centímetros en los cascotes del interior, todavía no se veía la luz del sol.

Una descarga de proyectiles de carabina entró por la ventana trasera con estrépito. Los fusileros, ilesos, lanzaron un grito de desafío, pero el canoso Parker no compartía dicho desafío.

—¡No lo conseguirá, teniente!

—Señor, si no tiene nada mejor...

—¡Teniente! ¡Nosotros somos civiles! ¡No veo ningún motivo por el que debamos quedarnos aquí y compartir su muerte! —George Parker se había armado de valor bajo los disparos; el valor para hacer valer su alma timorata y exigir la rendición.

Sharpe cebó su rifle.

—¿Quiere salir ahí afuera, señor?

—¡Con una bandera de tregua, hombre! —Parker crispó el rostro cuando otra bala de carabina rebotó y le pasó por encima de la cabeza.

—Si eso es lo que quiere, señor... —Pero antes de que Sharpe pudiera terminar la frase se oyó el grito de pánico del sargento Williams desde el piso de arriba y luego el estruendoso traqueteo de una descarga masiva enemiga que azotó la fachada de la casa. Un fusilero fue arrojado fuera de la ventana sangrando por la cabeza. Dos rifles dispararon, se oyeron más tiros arriba y la ventana norte se oscureció cuando los dragones franceses, que habían atacado por el ángulo ciego del lado oeste de la casa, llenaron el marco. Sharpe y varios soldados más dispararon, pero los dragones tiraban de las sillas que bloqueaban la ventana. No los rechazaron hasta que la esposa del granjero, lanzando un grito de desesperación y valiéndose de una fuerza que resultaba sorprendente en una mujer tan escuálida, descolgó el caldero del gancho y lo lanzó al enemigo. La lejía hirviendo hizo retroceder a los franceses como si les hubieran disparado una bala de cañón.

—¡Señor! —Harper estaba junto a la puerta de la cocina. Se oyó un estrépito en el pasillo cuando los franceses echaron abajo la puerta sur que el irlandés no había asegurado tan bien como la del norte. Un grupo de dragones se había aprovechado del ataque principal para asaltar el otro lado de la casa y ahora se hallaban en el pasillo central. Harper disparó su rifle a través de la puerta de la cocina, que al instante se astilló por dos sitios porque los franceses respondieron. Las dos balas dieron en la mesa.

La cocina se llenó del humo de la pólvora. Los soldados se turnaban para disparar por las ventanas y luego recargaban con frenética prontitud. El cochero vació su enorme pistola a través de la puerta y se vio recompensado con un grito de dolor.

—¡Ábrala! —dijo Sharpe.

Harper obedeció. Un francés atónito que apuntaba su carabina se encontró frente a la espada de Sharpe que entró a fondo con tanta violencia que la punta de la hoja chirrió contra la pared del pasillo después de haber atravesado limpiamente el cuerpo del dragón. Harper, profiriendo sus extraños gritos de batalla, siguió a Sharpe con un hacha que había descolgado de la pared de la cocina. Arremetió con ella contra otro hombre y la sangre volvió el suelo resbaladizo.

Sharpe tiró de su espada y la retorció para liberarla. La hoja de un francés le raspó el antebrazo, del que manó la sangre caliente, y Sharpe se abalanzó contra aquel hombre, obligándolo a pegarse a la pared del pasillo, y le estampó la empuñadura de su espada en la cara. Un rifle estalló junto a su cabeza y arrojó a otro dragón fuera de la puerta. Los cerdos chillaban aterrorizados y Sharpe tropezó con un francés que se arrastraba con el vientre sangrando. Otro rifle disparó en el pasillo y luego Harper gritó que el enemigo se había marchado.

Una bala de carabina penetró en el pasillo, rebotó en las paredes y quedó enterrada en la puerta del fondo. Sharpe entró en la estancia donde se guardaban los animales y vio un abrevadero de madera que podría servir como barricada en el pasillo. Lo arrastró y los cerdos aprovecharon la oportunidad para escaparse antes de que Sharpe pudiera cerrar la dañada puerta exterior y empujar el abrevadero contra sus travesaños.

—Esos jodidos franceses tienen suerte —comentó Harper—. Cerdo para cenar.

La acción se calmó de nuevo. Unos chillidos espantosos anunciaron la muerte de los cerdos; unos gritos que acallaron momentáneamente las descargas cerradas de las carabinas que barrían la granja. No aparecieron más objetivos franceses. En la cocina había un fusilero muerto y otro herido. Sharpe se acercó a la escalera.

—¡Sargento Williams! ¿Cómo van esas troneras?

Fue Dodd quien respondió:

—Está muerto, señor. Le alcanzó una bala en el ojo, señor.

—¡Dios santo!

—Estaba mirando por el tejado, señor.

—¡Asegúrese de que alguien siga mirando!

Williams estaba muerto. Sharpe se sentó al pie de la escalera y se quedó mirando a Patrick Harper. Él era el sustituto lógico, la única opción, pero Sharpe imaginaba que el irlandés grandote rechazaría la oferta ferozmente. Así pues, pensó que no tenía que ofrecerle el rango sino sencillamente imponérselo.

—¿Harper?

—¿Señor?

—¡Es usted sargento!

—¡De ninguna manera!

—¡Es sargento!

—¡No, señor! No en este maldito ejército. No.

—¡Por Dios! —Sharpe espetó la exclamación mirando a aquel hombre corpulento, pero Harper se limitó a darse la vuelta para mirar por la ventana hacia donde las bocanadas de humo revelaban la posición de algunos dragones en el interior de una zanja.

—¿Señor Sharpe? —Una mano vacilante tocó el brazo herido de Sharpe. Era George Parker otra vez.

—Mi querida esposa y yo lo hemos hablado, teniente, y agradeceríamos que se comunicara con el comandante francés. —De repente Parker se dio cuenta de que tenía los dedos manchados con la sangre de Sharpe. Palideció y siguió hablando con un balbuceo—: Por favor, no crea que queremos abandonarle en un momento así, pero...

—Ya lo sé —lo interrumpió Sharpe—, piensa que no lo lograremos. —Lo dijo en un tono feroz, no porque desaprobaba el deseo de Parker de ponerse a salvo, sino porque si los Parker se marchaban, perdería a Louisa. Podría haber dejado a los Parker en el camino, a salvo en su carruaje, pero los había asustado para que huyeran porque no quería perder la compañía de la joven. Sin embargo, Sharpe sabía que no había alternativa puesto que no podía esperarse que las dos mujeres soportaran el ataque francés ni el peligro de ser alcanzadas por una bala que rebotara. Louisa tenía que marcharse.

Sobre la mesa, donde yacía el fusilero muerto entre la loza hecha añicos con la sangre que todavía goteaba del cabello empapado, había un trozo de estopilla que, aunque sucia y gris, podría pasar por una bandera blanca. Sharpe ensartó la tela fina en la punta de su espada y se acercó a la ventana arrastrando los pies. Los fusileros le dejaron espacio.

Levantó el brazo y sacó la espada por la ventana, alejándola del marco. La agitó a diestro y siniestro y se vio recompensado por un grito procedente del exterior. Se hizo una pausa y Sharpe se puso de pie con cautela.

—¿Qué quiere, inglés? —gritó una voz.

—Hablar.

—Pues salga entonces. ¡Sólo uno de ustedes! Sharpe sacó la tela de la espada, la envainó y salió al pasillo. Pasó por encima de un dragón muerto, retiró el arcón de la puerta norte y, con la extraña sensación de estar desnudo y expuesto, salió a la lluvia.

Para hablar con el hombre de la pelliza roja.

CAPÍTULO 9

En el granero había una docena de franceses heridos que ocupaban el tenebroso espacio con un hedor a sangre, pus y vinagre alcanforado. Las víctimas yacían en burdos camastros de heno en un extremo y en el otro, frente a un montón de cañizos para las ovejas, los oficiales habían montado un rudimentario puesto de mando en un tonel de agua volcado. Media docena de oficiales se hallaban de pie alrededor del tonel y entre ellos se encontraba el *chasseur* de la pelliza roja que saludó cordialmente a Sharpe en un inglés fluido.

—Soy el coronel Pierre de l'Eclin y tengo el honor de ser *chasseur* de la Guardia Imperial de Su Majestad. Sharpe respondió con una ligera reverencia.

—Teniente Richard Sharpe, de los Rifles.

—¿De los Rifles, eh? Lo dice con un alarde muy orgulloso. —De l'Eclin era un hombre apuesto; de la misma estatura de Sharpe, de complexión robusta, con un rostro de mandíbula cuadrada y cabellos rubios. Señaló un frasco de vino que había sobre la improvisada mesa—. ¿Un miembro de los Rifles tomaría un poco de vino?

Sharpe no sabía si era una cortesía o si se estaba burlando de él.

—Gracias, señor.

El *chasseur* le indicó por señas a un teniente que se apartara, insistiendo en llenar él mismo las dos pequeñas copas de plata. Le tendió una a Sharpe pero, antes de que el fusilero pudiera tomarla, de l'Eclin la retiró levemente, como si aprovechara la ocasión para estudiar su rostro marcado.

—¿Nos hemos visto antes, teniente?

—Junto a un puente. Me rompió el sable.

De l'Eclin pareció estar encantado. Le dio la copa a Sharpe y chasqueó los dedos al recordarlo.

—¡Paró el golpe! ¡Fue un quite extraordinario! ¿O fue cuestión de suerte?

—Probablemente fue cuestión de suerte, señor.

—Los soldados deben tener suerte, y piense en lo afortunado que es que hoy no lo atrapara en terreno abierto. De todos modos, teniente, aplaudo la magnífica defensa de sus fusileros. Es una lástima que deba terminar así.

Sharpe se bebió el vino para quitarse de la boca el sabor acre de la pólvora.

—No ha terminado, señor.

—¿Ah, no? —De l'Eclin enarcó una ceja con educación.

—Sólo he venido, señor, en nombre de unos civiles ingleses atrapados en el interior de la granja que desean marcharse. Están dispuestos a confiar en su amabilidad, señor.

—¿Mi amabilidad? —De l'Eclin soltó una risotada jubilosa—. Ya le he dicho que soy un *chasseur* de la Guardia Imperial del Emperador, teniente. No se consigue este

insigne honor, y no digamos la coronelía, con amabilidad. Aun así, le agradezco lo que sin duda estaba destinado a ser un cumplido. ¿Quiénes son esos civiles?

—Unos viajeros ingleses, señor.

—¿Y estos libros son suyos? —De l'Eclin señaló dos testamentos españoles embarrados que había encima del tonel volcado. Sin duda el francés había sentido curiosidad por los libros caídos, una curiosidad que Sharpe trató de satisfacer.

—Son misioneros metodistas, señor, que intentan que España se aleje del papado.

De l'Eclin examinó a Sharpe buscando alguna prueba de frivolidad y, al no encontrarla, se echó a reír.

—¡Tienen las mismas posibilidades de hacerlo, teniente, que de convertir tigres en vacas! ¡Qué gente tan extraña tiene el privilegio de conocer un soldado! ¿Tengo su palabra de que estos metodistas no van armados?

Sharpe olvidó convenientemente la pequeña pistola de Louisa.

—La tiene, señor.

—Puede hacerlos salir. Sabe Dios qué vamos a hacer con ellos, pero no les dispararemos.

—Gracias, señor. —Sharpe se dio la vuelta para marcharse.

—Pero no me deje, teniente. Me gustaría hablar con usted. —De l'Eclin percibió un atisbo de preocupación en el semblante de Sharpe y meneó la cabeza—. No voy a retenerlo contra su voluntad, teniente. Respeto las banderas de tregua.

Sharpe se dirigió a la puerta del granero y lanzó un grito en dirección a la granja diciendo que la familia Parker podía marcharse. Sugirió también que los tres españoles de la granja podrían aprovechar la oportunidad para escapar, pero al parecer ninguno quería arriesgarse a la hospitalidad de los franceses; sólo la familia Parker salió de la vivienda asediada. La señora Parker fue la primera en aparecer y caminó pisando fuerte el barro bajo la lluvia, esgrimiendo su paraguas como si fuera un arma.

—¡Dios mío! —murmuró de l'Eclin por detrás de Sharpe—. ¿Por qué no la recluta?

George Parker salió a la lluvia con paso vacilante, luego apareció Louisa y de l'Eclin dejó escapar un suspiro de reconocimiento.

—Por lo visto tenemos que darle las gracias.

—Puede que cambie de opinión cuando conozca a la tía.

—No tengo intención de acostarme con la tía. —De l'Eclin ordenó a un capitán que se hiciera cargo de los civiles y luego volvió a llevar a Sharpe al interior del granero—. Bueno, mi teniente de Rifles, ¿qué tiene pensado hacer ahora?

Sharpe no hizo caso del tono condescendiente y fingió no comprenderlo.

—¿Señor?

—Permítame que le cuente sus planes. —El francés alto, cuya pelliza colgaba con

mucha elegancia de su hombro derecho, caminó de un lado a otro del granero—. Ha logrado abrir troneras en las paredes de la habitación del primer piso de la granja, lo cual significa que no puedo sorprenderlo hasta que se haga de noche. Un ataque nocturno podría tener éxito, pero resultaría arriesgado, sobre todo porque usted cuenta con una reserva de combustibles dentro de la casa con la que tiene intención de iluminar el exterior. —Eché un vistazo a Sharpe para percibir alguna reacción del fusilero, pero Sharpe no dejó traslucir nada. De l'Eclin hizo una pausa para volver a llenarle la copa—. Supongo que tiene la seguridad de que puede sobrevivir a otro ataque más y también calcula que, cuando dicho ataque fracase, aguardaré a que amanezca. De modo que, hacia las dos o las tres de la madrugada, cuando mis soldados estén agotados, efectuaré una salida. Me figuro que se dirigirá al oeste, porque hay un barranco cubierto de maleza a tan sólo unos cien pasos de distancia. Una vez allí se encontrará relativamente a salvo y hay caminos para ir ladera arriba entre los bosques. —De l'Eclin había retomado su paseo de un lado a otro, pero entonces se volvió para mirar a Sharpe—. ¿Estoy en lo cierto?

El *chasseur* había sido absolutamente preciso. Sharpe no sabía lo del barranco, aunque lo hubiera visto desde el agujero del tejado y sin duda lo habría elegido para realizar su ataque en esa dirección.

—¿Y bien? —insistió de l'Eclin.

—Yo tenía planeado algo bastante distinto —respondió Sharpe.

—¿Ah, sí? —El francés era exquisitamente educado.

—Tenía pensado capturar a sus hombres y hacerles lo que ellos les hicieron a los españoles de ese pueblo de las tierras altas.

—¿Violarlos? —sugirió de l'Eclin, y se echó a reír—. Algunos puede que lo disfrutaran, pero le aseguro que la mayoría se resistirían a sus apetitos brutales, aunque sin duda muy ingleses.

El aplomo del francés hizo que Sharpe se sintiera sumamente tonto y no dijo nada. También se sentía insoportablemente andrajoso. Llevaba la casaca rasgada y manchada de sangre, iba con la cabeza descubierta, tenía los pantalones abiertos por los botones de plata que le faltaban y sus botas baratas estaban destrozadas. De l'Eclin, en cambio, iba exquisitamente uniformado. El *chasseur* llevaba un ceñido dolmán de color rojo con alamares y botones de oro. Sobre él colgaba su pelliza escarlata, una prenda de lo más inútil pero muy de moda en la caballería. Una pelliza no era más que una casaca que se llevaba sobre un hombro como si fuera una capa. Decorada con galón dorado, la del francés iba sujeta al cuello mediante una cadena de oro y estaba ribeteada con suave corderillo negro. Sus mangas vacías pendían hasta las cadenas de color dorado del tahalí del sable. El interior de las perneras y los bajos de sus pantalones de peto verde oscuro se habían reforzado con cuero negro para que resistieran el roce de la silla, en tanto que las costuras exteriores eran unas tiras rojas

iluminadas con botones dorados. Sus botas altas eran de un cuero negro y blando. Sharpe se preguntó cuánto costaría un uniforme como aquél y calculó que probablemente valía más que su paga de todo un año.

De l'Eclin abrió su sabretache y sacó dos cigarros. Le ofreció uno al fusilero, que no vio razón para rechazarlo. Los dos hombres compartieron amigablemente la llama de un yesquero y el francés suspiró al tiempo que echaba una bocanada de humo por encima de la cabeza de Sharpe.

—Creo, teniente, que sus fusileros y usted deberían rendirse.

Sharpe mantuvo un obstinado silencio.

De l'Eclin se encogió de hombros.

—Le seré sincero, teniente... —hizo una pausa—, Sharpe, me dijo, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Le seré sincero, teniente Sharpe. No quiero que mis hombres estén en este lugar de noche. Tenemos el honor de ser la vanguardia de nuestro ejército y por tanto nos hallamos expuestos. A veces el campesinado español está tentado de convertirse en un incordio. Si me quedo aquí esta noche podría perder a unos cuantos hombres víctimas de los cuchillos en la oscuridad. Dichos hombres morirán de una forma horrible y no me parece que la mejor caballería del mundo deba sufrir una muerte tan dolorosa e innoble. Así pues, espero que se rinda mucho antes de que caiga la noche. De hecho, si no lo hace ahora mismo, no aceptaré después una rendición. ¿Me explico con claridad?

Sharpe ocultó su asombro ante la amenaza.

—Lo entiendo, señor.

De l'Eclin, a pesar del asentimiento de Sharpe, no pudo resistirse a adornar su advertencia.

—Todos ustedes morirán, teniente. No con la lentitud con la que matamos a los campesinos españoles, pero morirán de todas formas. Mañana el ejército me alcanzará y desplegaré artillería para hacer picadillo a sus fusileros. Servirá de lección para que otros enemigos de Francia no hagan perder el tiempo al Emperador.

—Sí, señor.

De l'Eclin sonrió con simpatía.

—¿Esta afirmación significa que se rinde?

—No, señor. Verá, señor, no me creo lo de sus cañones. Llevan redes de forrajeo. —Sharpe señaló a través de la puerta trasera del granero hacia los caballos de los oficiales que, maneados fuera de la vista de los fusileros, llevaban todas unas pesadas redes con heno colgando del arzón de la silla—. Si su ejército fuera a alcanzarle, señor, dejaría que los carros llevaran su comida. Están de patrulla, nada más, y si resisto lo suficiente se marcharán.

El coronel francés se le quedó mirando con aire pensativo unos segundos. Estaba

claro que, de la misma manera que de l'Eclin había supuesto correctamente la táctica de Sharpe hacía un momento, Sharpe había adivinado la del francés. De l'Eclin se encogió de hombros.

—Admiro su coraje, teniente. Pero no le servirá de nada. No hay ninguna posibilidad, en serio. Su ejército está derrotado y se marchó a casa, los ejércitos españoles están desbaratados y desperdigados. Nadie lo ayudará. Puede rendirse ahora o puede ser tozudo, lo cual significa que caerá hecho pedazos víctima de mis espadas. —Su voz había perdido el tono desenfadado y burlesco y ahora era sumamente seria—. De un modo u otro, teniente, los veré a todos muertos.

Sharpe sabía que no tenía ninguna posibilidad de ganar el asedio, pero era demasiado terco para ceder.

—Quiero un poco de tiempo para pensármelo, señor.

—Tiempo para demorarlo, quiere decir. —El *chasseur* se encogió de hombros con desdén—. No le servirá de nada, teniente. ¿De veras cree que hemos llegado hasta aquí para dejar escapar al comandante Vivar? —Sharpe lo miró sin comprender. De l'Eclin interpretó completamente mal la expresión de Sharpe; confundió la incompreensión del fusilero con una culpable estupefacción—. Sabemos que está con usted, teniente. ¡Él y su precioso arcón!

—Está... —Sharpe no sabía qué decir.

—Como puede ver, teniente, no voy a abandonar la caza ahora. El Emperador en persona me encargó llevar ese arcón a París y no tengo intención de fallarle. —De l'Eclin sonrió con condescendencia—. Claro que si manda aquí al comandante con su caja puede que les deje continuar rumbo al sur. Dudo que unos cuantos fusileros andrajosos vayan a poner en peligro el futuro del imperio.

—¡No está conmigo! —protestó Sharpe.

—¡Teniente! —lo reprendió de l'Eclin.

—¡Pregúntele a los metodistas! ¡No he visto al comandante Vivar desde hace dos días!

—¡Está mintiendo! —La voz provenía de detrás del montón de cañizos para las ovejas, por donde apareció el civil alto de casaca negra y botas de montar blancas—. Está mintiendo, inglés.

—¡Váyase a la mierda, cabrón! —le espetó Sharpe en respuesta por haber insultado su honor.

El coronel de l'Eclin se movió con rapidez para interponerse entre los dos hombres enojados. Se dirigió en inglés al hombre de la casaca negra, aunque éste seguía mirando fijamente al fusilero.

—Parece ser, mi querido conde, que su hermano podría haber difundido un falso rumor con éxito, ¿no? Después de todo no viaja hacia el sur para encontrar monturas de repuesto.

—¿Vivar es su hermano? —La confusión de Sharpe era absoluta. ¿Vivar, cuyo odio a los franceses era tan abrumador, tenía un hermano que cabalgaba con el enemigo? ¿Que se quedaría mirando mientras los dragones violaban y mataban a mujeres y niños españoles? Su rostro debió de reflejar su incredulidad porque de l'Eclin, claramente asombrado de que Sharpe no estuviera al tanto de la relación, hizo una presentación formal.

—Permítame que le presente al conde de Mouromorto, teniente. En efecto, es hermano del comandante Vivar. Debe entender que, contrariamente a las mentiras que se cuentan en los periódicos ingleses, hay muchos españoles que se alegran de la presencia francesa. Creen que ya es hora de erradicar las viejas supersticiones y prácticas que llevan tanto tiempo paralizando España. El conde es una de esas personas. —De l'Eclin hizo una reverencia al español al término de la descripción, pero el conde se limitó a fulminar con la mirada al inglés.

Sharpe le devolvió la mirada hostil.

—¿Dejó que estos hijos de puta mataran a su propia gente?

Por un segundo dio la impresión de que el conde la emprendería a golpes con él. Era más alto que Blas Vivar, pero ahora que lo veía de cerca, Sharpe se percató del parecido. Tenía la misma mandíbula pugnaz y los mismos ojos fervientes que en aquel instante contemplaban a Sharpe con hostilidad.

—¿Qué sabrá usted de España, teniente? —preguntó el conde—. ¿O de sus desesperadas necesidades? ¿O de los sacrificios que debe hacer su gente para tener libertad?

—¿Y qué sabrá usted de la libertad? No es más que un maldito asesino hijo de puta.

—¡Basta ya! —De l'Eclin alzó la mano izquierda para contener el enojo de Sharpe—. ¿Dice que el comandante Vivar no está con usted?

—No está conmigo, ni tampoco su dichosa caja. Si quiere saberlo, aunque no es asunto suyo, me separé del comandante Vivar porque me enfadé con él, ¡y me importa un carajo si no vuelvo a verlo nunca más! Pero ha hecho que se lanzaran a una persecución inútil, ¿verdad?, los ha enviado a la caza de gansos salvajes, como quien dice.

A de l'Eclin parecía divertirse la furia de Sharpe.

—Puede ser, pero el ganso es usted, teniente, y será usted quien acabe desplumado. Usted y sus Rifles. —El coronel estaba embelesado con esa palabra. Conocía a los húsares, cazadores, lanceros, dragones y artilleros, estaba familiarizado con zapadores y coraceros, granaderos y fusileros, pero nunca había oído describir a nadie como a un Rifle—. Por otro lado —continuó diciendo de l'Eclin—, si el comandante Vivar está con usted, estará obligado a negar su presencia, ¿no? Igual que está obligado a defenderlo, lo cual explicaría su persistencia en esta lucha

imposible.

—No está aquí —dijo Sharpe en tono cansino—. Pregúntele a los metodistas.

—¡A la chica ya lo creo que se lo preguntaré! —replicó de l'Eclin alegremente.

—Hágalo —le espetó Sharpe. Blas Vivar había sido extraordinariamente listo al valerse de un rumor para convencer a los franceses de que había huido hacia el sur con los fusileros, sacrificándolos de este modo. Pero Sharpe no podía sentir ira contra el español, sólo una renuente admiración. Arrojó el cigarro al suelo—. Voy a volver.

De l'Eclin asintió con la cabeza.

—Le daré diez minutos para decidirse sobre la rendición. *Au revoir*, teniente.

—Y usted váyase al infierno.

Sharpe regresó a la granja. El ganso salvaje estaba atrapado y ahora lo matarían y desplumarían. En cierto sentido ésta era la venganza de Vivar por el abandono de Sharpe, quien se echó a reír porque no podía hacer otra cosa. Excepto luchar.

—¿Qué quería ese cabrón, señor? —le preguntó Harper.

—Quiere que nos rindamos.

—¡Y una mierda! —Harper escupió hacia el fuego.

—Si no nos rendimos ahora no podremos hacerlo más tarde.

—De modo que se ha puesto nervioso, ¿eh? ¿Le da miedo la noche?

—Sí, así es.

—¿Y qué va a hacer, señor?

—Decirle que se vaya al infierno. Y a usted nombrarlo sargento.

Harper hizo una mueca.

—No, señor.

—¿Por qué diablos no quiere?

El hombre grandote meneó la cabeza.

—No me importa decir a los muchachos lo que tienen que hacer en combate, señor. El capitán Murray siempre me dejaba hacerlo, ya lo creo, y lo haré tanto si usted quiere como si no. Pero de ahí no paso. No ejecutaré los castigos por usted ni le aceptaré una insignia.

—¡Por el amor de Dios! ¿Y por qué no?

—¿Por qué carajo tendría que hacerlo?

—¿Por qué carajo me salvó la vida ahí afuera? —Sharpe señaló más allá de la granja donde las descargas de Harper lo habían rescatado en medio de la precipitada confusión para escapar de los dragones.

El irlandés grandote pareció avergonzado.

—Eso fue por culpa del comandante Vivar, señor.

—¿Qué demonios significa eso?

—Bueno, señor, él me dijo que, salvo una excepción, usted era el mejor soldado en combate que había visto nunca. Y que mientras los ingleses paganos estuvieran luchando por una España católica libre, señor, tenía que mantenerlo con vida.

—¿El mejor?

—Con una excepción.

—¿Quién es?

—Yo, señor.

—El comandante es un cabrón embustero —dijo Sharpe. Imaginó que debía aceptar lo que se le ofrecía, que era el apoyo de Harper en el campo de batalla. Al menos era mejor que no tener ninguno—. Pues si es un combatiente tan bueno dígame cómo saldremos de este maldito agujero.

—Lo más probable es que no lo hagamos, señor, ésa es la verdad. Pero les ofreceremos una resistencia infernal a esos hijos de puta y la próxima vez que se encuentren con los Rifles se lo pensarán.

Una bala de carabina entró por la ventana de la cocina como un latigazo. Habían transcurrido los diez minutos que le había concedido de l'Eclin y se había reanudado la contienda.

Desde uno de los agujeros del tejado Sharpe vio el barranco boscoso del que de l'Eclin había hablado. Al norte de dicho barranco, en un prado cercado, pastaban los caballos de los dragones.

—¡Hagman!

El viejo cazador furtivo subió por la escalera.

—¿Señor?

—Póngase en posición de disparo y empiece a matar caballos. Eso mantendrá ocupados a esos cabrones.

En el piso de abajo la esposa del granjero estaba atareada con la comida. Sacó un barril de caballa y pescadilla saladas, prueba de lo cerca que se encontraban del mar, que distribuyó entre los soldados. Su esposo, tras haber terminado la tronera, había cargado un fusil de caza con pólvora y proyectil que descargó de un modo ensordecedor hacia el este.

Los franceses trasladaron sus caballos más hacia el norte. Desde el granero les llegaba el aroma tentador de la carne de cerdo que allí se cocinaba. La lluvia cayó con más fuerza y luego cesó. El fuego de carabina no cesó en ningún momento, pero tampoco causó muchos daños. Uno de los fusileros recibió una herida superficial en el brazo y cuando soltó un grito sus colegas se burlaron de él.

A media tarde unos pocos dragones emprendieron un ataque poco entusiasta por el huerto situado al norte, pero se desanimaron enseguida. Sharpe iba de una ventana a otra preguntándose qué clase de diablura tramaba de l'Eclin. También se preguntó qué estaría haciendo Blas Vivar con el tiempo que había ganado mandando a de l'Eclin en aquella búsqueda inútil. No había duda de que el arcón era más importante de lo que había imaginado Sharpe; tan importante que el mismísimo Emperador había enviado al *chasseur* para que lo capturara. Sharpe supuso que nunca sabría qué contenía. Lo capturarían o moriría allí, y si los franceses se cansaban de permanecer alerta, se marcharían y Sharpe continuaría su camino hacia el sur. Encontraría un barco que los llevaría a casa, se incorporaría al grueso del ejército y, una vez más, se convertiría en intendente, una idea que hizo que el corazón le diera un vuelco. Hasta aquel preciso instante no había caído en la cuenta de lo mucho que detestaba ese maldito trabajo.

—¡Señor! —La voz parecía asustada—. ¡Señor!

Sharpe corrió hacia la ventana delantera de la cocina.

—¡Fuego!

Los franceses habían levantado unos parapetos con los cañizos para las ovejas. Las habían atado juntas para hacer unas pesadas esteras de zarzos de abedul lo bastante grandes para ocultar a media docena de hombres y con elasticidad suficiente para detener las balas de los rifles. Los voluminosos escudos iban avanzando poco a poco por el patio, acercándose cada vez más, y Sharpe adivinó que, en cuanto llegaran a la casa, los franceses utilizarían hachas y barras para echar las puertas abajo. Disparó su rifle a sabiendas de que desperdiciaría la bala contra la madera flexible. El fuego de las carabinas adquirió nueva intensidad.

Sharpe rodeó la mesa y se dirigió a la ventana del norte. Unas bocanadas de humo de pólvora se alzaban en el huerto, lo cual indicaba que los dragones bloqueaban esa vía de escape; sin embargo, era su única esperanza. Lanzó un grito hacia lo alto de la escalera:

—¡Bajen aquí!

Se volvió a mirar a Harper:

—Nos llevaremos a los españoles con nosotros. Vamos a huir hacia el sur.

—Nos atraparán.

—Será mejor que morir como ratas en una trampa. ¡Calen bayonetas! —Levantó la mirada escalera arriba, hacia el dormitorio—: ¡Dense prisa!

—¡Señor! —Fue Dodd quien respondió; el tranquilo de Dodd que miraba por la aspillera del tejado y que parecía anormalmente excitado—. ¡Señor!

Porque una nueva trompeta lanzaba su desafío a los cielos.

El comandante Blas Vivar desenvainó la espada que emitió un sonido bronco. La alzó en alto y, cuando la trompeta alcanzó su estridente nota aguda, bajó la hoja cortando el aire.

Los caballos apretaron el paso. Había un centenar de ellos: todos los que el teniente Dávila había traído desde Orense. Subieron a toda prisa desde el barranco, hallaron un terreno firme en el pasto y cargaron.

El gallego de uniforme carmesí que llevaba el guión en el palo con aspecto de lanza bajó la punta de su arma. El estandarte se agitó con el viento. Los dragones franceses desmontados se dieron la vuelta horrorizados.

—¡Santiago! ¡Santiago! —Vivar pronunció la última sílaba de su grito de guerra mientras sus cazadores avanzaban tras él con un retumbo. Allí estaban los restos de su compañía de élite de uniforme escarlata, reforzados por sus compañeros de casaca azul que habían ido al norte con el teniente Dávila. Los cascos de los caballos lanzaban terrones de tierra al aire—. ¡Santiago! —Más adelante se abría una zanja bordeada por los dragones que habían estado disparando contra la granja y que se alzaron, dieron media vuelta y apuntaron a la caballería española. Una bala pasó silbando ante el rostro de Vivar—. ¡Santiago! —Llegó a la zanja, la cruzó de un salto y su espada descendió con un zumbido para asestar un tajo sangriento en la cara de un francés.

La lanza arremetió contra un dragón y el banderín se hundió en su pecho. El portaestandarte liberó el palo al tiempo que profería su grito de guerra particular y entonces fue alcanzado en el cuello por una bala de carabina. Un jinete que venía detrás agarró la lanza que caía y alzó de nuevo el banderín empapado de sangre.

—¡Santiago!

Los dragones desmontados huían por el patio de la granja. La caballería española los arrolló. Los aceros tajaron. Los caballos asustados daban vueltas, cerraban de golpe sus dentaduras amarillas y sacudían los cascos. Las espadas entrechocaron emitiendo un ruido metálico como el de los martillazos de un herrero. Un español cayó de la silla, un francés chilló cuando una espada lo inmovilizó contra el granero. Los escudos hechos con cañizos fueron abandonados en el barro.

La carga había echado a los franceses del patio y había provocado una carnicería en la zanja del este. El trompeta tocaba la orden de agruparse y Vivar frenó su montura, le hizo dar la vuelta y volvió atrás. Un dragón francés que todavía no se había recuperado del primer ataque le lanzó una débil estocada al comandante y se vio recompensado con un tajo en la garganta.

—¡Rifles! ¡Rifles! —gritó Vivar.

Algunos oficiales franceses salieron corriendo del granero y Vivar condujo su caballo hacia ellos con sus hombres a la zaga. Los franceses se dieron la vuelta y huyeron. Los cazadores entraron dentro del granero, agachando la cabeza bajo el

dintel, y se oyeron gritos en el interior. Aparecieron unos dragones montados y Vivar ordenó a sus hombres a voz en cuello que formaran en línea para atacar, para combatir por Santiago.

Fue entonces cuando los fusileros salieron de la casa haciendo pedazos la puerta acribillada y corrieron hacia el patio con las bayonetas caladas. Vitorearon a los españoles.

—¡Al este! —bramó Vivar por encima de sus vítores al tiempo que señalaba con su espada—. ¡Al este!

Los fusileros corrieron hacia el este, en dirección contraria al mar, hacia el barranco boscoso donde temporalmente podrían estar a salvo de los dragones franceses. Los dragones, que se estaban recuperando de la sorpresa del ataque de Vivar, cayeron en la cuenta de lo mucho que superaban en número a los jinetes españoles, y formaron de nuevo en el camino debajo de la granja. La trompeta francesa dio el toque de avance.

Vivar dejó que se aproximara el contraataque. Estaba cediendo terreno, conformándose con que los franceses retomaran los edificios de la granja mientras que él se retiraba hacia el barranco. Sus hombres dispararon desde la silla. Al recargar atacaron las balas en los tubos de sus carabinas con unas baquetas que iban sujetas a la boca del arma mediante un manguito articulado para que no se cayeran. El granjero, su esposa y el cochero de los Parker huyeron con los casacas verdes.

El último de los cazadores españoles bajó ruidosamente por la pendiente del barranco. Los fusileros de Sharpe se alinearon a lo largo del borde y disparaban a los franceses cuya persecución, aunque entusiasta, estaba condenada al fracaso. Los espinos y la maleza del barranco obligarían a los dragones a meterse por los estrechos senderos que cubrían los fusileros y, al percatarse del peligro, de l'Eclin ordenó a sus hombres que retrocedieran. Unos cuantos franceses, instigados a la ira, siguieron adelante y Sharpe observó cómo las balas destruían su carga dispersa.

—¡Alto el fuego!

—¡Sígannos! —exclamó Vivar desde la otra cima del barranco.

—¡Señor! —gritó Harper a modo de advertencia, y Sharpe se dio la vuelta.

Louisa Parker se acercaba corriendo a toda velocidad por el pasto remangándose la falda con la mano derecha y con el sombrero en la izquierda. Un bramido de furia se oyó desde la granja, sin duda la desesperada protesta de la tía de la joven, pero ella hizo caso omiso. Rodeó un caballo abatido que sangraba. Un francés echó a correr tras ella, pero Hagman lo tumbó con un disparo.

—¡Teniente! ¡Teniente! —gritaba Louisa.

—¡Virgen santísima! —Harper se echó a reír mientras la chica, jadeante y con unos ojos como platos por la emoción del momento, se lanzó al barranco y se abalanzó hacia Sharpe como si él pudiera protegerla contra todo el mundo.

Sharpe, lleno de júbilo por la llegada de la joven, abrió los brazos para frenar su precipitada carrera. Por un segundo permaneció aferrada a él, riéndose y sin resuello, y luego se apartó. Los soldados de Sharpe vitorearon la rebeldía de la muchacha.

—¡Teniente! —Vivar había regresado a caballo para acuciar la retirada de los fusileros y ahora miraba asombrado a la chica que estaba junto a Sharpe—. ¿Teniente?

Pero no había tiempo para explicaciones, no había tiempo para otra cosa que no fuera la huida despavorida hacia el este, lejos de la seguridad del mar y de vuelta a los venerados misterios que encerraba el arcón de Blas Vivar. El ganso salvaje se encontraba a salvo.

CAPÍTULO 10

Viajaron durante toda la noche, ascendiendo y siempre en contra del viento que traía el frío de la nieve que cubría los despeñaderos de las laderas más altas. Pasada la medianoche, desde un espolón boscoso, Sharpe vio el reflejo distante del mar al oeste. Mucho más cerca, por debajo de él en la oscura maraña de las tierras bajas, la mancha de unas fogatas revelaba el lugar donde habían acampado los soldados.

—Los franceses —anunció Vivar en voz baja.

—Que creían que estaba escoltándole hacia el sur —dijo Sharpe en tono acusador.

—¡Después! ¡Después! —respondió Vivar, igual que había hecho cada vez que Sharpe había intentado invitar al español a que explicara su comportamiento. Por detrás de Vivar, encorvados bajo sus pesadas mochilas, los fusileros ascendían pesadamente por el sendero de la ladera. Los cazadores iban a pie guiando a sus caballos para que los animales conservaran su fuerza para el largo viaje que tenían por delante. Sólo a los heridos se les permitió ir montados. Incluso Louisa Parker tenía que ir caminando. Vivar, al ver pasar a la chica, miró a Sharpe con el ceño fruncido—. ¿Le dejo dos días solo y encuentra a una muchacha inglesa?

Sharpe percibió hostilidad en la voz del español y optó por responder con suavidad:

—Escapó de su tía y su tío.

Vivar escupió en dirección a las luces lejanas.

—¡Me lo han contado todo sobre ellos! Los Parker, ¿no? Se hacen llamar misioneros, pero creo que son unos ingleses entrometidos. Me dijeron que el obispo iba a expulsarlos de Santiago de Compostela, pero veo que los franceses nos han hecho el favor. ¿Por qué escapó?

—Creo que tiene ansias de emociones.

—Eso sí se lo podemos proporcionar —repuso Vivar agriamente—, pero nunca he considerado que los soldados sean una compañía adecuada para una muchacha, aunque sea protestante.

—¿Quiere que le pegue un tiro? —sugirió Sierpe con mordacidad.

Vivar se volvió a mirar al sendero.

—Ya se lo pegaré yo mismo si causa alguna dificultad, teniente. Nosotros tenemos nuestra propia misión y no debe ponerse en peligro.

—¿Qué misión?

—¡Después! ¡Después!

Siguieran subiendo, abandonaron la protección de los árboles y salieron a una pendiente azotada por el viento, cubierta por una hierba fina y unas rocas traicioneras. La noche era oscura pero los soldados de caballería conocían el camino. Atravesaron un valle elevado, cruzaron un río y ascendieron de nuevo.

—Me dirijo —declaró Vivar— a un lugar remoto. Un lugar donde los franceses no nos molestarán. —Caminó unos pasos en silencio—. Así pues, conoció a Tomás, ¿no?

Sharpe intuyó que a Vivar le había costado un gran esfuerzo hacer que la pregunta pareciera despreocupada. Trató de responder con la misma naturalidad.

—¿Así se llama su hermano?

—Si es que es mi hermano. No puedo considerar hermano a un traidor. —La vergüenza y el resentimiento de Vivar eran manifiestos. Antes no había querido hablar del conde de Mouromorto, pero el tema era ineludible. Sharpe había conocido al conde y tenía que darle una explicación. Sin duda Vivar había decidido que, en aquella fría y nítida oscuridad, era el momento adecuado—. ¿Qué le pareció?

—Me pareció enfadado —contestó Sharpe con desacierto.

—¿Enfadado? Tendría que estar muerto de vergüenza. Él piensa que la única esperanza para España es aliarse con Francia. —Iban por una cumbre elevada y Vivar tenía que gritar para hacerse oír por encima del viento. A los hombres como él los llamamos *afrancesados*. Creen en las ideas francesas, pero en realidad son unos traidores impíos. A Tomás siempre le atrajeron los conceptos del norte, pero esas cosas no reportan felicidad, teniente, sólo un enorme descontento. Arrancaría el corazón a España y pondría una enciclopedia francesa en su lugar. Olvidaría a Dios y exaltaría la razón, la virtud, la igualdad, la libertad y todas esas tonterías que hacen que los hombres olviden que el precio del pan se ha duplicado y que lo único que abunda son las lágrimas.

—¿Usted no cree en la razón? —Sharpe dejó que la conversación se alejara del doloroso tema de la lealtad del conde de Mouromorto.

—La razón es la matemática del pensamiento, nada más. Uno no vive su vida guiado por disciplinas tan categóricas. Las matemáticas no pueden explicar a Dios, y la razón tampoco, ¡y yo creo en Dios! Sin Él no somos más que corrupción. Pero me olvidaba de que usted no es creyente.

—No —dijo Sharpe sin convicción.

—Sin embargo, esta incredulidad es mejor que el orgullo de Tomás. Él se cree más grande que Dios, pero antes de que termine este año, teniente, voy a ponerlo en manos de la justicia divina.

—Los franceses quizá piensen de otro nodo, ¿no?

—Me importa un comino lo que piensen los franceses. A mí sólo me importa la victoria. Por eso lo rescaté. Es por eso por lo que, esta noche, viajamos en la oscuridad. —Vivar no iba a explicar nada más, pues necesitaba de toda su energía para engatusar a los soldados desfallecidos para que siguieran avanzando y ascendiendo. A Louisa Parker, tan exhausta que ya no podía ni hablar, la montaron en un caballo. El sendero seguía subiendo.

Al amanecer, bajo un cielo limpio de nubes en el que la estrella matutina era una débil mota encima de la tierra helada, Sharpe vio que habían viajado hacia una fortaleza construida en la cima de una montaña.

No se trataba de un fuerte moderno de construcción baja tras unos muros inclinados de tierra donde las balas de cañón rebotarían encima de los fosos y revellines, sino que se trataba de una alta fortaleza de una antigüedad y lobreguez amenazadoras. No era un lugar refinado. No era el hogar de algún noble extravagante, sino una plaza fuerte construida para defender un territorio hasta el fin de los tiempos.

El fuerte llevaba cien años vacío. Su ubicación era demasiado lejana y elevada para ser aprovisionado fácilmente y España no había tenido necesidad de lugares como aquél. En el frío amanecer, Blas Vivar condujo a sus cansados cazadores bajo el viejo arco cubierto de musgo hasta un patio empedrado invadido por la hierba y la maleza. Algunos soldados, a las órdenes de un sargento, habían guarnecido la vieja fortaleza durante la ausencia del comandante y el aroma de sus hogueras resultaba acogedor tras el helor de la noche. Nada más resultaba acogedor; los terraplenes estaban cubiertos de matorrales, la torre del homenaje daba cobijo a cuervos y murciélagos y el sótano estaba inundado, pero el deleite de Vivar mientras guiaba a Sharpe por las murallas era contagioso.

—¡El primer Vivar construyó este lugar hace casi mil años! Era nuestra casa, teniente. Nuestra bandera ondeaba en esa torre y los moros nunca la capturaron.

Condujo a Sharpe hasta el bastión del norte que, al igual que el nido de alguna enorme ave de presa, sobresalía en un espacio inmenso. El valle situado más abajo era un borrón de ríos y senderos helados. Desde allí arriba, durante siglos, hombres con cascos de acero habían permanecido atentos al brillo de la luz del sol al reflejarse en los distantes escudos paganos. Vivar señaló una hendidura profunda y umbría en las montañas del norte donde el hielo parecía nieve.

—¿Ve ese paso de allí? Una vez un conde de Mouromorto ocupó ese camino durante tres días contra una horda musulmana. Llenó el infierno con sus almas miserables, teniente. Dicen que todavía puedes encontrar puntas de flecha oxidadas y pedazos de sus cotas de malla en las grietas de ese lugar.

Sharpe se volvió a mirar la alta torre.

—¿Ahora el castillo pertenece a su hermano?

Vivar se tomó la pregunta como una afrenta a su orgullo.

—Él ha deshonrado el buen nombre de la familia. Y por este motivo mi deber es restituirlo. Cosa que haré, con la ayuda de Dios.

Aquellas palabras fueron como un atisbo de un alma orgullosa, un indicio de la ambición que empujaba al español, pero la intención de Sharpe era obtener una respuesta distinta; una respuesta que en aquel momento buscó directamente:

—¿Su hermano no sabrá que usted está aquí?

—Sí, claro. Pero los franceses necesitarían diez mil hombres para rodear esta colina y otros cinco mil para asaltar la fortaleza. No vendrán. Están empezando a descubrir los problemas que les acarrearán la victoria.

—¿Problemas? —preguntó Sharpe.

Vivar sonrió.

—Los franceses, teniente, se están dando cuenta de que en España los grandes ejércitos se mueren de hambre y los pequeños son derrotados. Aquí sólo se puede ganar si el pueblo te alimenta, y el pueblo está aprendiendo a odiar a los franceses. — Se adelantó para bajar de la muralla—. ¡Piense en la posición de los franceses! El mariscal Soult persiguió a su ejército hacia el noroeste, ¿hacia dónde? ¡Hacia ninguna parte! Está desperdigado por las montañas y en torno a él no hay nada más que nieve, malos caminos y un campesinado vengativo. Todo lo que come tiene que buscarlo y en invierno, en Galicia, no hay mucho que encontrar si la gente quiere esconderlo. No, está desesperado. Ya están matando a sus mensajeros, se están tendiendo emboscadas a sus patrullas, ¡y eso que hasta ahora sólo unos cuantos resisten! Cuando todos los habitantes de la campiña se alcen contra él su vida será un tormento de sangre.

Era una profecía escalofriante y fue expresada con tanto brío que Sharpe quedó convencido. Recordó que de l'Eclin había manifestado sinceramente su miedo a la noche; su temor a los cuchillos de los campesinos en la oscuridad.

Vivar volvió de nuevo la mirada a la hendidura en las montañas donde su antepasado había hecho una carnicería con un ejército musulmán.

—Hay alguna gente que ya lucha, teniente, pero el resto tienen miedo. Ven a los franceses victoriosos y tienen la sensación de que Dios los ha abandonado. Necesitan una señal. Necesitan un milagro, si prefiere decirlo así. Son campesinos. No conocen la razón, pero sí su Iglesia y su tierra.

Sharpe notó que se le ponía la carne de gallina, no por el frío de la mañana ni a causa del miedo, sino por el temor de algo que superaba lo imaginable.

—¿Un milagro?

—¡Después, amigo mío, después! —Vivar se rió del misterio que había suscitado deliberadamente y bajó corriendo las escaleras que conducían al patio. De pronto su voz sonó traviesa, llena de regocijo y majadería—. ¡Todavía no me ha dado las gracias por haberle salvado!

—¡Salvado! ¡Por Dios! ¡Estaba a punto de destruir a esos cabrones cuando usted se entrometió! —Sharpe lo siguió escaleras abajo—. Usted no se ha disculpado por haberme mentado.

—Ni tengo intención de hacerlo. Por otro lado, le perdono por perder los estribos conmigo la última vez que nos vimos. ¡Ya le dije que no duraría ni un día entero sin

mí!

—¡Si no hubiera mandado detrás de mí a los malditos franceses a estas alturas ya estaría camino de Oporto!

—¡Pero es que había un motivo para mandarlos detrás de usted! —Vivar había llegado al pie de las escaleras de la muralla y esperó a Sharpe—. Quería alejar a los franceses de Santiago de Compostela. Pensé que si lo perseguían a usted podría entrar en la ciudad cuando se hubieran marchado. De manera que propagué el rumor y se lo creyeron, pero la ciudad estaba guarnecida de todos modos. Así que ya lo ve... —Se encogió de hombros.

—En otras palabras, que no puede ganar una guerra sin mí.

—¡Piense en lo aburrido que estaría si se hubiera marchado a Lisboa! ¡Sin franceses a los que matar, sin un Blas Vivar a quien admirar! —Vivar tomó del brazo a Sharpe con ese aire íntimo con que solían hacerlo los españoles—. Hablando en serio, teniente, le ruego que me perdone por mi comportamiento. Puedo justificar mis mentiras, pero no mis insultos. Le pido disculpas por ellos.

De pronto Sharpe se sintió terriblemente incómodo.

—Yo también me comporté mal. Lo siento. —Entonces recordó que tenía otra obligación—. Y gracias por salvarnos. Sin usted ya estaríamos muertos.

Vivar recuperó su vivacidad.

—Ahora tengo que encargarme de otro milagro. Tenemos que trabajar, teniente. ¡Trabajar, trabajar y trabajar!

—¿Un milagro?

Vivar soltó el brazo de Sharpe y se situó frente a él.

—Amigo mío, si puedo se lo contaré todo. Se lo contaré esta misma noche después de la cena, si puedo. Van a venir algunos hombres y necesito su permiso para revelar lo que hay en el arcón. ¿Confiará en mí hasta que haya hablado con esos hombres?

Sharpe no tenía elección.

—Por supuesto.

—Entonces tenemos que trabajar. —Vivar dio unas palmadas para atraer la atención de los soldados—. ¡A trabajar, a trabajar, a trabajar!

Cualquier cosa que necesitaran los hombres de Vivar había que subirla por la montaña. Las monturas de la caballería se convirtieron en caballos de carga para transportar leña, combustible y forraje. La comida provenía de los pueblos de montaña y algunas cosas se iban a buscar a kilómetros de distancia y se traían a lomos de mulas o de hombres. El comandante había hecho correr la voz por el territorio que había constituido los dominios de su padre de que necesitaban provisiones y Sharpe observó la respuesta asombrado.

—Mi hermano —explicó Vivar con adusta satisfacción— ordenó a esas gentes

que no hicieran nada que pudiera ser un obstáculo para los franceses. ¡Ja!

Los suministros fueron llegando al castillo durante todo el día. Había tarros de grano y alubias, cajas de queso, redes de pan y odres de vino. Había heno para los caballos. Los atados de leña se arrastraban por el sendero empinado y se traían fardos de broza para emplearla como yesca. Con algunas ramitas se hicieron escobas que se utilizaron para limpiar el torreón. Las sudaderas de las sillas de montar hacían de cortinas y alfombras en tanto que las hogueras filtraban el calor en la piedra fría.

Los hombres a los que Vivar esperaba llegaron a mediodía. Un toque de trompeta anunció la llegada de los visitantes con una floritura de celebración. Algunos cazadores bajaron por el camino empinado para escoltar a los dos hombres hasta la fortaleza. Los recién llegados eran sacerdotes.

Sharpe observó su llegada desde la ventana de la habitación de Louisa Parker. Había ido a verla para averiguar por qué había huido de su familia. La joven se había pasado la mañana durmiendo y en aquellos momentos ya parecía estar completamente recuperada de los esfuerzos de la noche anterior. Louisa dirigió la mirada más allá de Sharpe, hacia los sacerdotes que desmontaban, y se estremeció exageradamente fingiendo estar horrorizada.

—Nunca puedo librarme del todo de la sensación de que el clero romano tiene algo muy siniestro. Mi tía está convencida de que tienen rabo y cuernos. —Miró a los curas que avanzaron entre una guardia de honor hasta el lugar donde Blas Vivar los esperaba para recibirles—. Me imagino que tienen rabo, cuernos y pezuñas partidas. ¿No está de acuerdo?

Sharpe se apartó de la ventana. Se sentía incómodo y avergonzado.

—No debería estar aquí.

Louisa abrió mucho los ojos.

—Eso ha sonado muy poco amable.

—Lo siento. —Sharpe estaba hablando con más brusquedad de la que le hubiese gustado—. Lo que pasa es que... —Se le fue apagando la voz.

—¿Cree que mi presencia afectará a los soldados? Sharpe no quería decirle que su acto impulsivo ya había afectado a Blas Vivar.

—No es un lugar adecuado para usted —dijo—. No está acostumbrada a esta clase de cosas. —Movi6 la mano señalando la habitación, como para demostrar sus deficiencias, aunque lo cierto era que los cazadores de Vivar habían hecho todo lo que estaba en su mano para que la chica extranjera estuviera cómoda. Su habitación, si bien pequeña, tenía una chimenea en la que humeaban unos troncos. Había una cama de helechos cortados y sudaderas de color carmesí. La muchacha no tenía más pertenencias, ni siquiera una muda de ropa.

La joven parecía alicaída por el tono estricto de Sharpe.

—Lo siento, teniente.

—No. —Sharpe trató de restar importancia a su disculpa aun cuando fue él quien la suscitó.

—¿Mi presencia le incomoda?

Sharpe regresó de nuevo a la ventana y vio que los cazadores se agrupaban en torno a los dos sacerdotes. Algunos de sus fusileros miraban con curiosidad.

—¿Quiere que regrese con los franceses? —preguntó Louisa con aspereza.

—Por supuesto que no.

—Pensaba que era lo que quería.

—¡No sea tan estúpida, maldita sea! —Sharpe se volvió hacia ella con ferocidad y se sintió avergonzado al instante. No quería que ella supiera lo mucho que se alegraba de que hubiera escapado de sus tíos y, en su esfuerzo por disimular dicha alegría, había permitido que su voz sonara incontrolablemente brusca—. Perdone, señorita.

Louisa seguía igual de arrepentida.

—No, es usted quien debe perdonarme.

—No tendría que haber maldecido.

—No me lo imagino dejando de maldecir, ni siquiera por mí. —Había un atisbo de su anterior picardía en su tono, un dejo de sonrisa, y Sharpe se alegró de ello.

—Lo que ocurre es que su tía y su tío se preocuparán por usted —afirmó sin mucha convicción—. Y probablemente tengamos que combatir otra vez, y una batalla no es lugar para una mujer.

Louisa permaneció en silencio un momento y luego se encogió de hombros.

—Ese francés, de l'Eclin, me ofendió, ¿sabe? Creo que me consideraba un botín de guerra.

—¿Se mostró ofensivo?

—Supongo que creía que estaba siendo muy galante. —Louisa, vestida con la falda azul y el abrigo con los que había huido del carruaje, caminaba de un lado a otro de su pequeña habitación—. ¿Se sentiría ofendido si le dijera que prefiero su protección a la de ese hombre?

—Me siento halagado, señorita. Sharpe tenía la sensación de verse arrastrado a la complicidad de la muchacha. Había acudido para advertirle a Louisa que Blas Vivar no aprobaba su presencia y para decirle que evitara en lo posible al español; en cambio, sentía la atracción de su vivacidad.

—Estuve tentada de quedarme con los franceses —confesó Louisa—, no por los encantos del coronel, sino porque en Godalming seguro que se morirían por oír mis aventuras con el ejército del ogro corso, ¿no le parece? Quizá nos hubieran enviado a París para exhibirnos ante el populacho como los antiguos britanos desfilaron ante los romanos.

—Eso lo dudo —dijo Sharpe.

—Yo también lo dudaba. En cambio preví que serían unos días de lo más aburridos en los que me vería obligada a escuchar las interminables quejas de mi tía sobre la guerra, los testamentos perdidos, su incomodidad, la cocina francesa, los defectos de ustedes, la timidez de su esposo, mi desparpajo, el tiempo, sus juanetes... ¿quiere que continúe?

—No —respondió Sharpe con una sonrisa.

Louisa se desenmarañó los rizos morenos con los dedos y se encogió de hombros.

—Vine, teniente, por un capricho. Porque si tengo que estar atrapada en una guerra prefiero estarlo con los de mi propio bando que con el enemigo.

—Creo que el comandante Vivar teme que sea un engorro para nosotros, señorita.

—Ah —repuso Louisa con fingida aprensión; caminó hacia la ventana y desde allí miró con expresión ceñuda al español, quien todavía estaba en compañía de los dos sacerdotes—. ¿Al comandante Vivar no le gustan las mujeres?

—Creo que sí.

—Pero piensa que estorbamos, ¿verdad?

—En batalla, así es. Con perdón, señorita.

Louisa hizo una mueca.

—¿Eso significa que no confía en mí?

—Significa que no lo sé. —Sharpe le habló del arcón y de la reserva de Vivar, y sobre su largo viaje durante el cual los franceses les habían ido pisando los talones—. Lo único que sé es que el comandante quiere llevar la caja a Santiago pero ¿por qué?, no lo sé, y tampoco sé lo que hay dentro.

Louisa estaba encantada con aquel misterio.

—Pero va a averiguarlo, ¿no?

—Eso espero.

—¡Se lo preguntaré directamente al comandante Vivar!

—No creo que deba hacerlo, señorita.

—Claro que no. Ese ogro español papista no quiere que interfiera en su aventura.

—Esto no es una aventura, señorita, es la guerra.

—La guerra es el momento, señor Sharpe, en el que aflojamos las ataduras de los convencionalismos, ¿no cree? Yo sí lo creo. Y son unas ataduras muy restrictivas, sobre todo en Godalming. ¡Insisto en saber qué hay en la caja del comandante Vivar! ¿Cree usted que son joyas?

—No, señorita.

—¡La corona de España! ¡El cetro y el orbe! Pues claro que es eso, señor Sharpe. ¡Napoleón quiere ponerse la corona y su amigo se la está negando! ¿No se da cuenta? ¡Estamos transportando los ropajes de una dinastía hacia un lugar seguro! —Dio unas palmadas de deleite—. Insistiré en ver esos tesoros. El comandante Vivar va a revelárselo todo, ¿no es cierto?

—Dijo que tal vez me lo explicaría después de la cena. Creo que en gran parte depende de esos sacerdotes.

—En tal caso puede que no lo sepamos nunca. —Louisa torció el gesto—. Pero puedo cenar con usted, ¿no?

La petición incomodó a Sharpe, pues dudaba que Vivar quisiera que Louisa estuviera presente, pero no sabía cómo decirle a la chica con diplomacia que estaba insistiendo demasiado.

—No lo se —respondió débilmente.

—¡Pues claro que puedo cenar con usted! No esperará que me muera de hambre, ¿verdad? ¡Esta noche, señor Sharpe, contemplaremos las joyas de un imperio! — Louisa estaba encantada con la idea—. ¡Si el señor Bufford pudiera verme ahora!

Sharpe recordó que el señor Bufford era el fabricante de tinta metodista que esperaba casarse con Louisa.

—Seguro que rezaría por usted, ¿no?

—Con suma devoción —repuso ella riéndose—. Pero burlarse de él es una crueldad, señor Sharpe, sobre todo cuando simplemente estoy retrasando el momento de aceptar su mano. —Su entusiasmo se desvaneció visiblemente al enfrentarse a la realidad—. Me imagino que cuando haya resuelto este misterio se irá a Lisboa, ¿verdad?

—Sí, si es que todavía hay allí una guarnición.

—Y yo tendré que ir con usted. —Suspiró como suspiraría un niño por el fin de una diversión que aún no había empezado. Entonces su expresión se esfumó y volvió a ser de travieso deleite—. Pero le pediré permiso al comandante Vivar para poder cenar con los caballeros, ¿eh? Prometo comportarme.

Para sorpresa de Sharpe, la petición de Louisa no desconcertó a Blas Vivar en absoluto.

—Pues claro que puede cenar con nosotros.

—Tiene mucha curiosidad por el arcón —le advirtió Sharpe.

—Es lógico, ¿usted no la tiene?

Así pues, Louisa estuvo presente aquella noche cuando Sharpe descubrió al fin el motivo por el que Blas Vivar le había mentado, el motivo por el que los cazadores habían cabalgado a rescatarlo y el motivo por el que el comandante español había viajado obsesivamente hacia el oeste a través del caos del invierno y la derrota.

Aquella noche, además, Sharpe se sintió aún más profundamente arrastrado a un mundo de misterio y extrañeza; un mundo donde la Santa Compañía se movía como llamas en la noche y los espíritus habitaban los ríos; el mundo de Blas Vivar.

Sharpe, Louisa, Vivar y el teniente Dávila cenaron en una habitación de gruesos pilares que sostenían un techo con bóveda de cañón. Les acompañaban los dos sacerdotes. Se encendió un fuego, se tendieron unas mantas en el suelo y se sirvieron platos de mijo, alubias, pescado y ajo. Uno de los curas, el padre Borellas, era un hombre bajo y regordete que hablaba un inglés pasable y parecía disfrutar practicándolo con Sharpe y Louisa. Borellas les contó que tenía una parroquia en Santiago de Compostela, otra parroquia muy pequeña y pobre. Parecía esforzarse mucho exagerando su condición humilde mientras le servía vino a Sharpe, procurando en todo momento que el vaso del fusilero no estuviera vacío. Les explicó que el otro sacerdote era un hombre prometedor, un verdadero hidalgo, futuro príncipe de la Iglesia.

Ese otro sacerdote era el sacristán de la catedral de Santiago, un canónigo, un hombre que, desde el principio, dejó claro que el teniente Sharpe no le gustaba y que no se fiaba de él. Si el padre Alzaga hablaba inglés no reveló dicha habilidad a Sharpe. De hecho, Alzaga apenas reconoció su presencia, limitándose a hablar con Blas Vivar, a quien quizá percibía como su igual social. Su hostilidad era tan ostensible y enervante que Borellas se sintió obligado a explicarla.

—No le gustan los ingleses.

—A muchos españoles no les gustan —comentó con sequedad Louisa, quien parecía apagada debido a la evidente hostilidad que reinaba en la habitación.

—Ustedes son herejes, ¿sabe? Y su ejército ha huido —repuso el sacerdote en suave tono de disculpa—. ¡La política, la política! Yo no entiendo de política. No soy más que un humilde sacerdote, teniente.

Sin embargo, Borellas era un sacerdote humilde cuyo conocimiento de los patios y callejones de Santiago de Compostela había salvado al sacristán de los franceses. Le explicó a Sharpe que se habían ocultado en el patio de un yesero mientras los soldados de caballería franceses registraban las viviendas.

—Dispararon a mucha gente —se santiguó—. Si un hombre tenía una escopeta de caza decían que era un enemigo. ¡Bang! Si alguien protestaba por dicha muerte, ¡bang! —Borellas desmenuzó un pedazo de pan duro—. Nunca pensé que viviría para ver un ejército enemigo en suelo español. ¡Estamos en el siglo XIX, no en el XII!

Sharpe miró el rostro altanero de Alzaga que no esperaba ver a soldados ingleses protestantes en suelo español, cosa que no le había gustado nada.

—¿Qué es un sacristán?

—Es el tesorero de la catedral. Ha de entender que no es un empleado administrativo —Borellas tenía muchos deseos de que Sharpe no subestimara al sacerdote alto—, sino el responsable de los tesoros de la catedral. Ésa no es la razón por la que ha venido, sino porque es un clérigo muy importante. A don Blas le hubiera gustado que viniera el obispo, pero el obispo no quiso hablar conmigo y el

hombre más importante que pude encontrar fue el padre Alzaga. Odia a los franceses, ¿sabe? —Se encogió cuando la voz del sacristán se alzó con enojo y, para disimular su incomodidad, le ofreció a Sharpe más pescado salado e inició una larga exposición de las clases de pescado que se recogía en la costa gallega.

No obstante, no había discusión sobre pescados que pudiera ocultar el hecho de que Vivar y Alzaga se habían enzarzado en un enconado altercado; los dos estaban profundamente afianzados en opiniones contrarias que tenían que ver con Sharpe, cosa que resultaba obvia. Vivar dijo algo y señaló al fusilero. Alzaga se lo refutó y pareció dirigir un gesto desdeñoso a Sharpe. El teniente Dávila estaba concentrado en su comida, pues estaba claro que no quería participar en la feroz discusión, y el padre Borellas abandonó sus intentos de distraer la atención de Sharpe y accedió de mala gana a explicar lo que se estaba diciendo.

—El padre Alzaga quiere que don Blas utilice tropas españolas —lo dijo en voz muy baja para que los demás no lo oyeran.

—¿Tropas españolas para qué?

—Eso le corresponde a don Blas explicarlo. —Borellas escuchó durante otro momento—. Don Blas está diciendo que para encontrar infantería española tendría que dirigirse a un capitán general y que todos los capitales generales están escondidos; y que de todas formas un capitán general dudaría, o diría que necesitaba el permiso de la Junta de Galicia, y la Junta ha huido a La Coruña, por lo que tendría que dirigirse a la Junta Central en Sevilla, y al cabo de uno o dos meses el capitán general diría que quizás hubiera soldados, pero se empeñaría en que uno de sus oficiales favoritos estuviera al mando de la expedición y de todas formas para entonces, dice don Blas, ya sería demasiado tarde. —El padre Borellas se encogió de hombros—. Me parece que don Blas tiene razón.

—¿Demasiado tarde para qué?

—Eso le corresponde a don Blas explicarlo.

En aquel momento Vivar hablaba con firmeza, bajando la mano con movimientos bruscos y feroces que dieron la impresión de acallar la oposición del sacerdote. Cuando terminó de hablar, Alzaga pareció ceder a regañadientes en algún punto de la polémica y la concesión hizo que Blas Vivar se volviera a mirar a Sharpe.

—¿Le importaría mucho describir su trayectoria, teniente?

—¿Mi trayectoria?

—Poco a poco, ¿eh? Uno de nosotros lo traducirá.

Sharpe, avergonzado por la petición, se encogió de hombros:

—Nací...

—Ese trozo no es necesario, me parece —se apresuró a decir Vivar—. Su trayectoria en combate, teniente. ¿Dónde tuvo lugar su primera batalla?

—En Flandes.

—Empiece por ahí.

Durante diez minutos incómodos Sharpe describió su trayectoria en las batallas en las que había luchado. Habló primero de Flandes, donde había sido uno de los diez mil desafortunados del duque de York y luego, con más confianza, habló de la India. Aquella habitación con columnas, iluminada por la hoguera de leña de pino y unas velas baratas de junco, parecía un lugar extraño para hablar de Seringapatam, Assaye, Argaum y Gawilghur. Sin embargo, los demás escuchaban con avidez e incluso Alzaga parecía intrigado por las historias de batallas lejanas en llanuras áridas. Louisa seguía atentamente la historia con los ojos brillantes.

Cuando Sharpe terminó su descripción del salvaje asalto a los muros de adobe de Gawilghur, nadie habló durante unos segundos. La resina llameaba en el fuego. Alzaga rompió el silencio con su voz áspera y Vivar tradujo sus palabras:

—El padre Alzaga dice que oyó que el Tippoo tenía una reproducción mecánica de un tigre atacando y matando a un inglés.

Sharpe miró al sacerdote a los ojos.

—Una reproducción a tamaño real, sí.

Vivar volvió a traducir.

—Le gustaría mucho haberlo visto.

—Creo que ahora está en Londres —dijo Sharpe.

El sacerdote debió de percibir el desafío que encerraban dichas palabras porque dijo algo que Vivar no tradujo.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Sharpe.

—No es nada —respondió Vivar con una despreocupación un tanto exagerada—. ¿Dónde luchó después de la India, teniente?

—El padre Alzaga ha dicho —Louisa asombró a los presentes alzando la voz y por su evidente conocimiento del español, cosa que había ocultado hasta ese momento— que esta noche rezará por el alma del sultán Tippoo porque mató a muchos ingleses.

Hasta entonces Sharpe se había sentido violento al describir su carrera, pero el desprecio del sacerdote lo afectó en su orgullo de soldado.

—Y yo maté al sultán Tippoo.

—¿Ah sí? —dijo el padre Borellas en tono cortante y con un dejo de incredulidad.

—En el túnel de la compuerta de Seringapatam.

—¿No llevaba escolta? —preguntó Vivar.

—Seis hombres —contestó Sharpe—. Sus guerreros escogidos. —Pasó la mirada de un rostro a otro, a sabiendas de que no necesitaba decir más. Alzaga pidió que se lo tradujeran y soltó un gruñido al oírlo.

Vivar, satisfecho con la actuación de Sharpe, sonrió al fusilero.

—Y después de la India ¿dónde luchó, teniente? ¿Estuvo en Portugal el año

pasado?

Sharpe describió los campos de batalla portugueses de Roliça y Vimeiro donde, antes de que ordenaran su regreso a Inglaterra, sir Arthur Wellesley había derrotado de forma aplastante a los franceses.

—Yo no era más que un intendente —dijo—, pero presencié algunos combates.

Se hizo nuevamente el silencio y Sharpe, al observar al sacerdote hostil, tuvo la sensación de haber pasado una especie de prueba. Alzaga habló de mala gana y sus palabras provocaron otra sonrisa en Vivar.

—Debe entender, teniente, que necesito la aprobación de la Iglesia para lo que tengo que hacer y, si es que va a ayudarme, tienen que aprobarlo también a usted. La iglesia preferiría que utilizara tropas españolas pero lamentablemente no es posible. Por lo tanto, con cierta renuencia, el padre Alzaga acepta que su experiencia en batalla nos puede resultar de utilidad.

—¿Pero qué...?

—Después. —Vivar alzó una mano—. Primero dígame qué sabe de Santiago de Compostela.

—Sólo lo que usted me ha contado.

Vivar describió que, hacía mil años, los pastores habían visto una miríada de estrellas brillando en la niebla encima de la colina en la que entonces se alzaba la ciudad. Los pastores informaron de su visión a Teodomiro, obispo de Iría Flavia, quien la reconoció como una señal del cielo. Ordenó que excavaran en la colina y, en sus entrañas, encontraron la tumba de Santiago, san Jaime, perdida hacía mucho tiempo. Desde entonces la ciudad se ha conocido como Santiago de Compostela: san Jaime del campo de estrellas.

La voz de Vivar tenía algo que hizo que Sharpe se estremeciera. Las llamas de las velas proyectaban sombras vacilantes detrás de los pilares. En algún lugar de las murallas un soldado dio unas patadas en el suelo con sus botas. Incluso Louisa parecía estar anormalmente apagada por la escalofriante voz del español.

Se había construido un santuario sobre la tumba perdida hacía tanto tiempo y, aunque los ejércitos musulmanes habían capturado la ciudad y destruido la primera catedral, la tumba se salvó. Cuando los paganos fueron rechazados se construyó una nueva catedral y la ciudad del campo de estrellas se convirtió en el segundo destino de peregrinación después de Roma. Vivar miró a Sharpe.

—¿Sabe quién es Santiago, teniente?

—Me dijo que era un apóstol.

—Es mucho más que eso. —Vivar hablaba quedamente, con reverencia, con una voz que ponía los pelos de punta a Sharpe—. Es san Jaime, hermano de san Juan el Evangelista. San Jaime, el santo patrón de España. San Jaime, el Hijo del Trueno. San Jaime el Mayor. Santiago. —Su voz había ido aumentando de volumen y entonces

resonó e inundó el alto techo arqueado con el último, el más grande y el más retumbante de todos los títulos del santo—. ¡Santiago Matamoros!

Sharpe estaba absolutamente inmóvil.

—¿Matamoros?

—El asesino de los moros. El asesino de los enemigos de España. —En boca de Vivar parecía un desafío.

Sharpe aguardó. No se oía nada más que el crepitar del luego y el roce de las botas en los muros. Dávila y Borellas bajaron la mirada a sus platos vacíos, como si moverse o hablar pusiera en peligro el momento.

Fue Alzaga quien rompió el silencio. El sacristán puso alguna objeción que Vivar interrumpió con aspereza y prontitud. Los dos hombres discutieron unos momentos, pero estaba claro que Vivar había prevalecido. Para señalar su victoria, se puso de pie y se dirigió a un pasaje abovedado.

—Venga, teniente.

Al otro lado del pasaje se hallaba la antigua capilla de la fortaleza. En su altar de piedra había una sencilla cruz de madera entre dos velas.

Louisa se apresuró para conocer el misterio, pero Vivar le impidió la entrada a la capilla hasta que no se hubiera cubierto la cabeza. La joven se tapó los rizos oscuros con el manto a toda prisa.

Sharpe pasó por su lado y se quedó mirando el objeto que se encontraba frente al altar, el objeto que sabía que tenía que estar allí: el corazón mismo del misterio, el señuelo que había atraído a los dragones franceses a través de una tierra helada y el tesoro por el que Sharpe había sido conducido a esa fortaleza elevada.

El arcón.

CAPÍTULO 11

Vivar se hizo a un lado para que Sharpe pudiera acercarse a los escalones del altar. El español señaló el arcón con un movimiento de la cabeza:

—Ábrala —dijo en tono seco y con naturalidad, como si nunca hubiera vacilado en revelar el secreto.

Sharpe dudó. No es que tuviera miedo, más bien tenía la sensación de que el momento debía ir acompañado de cierta ceremonia. Oyó que los sacerdotes entraban en la capilla tras él y Louisa fue a situarse al lado de Vivar. La muchacha tenía una expresión solemne.

—Adelante —Vivar alentó a Sharpe.

Ya se había cortado la lona para descubrir el cofre y quitado los candados de los dos cierres. Sharpe se agachó para levantar los cierres, notó la resistencia de las bisagras antiguas y miró a Vivar esperando recibir su aprobación.

—Proceda, teniente —dijo Vivar. El padre Alzaga hizo una última protesta pero Vivar le indicó por señas que se callara y tranquilizó a Sharpe—. Es justo que sepa qué es lo que quiero de usted. No dudo que lo considerará una tontería, pero en Inglaterra hay cosas que usted podría considerar sagradas y que yo podría ver como una estupidez similar.

Sharpe se arrodilló y su vaina metálica raspó el suelo de piedra de la capilla. No hizo la genuflexión en señal de reverencia, sino porque de rodillas le resultaría más fácil explorar el interior del cofre. Empujó la pesada tapa y crispó el rostro cuando las grandes bisagras chirriaron.

Dentro había otra caja. Estaba hecha de un cuero cuyo aspecto era igual de viejo que el de la madera que lo contenía. El cuero había sido rojo, pero estaba tan gastado y descolorido que parecía sangre seca. La caja era mucho más pequeña que el cofre; medía unos cuarenta y cinco centímetros de largo, treinta de ancho y otros treinta de fondo. En la tapa destacaba un diseño grabado que en otra época resaltaría con pan de oro del que sólo quedaban algunas briznas. El diseño consistía en un intrincado dibujo que rodeaba una espada curva de hoja gruesa.

—Santiago murió a espada —comentó Vivar en voz baja—, por lo que la espada es su símbolo.

Sharpe sacó la caja de cuero del cofre, se levantó y la puso sobre el altar.

—¿A Santiago lo mataron aquí?

—Él trajo el cristianismo a España —la explicación de Vivar tenía un débil dejo de renuencia— pero regresó a Tierra Santa donde sufrió el martirio. Después colocaron su cadáver en un barco que no tenía remos ni velas, ni siquiera tripulación, que lo trajo de vuelta sin ningún percance a la costa de Galicia donde quería ser enterrado. —Vivar hizo una pausa—. Ya le dije que le parecería una tontería,

teniente.

—No. —Sharpe, abrumado por el momento, tocó el cierre dorado que aseguraba la caja de cuero.

—Ábrala con suavidad —le indicó Vivar— pero no toque lo que hay dentro.

Sharpe levantó el cierre dorado. Costaba levantar la tapa, tanto que pensó que rompería el lomo de cuero que servía de bisagra, pero la empujó hasta que la caja quedó abierta frente a él.

Los dos sacerdotes y los dos oficiales españoles se santiguaron y Sharpe oyó la voz profunda del padre Alzaga entonando una plegaria en voz baja. La luz de las velas era tenue. El polvo flotaba por encima de la caja recién abierta. Louisa contuvo el aliento y se puso de puntillas para ver lo que había dentro.

La caja de cuero estaba forrada de una suave tela de seda que Sharpe supuso que antes había sido de color púrpura, pero que de tan raída y desvaída adquirió un tono lila gastado y muy pálido. Entre la seda había una bolsa de tapicería bordada del tamaño de la cantimplora de un fusilero. La bolsa estaba llena y bien cerrada con un cordón dorado. El diseño de la tapicería era un dibujo de espadas y cruces.

Vivar le ofreció a Sharpe un esbozo de sonrisa.

—Como puede ver no hay documentos.

—No. —Tampoco eran las joyas de la familia, ni siquiera la corona de España; sólo una bolsa de tapicería. Vivar subió los escalones del altar.

—Hace casi trescientos años se escondieron los tesoros del santuario de Santiago. ¿Sabe por qué?

—No.

—Por los ingleses. La ofensiva de su Francis Drake llegó a las proximidades de Santiago de Compostela y se temía que entrara en la catedral.

Sharpe no dijo nada. Vivar había mencionado a Drake con tanto resentimiento en la voz que no había duda de que lo mejor era guardar silencio.

Vivar bajó la mirada al extraño tesoro.

—En Inglaterra, teniente, todavía tienen el Tambor de Drake. ¿Lo ha visto?

—No.

Bajo la luz de las velas el rostro del español parecía tallado en piedra ardiente.

—Pero conoce la leyenda del Tambor de Drake, ¿no? Sharpe, plenamente consciente de que todos los presentes lo miraban, negó con la cabeza.

—La leyenda —interrumpió Louisa con voz suave— promulga que si Inglaterra está en peligro hay que tocar el tambor y Drake saldrá de su tumba en el mar para barrer a los *don* del océano.

—Sólo que ya no se trata de los *don*, ¿verdad? —La voz de Vivar seguía denotando amargura—. ¿Puede tocarse el tambor sea quien sea el enemigo?

Luisa asintió.

—Eso he oído.

—Y todavía tienen otra historia en su país; que si Gran Bretaña se enfrenta a la derrota, el rey Arturo se alzaría de Ávalon para conducir a sus guerreros a la batalla una vez más, ¿no?

—Sí —respondió Louisa—. Igual que los hesianos creen que Carlomagno y sus caballeros yacen dormidos en Oldenburg, preparados para despertarse cuando el Anticristo amenace la Cristiandad.

Las palabras de Louisa complacieron a Vivar.

—Lo que está mirando es lo mismo, teniente. Está mirando el gonfalon de Santiago, la bandera de san Jaime. —Avanzó rápidamente y se inclinó hacia la bolsa. Alzaga intentó protestar pero Vivar no le hizo caso. Llevó sus dedos fuertes y bruscos al cordón dorado y, en lugar de desatar el nudo, sencillamente lo rompió. Abrió la bolsa de tapicería y Sharpe vio un trozo de tela polvorienta de color blanco plegado en su interior. Le pareció que era seda, pero no podía estar seguro porque el tejido plegado era tan viejo que podía convertirse en polvo con tan sólo rozarlo con el dedo—. Desde hace años —dijo Vivar con voz queda— el gonfalon ha sido un tesoro real, y los miembros de mi familia han sido sus custodios. Es por eso que lo rescaté antes de que los franceses pudieran hacerse con él. Es mi responsabilidad, teniente.

Sharpe se sintió levemente decepcionado por el hecho de que el tesoro no fuera una corona antigua, ni joyas amontonadas que reflejaran la luz de las velas; sin embargo, no podía negar el sobrecogimiento que inundó la capilla con aquel pedazo de seda plegado. Se lo quedó mirando, intentando comprender la magia que albergaban sus pliegues llenos de polvo.

Vivar se apartó de la caja.

—Hace mil años, teniente, se creía que los musulmanes capturarían España entera. Desde España sus ejércitos se hubieran dirigido al norte y cruzado los Pirineos para asaltar toda la Cristiandad. Incluso podría ser que ahora su herejía gobernara Europa. No habría una cruz, sino una luna creciente.

Un viento frío que entró por una ventana ojival sin vidrios hizo temblar las llamas de las velas. Sharpe permanecía petrificado junto al gonfalon mientras la voz de Vivar proseguía con la vieja historia.

—Debe entender, teniente, que aunque los moros conquistaron casi toda España, los contuvimos en estas montañas del norte. Estaban decididos a acabar con nuestra resistencia, llegaban a millares en tanto que nosotros sólo éramos unos centenares. No podíamos ganar, pero tampoco podíamos rendirnos, y nuestros caballeros luchaban en desigual batalla. —Vivar hablaba con una voz muy queda que mantenía inmóviles a todos los presentes—. Y perdimos una batalla tras otra. Nuestros hijos eran capturados para ser esclavos, nuestras mujeres para el placer del islam y nuestros hombres para sus campos y galeras. ¡Estábamos perdiendo, teniente! La luz del

cristianismo era poco más que el parpadeo de una vela que se apagaba y que debía desafiar a la luz de un sol mayor, aunque maléfico. Entonces tuvo lugar una última batalla.

Blas Vivar hizo una pausa. Luego, con una voz tan orgullosa como la propia España, contó que un pequeño grupo de caballeros cristianos guiaron sus cansadas monturas contra el ejército musulmán. Narró tan bien la historia que Sharpe tuvo la sensación de que podía ver a los caballeros españoles bajando sus lanzas y galopando pesadamente bajo unas banderas brillantes como el sol. Las espadas chocaron contra las cimitarras. Los hombres tajaban, rebanaban y arremetían. Las flechas salían de las cuerdas con un silbido y las banderas caían sobre el polvo ensangrentado. Los caballos de batalla pisoteaban a hombres con las entrañas fuera del vientre y los chillidos de los moribundos quedaban ahogados por el retumbo de nuevos ataques y el griterío de la victoria pagana.

—Los paganos estaban ganando, teniente —dijo Vivar como si él mismo notara el sabor del polvo de ese remoto campo de batalla—, pero en el último extremo, en el parpadeo final de la vela, un caballero apeló a Santiago. Santiago había traído las nuevas de Cristo a España; ¿iba el santo a permitir que Cristo fuera expulsado? ¿De modo que el caballero rezó y ocurrió el milagro!

A Sharpe se le puso la carne de gallina. Llevaba tanto tiempo mirando fijamente la bolsa de tapicería que las sombras de la capilla parecían enroscarse y moverse a su alrededor como bestias extrañas.

—¡Apareció Santiago! —La voz de Vivar era triunfante y sonora—. Llegó montado en un caballo blanco, teniente, con una espada del acero más afilado en la mano y se abrió camino a tajos entre el enemigo como un ángel vengador. ¡Murieron miles! ¡Aquel día llenamos el infierno con sus almas miserables y los detuvimos, teniente! ¡Los detuvimos en seco! Se tardaría siglos en limpiar España de su suciedad; siglos de batallas y asedios, pero todo empezó aquel día cuando Santiago se ganó el nombre de Matamoros. Y esto —Vivar se acercó a la caja y tocó suavemente la seda plegada que había en el interior de la bolsa abierta— es la bandera que llevaba, teniente. Ésta es la bandera de Santiago, su gonfalon, que es responsabilidad de mi familia desde el día en que el primer conde de Mouromorto rezó para que Santiago acudiera para conseguir una victoria cristiana.

Sharpe miró a su izquierda y vio que Louisa parecía estar en trance. Los sacerdotes lo observaban, evaluando el efecto que la historia provocaba en el soldado extranjero.

Vivar cerró la caja de cuero y volvió a meterla con cuidado en el arcón.

—Existen dos leyendas sobre el gonfalon, teniente. La primera dice que si los enemigos de España lo capturan, España misma será destruida. Por eso el padre Alzaga no quiere su ayuda. El cree que los ingleses siempre serán nuestros enemigos

y que la alianza actual es una conveniencia que no durará. Teme que robe el pendón de san Jaime.

Sharpe se volvió hacia el sacerdote alto con inquietud. No sabía si Alzaga hablaba inglés, pero trató de asegurarle a trompicones que no tenía intención de hacer tal cosa. Se sintió idiota diciéndolo y el silencio despectivo de Alzaga sólo acentuó la incomodidad de Sharpe.

Vivar, al igual que el sacerdote, hizo caso omiso de la protesta de Sharpe.

—La segunda leyenda es más importante, teniente. Dice que si España corre peligro, si una vez más los bárbaros pisotean nuestro país, entonces la bandera debe desplegarse ante el altar mayor de la catedral de Santiago. Entonces Matamoros se alzaré y luchará. Traerá la victoria. Éste es el milagro que quiero provocar, para que así las gentes de España, por muchas vidas que se pierdan, sepan que Santiago cabalga.

Las bisagras chirriaron cuando Vivar cerró la tapa del cofre. De pronto, el viento que penetraba por el ventanuco y agitaba las llamas de las velas parecía más frío y amenazador.

—¿Su hermano —dijo Sharpe atrancándose con las palabras— quiere llevarse el gonfalon a Francia?

Vivar asintió con la cabeza.

—Tomás no cree en la leyenda, pero comprende su poder. Lo mismo que el emperador Napoleón. Si el pueblo de España se enterara de que la bandera de Santiago es otro trofeo más en París podrían desesperar. Tomás lo sabe, al igual que sabe que si la bandera puede desplegarse en Santiago el pueblo de España, la buena gente de España, creerá en la victoria. No importará, teniente, que mil millares de franceses recorran nuestros caminos porque, si Santiago está con nosotros, no habrá emperador francés capaz de derrotarnos.

Sharpe se alejó del altar.

—Así pues, la bandera debe llegar a Santiago de Compostela, ¿no?

—Sí.

—Que está ocupada por los franceses, ¿no?

—En efecto.

Sharpe vaciló y entonces cayó en la cuenta:

—¿Quiere mi ayuda para efectuar un asalto a la ciudad? —Mientras lo estaba diciendo le parecía una locura, pero la atmósfera que reinaba en la capilla desterró de su voz por completo cualquier escepticismo. Miró fijamente el arcón y continuó hablando—. ¿Tenemos que atravesar sus defensas, penetrar en la catedral y resistir allí el tiempo suficiente para su ceremonia? ¿Es eso?

—No. Necesitamos una victoria, teniente. ¡Santiago debe ser visto en una victoria! No va a ser un acto oscuro, realizado en secreto y con prisas. No va a ser un

asalto. No, nosotros tomaremos la ciudad a los franceses. La capturaremos, teniente, y la retendremos el tiempo suficiente para que la gente sepa que este nuevo enemigo puede ser humillado. ¡Conseguiremos una gran victoria, teniente, por España!

Sharpe se lo quedó mirando con incredulidad.

—¡Dios santo!

—Con Su ayuda, por supuesto. —Vivar sonrió—. Y, tal vez, como no puedo encontrar infantería española, con la ayuda de sus Rifles, ¿no?

Por alguna razón Sharpe no pensó en qué se le estaba dando a elegir. En cambio, por el hecho de ver el secreto de Vivar, había supuesto que entraba en una conspiración. En aquel momento, de pie en la fría capilla, vio que podía negarse. Lo que quería hacer Vivar era una locura. Se suponía que un puñado de hombres derrotados, británicos y españoles, tenían que arrebatarse una ciudad al enemigo y no sólo tomarla, sino retenerla contra el grueso del ejército francés que estaría a un día de marcha de distancia.

—¿Y bien? —Vivar estaba impaciente.

—¡Pues claro que le ayudará! —terció Louisa con un fervor que se veía en el brillo de sus ojos.

Los hombres no le hicieron caso y Sharpe siguió sin decir nada.

—No puedo obligarle a que me ayude —dijo el comandante en voz baja—, y, si se niega, teniente, le daré provisiones y un guía para que les lleve al sur sanos y salvos. Quizá los británicos estén todavía en Lisboa, ¿eh? Si no, encontrará un barco en algún lugar de la costa. La buena práctica militar exige que se olvide de esta tontería supersticiosa y que marche hacia el sur, ¿no es verdad?

—Sí —respondió Sharpe con aire sombrío.

—Sin embargo, la victoria no siempre se consigue mediante el sentido común, teniente. La lógica y la razón pueden caer frente a la fe y el orgullo. Yo tengo la fe de que un milagro surtirá efecto y me impulsa el orgullo. Debo vengar la traición de mi hermano o el nombre de Vivar apestará los anales de España. —Vivar pronunció estas palabras de un modo banal, como si vengar la traición fraternal formara parte de la rutina diaria de la existencia. Miró a Sharpe a los ojos y habló en un tono completamente distinto—: De manera que le ruego que me ayude. Usted es un soldado y creo que Dios le ha enviado como un instrumento para esta tarea.

Sharpe sabía lo difícil que le resultaba aquel ruego a Vivar, pues era un hombre orgulloso que no estaba acostumbrado a suplicar. El padre Alzaga protestó con un gruñido incoherente y gutural y Sharpe seguía dudando. Pasó casi medio minuto antes de que el inglés respondiera por fin:

—Mi ayuda tiene un precio, comandante.

Vivar torció el gesto de inmediato.

—¿Un precio?

Sharpe se lo dijo y, al hacerlo, aceptó la locura de Vivar.

Por el bien de sus fusileros despertaría a un santo de su sueño eterno. Iría a la ciudad del campo de estrellas y se la arrebataría al enemigo. Pero sólo por un precio.

Al día siguiente, tras la formación matutina, Sharpe abandonó la fortaleza y caminó hasta un lugar desde el que se dominaba una extensión de kilómetros de paisaje invernal. Las montañas lejanas eran pálidas e inhóspitas, afiladas como el acero contra la blancura del cielo. El viento era frío; un viento que minaba la fuerza de hombres y caballos. Si Vivar no avanzaba pronto, pensó, los caballos españoles no podrían marchar.

Sharpe se sentó al borde del sendero donde la ladera descendía abruptamente. Cogió un puñado de guijarros, de la medida de una bala de mosquete, y los lanzó contra una roca blanca a unos veinte pasos cuesta abajo. Se dijo que si acertaba cinco veces seguidas marcharía sobre la ciudad catedralicia. Los primeros cuatro guijarros alcanzaron la piedra de lleno, rebotaron y cayeron en la maleza y el pedregal de la ladera. Estuvo casi tentado de lanzar mal el quinto guijarro, pero la piedra rebotó en el centro de la roca. ¡Maldición! ¡Estaba loco! La pasada noche, abrumado por la solemnidad de la ocasión, se había dejado arrastrar por la hábil narración del mito de Vivar. ¡La bandera de un santo muerto dos mil años antes! Lanzó otro guijarro y vio que rozaba la roca y caía en unas matas de hierba cana que, en España, se llama hierba de san Jaime.

Clavó la mirada en la distancia donde el hielo cubría los pliegues de las colinas que el sol no había tocado todavía. El viento se agitaba en la alta torre y en los gruesos baluartes del fuerte que se alzaba detrás de él. El viento parecía infinitamente limpio y frío, como una dosis de sentido común tras la oscuridad conturbadora y la fetidez de las velas de la noche anterior. ¡Era una locura, una maldita locura! Sharpe había dejado que lo convencieran y sabía que también se había dejado influir por el entusiasmo de Louisa sobre esa idiotez. Arrojó un puñado de guijarros que, como la metralla que se disgregaba al salir por la boca de un cañón, salpicaron la roca blanca.

Oyó unos pasos que se detuvieron detrás de él. Hubo una pausa y una voz hosca dijo:

—¿Quería verme, señor?

Sharpe se puso de pie. Enderezó la espada y se dio la vuelta para mirar los ojos resentidos de Harper.

Harper vaciló y se quitó el sombrero para saludar formalmente.

—Señor.

—Harper.

Otra pausa. Harper apartó la mirada del oficial y luego volvió a mirarlo.

—No es justo, señor. No lo es en absoluto, señor.

—No sea tan jodidamente patético. ¿Quién espera justicia en la vida de un soldado?

Harper se puso tenso al oír el tono de voz de Sharpe, pero no se acobardó.

—El sargento Williams era un hombre justo. Y el capitán Murray también.

—Y ambos están muertos. El hecho de ser agradables no nos mantendrá con vida, Harper. Seguiremos vivos siendo más rápidos y más crueles que el enemigo. ¿Tiene los galones?

Harper vaciló otra vez y asintió de mala gana. Rebuscó en su cacerina y sacó unos galones de sargento de seda blanca recién cosidos. Se los mostró a Sharpe y meneó la cabeza.

—Sigo diciendo que no es justo, señor. —Éste había sido el precio que había pedido Sharpe: que Vivar convenciera al irlandés de su deber. Si Harper aceptaba ser sargento, Sharpe marcharía sobre Santiago de Compostela. Al comandante le había hecho gracia el precio, pero había accedido a pagarlo.

—No acepto los galones para complacerlo a usted, señor. —Harper se mostraba deliberadamente provocativo, como si esperara que una manifestación de insolencia hiciera cambiar de opinión a Sharpe—. Sólo lo hago por el comandante. Me contó lo de su bandera, señor, y yo la llevaré a la catedral por él y después le devolveré estos galones.

—Es sargento por voluntad mía, Harper. Lo será mientras yo lo necesite y así lo disponga. Ése es mi precio y es lo que usted acepta.

Se hizo el silencio. El viento soplaba inquieto en la cima de la colina y agitaba los galones de seda que Harper tenía en la mano. Sharpe se preguntó dónde habrían encontrado una tela tan rica y lustrosa en aquella remota fortaleza, pero olvidó esa especulación al caer en la cuenta de que, una vez más, había tomado el camino equivocado. Había dejado traslucir su hostilidad cuando tendría que haber demostrado que necesitaba la cooperación de aquel hombre grandote. De la misma manera que Blas Vivar se había humillado al pedirle ayuda a Sharpe, él ahora tenía que exhibir humildad para que ese hombre estuviera a su lado.

—Yo tampoco quería los galones la primera vez que me los ofrecieron —dijo Sharpe con incomodidad.

Harper se encogió de hombros dando a entender que la extraña admisión de Sharpe no le interesaba.

—No quería convertirme en el perro guardián de un oficial —siguió diciendo Sharpe—. Mis amigos estaban en la tropa, mis enemigos eran los sargentos y oficiales.

Aquellas palabras debieron de tocar la fibra sensible de la comprensión del

irlandés, porque hizo una mueca medio renuente y medio divertida.

Sharpe se agachó a recoger unos cuantos guijarros. Lanzó uno contra la roca blanca y lo vio rebotar ladera abajo.

—Cuando nos reunamos con el batallón lo más probable es que me devuelvan a los pertrechos y usted podrá regresar a las filas. —Sharpe lo dijo como una concesión al orgullo del irlandés, como una promesa a medias de que Harper no se vería obligado a conservar los galones blancos, pero le resultaba imposible despojar su voz de resentimiento—. ¿Esto lo satisface?

—Sí, señor. —El asentimiento de Harper no sonó sin cero ni amargo, fue simplemente el reconocimiento de una tregua cautelosa.

—No es necesario que me tenga simpatía —dijo Sharpe—, sólo recuerde que yo ya combatía cuando este batallón aún se estaba formando. Cuando usted estaba creciendo yo ya llevaba un mosquete. Y sigo vivo. Y no me he mantenido con vida siendo justo, sino siendo bueno. Y si queremos sobrevivir a este caos, Harper, todos tendremos que ser buenos.

—Somos buenos. El comandante Vivar lo dijo —repuso Harper a la defensiva.

—Somos medio buenos —declaró Sharpe con repentina intensidad—, pero vamos a ser los mejores. Vamos a ser los dueños del estercolero más sucio de Europa. Vamos a hacer que los franceses tiemblen al pensar en nosotros. ¡Vamos a ser buenos!

La mirada de Harper era indescifrable; fría y dura como las piedras de la ladera, pero su voz contenía un dejo de interés.

—¿Y me necesita a mí?

—Sí, así es. No para que sea un maldito perro faldero. Su trabajo es luchar por los hombres. No como Williams, que quería caerles bien a todos, sino haciéndolos buenos. De este modo tendremos una posibilidad de irnos a casa cuando esta guerra termine. Usted quiere volver a ver Irlanda, ¿no?

—Sí.

—Bueno, pues no volverá a verla si lucha contra los de su propio bando tan bien como los jodidos franceses.

Harper soltó un gran suspiro, casi de exasperación. Estaba claro que había aceptado los galones, aunque lo había hecho de mala gana, porque Vivar lo había presionado. Ahora, con la misma renuencia, Sharpe lo estaba convenciendo a medias.

—Unos cuantos de nosotros nunca volveremos a casa —comentó con cautela—, si vamos a esa catedral con el comandante.

—¿Cree que no tendríamos que ir? —le preguntó Sharpe con verdadera curiosidad.

Harper lo consideró. No estaba sopesando su respuesta, pues él ya se había formado una opinión, sino el tono que utilizaría. Podía mostrarse hosco y asegurarse así de que Sharpe supiera que su hostilidad continuaba, o podía corresponder a la

actitud conciliadora de Sharpe. Descartó ambas opciones y habló en tono directo y consciente de sus deberes.

—Creo que deberíamos ir, señor.

—¿Para ver a un santo montado en un caballo blanco?

De nuevo el irlandés vaciló. Dirigió la mirada al agreste horizonte y se encogió de hombros al dar su nueva opinión.

—No hay que poner en duda un milagro, señor. Si lo destripa se queda sin nada.

Sharpe escuchó la aquiescencia de Harper y reconoció que estaba pagando el precio que había pedido. Harper iba a cooperar, pero Sharpe quería que esa cooperación se brindara de buen grado. Quería que su frágil tregua se convirtiera en algo más que un acuerdo de conveniencia.

—¿Usted es un buen católico? —quiso saber, preguntándose qué clase de hombre era su nuevo sargento.

—Yo no soy tan devoto como el comandante, señor. No hay muchos que lo sean, ¿verdad? —Harper hizo una pausa. Estaba haciendo las paces con Sharpe, pero no habría ninguna declaración formal del fin de las hostilidades, ni lamentos sobre el pasado, sino más bien un nuevo comienzo que debía encontrar su vacilante punto de partida en aquella ladera fría. Ambos eran demasiado orgullosos para disculparse, por lo que había que olvidarse de las disculpas—. La religión es para las mujeres, eso es —siguió diciendo Harper—, pero asomo la cabeza por la iglesia cuando debo hacerlo y espero que Dios no esté mirando cuando no quiero que vea lo que hago. Pero sí, soy creyente.

—¿Y usted piensa que llevar una vieja bandera hasta una catedral será de alguna utilidad?

—Sí, eso creo —respondió Harper sin dudarlo, y frunció el ceño mientras intentaba hallar una explicación para su fe pura y simple—. ¿Vio esa iglesia pequeñita en Salamanca donde a la estatua de la Virgen se le movían los ojos? El sacerdote de allí decía que era un milagro, ¡pero podías ver la cuerda de la que tiraba el tipo para mover las bolas de madera pintadas! —Se rió al recordarlo, ya más relajado—. Pero yo me pregunté: ¿por qué tomarse la molestia de poner una cuerda? Porque la gente quiere un milagro, por eso. Y sólo porque algunos se inventen un milagro no significa que no los haya de verdad, ¿no? Significa lo contrario, eso es, pues ¿por qué imitar algo que no existe? Quizá sea la bandera de verdad. Quizá veremos a san Jaime en persona, cabalgando por el cielo en toda su gloria. —Harper torció el gesto un segundo—. Pero si no lo intentamos, nunca lo sabremos, ¿verdad?

—Verdad —asintió Sharpe con poco entusiasmo, pues no podía dar crédito a la superstición de Vivar. No obstante, había querido tener la opinión de Harper porque la decisión de la noche anterior le preocupaba profundamente. ¿Con qué derecho un teniente podía ordenar a sus hombres que entraran en combate? Su deber, sin duda,

era llevar a esos soldados hasta un lugar seguro, no hacerlos marchar contra una ciudad tomada por los franceses. Pero había un impulso aventurero que lo empujaba hacia allí y Sharpe había querido saber si Harper seguiría el mismo impulso. Por lo visto así era, cosa que implicaba que los demás casacas verdes también lo harían—. ¿Cree que los muchachos combatirán? —le preguntó Sharpe abiertamente.

—Habrán uno o dos que armarán alboroto. —Harper se mostró desdeñoso ante dicha perspectiva—. Gataker se pondrá a gritar, diría yo, pero le romperé la cabeza de una paliza. Pero querrán saber por qué están luchando, señor. —Hizo una pausa—. ¿Por qué demonios lo llaman un gonfalon? Es una dichosa bandera, eso es lo que es.

Sharpe, que había tenido que hacerle la misma pregunta a Vivar, sonrió:

—Un gonfalon es distinto. Es una bandera alargada y fibrosa que se cuelga de la cruz de un palo. Es como una tradición.

Se hizo un silencio incómodo. Como dos perros desconocidos se habían gruñido, habían hecho más o menos las paces y ahora se mantenían a una distancia prudencial. Sharpe puso fin al silencio con un movimiento de la cabeza en dirección al valle por el que, muy por debajo del sendero elevado, llegaban unos hombres. Eran habitantes del lugar, gallegos fuertes que venían desde el otro extremo de los dominios de los Mouromorto: vaqueros, mineros, herreros, pescadores y pastores.

—¿Cree que en una semana podremos convertir a esa gente en soldados de infantería? —le preguntó a Harper.

—¿Eso es lo que tenemos que hacer, señor?

—El comandante nos proporcionará intérpretes y les enseñaremos a ser infantería.

—¿En una semana? —Harper parecía asombrado.

—Usted cree en los milagros, ¿no? —dijo Sharpe en tono despreocupado.

Harper le respondió de la misma manera. Agitó los galones que tenía en la mano y sonrió ampliamente:

—Creo en los milagros, señor.

—En tal caso vayamos a trabajar, sargento.

—¡Caray! —Era la primera vez que alguien se dirigía a Harper llamándolo sargento. Pareció sorprenderse al oírlo y luego le dedicó una sonrisa tímida a Sharpe, quien ya había recorrido aquel mismo camino años atrás y sabía que, en el fondo, el irlandés estaba satisfecho. Puede que Harper se hubiera rebelado contra los galones, pero éstos suponían un reconocimiento a su valía y sin duda creía que ningún otro soldado de la compañía los merecía. Así pues, ahora Harper tenía los galones y Sharpe tenía un sargento.

Y ambos tenían que hacer un milagro.

CAPÍTULO 12

Por la noche los soldados cantaron en torno a la hoguera del patio. No entonaron las bulliciosas canciones de marcha que hacían que los kilómetros se desvanecieran bajo las botas duras, sino las melodías suaves y melancólicas de su tierra. Cantaron sobre las chicas que habían dejado atrás, las madres, los hijos, el hogar.

Todas las noches se distinguía el parpadeo de las fogatas en lo profundo del valle debajo de las murallas, donde los voluntarios de Vivar habían montado su campamento. Los voluntarios provenían de todas partes de los dominios de los Mouromorto. Acamparon donde crecían los castaños junto al río, en un abrigado recodo de la montaña, y construyeron cabañas de madera y tepe. Eran campesinos que obedecían el antiguo llamamiento a las armas igual que sus antepasados se habían echado una guadaña al hombro y habían marchado para enfrentarse a los moros. Aquellos hombres no dejaban atrás a sus mujeres, y de noche se veían sus vestidos moviéndose entre las hogueras y se oían los gritos de los niños de las chozas. Sharpe oyó que Harper advertía a los fusileros contra la tentación de las mujeres.

—Un solo contacto —dijo— y os abriré la cabezota como si fuera un huevo. — No hubo problemas, y Sharpe se maravilló de la facilidad con que Harper había asumido su autoridad no deseada.

De día tenían trabajo. Trabajo duro y urgente para transformar en victoria una derrota. Los sacerdotes dibujaron un mapa de la ciudad en el que Vivar señaló las defensas francesas con todo detalle. Diariamente llegaba información sobre los preparativos del enemigo, noticias que traían a las colinas los refugiados que huían del invasor y que contaban historias de arrestos y matanzas.

La ciudad estaba delimitada por los deteriorados muros de sus defensas medievales. En algunos puntos faltaban trozos de muralla y en otros las casas las habían desbordado para formar suburbios, pero aun así los franceses basaban sus defensas en la antigua línea de murallas. Allí donde no había piedras construyeron barricadas. Las defensas no eran temibles; Santiago de Compostela no era una ciudad fronteriza rodeada por una muralla en forma de estrella y revellines, pero aun así sus muros eran un obstáculo terrible para un ataque de infantería.

—Atacaremos antes de que amanezca —anunció Vivar a principios de semana.

Sharpe mostró su asentimiento con un gruñido.

—¿Y si tienen piquetes apostados detrás de los muros?

—Los tendrán. No los tendremos en cuenta.

En aquellas palabras Sharpe escuchó el primero de los riesgos que iban a correr, el primer detalle pasado por alto en aquella arremetida desesperada por una victoria imposible. Vivar confiaba en la oscuridad y el cansancio para confundir a los franceses. Sin embargo, si un soldado tropezaba en la noche, saltaba una chispa de su

mosquete y el arma se disparaba, delataría el ataque. Vivar propuso que atacaran con los mosquetes descargados.

Dijo que los soldados ya tendrían tiempo de cargar sus armas tras la sorpresa inicial. A Sharpe, soldado de infantería que confiaba más en su arma que un soldado de caballería como Vivar, la idea no le hizo ninguna gracia. Vivar insistió, pero a lo único que cedió Sharpe fue decir que lo consideraría.

Los planes eran cada vez más detallados y, al mismo tiempo, los temores de Sharpe iban acrecentándose como nubes oscuras que se avecinaban por el horizonte. Era muy fácil conseguir una victoria sobre el papel. No había perros que ladraran, ni piedras que te hicieran tropezar, ni lluvia que empapara la pólvora y el enemigo respondía con el amodorramiento que Vivar deseaba; sobre el papel.

—¿Sabrán que nos acercamos? —le preguntó Sharpe.

—Lo sospecharán —admitió Vivar. Era difícil que los franceses no se hubieran enterado de su concurrencia en las montañas, aunque bien podría ser que desestimaran dicha amenaza por considerarla insignificante. Al fin y al cabo, habían desbaratado los ejércitos de España y Gran Bretaña, así pues, ¿qué podían temer de unos cuantos campesinos? No obstante, el conde de Mouromorto y el coronel de l'Eclin sabrían exactamente cuál era la ambición que movía a Blas Vivar y los dos estaban en Santiago. Los refugiados lo confirmaron. La caballería del mariscal Ney había tomado la ciudad y luego había regresado a La Coruña para reunirse con el mariscal Soult, dejando a dos mil soldados de la caballería francesa dentro del trazado de murallas rotas.

No los habían dejado allí para evitar que una antigua bandera llegara al santuario, sino para hacer acopio de provisiones de los valles costeros de Galicia. Tras haber expulsado a los británicos de España, el mariscal Soult planeaba marchar hacia el sur. Sus oficiales, que fanfarroneaban en las tabernas de La Coruña, hablaban abiertamente de sus planes, palabras que le eran repetidas fielmente a Vivar. En cuanto sus tropas heridas y congeladas se recuperaran, los franceses pondrían rumbo al sur, hacia Portugal. Conquistarían el país y expulsarían a los británicos de Lisboa. De esta manera la costa de Europa quedaría cerrada al comercio británico y el dominio del Emperador sería completo.

La ruta de Soult hacia el sur lo llevaría por Santiago de Compostela, por lo que había ordenado que la ciudad se convirtiera en su base avanzada de aprovisionamiento. Su ejército reuniría las provisiones para abastecer el ataque al sur. La caballería francesa patrullaba la campiña con agresividad en busca de comida y forraje que, según le contaron a Vivar los refugiados, se amontonaba en las casas cercanas a la plaza de la catedral.

—¿Lo ve, teniente? —le dijo Vivar a Sharpe una noche, avanzada la semana, cuando se reunieron como era habitual para mirar el mapa de la ciudad y poner a

punto su plan de asalto—, ya tiene una razón adecuada para atacar.

—¿Adecuada?

—Puede afirmar que no sólo le sigue la corriente a un español loco. También está protegiendo a su guarnición de Lisboa destruyendo los suministros franceses. ¿Acaso no es verdad?

Sharpe no estaba de humor para palabras tranquilizadoras. Se quedó mirando el plano de la ciudad, imaginándose a los centinelas franceses que escudriñaban la noche.

—Sabrán que nos acercamos —Sharpe no podía quitarse el miedo a la preparación del enemigo.

—Pero no sabrán por dónde atacaremos, ni cuándo.

—¡Ojalá de l'Eclin no estuviera allí!

Vivar desdeñó sus temores.

—¿Cree que los miembros de la Guardia Imperial no duermen?

Sharpe no hizo caso de la pregunta.

—Él no está allí para reunir provisiones. Su trabajo consiste en hacerse con el gonfalon y sabe que vamos a llevarlo hasta él. Sea cual sea nuestro plan, comandante, él ya lo ha considerado. ¡Nos está esperando! ¡Está preparado para nosotros!

—Le tiene miedo. —Vivar se apoyó en la pared de la habitación de la torre en la que se guardaba el mapa. La luz de las hogueras titilaba en el patio donde un español entonaba una canción lenta y triste.

—Le tengo miedo —confirmó Sharpe— porque es bueno. Demasiado bueno.

—Sólo es bueno en ataque. ¡No sabe defender! Cuando usted atacó a su emboscada, y cuando yo lo atacé en el patio de la granja no fue tan listo, ¿verdad?

—No —admitió Sharpe.

—¡Y ahora intenta defender una ciudad! Es un *chasseur*, es como un cazador, y no se le da bien la defensa. —Vivar no iba a tolerar el derrotismo—. ¡Por supuesto que ganaremos! Gracias a sus ideas, ganaremos.

El halago estaba pensado para suscitar el entusiasmo de Sharpe, quien había sugerido una estratagema de dentro afuera para el asalto. El ataque no intentaría tomar la ciudad casa por casa, o calle por calle, sino que se dirigiría con rapidez al centro de la ciudad. Después, divididos en diez grupos, uno por cada uno de los caminos que cortaban el circuito de las antiguas defensas, los atacantes conducirían a los franceses al exterior, a campo abierto. «Deje que escapen —había argüido Sharpe—, siempre y cuando usted tome la ciudad.»

Si tomaban la ciudad, cosa que Sharpe dudaba, lo único que podían esperar era retenerla treinta y seis horas como mucho. La infantería de Soult, que marchaba desde La Coruña y que iba reforzada por la magnífica artillería francesa, no tardaría en hacer picadillo a los hombres del comandante.

—Sólo necesito un día —Vivar vaciló—. Capturamos la ciudad al amanecer, encontramos a los traidores a mediodía, destruimos los suministros y por la noche desplegamos el gonfalon. Al día siguiente nos marchamos triunfantes.

Sharpe se acercó al ventanuco. Los murciélagos, a quien la llegada de los soldados a la fortaleza había despertado de su sueño invernal, revoloteaban en la luz rojiza. Las montañas estaban oscuras. En algún lugar de aquellas laderas negras el sargento Harper conducía a una patrulla de fusileros en una marcha larga y sinuosa. La patrulla no estaba destinada a buscar el campamento de una partida de caballería francesa, sino que mantenía la dureza en los hombres y los acostumbraba a los caprichos de las marchas nocturnas. Todos los miembros de la pequeña fuerza de Vivar, incluidos los voluntarios medio adiestrados, tendrían que realizar un viaje como aquél y, después de haber visto el caos que una marcha nocturna podía infligir en las tropas, Sharpe se estremeció en su fuero interno. También pensó en la terrible desigualdad. Había dos mil soldados de caballería franceses en Santiago de Compostela. No todos estarían allí cuando Vivar atacara; algunos se hallarían acampados en las tierras de labranza que saqueaban, pero aun así el predominio del enemigo sería enorme.

Un enemigo contra el cual marcharían cincuenta fusileros, ciento cincuenta cazadores de los sólo un centenar tenían montura y casi trescientos voluntarios entrenados a medias.

Una locura. Sharpe se volvió hacia el español.

—¿Por qué no espera a que los franceses hayan ido al sur?

—Porque con la espera no se forjaría una historia que se contará en todas las tabernas de España. Porque tengo un hermano que debe morir. Porque, si espero, se me considerará un hombre sin carácter como los demás oficiales que han huido al sur. Porque he jurado hacerlo. Porque no puedo creer en la derrota. No. Pronto nos iremos, muy pronto. —Vivar casi estaba hablando para sí mismo, mirando fijamente las marcas de carboncillo que mostraban las defensas francesas—. En cuanto nuestros voluntarios estén listos, nos iremos.

Sharpe no dijo nada. Sabía que el ataque era una locura, pero era una locura que él había ayudado a planear y que había jurado apoyar.

Como el terror de un niño puede convertir el escarbar inocente de una cría de búho en un desván en el avance de un monstruo aterrador, Sharpe dejó que sus miedos se alimentaran y crecieran con el paso de los días.

No podía comunicar a nadie su certeza de que el asalto terminaría en desastre. No quería ganarse el desprecio de Vivar admitiendo algo semejante y no había nadie más

en quien podía confiar. Harper, al igual que el comandante español, parecía imbuido de una despreocupada seguridad de que el ataque saldría bien.

—Pero el comandante tendrá que esperar una semana más, señor.

La idea de un aplazamiento infundió esperanzas en Sharpe.

—¿Tendrá que esperar?

—Esos voluntarios, señor. No están listos, no lo están en absoluto. —Harper, que había asumido la tarea de entrenar a los voluntarios en el arte de disparar por secciones, parecía preocupado de verdad.

—¿Se lo ha dicho al comandante?

—Vendrá a pasarles revista por la mañana, señor. —Allí estaré.

Y por la mañana, bajo una lluvia que oscurecía las rocas y goteaba de los árboles, Sharpe bajó al valle donde el teniente Dávila y el sargento Harper demostraron a Blas Vivar los resultados de una semana de entrenamiento.

Fue un desastre. Vivar había pedido que se les enseñara a los trescientos hombres los rudimentos de la instrucción con mosquete; que pudieran formar en tres filas, como medio batallón, y disparar las sucesivas descargas por secciones para destripar a una fuerza atacante.

Sin embargo, los voluntarios no podían mantener las rígidas y apretadas filas que concentraban el fuego de mosquete en canales mortíferos. Los problemas empezaron cuando los hombres de la última fila retrocedían de manera instintiva para tener espacio para empuñar sus largas baquetas en tanto que la fila del centro daba un paso atrás para distanciarse de los hombres que tenían enfrente, con lo que se trastocaba toda la formación. Bajo fuego, el instinto haría que el movimiento hacia atrás continuara y, tras unas pocas descargas, los franceses obligarían a salir corriendo a esos hombres. Ni siquiera se estaban entrenando con munición, pues no había pólvora y proyectiles suficientes. Sencillamente realizaban los movimientos del mosquete. Sharpe no se atrevía a pensar en cómo reaccionaría la primera fila a la percusión de los mosquetes de la fila de atrás en sus oídos.

Los «mosquetes» eran cualquier arma que podían traer. Había viejas escopetas de caza, mosquetones, pistolas de arzón y hasta un fusil de mecha. Algunos mineros ni siquiera tenían armas y llevaban un pico. No había duda de que esos hombres se convertirían en guerreros aterradores si podían abatirse sobre el enemigo, pero los franceses no se lo permitirían. Harían picadillo a esos hombres.

Los voluntarios no carecían de coraje; su presencia misma en aquel remoto valle daba fe de su voluntad de luchar, pero no podían convertirse en soldados. Se tardaba meses en formar a un soldado de infantería. Hacía falta una disciplina férrea para hacer que un hombre permaneciera en línea de batalla frente a la concentración de tambores y a las bayonetas relucientes de un ataque francés. La valentía natural o la obstinación engreída no eran sustitutos del entrenamiento; un hecho que el

Emperador había demostrado una y otra vez con sus veteranos destruyendo los ejércitos mal entrenados de Europa.

Un ataque de la infantería francesa era una experiencia sobrecogedora. Las tropas francesas no atacaban en línea, sino en extensas columnas. Filas y filas de soldados apiñados con las bayonetas destellando por encima de sus cabezas marchaban al ritmo de los jóvenes tambores ocultos entre ellos. Los hombres caían por el frente y los flancos cuando los tiradores calababan la columna; en ocasiones una bala de cañón hacía trizas las apretadas tropas, pero aun así los franceses cerraban filas y seguían avanzando. Era una visión terrible, la sensación de poderío resultaba aterradora y aun el más valiente de los hombres podía venirse abajo a menos que los meses de entrenamiento le hubieran enseñado a resistir.

—Pero no vamos a enfrentarnos a la infantería —Vivar trató de encontrar un atisbo de esperanza ante el desastre—. Sólo a la caballería.

—¿No hay infantería? —Sharpe se mostró dudoso.

—Unos cuantos soldados para proteger el cuartel general francés —repuso Vivar quitándole importancia al asunto.

—Pero si se separan y se mueven de esta manera —Sharpe señaló a los desanimados voluntarios— no aguantarán contra la caballería, por no hablar de la infantería.

—La caballería francesa está cansada. —Era evidente que Vivar se sentía herido por el insistente pesimismo de Sharpe—. Casi han reventado a sus caballos.

—Deberíamos esperar —afirmó Sharpe—. Esperar hasta que marchen al sur.

—¿Acaso cree que no van a guarnecer Galicia? —Vivar se mostraba pertinaz en su negación a esperar. Hizo una señal a Dávila y a Harper para que se acercaran—. ¿Cuánto tiempo hace falta para que los voluntarios estén en forma?

Dávila, que no era soldado de infantería, miró a Harper. El irlandés se encogió de hombros.

—Es desesperante, señor. Muy desesperante.

La respuesta de Harper fue tan distinta a su alegría habitual que deprimió incluso a Vivar. El español sólo necesitaba que aquellos voluntarios logaran un mínimo de eficiencia antes de lanzar su ataque, pero el pesimismo del irlandés parecía presagiar aplazamientos indefinidos, si no un abandono inmediato.

Harper se aclaró la garganta.

—Lo que no entiendo, señor, es por qué intenta convertirlos en soldados.

—¿Para ganar una batalla? —sugirió Sharpe con mordacidad.

—Si se trata de una pelea directa entre estos muchachos y los dragones franceses no vamos a ganar —Harper hizo una pausa—, con perdón, señor. —Ninguno de los oficiales dijo nada. Su voz adoptó un dejo de autoridad, como un hombre práctico demostrando una simpleza a unos idiotas—. ¿Qué sentido tiene entrenarlos para

luchar en una batalla en espacio abierto cuando no es eso lo que espera? ¿Qué necesidad hay de que aprendan a disparar por secciones? Estos muchachos tienen que luchar en las calles, señor. No es más que un combate en los barrios, eso es, y apuesto a que en eso son tan buenos como cualquier francés. Llévelos a la ciudad y una vez allí deles rienda suelta. Yo no querría enfrentarme a estos cabrones.

—Diez hombres entrenados pueden ahuyentar a una muchedumbre —terció Sharpe con aspereza al oír que las palabras de Harper hacían trizas sus esperanzas de una postergación.

—Sí, pero tenemos a doscientos hombres entrenados —replicó Harper— que podemos mandar adonde haya verdaderos problemas.

—¡Dios mío! —de pronto Vivar estaba eufórico—. ¡Tiene usted razón, sargento!

—No es nada, señor. —Harper estaba encantado con el halago, lógicamente.

—¡Tiene razón! —Vivar le dio una palmada en el hombro al irlandés—. Debería haberme dado cuenta. El pueblo, no el ejército, liberará España, así pues, ¿por qué convertir al pueblo en un ejército? Y nos olvidamos, caballeros, de las fuerzas que estarán de nuestro lado en la ciudad. ¡Los mismísimos ciudadanos! ¡Ellos se alzarán a luchar por nosotros y no se nos ocurriría rechazar su ayuda por el hecho de que no estén entrenados! —El optimismo de Vivar, al que las palabras de Harper habían dado rienda suelta, estaba desbordado—. Así pues nos podemos ir pronto. ¡Estamos listos, caballeros!

De modo que ahora se abandonaba incluso el entrenamiento, pensó Sharpe. Una muchedumbre superada en número marcharía sobre una ciudad. Vivar hacía que pareciera muy fácil, como llenar un foso de ratas y soltar luego a los terriers. Sólo que el foso era una ciudad y las ratas estaban esperando.

Los voluntarios de Vivar quizá no fueran soldados entrenados, pero el comandante insistió en que se les tomara juramento al servicio de la Corona española. Los sacerdotes llevaron a cabo la ceremonia y el nombre de cada uno de esos hombres se apuntó con solemnidad en un papel como soldado debidamente proclamado de Su Muy Católica Majestad Fernando VII. Así los franceses no podrían tratar a los voluntarios de Vivar como delincuentes civiles.

Sin embargo, los soldados necesitaban un uniforme y no había tela teñida para confeccionar casacas de color vivo ni el equipo de un soldado como chacós, cinturones, cacerinas o polainas. Pero lo que sí tenían en abundancia era un tejido artesanal basto de color marrón y Vivar ordenó que con esta tela se hicieran unas túnicas sencillas. Y con la ropa blanca que habían traído de un convento de monjas situado a poco más de treinta kilómetros de distancia hicieron fajines. Era un

uniforme muy burdo, atado con presillas que sujetaban unos botones de hueso; pero, si las normas de la guerra podían aplicarse a la expedición de Vivar, las túnicas marrones podían pasar como casacas de soldado.

Las esposas de los voluntarios cortaron y cosieron las túnicas de color castaño y Louisa Parker, en lo alto de la fortaleza, ayudó a los fusileros a remendar sus casacas verdes. Las prendas estaban andrajosas, rotas y raídas, pero la chica poseía una habilidad extraordinaria con la aguja. Cogió la casaca verde de Sharpe y, en menos de un día, hizo que pareciera casi nueva.

—He quitado los bichos y todo —dijo la muchacha alegremente, y dobló hacia atrás una costura del cuello para demostrar que, con el cabo de un sable roto utilizado como plancha, había exterminado los piojos por completo.

—Gracias.

Sharpe tomó la casaca y vio que la joven le había lado la vuelta al cuello, había zurcido las mangas y remendado las zonas negras. Los pantalones no podían recuperar el color gris original, por lo que había cosido unos parches del tejido marrón sobre las peores rasgaduras.

—Parece un arlequín, teniente.

—¿Un bufón?

Era la noche del día en que Harper había convencido a Vivar de la inutilidad de entrenar a los voluntarios. Sharpe, como las noches anteriores, recorrió las murallas con Louisa. Él valoraba mucho aquellos momentos. Su temor a la derrota se iba intensificando y esos ratos de conversación eran como pasajes de esperanza. A Sharpe le gustaba mirar la luz de las hogueras reflejada en el rostro de la muchacha, le gustaba la dulzura que suavizaba su vivacidad. El aire dulce que tenía entonces, cuando se apoyó en el parapeto.

—¿Cree que mi tío y mi tía están en Santiago?

—Tal vez.

Louisa iba envuelta en una capa escarlata de cazador y llevaba puesto un sombrero.

—Quizá mi tía no me quiera de vuelta. Quizá la habrá escandalizado tanto mi terrible comportamiento que me echarán de la capilla y de casa.

—¿Es eso probable?

—No lo sé —respondió Louisa con nostalgia—. A veces creo que es lo que quiero que pase.

—¿Lo que quiere? —Sharpe estaba sorprendido.

—¿Andar a la deriva en medio de la mayor aventura del mundo? ¿Y por qué no? —Louisa se rió—. Cuando era niña, teniente, me decían que era peligroso cruzar al otro lado de la plaza del pueblo porque los gitanos podían raptarme. Y si alguna vez aparecían soldados por el pueblo... —Meneó la cabeza para demostrar la enormidad

del peligro de una situación semejante—. ¡Y ahora me encuentro en medio de una guerra acompañada sólo por soldados! —Sonrió al considerar su aprieto y luego miró a Sharpe con una mezcla de curiosidad y afecto—. Don Blas dice que es usted el mejor soldado que ha conocido nunca.

A Sharpe le pareció extraño que la joven utilizara el nombre de pila de Vivar pero supuso que era la manera educada de dirigirse a un hidalgo.

—Exagera.

—Lo que dijo en realidad —Louisa habló más despacio y Sharpe tuvo la sensación de que le estaba transmitiendo un mensaje— fue que si tuviera más confianza en sí mismo sería el mejor. Me figuro que no tendría que habérselo dicho, ¿no? —Sharpe se preguntó si la crítica era cierta y Louisa, que tomó su silencio como muestra de que estaba dolido, se disculpó.

—Estoy seguro de que es cierto —afirmó Sharpe con precipitación.

—¿Le gusta ser soldado?

—Siempre soñé con tener una granja. Sabe Dios por qué, pues no sé nada sobre el asunto. Lo más probable es que plantara los nabos al revés. —Miró las hogueras del valle profundo; chispas diminutas de luz y calor en una inmensidad de fría oscuridad—. Imaginaba que tendría un par de caballos en un establo, un río para pescar. —Hizo una pausa y se encogió de hombros—. Niños...

Louisa sonrió.

—Yo antes soñaba con vivir en un enorme castillo. Habría pasadizos secretos, mazmorras y jinetes misteriosos que traerían mensajes en mitad de la noche. Creo que hubiera preferido vivir en la época de la reina Isabel. Los sacerdotes en los matorrales y los españoles en el canal, ¿eh? Sólo que ahora los viejos enemigos son nuestros amigos, ¿no es cierto?

—¿Incluso los curas?

—No son los ogros que creía que eran. —Guardó silencio un segundo—. Pero si te educan con excesiva firmeza en una creencia, seguro que tienes curiosidad por el enemigo, ¿usted no la tiene? Y a nosotros los ingleses siempre nos enseñaron a odiar a los católicos.

—A mí no.

—Pero sabe a qué me refiero. ¿No tiene curiosidad por los franceses?

—La verdad es que no.

Louisa frunció el ceño.

—Yo sí siento curiosidad por los católicos. Ahora incluso me encuentro con que les tengo un afecto de lo más antiprotestante. Estoy segura de que el señor Bufford se escandalizaría.

—¿Llegará a saberlo? —preguntó Sharpe.

Louisa se encogió de hombros.

—Tendré que describirle mis aventuras, ¿no? Y tendré que confesar que la Inquisición no me torturó ni intentó quemarme en la hoguera —dirigió la mirada hacia la noche—. Un día todo esto parecerá un sueño, ¿no?

—¿Lo parecerá?

—Para usted no —repuso con tristeza—. Pero llegará un día en que me resultará difícil creer que todo sucedió realmente. Seré la señora Bufford de Godalming, una aburrida dama sumamente respetable.

—Podría quedarse aquí —comentó Sharpe, que se sintió muy valiente por decirlo.

—¿Podría? —Louisa se volvió a mirarlo. Percibieron un brillo a su izquierda, donde un fusilero daba unas chupadas a su pipa, pero ninguno de los dos le hizo caso. La joven se volvió de nuevo y trazó un dibujo indefinido con el dedo sobre el parapeto—. ¿Me está diciendo que el ejército británico se quedará en Portugal?

La pregunta sorprendió a Sharpe, que sintió que entraba en un nivel de conversación más íntimo.

—No lo sé.

—Creo que la guarnición de Lisboa debe de haber partido ya —dijo Louisa con rotundidad—. Y si no, ¿de qué iba a servir una guarnición tan poco numerosa si los franceses marchan hacia el sur? No, teniente, el Emperador nos ha dado una buena lección y me temo que no osaremos poner otra vez en peligro a nuestro ejército.

Sharpe se preguntó dónde habría adquirido unas opiniones tan firmes sobre estrategia.

—Cuando dije que podría quedarse aquí, me refería... —empezó a decir Sharpe con torpeza.

—Ya lo sé, perdóneme —Louisa lo interrumpió y se hizo un silencio muy incómodo entre los dos hasta que la joven volvió a hablar—. Sé lo que intenta decirme y soy consciente del honor que me hace, pero no quiero que me pida nada —pronunció estas palabras en un tono muy formal y en voz muy baja.

Lo que Sharpe había querido decirle era que le ofrecería todo lo que estuviera en su mano. Quizá no fuera mucho; en términos monetarios no era nada, aunque en términos de adoración incondicional lo era todo. Él no había dicho nada de eso pero, pese a su incoherencia, Louisa lo había entendido y ahora Sharpe se sentía avergonzado y rechazado.

Louisa debió de percibir la incomodidad del soldado y lamentó haberla provocado.

—No quiero que me pida nada todavía, teniente. ¿Me dará tiempo hasta que la ciudad sea capturada?

—Por supuesto. —La esperanza renació en Sharpe y se mezcló con la vergüenza que le había dejado su torpe proposición. Supuso que había hablado demasiado y de manera excesivamente impetuosa, pero sus palabras las había provocado el evidente

deseo de Louisa de quedarse en España y evitar el matrimonio con el señor Bufford.

El centinela se alejó un poco más de ellos y el aroma de su tabaco flotó por las murallas. La hoguera del patio ardía con fulgor y un soldado arrojó un tronco a las llamas. Louisa se volvió a mirar las chispas que se arremolinaron y llegaron a la altura de las almenas. Desde algún lugar del interior de la fortaleza les llegó el gemido de una de las gaitas gallegas que inevitablemente provocaron unos gritos de horror fingido en los hombres de Sharpe. La muchacha sonrió al oír las indefectibles protestas y luego miró a Sharpe con expresión ceñuda y acusadora.

—Usted no cree que don Blas consiga tomar la ciudad, ¿verdad?

—Pues claro que...

—No —lo interrumpió—. Le he escuchado. Cree que hay demasiados franceses en Santiago. Y en privado dice que esto es la locura de don Blas.

Sharpe quedó un tanto desconcertado por la acusación. Él no había reconocido sus verdaderos temores ante Louisa y sin embargo ella los había percibido acertadamente.

—Es que es una locura —repuso él a la defensiva—. Hasta el comandante Vivar lo dice.

—Él dice que es la locura de Dios, que es una cosa distinta —replicó Louisa reprendiéndolo con delicadeza—. Pero todo iría mejor si hubiera menos franceses en la ciudad, ¿no es así?

—Iría mejor —contestó Sharpe con sequedad— si tuviera cuatro batallones de buenos casacas rojas, dos baterías de cañones de nueve libras y doscientos fusileros más.

—Suponga... —empezó a decir Louisa, pero se calló.

—Continúe.

—Suponga que los franceses creyeran que ustedes se han dirigido a un escondite cerca de la ciudad. Un lugar donde tenían pensado esperar durante el día para así poder atacar en cuanto anocheciera. Y suponga —se apresuró a decir para evitar que la interrumpiera— que los franceses supieran dónde se esconden.

Sharpe se encogió de hombros.

—Enviarían a sus soldados para que nos mataran, por supuesto.

—¡Y si ustedes estuvieran en otro lugar completamente distinto —Louisa hablaba con el mismo entusiasmo con el que había recibido el misterio del arcón— podrían atacar mientras ellos se encontraran fuera de la ciudad!

—Es muy complicado —dijo Sharpe a modo de débil crítica.

—Pero suponga que fuera yo quien se lo contara.

Sharpe, atónito, no dijo nada. Entonces meneó la cabeza bruscamente.

—¡No sea ridícula!

—¡No, en serio! ¡Si fuera a Santiago —Louisa acalló la protesta de Sharpe

alzando la voz—, si fuera allí y dijera que es eso lo que están haciendo, ellos me creerían! Les diría que no quiso dejarme ir con ustedes y que se empeñó en que fuera sola a Portugal, pero que yo preferí ir a buscar a mis tíos. ¡Me creerían!

—¡De ninguna manera! —Sharpe quería acabar con aquel arrebatado de tonterías—. El comandante Vivar ya les tendió esta misma trampa. Difundió el rumor de que viajaba conmigo, y mandó a los franceses hacia el sur. No volverán a picar otra vez. —Lamentaba extinguir semejante entusiasmo, pero la idea de la joven era impracticable—. Aunque les dijera a los franceses que estábamos ocultos en alguna parte, no enviarían a la caballería para que nos encontrara antes del amanecer. Y entonces sería demasiado tarde para atacar. Si hubiera un modo de hacer salir a la guarnición de noche... —Se encogió de hombros, dando a entender que era imposible.

—Sólo era una idea. —Louisa, escarmentada, miró los murciélagos que revoloteaban en la oscuridad en torno a los muros.

—Gracias por haber querido ayudar.

—Es que quiero ayudar.

—El mero hecho de que esté aquí ya sirve de ayuda. —Sharpe trató de parecer galante. El centinela se dio la vuelta en el extremo de la muralla y caminó de nuevo hacia ellos lentamente. Sharpe tuvo la sensación de que la joven se retiraría a su habitación en cualquier instante y, aunque se arriesgaba a pasar más vergüenza, no podía soportar dejar pasar el momento sin reforzar sus endebles esperanzas—. ¿La he ofendido antes? —preguntó con vacilación.

—No piense esas cosas. Me siento halagada. —Louisa dirigió la mirada hacia las luces del hondo valle.

—Me resulta increíble que vayamos a huir de España. —Si había sido ésta la objeción de Louisa para aceptarlo, Sharpe la echaría por tierra, no porque supiera que la guarnición de Lisboa estaría en su lugar, sino porque no podía aceptar que la intervención británica hubiera terminado en derrota—. Vamos a quedarnos. ¡Reforzaremos la guarnición de Lisboa y atacaremos de nuevo! —Hizo una pausa y abordó el meollo del asunto—. Y hay esposas de oficiales que están con el ejército. Algunas viven en Lisboa, otras van un día o dos detrás de las tropas, pero no es inusual.

—Señor Sharpe. —Louisa tocó la manga de Sharpe con su mano enguantada—. Deme tiempo. Sé que usted me diría que aprovechara el momento, pero no sé si ese momento es ahora.

—Lo lamento.

—No hay nada que lamentar —se arrebujó en su capa—. ¿Me permitirá que me retire? Estoy cansada de coser.

—Buenas noches, señorita.

Sharpe pensó que un hombre no se sentía nunca tan estúpido como cuando lo rechazaban, pero se convenció de que a él no lo habían rechazado, más bien le habían prometido una respuesta después de que Santiago de Compostela fuera tomada. Era su impaciencia la que exigía una más pronta contestación. Y esa impaciencia lo obsesionaría y lo llevaría hacia una ciudad de la que regresaría, triunfante o derrotado, para recibir la respuesta que tanto ansiaba.

Al día siguiente era domingo. Se celebró una misa en el patio del fuerte y después llegó un grupo de jinetes procedente del norte. Eran unos hombres de semblante feroz que iban engalanados con armas y que trataban a Vivar con una cortesía cautelosa. Más tarde, éste explicó a Sharpe que aquellos hombres eran *rateros*, salteadores de caminos que habían volcado su violencia contra el enemigo común. Los *rateros* traían noticias de un mensajero francés al que habían capturado cuatro días antes con su escolta y que llevaba un despacho cifrado. El despacho se había perdido, pero le habían arrancado lo esencial del mensaje antes de morir. El Emperador se impacientaba. Soult había esperado demasiado. Portugal debía caer y los británicos, si aún permanecían en Lisboa, debían ser expulsados antes de que febrero tocara a su fin. El mariscal Ney iba a quedarse en el norte para despejar las montañas de fuerzas hostiles. Así pues, aunque Vivar esperara a la marcha de Soult, seguiría habiendo tropas francesas en Santiago de Compostela.

Sin embargo, si Vivar atacaba mientras Soult se hallaba a unas doce leguas al norte, y las valiosas provisiones seguían almacenadas en la ciudad, sería posible propinar un golpe doble: podían destruir los suministros y desplegar el gonfalon.

Vivar dio las gracias a los jinetes y se dirigió a la capilla de la fortaleza donde estuvo rezando a solas durante una hora.

Cuando salió fue a buscar a Sharpe.

—Nos marcharemos mañana.

—¿Hoy no? —Si era tan sumamente necesario darse prisa, ¿para qué esperar otras veinticuatro horas?

Vivar, sin embargo, fue categórico.

—Mañana. Nos marcharemos mañana por la mañana.

Al amanecer del día siguiente, antes de afeitarse y de que hubiera podido dar unos sorbos del amargo té caliente que tanto les gustaba a los fusileros, Sharpe averiguó por qué Vivar había querido esperar un día más. El español intentaba engañar a los franceses con otra pista falsa, y para ello la noche anterior había mandado a Louisa salir de la fortaleza. La habitación de la joven estaba vacía, su cama fría y ella desaparecida.

CAPÍTULO 13

—¿Por qué? —La pregunta de Sharpe era al mismo tiempo un desafío y una protesta.

—Ella quería ayudar —dijo Vivar con despreocupación—. Estaba ansiosa por ayudar y no vi ningún motivo por el que no debiera hacerlo. Además, la señorita Parker lleva días comiendo de mi comida y bebiendo de mi vino, ¿por qué no tendría que corresponder a mi hospitalidad?

—¡Le dije que era una tontería! ¡Los franceses la van a calar en cuestión de minutos!

—¿Eso cree? —Vivar estaba sentado cerca de un barril que recogía el agua de la lluvia al otro lado de la puerta interior del fuerte, donde untaba unos trapos con la grasa de cerdo que les proporcionaba a todos los soldados como específico contra las ampollas. Interrumpió la desagradable tarea para mirar a Sharpe con indignación—. ¿Por qué iba a parecerles raro a los franceses que una joven quiera reunirse con su familia? Yo no encuentro que eso sea extraño. Y no he creído necesario contar con su aprobación ni con su parecer, teniente.

Sharpe no hizo caso del reproche.

—¿La hizo salir en mitad de la noche?

—No sea ridículo. Dos de mis hombres están escoltando a la señorita Parker hasta donde sea posible, tras lo cual ella tendrá que recorrer la distancia restante hasta la ciudad. —Vivar se envolvió el pie derecho con uno de los trapos engrasados y volvió la cabeza con fingido asombro, como si acabara de entender el verdadero motivo de la contrariedad de Sharpe—. ¡Está enamorado de ella!

—¡No! —protestó Sharpe.

—Entonces no sé por qué tendría que alterarse. De hecho, tendría que estar encantado. La señorita Parker informará a regañadientes a los franceses de que hemos abandonado nuestro ataque. —Vivar se puso la bota derecha.

Sharpe se quedó boquiabierto.

—¿Le dijo que el ataque se había cancelado?

Vivar empezó a envolverse el pie izquierdo.

—También le conté que mañana al amanecer capturaríamos la ciudad de Padrón. Es una ciudad situada a unos veinticinco kilómetros de distancia al sur de Santiago de Compostela.

—¡No se lo van a creer!

—Todo lo contrario, teniente, les parecerá una historia de lo más probable, ¡mucho más probable que un ataque descabellado sobre Santiago de Compostela! En realidad, les hará gracia que yo considere un ataque semejante, y mi hermano comprenderá perfectamente por qué he elegido la pequeña ciudad de Padrón. Es allí

donde la nave funeraria de Santiago arribó a las costas de España y se considera un lugar sagrado. No tan santificado como donde está enterrado Santiago, de acuerdo, pero otras indiscreciones de Louisa explicarán por qué me basta con Padrón.

—¿Qué otras indiscreciones?

—Les contará que el gonfalon está tan deteriorado por el tiempo y la podredumbre que no se puede desplegar. De modo que tengo intención de desmenuzar los maltrechos jirones para convertirlos en un polvo que esparciré en el mar. De esta forma, aunque no pueda realizar el milagro que deseo, me aseguraría de que el gonfalon no cae en manos de los enemigos de España. En breve, teniente, la señorita Parker le contará al coronel de l'Eclin que abandono el ataque porque temo la fuerza de sus defensas. Usted debería darse cuenta de la convicción de este argumento, ¿no le parece? No para de decirme lo temible que es nuestro enemigo. —Vivar se calzó la bota izquierda y se puso de pie—. Mi esperanza es que el coronel de l'Eclin abandone la ciudad esta noche para emboscar nuestro acercamiento a Padrón.

Al menos la pista falsa de Vivar tenía una verosimilitud de la que carecían las ideas entusiastas de Louisa, pero aun así Sharpe se asombró de que el español arriesgara la vida de la chica. Rompió la capa de hielo del barril, sacó la navaja de afeitar y la dejó en el borde.

—Los franceses no tienen tan poco sentido común para dejar la ciudad por la noche.

—¿Aunque crean que tienen la oportunidad de emboscar nuestra marcha y capturar el gonfalon? Creo que lo harán. Louisa también les informará de que usted y yo hemos discutido y de que se ha llevado a sus fusileros hacia Lisboa. Les dirá que lo que la empujó a buscar la protección de su familia fueron sus atenciones impropias de un caballero. De esta manera de l'Eclin no temerá a sus fusileros y así podríamos tentarlo para hacerlo salir de su madriguera. Y en caso de que no se marchen, ¿qué habremos perdido?

—¡Puede que hayamos perdido a Louisa! —repuso Sharpe con cierto exceso de energía—. ¡Podrían matarla!

—Cierto, pero muchas mujeres están muriendo por España, ¿por qué no iba a morir la señorita Parker por Gran Bretaña? —Vivar se quitó la camisa y sacó su navaja y el fragmento de espejo—. Me parece que le tiene usted cariño —dijo en tono acusador.

—No especialmente —Sharpe trató de mostrarse brusco—, pero me siento responsable.

—Pues es muy peligroso sentir esto por una joven; la responsabilidad puede llevar al afecto y el afecto que nace de esta manera no es tan duradero como... —A Vivar se le fue apagando la voz. Sharpe se había quitado la camisa raída y andrajosa por encima de la cabeza y el español se le quedó mirando la espalda horrorizado—.

¿Teniente?

—Me azotaron. —Sharpe, que tan acostumbrado estaba a sus terribles cicatrices, siempre se sorprendía cuando a otras personas les parecían extraordinarias—. Fue en la India.

—¿Qué había hecho?

—Nada. Un sargento me tomó antipatía, nada más. El cabrón mintió. —Sharpe metió la cabeza debajo del agua helada y la sacó chorreando, con la respiración entrecortada. Desplegó la navaja y empezó a rasparse la barba oscura del mentón—. Ocurrió hace mucho tiempo.

Vivar se estremeció y, como tuvo la sensación de que Sharpe no quería hablar de ello, hundió también su navaja en el agua.

—No creo que los franceses vayan a matar a Louisa. Sharpe soltó un gruñido para dar a entender que le daba lo mismo tanto si lo hacían como si no.

—Los franceses, creo yo —siguió diciendo Vivar—, no odian a los ingleses tanto como a los españoles. Además, Louisa es una joven de gran belleza y las chicas como ella provocan sentimientos de responsabilidad en los hombres. —Vivar agitó la navaja en dirección a Sharpe como prueba de su afirmación—. Asimismo, posee un aire de inocencia que me parece que la protegerá y hará que de l'Eclin la crea. —Hizo una pausa para afeitarse la curva de la mandíbula—. Le dije que tenía que llorar. Los hombres siempre creen a las mujeres que lloran.

—Eso podría darle un motivo para cortarle la cabeza —dijo Sharpe con aspereza.

—Lo lamentaría mucho si lo hicieran —repuso Vivar lentamente—. Lo lamentaría mucho.

—¿Lo lamentaría? —Por primera vez Sharpe percibió en la voz del español un dejo que revelaba una emoción genuina. Miró fijamente a Vivar y repitió la pregunta—. ¿Lo lamentaría?

—¿Por qué no tendría que hacerlo? Apenas la conozco, por supuesto, pero parece una joven dama admirable. —Vivar hizo una pausa, sin duda calibrando las virtudes de Louisa, y luego se encogió de hombros—. Es una pena que sea una hereje, pero mejor ser metodista que un infiel como usted. Al menos ella está a medio camino del cielo.

Sharpe sintió una punzada de celos. Era evidente que Blas Vivar había tenido más interés en Louisa del que él había notado o creído posible.

—No es que eso importe —comentó Vivar con despreocupación—. Espero que siga con vida, pero ¿y si muere? Entonces rezaré por su alma.

Sharpe tembló de frío y se preguntó cuántas almas necesitarían oraciones antes de que los dos días siguientes tocaran a su fin.

La expedición de Vivar avanzó pesadamente bajo una lluvia fina y fría que caía al final del día.

Siguieron unos senderos de montaña que serpenteaban por espolones áridos y atravesaban valles agrestes. Pasaron por un pueblo saqueado por los franceses. No quedaba un solo edificio intacto, no había una sola persona a la vista, ni un animal con vida. Ninguno de los hombres de Vivar habló cuando pasaron junto a las vigas chamuscadas por las que la lluvia goteaba lentamente.

Habían iniciado la marcha mucho antes de mediodía porque tenían que recorrer muchos kilómetros antes del amanecer. Los cazadores de Vivar iban en cabeza. Un escuadrón de caballería patrullaba el terreno delante de la línea de marcha. Detrás de esos piquetes iban los cazadores desmontados guiando sus caballos. Tras ellos iban los voluntarios. Los dos sacerdotes cabalgaban delante de los Rifles de Sharpe, que formaban la retaguardia. El arcón viajaba con los dos sacerdotes. La preciosa carga iba sujeta con correas a un mulo al que le habían cortado las cuerdas vocales para que no pudiera alertar al enemigo con sus rebuznos.

El sargento Patrick Harper se alegraba de marchar hacia la batalla. Los galones de seda blanca resplandecían en su manga andrajosa.

—Los muchachos están bien, señor. Mis chicos están encantados, ya lo creo.

—Todos son sus chicos —dijo Sharpe, con lo que implicaba que la responsabilidad especial de Harper iba más allá del grupo de soldados irlandeses.

Harper asintió con la cabeza.

—Lo son, señor, lo son. —Echó un rápido vistazo a los casacas verdes que marchaban y no había duda de que se sentía satisfecho de que no necesitaran una orden para avanzar más deprisa—. Se alegrarán de asestar un golpe a esos hijos de puta, ya lo creo.

—Algunos deben de estar preocupados, ¿no? —preguntó Sharpe con la esperanza de sonsacar a Harper algo sobre el rumor de un incidente ocurrido a principios de semana, pero el sargento pasó por alto la insinuación con aire despreocupado.

—No puedes combatir contra esos malditos franchutes y no preocuparte, señor, pero piense en lo preocupados que estarían los franceses si supieran que se acercan los Rifles. ¡Y Rifles irlandeses, nada menos!

Sharpe decidió preguntárselo directamente:

—¿Qué pasó entre Gataker y usted?

Harper le dirigió una mirada de absoluta inocencia.

—Nada en absoluto, señor.

Sharpe no insistió más. Había oído que Gataker, un hombre espabilado y astuto, se había opuesto a su participación en el plan de Vivar. A los casacas verdes no les correspondía luchar en batallas privadas, había afirmado, y mucho menos si lo más probable era que la mayoría muriera o quedara lisiada. El pesimismo podía haberse

propagado rápidamente, pero Harper puso fin al asunto de manera inflexible y el ojo morado de Gataker se explicó como una caída por las escaleras de la torre de entrada.

—Los escalones están muy oscuros —fue lo único que comentó Harper sobre ese tema.

Precisamente por esa resolución rápida de los problemas Sharpe había querido el ascenso del irlandés, que resultó un éxito al instante. Harper había asumido la autoridad fácilmente, y si dicha autoridad provenía más de su fuerza y personalidad que de los galones de seda de su manga derecha, tanto mejor. Las palabras del moribundo capitán Murray habían resultado ciertas; teniendo a Harper de su lado, los problemas de Sharpe se reducían a la mitad.

Los fusileros marchaban mientras caía la noche. Reinó una oscuridad propia del Hades, una negrura de granito se alzaba en las sombras circundantes, y Sharpe tenía la sensación de que se movían a ciegas en un paisaje monótono.

Sin embargo, era el territorio de los voluntarios de Blas Vivar. Entre ellos había pastores que conocían las montañas como Sharpe había conocido los callejones de su niñez en los alrededores de Saint Giles, en Londres. En aquel momento los hombres se hallaban repartidos por toda la columna haciendo de guías, inducidos a prestar sus servicios por los cigarros que Vivar había distribuido entre los miembros de su pequeña fuerza. Estaba seguro de que ningún francés se habría adentrado tanto en las montañas para oler el tabaco y sus lumbres resplandecientes actuaban como almenaras diminutas que mantenían en formación la marcha de los soldados.

No obstante, a pesar de los guías y de los cigarros, su paso aminoró durante la noche y se hizo aún más lento cuando la lluvia volvió resbaladizos los senderos. Los ríos bajaban crecidos y Vivar se empeñó en que los rociaran con agua bendita antes de que la vanguardia los cruzara con un chapoteo. Los hombres estaban cansados y hambrientos y, en la oscuridad, el miedo les traicionaba; el miedo de los soldados que se dirigen a una batalla desigual y la aprensión se encona hasta convertirse en terror.

Dejó de llover dos horas antes del alba. No hacía viento. La escarcha había vuelto la hierba quebradiza. Los cigarros se terminaron aunque ya no resultaban útiles pues la niebla encenagaba los últimos valles antes de llegar a la ciudad.

Cuando cesó la lluvia Vivar ordenó un alto.

Se detuvo porque existía el peligro de que los franceses pudieran haber apostado piquetes de la caballería pesada en los pueblos situados en las montañas de los alrededores de la ciudad. Los refugiados de Santiago de Compostela no sabían nada de tales precauciones, pero Vivar se precavió ordenando que se atara cualquier cosa del equipo que pudiera hacer ruido. Portafusiles, cantimploras y platos de batalla, todo se silenció. Cuando retomaron la marcha a Sharpe le parecía que las tropas hacían ruido suficiente para despertar a un muerto; las herraduras de los caballos golpeaban contra la piedra y los tacones de hierro de las botas contra la tierra helada,

pero ningún piquete francés desasosegó la oscuridad con una descarga de mosquetería para advertir a la ciudad.

Entonces los fusileros encabezaron la marcha. Vivar los siguió con su caballería, pero los casacas verdes iban delante porque eran la infantería experimentada que constituiría la punta de lanza del ataque. La caballería no podía asaltar una ciudad cerrada con barricadas; sólo la infantería podía lograr algo así, y en aquella ocasión debía hacerse con las armas de fuego descargadas. Sharpe había accedido a regañadientes a que sus fusileros realizaran el ataque sólo con la bayoneta.

Las llaves de chispa eran inseguras. Aun estando sin amartillar, el arma podía dispararse si el martillo se enganchaba en una ramita que lo echara hacia atrás y luego lo soltara. Un disparo, por accidental que fuera, alertaría a los centinelas franceses.

Una cosa era decirles a los hombres que no dispararan; explicarles que sus vidas dependían de una aproximación silenciosa, pero en la oscuridad neblinosa que precede al amanecer, cuando un soldado tiene la sangre fría y los temores exacerbados, el maullido de un gato basta para asustar a un fusilero y hacerle disparar a ciegas en la noche. Un disparo haría salir alborotados de su cuartel a los franceses.

Así pues, aunque el hecho de ceder a este punto había acrecentado su terror, ante la vehemencia con la que Vivar se lo suplicó, Sharpe accedió a avanzar con las armas vacías. Ahora ningún disparo podría sobresaltar la noche.

No obstante, los franceses podrían estar prevenidos. Estos temores fueron los compañeros tumultuosos de Sharpe durante la larga y vacilante marcha. Tal vez los franceses tenían sus propios espías en las montañas y, de la misma manera que los refugiados habían revelado información a Vivar, habían delatado a Vivar a la ciudad. O quizá de l'Eclin, que carecía absolutamente de piedad, le hubiera sacado la verdad a Louisa a latigazos. Quizás habían ido a La Coruña a buscar la artillería que estaban esperando, cargada con botes de metralla, para recibir a los torpes atacantes. Unos atacantes que, además, estarían cansados, tendrían frío y llegaban con las armas descargadas. Los primeros momentos de semejante combate provocarían una carnicería.

Los temores de Sharpe crecían y, ajeno a la indomable alegría de Vivar, dejó que las dudas lo atormentaran. No podía expresar esas dudas porque destruiría la confianza que sus hombres tenían en su autoridad. Sólo podía transmitir la misma certeza que Patrick Harper, quien marchó con impaciencia los últimos kilómetros empinados. En una ocasión, cuando cruzaban chapoteando un tramo de pradera empapada de un pinar, Harper comentó con entusiasmo lo fabuloso que sería volver a ver a la señorita Louisa.

—Es una muchacha valiente, señor.

—Y estúpida —replicó Sharpe en tono agrio, pues aún seguía enojado por el hecho de que se hubiera puesto en peligro la vida de la joven.

No obstante, Louisa era el reverso del temor de Sharpe; el consuelo que, al igual que una almenara diminuta en una oscuridad inmensa, lo hacía seguir adelante. Ella era la esperanza de Sharpe, pero contra esa esperanza se desplegaban los demonios del miedo. Estos demonios se iban volviendo más siniestros cada vez que se veían obligados a detenerse. El guía de Sharpe, un herrero de la ciudad, los conducía por una ruta tortuosa que evitaría a los habitantes del pueblo y el hombre se detenía con frecuencia para olisquear el aire como si pudiera encontrar el camino con el olfato.

Satisfecho al fin, el hombre apretó el paso. Los fusileros se deslizaron por una ladera empinada y llegaron a un río que había inundado los prados y convertido el fondo del valle en una ciénaga de hielo y agua. El guía de Sharpe se detuvo al borde del pantano.

—*Agua, señor.*

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó Sharpe entre dientes.

—Dice no sé qué del agua —contestó Harper.

—¡Ya sé que esto es agua, caray! —Sharpe hizo ademán de seguir adelante, pero el guía tiró de la manga del fusilero.

—*¡Agua bendita! ¡Señor!*

—¡Ah! —Harper lo entendió—. Quiere el agua bendita, señor, eso es.

Sharpe soltó un juramento ante la estupidez de la petición. ¡Los fusileros iban con retraso y ese idiota pedía que rociara una ciénaga con agua bendita!

—¡Vamos ya!

—¿Está seguro...? —empezó a decir Harper.

—¡Vamos! —La voz de Sharpe sonó más áspera aún debido al miedo que bullía en su interior. ¡Aquella expedición estaba mal concebida y era una locura! Sin embargo, el orgullo no le dejaba echarse atrás, como tampoco le permitía rendir homenaje a los duendecillos acuáticos de Vivar—. ¡No tengo la dichosa agua bendita! —gruñó—. Además, es una superstición estúpida, sargento, y usted lo sabe.

—Yo eso no lo sé, señor, en absoluto.

—¡Adelante! —Sharpe cruzó el río y soltó una maldición porque sus botas maltrechas dejaban entrar el agua fría. Los fusileros, ajenos a la causa del breve retraso al borde del agua, lo siguieron. La niebla parecía más espesa en el fondo del valle y el guía, que había cruzado el río chapoteando al lado de Sharpe, vaciló en la otra orilla.

—¡Deprisa! —gruñó Sharpe, aunque era una admonición inútil puesto que el herrero no hablaba inglés—. ¡Deprisa! ¡Deprisa!

El guía, claramente nervioso, señaló una estrecha senda de cabras que se torcía y ascendía por la pendiente contraria. Mientras subía, Sharpe cayó en la cuenta de que debían de hallarse muy cerca de la ciudad, tal como revelaba el hedor mefítico de sus calles que para él fue como el anticipo del horror que aguardaba a sus hombres.

De pronto Sharpe cayó en la cuenta de que habían dejado atrás el golpeteo y tintineo de la caballería en marcha y supo que Vivar había mandado a los cazadores rodeando el norte para no ser oídos por los centinelas franceses. La mal entrenada infantería de voluntarios debía de encontrarse a unos doscientos o trescientos metros detrás de Sharpe. Los fusileros estaban aislados, al frente del ataque, y ya muy cerca de la ciudad santa de san Jaime.

Y llegaban tarde, pues la niebla empezaba a teñirse de plata con los primeros indicios del falso amanecer. Sharpe veía a Harper a su lado, distinguía las gotas de humedad en la visera de su chacó. Sharpe había perdido el sombrero en la batalla de la granja y llevaba una gorra de forrajeador de los cazadores. La gorra era de color gris pálido y tuvo la repentina e irracional certeza de que la tela de color claro convertiría su cabeza en blanco de algún tirador francés situado en la montaña. Se quitó la gorra de un manotazo y la arrojó a unas zarzas. Sentía los fuertes latidos de su corazón. Le dolía el estómago y tenía la boca seca.

El herrero, que en aquel momento avanzaba con mucha cautela, condujo a los fusileros por un prado agreste y luego se adentraron en un olmedo que crecía en la cima de la montaña. Las ramas desnudas goteaban y la niebla se agitaba en la oscuridad. Sharpe olió una fogata, pero no la veía. Se preguntó si pertenecería a uno de los puestos de guardia franceses y al pensar en los centinelas se sintió terriblemente solo y vulnerable. Se aproximaba el amanecer. En aquel momento tendría que estar atacando, pero la niebla enmascaraba los puntos de referencia que Vivar le había enseñado. A su derecha debería haber una iglesia y a su izquierda la silueta borrosa de la ciudad, y no tendría que estar en lo alto de una montaña sino en un barranco profundo que ocultaría la aproximación de los fusileros.

Al carecer de esas referencias, Sharpe supuso que aún les faltaba camino por recorrer, que todavía tenían que descender al barranco, pero el herrero miró por debajo de los árboles y, por señas, le indicó que la ciudad se hallaba a su izquierda. Sharpe no respondió y el guía volvió a tirar de la manga verde del fusilero y señaló a la izquierda.

—¡Santiago! ¡Santiago!

—¡Por amor de Dios! —Sharpe hincó una rodilla en el suelo.

—¿Señor? —Harper se arrodilló a su lado.

—¡Vamos por el camino equivocado, joder!

—Dios salve a Irlanda. —La voz del sargento apenas fue un susurro. El guía, incapaz de conseguir una respuesta comprensible de los casacas verdes, desapareció en la oscuridad.

Sharpe volvió a maldecir. Estaba en el lugar equivocado. Este error lo preocupaba y lo irritaba, pero lo que más lo enojaba era saber que Vivar diría que fue porque los espíritus del río, las xanas, habían sido desairadas. ¡Eso era una tontería, diantre!

Fuera como fuere, Sharpe se había extraviado, iba con retraso y no sabía dónde estaban las tropas de Vivar. Fue presa del miedo. ¡Ésta no era manera de iniciar un ataque! ¡Tenía que haber cornetas y banderas en la niebla! En cambio estaba solo, perdido, muy por delante de los cazadores y voluntarios. Se dijo que sabía que esto iba a ocurrir. Ya lo había visto en la India, cuando unas buenas tropas, obligadas a realizar un ataque nocturno, se habían perdido, se habían asustado y habían sido vencidas.

—¿Qué hacemos, señor? —preguntó Harper.

Sharpe no respondió porque no sabía qué decir. Estuvo tentado de retroceder y abandonar el ataque, pero entonces una sombra se movió a su izquierda, unas botas hicieron crujir la hierba helada y el herrero reapareció entre la niebla con Blas Vivar a su lado.

—Ha llegado demasiado lejos —susurró Vivar.

—¡Ya lo sé, maldita sea!

Estaba claro que el herrero intentaba explicar que el fusilero se había arriesgado a las travesuras de las xanas, pero Vivar no tenía tiempo para semejantes lamentos. Indicó por señas a ese hombre que se marchara y se arrodilló al lado de Sharpe.

—La iglesia está a unos doscientos pasos, por ahí —Vivar señaló a su izquierda—. La iglesia debería estar a su derecha.

La fuerza de Vivar había rodeado la ciudad durante la noche y ahora se acercaba por el norte. El muro norte de la ciudad había sido destruido mucho tiempo atrás y con sus piedras se habían levantado las casas nuevas que se extendían más allá de la línea de fortificaciones medievales a lo largo del camino que llevaba a La Coruña. Había elegido ese camino para acercarse, no sólo porque carecía de la barrera de una muralla medieval, sino porque los guardias podrían pensar que la tropa que se aproximara serían franceses del ejército de Soult.

La iglesia, que prestaba servicio al nuevo suburbio, se había convertido en un puesto de guardia francés. Se encontraba a casi trescientos metros fuera de la línea de defensa compuesta de barricadas. En todas las entradas a la ciudad había un puesto de guardia que daría la alarma si Santiago era asaltada. Los centinelas de esos puestos podrían resultar muertos en un ataque, pero el ruido de su sacrificio serviría de advertencia a las defensas principales de la ciudad.

—Creo —susurró Vivar a Sharpe— que Dios nos acompaña. Nos envió la niebla.

—Nos mandó al jodido sitio equivocado.

Los fusileros tendrían que haber estado a unos cuatrocientos metros al sur de allí, en el barranco pantanoso, y haber llegado hacía una hora. El barranco pasaba serpenteando detrás de la iglesia y conducía hacia las viviendas construidas fuera de las defensas principales. Habían perdido la oportunidad de realizar su aproximación en secreto. Hallándose tan cerca del enemigo y estando tan próxima la traicionera luz

lobuna del alba, no disponían de tiempo para retroceder con sigilo a través de la niebla.

—Déjeme a mí el cuerpo de guardia —dijo Vivar.

—¿Quiere que ataque en cuanto hayamos pasado?

—Sí.

Esto que Vivar pidió con tanta facilidad suponía un cambio de planes que ponía en peligro todo el asalto. Al haber llegado tarde al lugar equivocado, los fusileros perderían el factor sorpresa. Vivar proponía que el asalto de Sharpe no hiciera caso del cuerpo de guardia. Eso era posible, pero los centinelas franceses no lo ignorarían a él. Tardarían tiempo en reaccionar. La estupefacción haría que se perdieran unos segundos preciosos y aún se perderían algunos más si los mosquetes del enemigo, humedecidos por la niebla, fallaban. Podría suceder que la oscuridad engullera a los fusileros antes de que los franceses dispararan, pero dispararían, sobresaltando el amanecer antes de que los casacas verdes hubieran recorrido los trescientos metros que separaban la iglesia de las defensas de la ciudad. Los guardias de las barricadas quedarían alertados. Estarían esperando y, en el mejor de los casos, la fuerza de Vivar se encontraría pegada a unas cuantas casas del lado norte de la ciudad y, cuando el día se iluminara y la niebla se disipara, la caballería les cortaría la retirada. Sharpe sabía que a mediodía todos podían ser prisioneros de los franceses.

—¿Y bien? —Por el silencio y la inmovilidad de Sharpe, Vivar intuyó que el fusilero ya creía que la batalla estaba perdida.

—¿Dónde tiene la caballería? —preguntó Sharpe, no por interés sino para retrasar la horrible decisión.

—Dávila está al mando. Estarán en posición. Los voluntarios se encuentran en el prado de atrás. —Al no recibir respuesta, Vivar tocó el brazo de Sharpe—. Lo haré con o sin usted, teniente. Me daría igual si el mismísimo Emperador y todas las fuerzas del infierno vigilaran la ciudad, tendría que hacerlo. Es la única manera de expurgar la vergüenza de mi familia. Tengo un hermano que es un traidor, y la traición debe lavarse con sangre enemiga. Y Dios será compasivo con este deseo, teniente. Dice usted que no es creyente, pero yo pienso que a las puertas de la batalla, todo el mundo siente el aliento de Dios.

Era un discurso magnífico, pero Sharpe no cedió.

—¿Acaso Dios mantendrá en silencio al cuerpo de guardia?

—Si así lo quiere lo hará, sí. —La niebla se estaba aclarando. Sharpe veía las ramas pálidas y desnudas del olmo encima de él. Cada segundo de retraso hacía peligrar más el ataque y Vivar lo sabía—. ¿Y bien? —volvió a preguntar. Sharpe continuó sin decir nada y el español se puso de pie con expresión indignada—. Los españoles lo haremos solos, teniente.

—¡No, maldito sea! ¡Rifles! —Sharpe se levantó. Pensó en Louisa; la joven le

había dicho algo sobre aprovechar el momento y, a pesar de sus demonios, Sharpe pensó que si no actuaba enseguida podría perderla—. ¡Quítense los capotes y las mochilas! —Los fusileros obedecieron para así poder combatir sin estorbos—. ¡Y carguen las armas!

Vivar le advirtió entre dientes que no cargara los rifles, pero Sharpe no atacaría sin el factor sorpresa y las armas descargadas. Había que correr el riesgo de un disparo accidental. Aguardó hasta que la última baqueta hubo atracado el proyectil y se cebó la última cazoleta.

—¡Calen bayonetas!

Las hojas hicieron un ruido áspero y los encastres encajaron en las bocas de las armas con un chasquido. Sharpe se echó el rifle al hombro y desenvainó su espada grande y tosca.

—En fila, sargento. ¡Diga a los soldados que no hagan ni el más mínimo ruido! —Miró a Vivar—. No voy a permitir que piense que no tuvimos valor suficiente.

Vivar sonrió.

—Nunca lo hubiera pensado. Tome. —Levantó la mano, cogió el ramito diminuto de romero seco que llevaba en el sombrero y lo metió en una presilla suelta de la casaca de Sharpe.

—¿Esto me convierte en un miembro de su élite? —preguntó Sharpe. Vivar negó con la cabeza.

—Es una hierba que conjura el mal, teniente.

Por un segundo Sharpe estuvo tentado de rechazar la superstición, pero se acordó de su desafío a las xanas y dejó la ramita de romero donde estaba. La tarea de aquella mañana se había vuelto tan desesperada que incluso estaba dispuesto a creer que una hierba seca podía proporcionarle protección.

—¡Adelante!

De perdidos, al agua, pensó Sharpe, pero, maldita sea, él había dado su aprobación a la locura de Vivar en la capilla del fuerte, cuando había permitido que el misterio del gonfalon lo ofuscara como lo harían los efluvios embriagadores de un vino oscuro y caliente. Ahora no era momento de dejar que el miedo pusiera fin a la locura.

De modo que adelante. Avanzaron por entre los árboles, pasaron junto a un muro de piedra y cuando las botas de Sharpe chirriaron contra el sílex del suelo, éste vio que habían llegado al camino. Un edificio se alzaba a su derecha, oscuro e imponente, y delante vio la hoguera del cuerpo de guardia. Sus llamas eran débiles y la niebla las hacía borrosas, pero habían encendido la fogata a las puertas de la iglesia para iluminar el camino. En cualquier instante les darían el alto.

—¡Cierren filas! —susurró Sharpe dirigiéndose a Harper—. ¡Y los dedos fuera de los gatillos!

—¡Cierren filas! —exclamó Harper entre dientes—. ¡Y no se les ocurra disparar!

Sharpe propuso que pasaran corriendo junto al puesto de guardia. El ruido empezaría entonces, pero no se podía evitar. Se iniciaría con el traqueteo del fuego de mosquetes y rifles y terminaría con toda la cacofonía de la muerte. Sin embargo, de momento sólo se oía el roce de las botas sobre el pedernal, el amortiguado golpeteo sordo del equipo y el aliento bronco de los soldados cansados tras horas y horas de marcha.

Harper se santiguó. Los demás irlandeses de la compañía hicieron lo mismo. Sonrieron, no de satisfacción sino de miedo. Los fusileros temblaban y sus vientres tenían ganas de descargarse. María, madre de Dios, repetía Harper una y otra vez para sus adentros. Supuso que debería rezarle a san Jaime, pero no sabía ninguna plegaria para él, de modo que repitió con nerviosismo la invocación más conocida. *Ruega por nosotros ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.*

Sharpe encabezó el avance. Caminó despacio, sin perder de vista la luz borrosa del fuego de los centinelas. La luz de las llamas se reflejaba en la hoja de la espada que sostenía. Mucho más allá de la primera fogata vio el brillo indistinto de otras hogueras que debían de arder en el margen de las principales defensas francesas. La niebla se teñía de plata, se iluminaba, y Sharpe creyó distinguir vagamente el laberinto de pináculos y cúpulas que conformaban el contorno superior de la ciudad. Vivar le había dicho que era una ciudad pequeña; apenas un puñado de casas en torno a la abadía, los albergues, la catedral y la plaza, pero era una ciudad ocupada por los franceses que un ejército variopinto y poco numeroso debía tomar.

Una fuerza variopinta, poco numerosa, mal entrenada y vestida de marrón que se inspiraba en la fe de un hombre. Sharpe pensó que Vivar debía de estar ebrio de Dios para creer que ese trozo de seda apolillado podía obrar un milagro. Era una locura. Si el ejército británico supiera que un ex sargento conducía a unos fusileros en semejante misión le formarían un consejo de guerra. A Sharpe le parecía que estaba tan loco como Vivar; la única diferencia era que el acicate de Vivar era Dios y el de Sharpe el orgullo estúpido y terco de un soldado que no admitiría una derrota.

Sharpe recordó que, no obstante, otros hombres habían alcanzado la gloria con sueños tan impracticables como éste. Los pocos caballeros a quienes los incontenibles ejércitos de Mahoma habían obligado a refugiarse en las montañas hacía mil años debieron de sentir la misma desesperación. Cuando esos caballeros apretaron las cinchas, alzaron sus lanzas en posición de ataque y miraron la gran media luna del enemigo bajo las banderas ondeantes que traían la sangre desde el desierto, debían saber que había llegado la hora de su muerte. Sin embargo, habían bajado de golpe las viseras de sus yelmos, habían espoleado sus monturas y habían cargado.

El chirrido de una piedra bajo el pie de Sharpe le devolvió al presente. En aquel momento se encontraban en una calle, ya habían dejado atrás la campiña. Las

ventanas de las casas silenciosas tenían rejas de hierro. El camino ascendía y, aunque la pendiente no era abrupta, bastaba para dificultar el ataque. Una forma se movió junto al fuego y Sharpe se dio cuenta de que había una barrera tosca colocada de un extremo a otro del camino que detendría su disparatada embestida hacia las defensas principales de la ciudad. La barrera consistía únicamente en dos carretas y unas cuantas sillas, pero seguía siendo una barrera.

La forma que se movía junto a la fogata de los centinelas se materializó en una silueta humana; un francés que se inclinó para encender una pipa con una astilla ardiendo que sacó de las llamas. El hombre no sospechaba nada, ni miró hacia el norte donde podría haber distinguido el reflejo de la luz del fuego en las bayonetas caladas.

Entonces, en una casa situada a la derecha de Sharpe, ladró un perro. Sharpe estaba tan tenso que dio un salto hacia un lado. El perro siguió ladrando frenéticamente. Otro perro también ladró y un gallo joven desafió a la mañana. Los fusileros apretaron el paso de manera instintiva.

El francés que estaba junto al fuego se enderezó y se dio la vuelta. Sharpe vio la forma inconfundible del chacó de aquel hombre; era un soldado de infantería. No era un miembro de la caballería desmontado, sino un maldito soldado de infantería francés que se descolgó el mosquete y lo apuntó hacia los fusileros.

—*Qui vive?*

El francés les dio el alto y se inició el combate de la jornada. Sharpe tomó aire y echó a correr.

CAPÍTULO 14

En cuanto terminó la espera el miedo desapareció repentinamente.

Sharpe corrió pendiente arriba. La suela de la bota que con tanto cuidado había cosido el día anterior se había soltado y golpeaba. Aunque corría por la superficie de sílex del camino, Sharpe tenía la sensación de avanzar pesadamente por un barro espeso y empalagoso; sin embargo, el miedo desapareció porque la suerte estaba echada y había que terminar la partida.

—*Qui vive?*

—*Ami! Ami! Ami!* —Vivar le había enseñado una frase en francés que podría confundir a un centinela enemigo alertado, pero Sharpe había sido incapaz de recordar aquellas extrañas palabras y se había decidido por la palabra más fácil que significaba «amigo». La gritó más fuerte al tiempo que señalaba detrás de él, como si huyera de un enemigo oculto en la niebla.

El centinela vaciló. Otros cuatro franceses se habían acercado desde el porche de la iglesia. Uno de ellos llevaba el galón de sargento en su manga azul, pero estaba claro que no quería asumir la responsabilidad de disparar contra alguien de su propio bando, por lo que gritó hacia el interior de la iglesia para que acudiera un oficial: «*Capitaine! Capitaine!*». Entonces el sargento, que no llevaba puesto el chacó y seguía abrochándose la casaca azul, se dio la vuelta hacia los fusileros que se acercaban. «*Halte là!*»

Sharpe alzó la mano izquierda como si les ordenara a sus soldados que aminoraran la marcha. Él también aflojó el paso y volvió a exclamar con voz entrecortada: «*Ami! Ami!*». Fingió avanzar dando tumbos, exhausto, y aquel burdo subterfugio lo llevó a dos pasos del sargento enemigo. Entonces miró al francés a los ojos y en ellos vio el repentino terror del reconocimiento.

Era demasiado tarde. Todo el miedo de Sharpe, y el alivio de ese miedo, se concentró en su primer golpe de espada. Dio un paso adelante, acometió con un gruñido y el sargento se dobló en dos sobre la hoja que se retorció al tiempo que el primer centinela abría la boca para gritar y la bayoneta de Harper se le clavó en el vientre. Los dedos del francés se cerraron con un espasmo en torno al gatillo de su mosquete. Sharpe estaba tan cerca de aquel hombre que no vio el fogonazo del cañón, sólo el estallido en la cazoleta. Una chispa de pólvora ardiendo pasó silbando encima de su cabeza, se formó una nube de humo a su alrededor y Sharpe tiró de su espada, retorciéndola para liberarla de la carne del francés. El sargento cayó de espaldas en la hoguera y su cabello, que le había servido de toalla para limpiarse las manos grasientas, ardió por un instante con llamas altas y brillantes.

Los tres franceses restantes retrocedían hacia el porche, pero los fusileros fueron más rápidos. Otro disparo de mosquete aturdió el amanecer y a continuación las

bayonetas hicieron su trabajo. Un francés empezó a proferir unos chillidos terribles.

—¡Hagan callar a ese cabrón! —espetó Harper. Una hoja propinó un tajo, se oyó un sonido ahogado y luego nada.

Alguien disparó una pistola desde la puerta de la iglesia. Uno de los casacas verdes soltó un grito sofocado, se dio la vuelta y cayó al fuego. Dispararon otros dos rifles que arrojaron a una forma oscura al sombrío interior de la iglesia. El fusilero envuelto en llamas chillaba como un demonio cuando lo sacaron a rastras del fuego. Los perros ladraban como los canes del infierno.

Se había esfumado la sorpresa y todavía les quedaban casi trescientos metros de camino por recorrer. Sharpe tiraba de las carretas para apartarlas y abrir el camino a la caballería que debía seguirles.

—¡Dejen a esos cabrones! —Aún quedaban franceses dentro de la iglesia pero, si querían que el asalto tuviera alguna posibilidad de éxito, debían ignorarlos. Sharpe tenía que abandonar incluso a sus propios heridos si querían tomar la ciudad—. ¡Déjenlos! ¡Sigán adelante!

Los fusileros obedecieron. Hubo uno o dos que se quedaron atrás y buscaron la seguridad de las sombras, pero Harper les preguntó si preferían luchar con él o con los franceses y los rezagados recuperaron el valor. Siguieron a Sharpe por la niebla que ya no era tan oscura. Sonaban cornetas en la ciudad pero todavía no daban la alarma, simplemente ordenaban el estado de alerta, pero los toques sirvieron para apremiar a los casacas verdes. Con las prisas perdieron el orden militar; no avanzaban ni en fila ni en línea, sino como una retumbante concentración de hombres que corrían cuesta arriba hacia la ciudad que se alzaba frente a ellos.

Una ciudad cuyas defensas habrían sido alertadas. El miedo entonces tuvo tiempo de resurgir y fue peor porque Sharpe vio que los franceses habían tirado abajo las casas más próximas a la vieja muralla para que los guardias, situados tras las barricadas, tuvieran despejado el campo de tiro.

Los franceses que habían quedado atrás en la iglesia dispararon. Una bala les pasó por encima, otra rebotó entre los fusileros y alcanzó una pared rota que había delante. Sharpe imaginó los mosquetes y carabinas deslizándose por encima de las barricadas de la ciudad. Imaginó un oficial francés ordenando a sus tropas que aguardaran a que el enemigo estuviera cerca. Había llegado el momento de la muerte. Ahora, si había cañones en las defensas, los enormes tubos arrojarían sus botes que diseminaban metralla. Los fusileros serían despellejados vivos, sus vientres quedarían desgarrados y sus entrañas desparramadas a lo largo de diez metros de un camino frío.

Esos proyectiles no llegaron y Sharpe se dio cuenta de que los defensores de la ciudad debían de estar confusos por los disparos procedentes de la iglesia. A quien estuviera en la línea de defensa principal debía parecerle que los fusileros que se acercaban eran los restos de la guarnición del cuerpo de guardia, perseguidos por los

disparos de mosquete de un enemigo lejano. Sharpe gritó la palabra mágica tan fuerte como pudo con la esperanza de reafirmar la identidad equivocada.

—*Ami! Ami!*

Sharpe ya veía las defensas principales. Habían colocado un carro agrícola de altos costados bloqueando la calle de entrada más próxima en forma de barricada que, de día, podía apartarse para que las patrullas de caballería entraran o salieran de la ciudad. El lugar estaba iluminado por una hoguera que reveló las formas de unos hombres que subían al carro. Sharpe vio que calaban las bayonetas. También distinguió un hueco estrecho a la izquierda del vehículo donde la lanza constituía el único obstáculo.

Gritaron una pregunta desde el carro y Sharpe no tenía más respuesta que aquella única palabra: «*Ami!*». La carrera cuesta arriba lo había dejado jadeante, pero logró gruñirles una orden a sus hombres:

—¡No se apelonnen! ¡Dispérsense!

Entonces, desde la iglesia, detrás de él, sonó una corneta.

Debía de tratarse de una señal acordada, una señal que se había retrasado debido a la muerte del oficial y el sargento del piquete. Era la señal de alarma, aguda y desesperada, que provocó al instante una descarga desde la carreta.

Los mosquetes estallaron, pero los defensores habían disparado demasiado pronto y, como ocurría a las tropas que disparaban cuesta abajo, demasiado alto. Al darse cuenta de ello Sharpe sintió que lo invadía una nueva esperanza. Profirió un grito de guerra, nada coherente, sólo un chillido de furia asesina que lo llevó hasta el borde mismo de la posición enemiga. Harper iba a su lado, pisando fuerte, y los fusileros se extendían de un lado a otro del camino para no proporcionarles un blanco agrupado a los soldados franceses que subían apresuradamente al carro para ocupar el lugar de los soldados que habían disparado.

—*Tirez!* —Un oficial enemigo hizo descender la espada de golpe.

Las llamaradas de los mosquetes alcanzaron casi un metro de longitud frente a las bocas de las armas francesas, la humareda ocultó el carro y un fusilero salió despedido hacia atrás como si hubieran tirado de una cuerda atada a los pies.

Sharpe se dirigió a la izquierda del camino y allí avanzó a trompicones sobre los escombros de los edificios demolidos. Vio que un fusilero se detenía para apuntar y le gritó que siguiera corriendo. En aquel momento no podían hacer ninguna pausa, ninguna, pues si el ataque perdía su ímpetu el enemigo los aplastaría de un manotazo. Sharpe se tensó para el horrible momento en que debían hacer frente al hueco.

Saltó hacia él al tiempo que gritaba su desafío con la intención de infundir miedo a quien lo estuviera esperando. Tres franceses atacaron con sus bayonetas y la espada de Sharpe resonó contra las hojas y alcanzó la culata de un mosquete. Tropezó con la lanza de la carreta y lo apartaron de un empujón cuando el sargento Harper se lanzó

por aquel hueco. Otros fusileros trataban de agarrarse al adral del carro para trepar por él. Un francés arremetió con la bayoneta desde arriba pero la bala de un rifle lo lanzó hacia atrás. Dispararon más rifles. Un francés apuntó a Sharpe pero, con el nerviosismo, había olvidado cebar su mosquete. La chispa brilló en una cazoleta vacía y el hombre gritó, Sharpe recuperó el equilibrio y avanzó con la espada. Harper retorció la bayoneta para arrancarla de las costillas de un enemigo. Los fusileros seguían entrando por el hueco en tropel y asestando cuchilladas a diestro y siniestro mientras otros subían al carro para hacer retroceder a los franceses. Los defensores eran demasiado pocos y habían esperado demasiado tiempo antes de que la corneta convirtiera su incertidumbre en acción. Ahora morían o huían.

—¡El carro! ¡El carro! —Sharpe dio un tirón a su espada para liberarla del hombre que había olvidado cebar su arma. Harper dejó sin sentido al último francés con un golpe de culata de su rifle y luego ordenó a voz en cuello a los fusileros que arrastraran el carro para quitarlo de en medio.

—¡Tiren, cabrones! ¡Tiren! —Los casacas verdes se arrojaron a las ruedas y, poco a poco, entre crujidos, el carro fue metiéndose en el espacio que los franceses habían despejado como zona de aniquilamiento.

Casi todos los miembros del piquete francés habían huido por la calle. Era una calle estrecha y empedrada con un sumidero central. De ella partían calles a izquierda y derecha que seguían la línea en la que antes se habían alzado los muros. De las calles salían franceses de las casas y algunos se detenían a disparar a los fusileros. Una bala de pistola rebotó en la reja de una ventana junto a la cabeza de Sharpe.

—¡Carguen! ¡Carguen! —Sharpe estaba deshaciendo la fogata de vigilancia a puntapiés, intentando abrir paso a los jinetes de Vivar. De una patada mandó unos restos llameantes a un callejón y se chamuscó las botas y los pantalones. Los fusileros se refugiaron en las entradas, escupieron las balas en los cañones de sus armas y las atacaron con las baquetas de hierro. Se oyeron gritos en la calle y el primero de los fusileros que recargó disparó contra el enemigo. Sharpe se dio la vuelta y vio los tres campanarios de la catedral a unos cien metros de distancia. La calle estrecha ascendía y al cabo de unos cincuenta pasos torcía levemente a la derecha. La luz neblinosa se intensificaba, aunque todavía no había llegado el amanecer propiamente dicho. Franceses vestidos con pantalones de peto, botas y camisas seguían saliendo de las casas a todo correr con las armas y los cascos en las manos. Un coracero enemigo, presa del pánico, corrió hacia los casacas verdes y recibió el golpe de una culata de rifle en la cabeza. Otros se pusieron a cubierto en las entradas para disparar a los invasores.

—¡Fuego! —gritó Sharpe. Más rifles chasquearon y el enemigo desorganizado se adentró aún más en la ciudad. A Sharpe el rifle le golpeaba el hombro como si fuera una mula y los fogonazos de la pólvora de la cazoleta hacían que le escociera la

mejilla. Harper estaba apartando los cadáveres franceses, arrastrándolos por el gélido suelo hasta el sumidero central.

Se hizo un silencio extraño. Los fusileros habían conseguido sorprender al enemigo y el silencio señalaba los preciosos y precarios momentos en los que los franceses intentaban entender la alarma repentina. Sharpe sabía que habría un contraataque, pero de momento sólo había aquel silencio inquietante, inesperado y amenazador. Lo rompió gritando a sus hombres que ocuparan sus puestos. Apostó un pelotón para vigilar la calle oeste y otro para cubrir el lado este y él se quedó con un mayor número de fusileros para proteger el estrecho camino que conducía al centro de la ciudad. Las paredes de piedra le devolvían el eco de su voz. De repente sintió la impertinencia de lo que había hecho, de lo que Blas Vivar se había atrevido a ordenar que se hiciera, de aquel escalofriante momento al alba. Una corneta dio el toque de diana y luego lo enlazó con un toque de alarma, revelando así que las advertencias se propagaban. Una campana inició un clamor apremiante y un millar de palomas se alzaron ruidosamente del pináculo de la catedral y llenaron el aire con sus alas asustadas. Sharpe se volvió a mirar al norte y se preguntó cuándo llegaría la fuerza principal de Vivar.

—¡Señor! —Harper había abierto de una patada la puerta de la casa más cercana donde media docena de franceses, medio muertos de miedo, estaban encogidos en el cuarto de guardia. Un fuego parpadeaba en el hogar y la ropa de cama estaba hecha un revoltijo sobre el desnudo suelo de madera. Habían estado durmiendo y sus mosquetes todavía estaban en el soporte junto a la puerta.

—¡Saquen las armas de aquí! —ordenó Sharpe—. ¡Sims! ¡Tongue! ¡Cameron!

Los tres fusileros corrieron hacia él.

—Córtenles las correas, tirantes, los cordones de las botas, el cinturón y los botones. Luego dejen a estos cabrones donde están. Llévense sus bayonetas. ¡Llévense lo que quieran pero deprisa, maldita sea!

—Sí, señor.

Harper se agachó al lado de Sharpe en la calle, frente al cuarto de guardia.

—Resultó más fácil de lo que pensaba.

Sharpe había supuesto que el irlandés grandote no había tenido miedo y sus palabras daban a entender un alivio que él compartía. Además, sus palabras eran ciertas. Mientras corría cuesta arriba desde la iglesia, Sharpe había esperado encontrarse con una defensa abrumadora que abriera fuego estrepitosamente desde la línea de edificios; en cambio, un piquete medio aturdido había disparado dos descargas y se había venido abajo.

—No nos esperaban —dijo a modo de explicación.

Sonó otra corneta enemiga que competía con el ladrido de los perros y el repique de las campanas. En aquel momento las calles más próximas estaban vacías salvo por

la niebla que empezaba a disiparse y dos franceses que habían sido alcanzados al salir de su alojamiento. Sharpe sabía que era el momento de que el enemigo contraatacara. Si algún oficial francés mantenía las ideas en orden y podía encontrar dos compañías de soldados, los fusileros estarían perdidos. Sharpe miró a su derecha, pero seguía sin haber señales de los cazadores.

—¡Carguen! ¡No disparen!

Sharpe también cargó su rifle. Al morder la bala del cartucho notó el sabor amargo y repugnante del salitre. Sabía que, tras un par de disparos más, se estaría muriendo de sed debido al sabor salado de la pólvora. Escupió la bala dentro del cañón del rifle y atacó el relleno. Devolvió la baqueta a su sitio y cebó la cazoleta.

—¡Señor! ¡Señor! —Era Dodd, uno de los soldados que vigilaban la calle que conducía al oeste. Disparó—. ¡Señor!

—¡Tranquilo! ¡Tranquilo! —Sharpe corrió hacia la esquina y vio a un oficial francés montado a caballo. La bala de Dodd no había alcanzado a aquel hombre que se hallaba a unos setenta pasos de distancia—. ¡Vamos, cálmese! —le gritó Sharpe—. ¡No dispare!

El oficial francés, un coracero, echó hacia atrás los bordes de su capa en un gesto tan desdeñoso como valiente. Su peto de acero relucía con un brillo pálido bajo la luz neblinosa. El hombre desenvainó su espada larga. Sharpe amartilló su rifle.

—¡Harvey! ¡Jenkins!

—¿Señor? —respondieron los dos fusileros de inmediato.

—Ocúpense de este hijo de puta cuando se acerque. Sharpe se dio media vuelta, preguntándose dónde demonios estaban los cazadores de Vivar. Un ruido de cascos hizo que se volviera de nuevo y vio que el oficial había empezado a trotar calle abajo. Otros coraceros se unieron a él desde los callejones laterales. Sharpe contó diez jinetes y luego diez más. Eran todos los que el enemigo pudo reunir. Los otros soldados de caballería de la ciudad todavía debían de estar ensillando los caballos o aguardando órdenes.

El francés, uno de los hombres más valientes que Sharpe había visto, gritó una orden: «*Casques en tête!*». Los soldados se colocaron los cascos con penacho. La anchura de la calle sólo proporcionaba espacio para tres jinetes. Los coraceros habían desenvainado sus espadas.

—¡Cabrón estúpido! —exclamó Harper en feroz repulsa del oficial francés que, en su intento de conseguir la fama, conducía a sus hombres a la destrucción.

—¡Apunten! —Sharpe detestaba ese momento. Había media docena de rifles por cada uno de los franceses que iban en cabeza y, cuando cayeran, bloquearían la calle a los que venían detrás—. ¡Calma, muchachos! ¡Vamos a cargarnos a todos estos hijos de puta! ¡Apunten bajo!

Los rifles apuntaron. Los martillos en forma de cuello de cisne se pusieron en

posición de disparo. Hagman puso la rodilla derecha en el suelo y se inclinó hacia atrás hasta sentarse sobre el tobillo de manera que su mano izquierda, apoyada en la rodilla izquierda, pudiera sostener mejor el peso del rifle y la bayoneta. Algunos de los fusileros se hallaban en la misma posición y otros apoyaban sus armas en los dinteles de las puertas. Los restos esparcidos de la fogata humeaban en la calle y enturbiaban la visión de los jinetes que avanzaban a medio galope. El oficial francés alzó su espada.

—*Vive l'Empereur!* —Hizo descender la espada para iniciar la carga.

—¡Fuego!

Los rifles escupieron sus proyectiles. Sharpe oyó el golpeteo de las balas contra los petos. Sonó como si se hubieran arrojado guijarros con fuerza contra una lámina de hojalata. Un caballo relinchó, se empinó y el jinete cayó frente a otra montura que se vino abajo. Una espada golpeó contra los adoquines con un ruido metálico. El oficial caído se sacudía espasmódicamente en el suelo y vomitaba sangre. Un caballo sin jinete se adentró en un callejón con el golpeteo de sus cascos. Un coracero se dio media vuelta y huyó. Otro, desmontado, se dirigió renqueando hacia una puerta abierta. Los soldados de caballería que venían detrás no trataron de abrirse paso a la fuerza, sino que dieron media vuelta y se marcharon.

—¡Recarguen!

El humo salió a chorros por las ventanas calle abajo. Una bala golpeó con una fuerza horrible en una piedra junto a Sharpe y otra rebotó en los adoquines y se hundió en la pierna de un fusilero. El soldado soltó un bufido de dolor, cayó y se agarró la herida que sangraba por sus pantalones negros. Resultaba difícil ver a los franceses al otro lado de las ventanas con rejas de hierro y más difícil aún eliminarlos. Aparecieron otros en forma de sombras por el extremo más alejado de la calle y desde esas sombras las llamas de los mosquetes se dirigieron hacia los fusileros. Ya había luz suficiente para que Sharpe distinguiera una bandera tricolor francesa que ondeaba en la alta cúpula de la catedral y vio que iba a hacer un día frío y despejado, un día para matar, y a menos que Vivar acudiera pronto con su fuerza principal, serían los fusileros quienes jugarían el papel de muertos.

Entonces sonó la trompeta por detrás.

Los cazadores no solamente luchaban por orgullo, ni solamente por su país, aunque cualquiera de estas causas los hubieran hecho atravesar las puertas del mismísimo infierno; luchaban por el santo patrón de España. Aquella ciudad era Santiago de Compostela, el lugar al que los ángeles habían mandado una nube de estrellas para iluminar una tumba perdida, y la caballería española cargó por Dios y

Santiago, por España y Santiago, por Blas Vivar y Santiago.

Acudieron como una riada terrible. Los caballos se precipitaron al lado de Sharpe y sus cascos hacían saltar chispas del suelo. Sus espadas eran como fragmentos de luz en el amanecer gris. Cargaron hacia el corazón de la ciudad, encabezados por Blas Vivar, quien gritó unas palabras de agradecimiento incomprensibles al pasar galopando junto a los fusileros.

Y detrás de los cazadores, ascendiendo a toda prisa por el barranco donde Sharpe tendría que haber estado con las primeras luces del día, seguía la infantería de voluntarios. Ellos también vocearon el nombre del santo como grito de guerra. A pesar de sus uniformes improvisados formados por túnicas marrones y fajines blancos, su aspecto era el de una muchedumbre vengadora armada con mosquetes, picos, espadas, cuchillos, lanzas y guadañas.

Cuando pasaron corriendo, Sharpe lanzó los mosquetes capturados a los franceses a los hombres que no llevaban armas de fuego, pero los voluntarios estaban demasiado concentrados en alcanzar el centro de la ciudad. Por primera vez Sharpe se dio cuenta de que podían ganar, no mediante una táctica hábil, sino aprovechando el odio de una nación.

—¿Qué hacemos, señor? —Harper salió del cuarto de guardia con un montón de bayonetas capturadas.

—¡Síguenlos! ¡Adelante! ¡Cuidado con los flancos! ¡No pierdan de vista las ventanas de arriba!

No iban a hacer caso del consejo. Los fusileros se habían contagiado de la locura de la mañana y lo único que importaba era tomar la ciudad. El miedo de la noche larga y fría había desaparecido, reemplazado por una poderosa y extraordinaria confianza.

Avanzaron hacia el caos. Los franceses, que se despertaron para encontrarse con una matanza, salían corriendo a los callejones donde los españoles vengativos les daban caza y los mataban. Los habitantes de la ciudad se unieron a la persecución y ayudaron a los hombres de Vivar que se desplegaron por los soportales de las calles medievales que constituían un laberinto en torno a los edificios del centro. Se oían gritos y disparos por todas partes. Los cazadores, divididos en pelotones, iban ruidosamente de una calle a otra. Unos cuantos franceses seguían combatiendo desde las ventanas superiores de sus alojamientos, pero fueron alcanzados uno tras otro. Sharpe vio a su antiguo guía, el herrero, rompiéndole la cabeza a un lancero con un martillo. Los sumideros resbalaban por la sangre. Un sacerdote se arrodilló junto a un voluntario moribundo.

—¡No se separen! —Sharpe tenía miedo de que, en medio del horror del momento, un fusilero de uniforme oscuro pudiera ser confundido con un francés. Llegó a una plaza pequeña, eligió una bocacalle al azar y condujo a sus hombres por

una calle en la que los franceses yacían muertos en medio de charcos de sangre que seguía manando. En las escaleras de la iglesia una mujer despojaba de su uniforme a un soldado. Otro francés yacía muerto mientras dos niños, ninguno mayor de diez años, lo apuñalaban con cuchillos de cocina. Un tullido sin piernas, ansioso por hacerse con el botín, se acercó a un cadáver columpiándose sobre sus nudillos encallecidos.

Sharpe torció a la izquierda por otra bocacalle y se hizo a un lado rápidamente cuando unos soldados de caballería españoles pasaron ruidosamente por su lado. Un francés salió huyendo de una casa situada en el trayecto y soltó un grito, una espada le cortó la cara y cayó bajo los cascos herrados del caballo. En algún lugar de la ciudad atronó una descarga de mosquetería. Un soldado de infantería francés salió de un callejón y al ver a Sharpe cayó de rodillas, suplicando que lo hicieran prisionero. Sharpe lo llevó detrás, lo dejó a la custodia de los fusileros y más franceses empezaron a salir del callejón. Arrojaron sus mosquetes al suelo porque lo único que querían era estar bajo protección.

Por delante de ellos había luz y espacio en contraste con la sombra fría y húmeda de las calles diminutas y Sharpe condujo a sus hombres hacia la amplia plaza que rodeaba la catedral. Les llegaba el inapropiado aroma del pan de una tahona, pero el hedor del humo de la pólvora cubrió aquel olor casero. Los fusileros avanzaron con cautela hacia la plaza desde la que otra enorme descarga sacudió la mañana. Sharpe vio algunos cuerpos tendidos sobre la hierba que crecía entre las losas de la plaza. Había caballos muertos y una veintena de cadáveres, casi todos españoles. El humo de los mosquetes era más denso que la niebla.

—Estos cabrones están oponiendo resistencia —le gritó Sharpe a Harper.

Se dirigió despacio a la esquina de la calle. A su izquierda estaba la catedral. Tres hombres con túnicas marrones estaban tendidos en las escaleras de la iglesia con un hilo de sangre manando de sus cuerpos. A la derecha de Sharpe, enfrente de la catedral, había un edificio suntuosamente decorado. Una bandera tricolor colgaba sobre la puerta central y las ventanas estaban envueltas por el humo de la pólvora. Los franceses habían convertido el enorme edificio en una fortaleza que dominaba la plaza.

No era el momento de entablar una batalla contra un grupo acorralado de franceses desesperados, sino de tomar el resto de la ciudad. Los fusileros utilizaron los callejones traseros para sortear la plaza. Los prisioneros iban con ellos, aterrorizados por la venganza que la gente de la ciudad infligía a otros franceses capturados. La ciudad había generado una multitud vengativa y los soldados de Sharpe tuvieron que valerse de las culatas de sus rifles para mantener a salvo a los prisioneros.

Sharpe condujo a sus soldados hacia el sur. Pasaron junto a un caballo moribundo

al que Sharpe pegó un tiro. Dos mujeres atacaron de inmediato el cadáver del animal con un cuchillo y cortaron unos trozos grandes de carne tibia. Un jorobado que sangraba por la cabeza sonrió ampliamente al cortarle las trenzas a un dragón muerto y Sharpe pensó que aquél era el primer dragón que había visto en Santiago de Compostela. Se preguntó si el engaño de Louisa habría funcionado de verdad y el grueso de la caballería francesa de casacas verdes se había dirigido hacia el sur.

—¡Allí! —Sharpe vio un patio a su izquierda y empujó a los prisioneros debajo del arco de entrada. Dejó a media docena de casacas verdes para que los vigilaran y regresó al laberinto medieval sumido en la confusión del combate. Algunos callejones estaban en calma, pero en otros tenían lugar breves y furiosos tiroteos cuando los franceses desesperados se veían acorralados. Un coracero, atrapado en una calleja, la emprendió con su espada y puso en fuga a seis voluntarios antes de que el estrépito de unos disparos de mosquete acabara con su desafío. La mayor parte de los franceses se protegieron en sus alojamientos. Los mosquetes españoles abrían las puertas de golpe y los hombres caían al cargar por unas escaleras estrechas, pero los franceses se hallaban en inferioridad numérica. Dos casas se incendiaron y sus ocupantes se quemaron vivos en medio de gritos horribles.

La mayor parte de los supervivientes enemigos, salvo aquellos que ocupaban el edificio grande de la plaza, se encontraban en la parte sur de la ciudad donde sus oficiales les instaban a resistir tenazmente dentro de un montón de viviendas. Los soldados de Sharpe tomaron dos tejados y sus rifles expulsaron a los franceses de ventanas y patios. Vivar encabezó una carga de cazadores desmontados y Sharpe observó cómo los soldados de caballería de casaca roja y azul irrumpían en los edificios tomados por el enemigo.

El cuidadoso plan de Vivar, que debería haber mandado hombres a todas las salidas de la ciudad, se había venido abajo en el calor de la victoria y los hombres que deberían haber estado repeliendo al enemigo en el este estaban matando y saqueando donde podían. Sin embargo, fue esta misma ferocidad la que condujo a los atacantes por toda la ciudad e hizo huir a los franceses, bien al campo bien al cuartel general de la plaza.

El sol naciente reveló que la bandera tricolor había desaparecido de la alta cúpula de la catedral. En su lugar, brillante como una piedra preciosa, un estandarte español atrapaba la suave brisa. Llevaba el escudo de armas de la realeza española; una bandera para la mañana, aunque no era la bandera de Santiago que se desplegaría en la catedral. Sharpe pensó en lo hermosa que se veía la ciudad recortada contra el horizonte en aquel amanecer. Era una intrincada maraña de agujas, cúpulas, pináculos, linternas y torres, toda ella empañada por el humo y la luz del sol. Por encima de aquel escenario se alzaba la gran catedral. Un grupo de franceses de casaca azul apareció en el balcón con balaustrada de uno de los campanarios. Dispararon

hacia abajo y una descarga ascendente los hizo retroceder. Una de las balas españolas resonó contra una campana. Las demás campanas de las iglesias de la ciudad tocaban a vuelo la victoria aun cuando el traqueteo de los mosquetes era prueba de los vestigios de resistencia francesa.

Un fusilero que estaba junto a Sharpe vio a dos soldados franceses que cruzaban apresuradamente un tejado a unos cincuenta metros de distancia. El rifle Baker le golpeó en el hombro y uno de los enemigos se deslizó ensangrentado por las tejas y cayó a la calle. El otro, desesperado, se arrojó al otro lado del caballete del tejado y desapareció. Los soldados de Vivar se habían abierto camino con los sables y las carabinas y Sharpe vio a soldados franceses corriendo hacia los campos del sur. Ordenó a sus hombres que no dispararan y los condujo a la calle donde la belleza de la ciudad recortada contra el horizonte se vio reemplazada por el espeluznante hedor de la sangre. Uno de los fusileros se echó a reír al ver a un niño que llevaba una cabeza humana. Un perro lamía la sangre de un sumidero y gruñó cuando los fusileros se acercaron demasiado.

Sharpe regresó al extremo de la plaza donde el fuego de los mosquetes seguía chasqueando por encima de las losas. El amplio espacio estaba vacío salvo por los muertos y moribundos. Los franceses seguían atrincherados en el interior del enorme y elegante edificio desde el cual estallaba el estrépito de la mosquetería cada vez que un español aparecía en la plaza. Sharpe mantuvo a sus fusileros fuera de la vista. Se acercó con sigilo a la esquina de la calle y vio la espléndida riqueza que un santo muerto había reportado al centro de la ciudad. La amplia plaza estaba rodeada de edificios de una belleza espectacular. Un grito hizo que Sharpe se diera la vuelta y vio que arrojaban a un francés desde uno de los campanarios de la catedral. El cuerpo se retorció mientras caía y luego, gracias a Dios, quedó oculto por una terraza más baja. La catedral era un milagro de piedra delicadamente labrada y de intrincado diseño, pero aquel día, en el laberinto de sus tejados tallados, morían los hombres. Se colgó otra bandera española del campanario cuando fue alcanzado el último francés allí apostado. Las grandes campanas iniciaron su jubiloso sonido al tiempo que, en el lado de la plaza ocupado por los franceses, una descarga de mosquetes trataba de vengarse de los españoles que habían colgado la bandera bajo aquel amanecer.

Un español salió de repente de las puertas del lado oeste de la catedral para blandir una bandera francesa capturada. Inmediatamente hubo una estrepitosa descarga cerrada en el lado oeste de la plaza y sus balas zumbaron y chasquearon en torno a aquel hombre. Sobrevivió de milagro y, con la convicción de que aquel día era invencible a la vez que inmortal, bajó por la escalinata de la catedral pavoneándose con aire burlón y avanzó entre los cadáveres desperdigados por la plaza. Las balas acribillaron la bandera enemiga capturada a cada paso del camino pero, por alguna razón, el hombre resultó ileso y los fusileros lo vitorearon cuando

por fin se puso a cubierto en la calle con su trofeo hecho jirones a salvo.

Sharpe había observado desde las sombras el edificio ocupado por los franceses y había intentado calcular el número de mosquetes o carabinas que disparaban desde su fachada. Calculó al menos un centenar de disparos y supo que, si los franceses tenían a un número igual de soldados en cada lado del gran edificio, el lugar iba a ser muy duro de tomar.

Se dio la vuelta al oír el ruido de unos cascos a su espalda. Era Blas Vivar, quien debía de haberse enterado de la amenaza que suponía la plaza porque se deslizó de la silla a poca distancia del final de la calle.

—¿Ha visto a la señorita Louisa?

—¡No!

—Yo tampoco. —Vivar escuchó los disparos de mosquete procedentes de la plaza—. ¿Siguen en el palacio?

—En masa —respondió Sharpe.

Vivar se asomó a la esquina para observar el edificio que se hallaba sometido al fuego de los soldados que disparaban desde el tejado de la catedral. Los cristales de las ventanas se hicieron añicos. Los mosquetes franceses respondían al fuego y escupían más humo a la luz del sol naciente. Soltó una maldición:

—No puedo dejarlos en el palacio.

—Será muy difícil hacerlos salir. —Sharpe estaba limpiando la sangre de la hoja de su espada—. ¿Ha encontrado artillería?

—Yo no la he visto por ninguna parte. —Vivar se echó atrás bruscamente cuando una bala de mosquete alcanzó la pared cerca de su cabeza. Esbozó una sonrisa como si se disculpara por una debilidad—. Quizá se rindan, ¿no?

—Si piensan que los masacraremos no lo harán. —Sharpe hizo un gesto con la mano para señalar la calle detrás de él, donde un cadáver francés destripado atestiguaba la suerte que le esperaba a cualquier enemigo que cayera en manos de la gente de la ciudad.

Vivar se apartó de la esquina.

—Quizá se rindan a usted.

—¿A mí?

—Usted es inglés. Ellos confían en los ingleses.

—Tengo que prometerles que vivirán.

Un español apareció en algún punto del borde de la plaza porque de repente se oyó un resonante estallido de mosquetería, prueba de la cantidad de franceses que había dentro del palacio. Vivar esperó a que no se oyeran los proyectiles.

—Dígales que si no se rinden prenderé fuego al palacio.

Sharpe dudaba que el edificio de piedra pudiera incendiarse, pero no era ésa la amenaza que más temían los franceses. Ellos temían la tortura y una muerte horrible.

—¿Los oficiales pueden conservar sus espadas? —preguntó Sharpe.

Vivar vaciló y luego asintió con la cabeza.

—Sí.

—¿Y me garantiza que todos los franceses estarán a salvo?

—Por supuesto.

Sharpe no quería negociar la rendición; sabía que Blas Vivar era un buen diplomático, pero el español estaba convencido de que un oficial inglés tranquilizaría mejor a los franceses. Un trompeta de los cazadores hizo sonar el alto el fuego.

Encontraron una sábana, la ataron al mango de una escoba y la agitaron en la esquina de la calle. El trompeta repitió la llamada para que cesaran los disparos, pero se necesitó un cuarto de hora para convencer a los españoles vengativos situados al borde de la plaza de que el toque era de verdad. Pasaron otros diez minutos antes de que una voz francesa se dirigiera a ellos con recelo desde el palacio.

Vivar tradujo sus palabras.

—Hablarán solamente con uno. Espero que no sea una trampa, teniente.

—Yo también lo espero. —Sharpe enfundó su espada.

—¡Y pregúnteles por Louisa!

—Ya pensaba hacerlo —repuso Sharpe, y salió a la luz del sol.

CAPÍTULO 15

Sharpe no fue recibido por ninguna descarga cerrada de fusilería; sólo por el silencio. El sol proyectaba la sombra intrincada de los pináculos de la catedral sobre la piedra picada de balas de la pared del palacio a través de la bruma de la niebla matutina que el humo de la pólvora hacía más densa. El sonido de los pasos resonó en los edificios. Un hombre herido gimió y rodó sobre su propia sangre.

Por la manera en que los muertos y heridos yacían en la plaza, Sharpe supo cómo se había producido el enfrentamiento. Los franceses, que huían hacia la seguridad del palacio, habían resultado muertos por los españoles que los perseguían que, a su vez, habían sido repelidos por las descargas de los franceses que estaban a cubierto en el edificio. Esos franceses lo observaban mientras Sharpe avanzaba entre los tremendos despojos de la batalla.

Había cuerpos tendidos con los puños apretados. Un caballo muerto mostraba sus dientes amarillos. El peto medio bruñido de un coracero se hallaba junto a una baqueta de tambor. Sobre las losas había trocitos negros y arrugados del papel de los cartuchos. Un bloque de caolín se había desmenuzado en polvo blanco. La espuela de un español, soltada del hueco de la bota, relucía junto a una baqueta doblada. Había una vaina de sable vacía, la funda de un casco, cartuchos y chacós franceses abandonados entre la hierba que asomaba por las grietas del pavimento. Un gato le enseñó los dientes a Sharpe y se escabulló rápidamente.

Sharpe caminó entre los restos, consciente de las miradas que lo observaban desde el palacio. También tenía la sensación de ir muy mal ataviado para la tarea diplomática que afrontaba. La suela de la bota golpeteaba y chirriaba contra las losas. No llevaba sombrero, las costuras de los pantalones se le habían vuelto a abrir y tenía el rostro y los labios ennegrecidos por la pólvora. Llevaba el rifle colgado en el hombro derecho y pensó que debería haber desechado el arma, que no era apropiada para esta misión.

Sharpe se fijó en las rejas de acero negro que bloqueaban las ventanas de la planta baja del palacio, unos barrotes que obligarían a unas fuerzas de asalto a atacar las puertas dobles. Mientras se acercaba, una puerta se entreabrió unos centímetros con prudencia. Se habían abierto troneras en la madera. Los pedazos de cristal de las ventanas que los franceses habían roto con las culatas de sus armas se hallaban sobre el pavimento entre balas de mosquete deformes. Unas nubes de humo de pólvora que apestaba a huevos podridos se adherían a la fachada del palacio.

Sharpe caminó con cuidado entre los cristales rotos, Una voz desde la entrada le hizo una pregunta en español con tono áspero.

—Inglés —respondió él—. Inglés. —Hubo una pausa y la puerta se abrió.

Sharpe entró y se encontró en una alta sala con pilares frente a un grupo de

soldados de infantería francesa que le apuntaban con las bayonetas. Los soldados se hallaban apostados tras unas almenas improvisadas con sacos llenos, lo cual demostraba que habían previsto un ataque contra las puertas. Sharpe pensó que los franceses no le permitirían ver sus cuidadosos preparativos si no hubieran decidido ya rendirse. La idea le dio seguridad.

—¿Es usted inglés? —le preguntó un oficial desde las sombras, a la izquierda de Sharpe.

—Soy inglés. Me llamo Sharpe y estoy al mando de un destacamento del 95.º de Rifles de Su Majestad presente en esta ciudad. —En aquel momento le pareció mejor no revelar su bajo rango, que difícilmente impresionaría a unos hombres en una situación tan desesperadamente peligrosa como la que se hallaban.

No es que el pequeño engaño tuviera mucha importancia, pues otra voz habló desde la penumbra de la gran escalera situada delante de él.

—¡Teniente Sharpe! —Era el hermano de Vivar, el conde de Mouromorto—. ¿No pudieron encontrar a otro emisario mejor que usted, teniente?

Sharpe no dijo nada. Se secó la cara con la manga, con lo que se emborronó las mejillas con la pólvora que parecía hollín. Les llegó el sonido de una descarga de mosquetería procedente de algún punto de los límites de la ciudad y luego, más cerca de la plaza, se oyó una ovación. El oficial francés se puso bien el tahalí.

—Por aquí, teniente. —Lo guió escaleras arriba y Sharpe pasó junto al conde, quien, vestido como de costumbre con su chaqueta negra de montar y sus extrañas botas altas de color blanco, le siguió los pasos. Sharpe se preguntó si Louisa estaría en el palacio. Estuvo tentado de preguntárselo al oficial pero supuso que sería mejor planteárselo al coronel de l'Eclin o a quien esperara arriba para negociar la rendición.

—Debo felicitarlo, teniente. —El oficial francés, igual que Sharpe, tenía la voz ronca por el esfuerzo de dar órdenes a gritos en combate—. Tengo entendido que fueron sus fusileros quienes efectuaron el primer ataque, ¿no?

—En efecto. —Sharpe siempre había considerado inapropiada la cortesía de este tipo de treguas. Unos hombres que al amanecer habían intentado destriparse unos a otros, al cabo de una hora se dirigían halagos floridos.

—El teniente fue lo bastante estúpido para sacrificar a sus hombres por la locura de mi hermano. —Estaba claro que el conde de Mouromorto no se sentía inclinado a los halagos, tanto si eran floridos como si no—. Creía que los británicos tenían más sentido común.

Ni Sharpe ni el oficial francés hicieron caso del comentario. Por la presencia del conde, Sharpe dedujo que el coronel de l'Eclin estaría, en efecto, esperando en lo alto de aquellas escaleras y se dio cuenta de que temía el encuentro. No creía que pudiera engañar a de l'Eclin para que se rindiera; el oficial de *chasseurs* era demasiado bueno y Sharpe era consciente de que la frágil confianza en sí mismo se desvanecería ante la

mirada escéptica y sagaz del coronel.

—Por aquí, teniente. —El oficial francés lo hizo pasar junto a otra barricada emplazada en el descansillo y lo condujo hacia unas puertas que se abrían a una habitación de techo alto que en otro tiempo fue refinada y servía de paso a otras estancias similares. A su derecha estaban las ventanas del palacio donde había soldados de infantería agachados con las armas cargadas en medio de los pedazos de cristal roto. Los soldados en sus puestos de tiro tenían junto a ellos chacós vueltos del revés llenos de cartuchos. En la parte superior de la pared trasera de la habitación se distinguían las marcas de los disparos de mosquete, lo mismo que en la delicada moldura del techo de yeso. Un espejo enorme sobre la repisa de la chimenea se había roto formando unas feroces puntas de cristal que se inclinaban peligrosamente por encima del marco dorado. El retrato de un hombre adusto vestido con una antigua gorguera estaba salpicado de agujeros de bala. Los soldados se volvieron a mirar a Sharpe con una curiosidad silenciosa y hostil.

En la habitación de al lado también había una veintena de soldados apostados en las ventanas. Como los de la primera habitación, la mayoría eran soldados de infantería y entre ellos sólo se contaban algunos coraceros o lanceros desmontados. Sharpe se fijó en que no había dragones. Los soldados se protegían con almohadones y muebles volcados o con sacos que, al ser alcanzados por el fuego de los mosquetes, habían dejado caer la harina o el grano en el suelo de madera. La confianza que Sharpe tenía en la rendición de los franceses estaba empezando a debilitarse. Se dio cuenta de que aquel puesto de mando francés contaba con hombres y munición suficientes para un asedio. Sus pies hicieron crujir los pedazos de un candelabro roto cuando lo condujeron a la tercera habitación donde un grupo de soldados esperaba su llegada.

Para alivio de Sharpe, de l'Eclin no se contaba entre los franceses que se irguieron cuando apareció en la entrada. Un coronel de infantería de casaca azul se adelantó y lo saludó con una reverencia mínima.

—Señor. —Sharpe correspondió a la cortesía aunque tenía la voz tan ronca que no le salió más que un graznido.

El coronel llevaba el brazo izquierdo en cabestrillo y una astilla le había rasguñado la mejilla y hecho sangrar lo suficiente como para empaparle el pañuelo de seda que le rodeaba el cuello. La punta izquierda de su bigote estaba igualmente manchada de sangre.

—Coursot —dijo en tono cortante—. Coronel Coursot. Tengo el honor de comandar la Guardia del Cuartel General de esta ciudad.

—Sharpe. Teniente Sharpe. Del 95.º de Rifles, señor.

El conde de Mouromorto, que había seguido a Sharpe en silencio desde la escalera, se dirigió a una de las ventanas desde la que contempló la fachada

oscurecida de la catedral. Parecía desdeñar los procedimientos, como si el destino de España estuviera por encima de tan insignificantes negociaciones.

Para Sharpe, sin embargo, la introducción del coronel Coursot fue cualquier cosa menos insignificante. El francés sacó un reloj del bolsillo y tocó el botón que accionaba la tapa para abrirla.

—Tiene una hora para abandonar la ciudad, teniente.

Sharpe se quedó perplejo. Había acudido allí esperando transmitir un ultimátum, y aquel francés alto y canoso le dictaba los términos con enorme seguridad. Coursot cerró el reloj de golpe.

—Debería saber, teniente, que un cuerpo del ejército se está aproximando a la ciudad desde el norte. Llegará en cuestión de horas.

Sharpe vaciló, sin saber qué decir. Tenía la boca seca y, para darse tiempo, destapó la cantimplora, se enjuagó la boca para quitarse el sabor de la pólvora salada de la lengua y escupió en las cenizas de la chimenea.

—No le creo. —Era, y Sharpe lo sabía, una respuesta muy poco convincente, pero probablemente fuera sincera. Si el mariscal Soult o el mariscal Ney hubieran abandonado La Coruña, a estas alturas Vivar tendría noticias de ello.

—La incredulidad es su privilegio, teniente —dijo Coursot—, pero le aseguro que se acerca un cuerpo del ejército.

—Y yo le aseguro —repuso Sharpe— que les derrotaremos antes de que llegue.

—También es privilegio suyo suponerlo —contestó el coronel con ecuanimidad—, pero con eso no conseguirá que me rinda. Me figuro que ha venido aquí buscando mi rendición, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

Se hizo un silencio tenso. Sharpe se preguntó si alguno de los oficiales presentes en la habitación había instado a Coursot a rendirse; aquellos franceses se hallaban en inferioridad numérica, estaban rodeados y cada momento de lucha causaría más bajas que se sumarían a los heridos tumbados en los rincones de la estancia.

—Si no se rinde ahora —Sharpe insistió en su argumento con incomodidad— no les daremos otra oportunidad. ¿Quiere que el palacio empiece a arder con ustedes dentro?

Coursot se echó a reír.

—Le aseguro, teniente, que un edificio de piedra no se incendia fácilmente. Creo que ustedes carecen de artillería, ¿no es así? Entonces, ¿qué es lo que esperan? ¿Que san Jaime les mande un fuego celestial?

Sharpe se ruborizó. El conde de Mouromorto tradujo la broma y la tensión de la estancia se relajó mientras los oficiales franceses se reían.

—Oh, sí, lo sé todo sobre su milagro —dijo Coursot en tono de burla—. Lo que me asombra es encontrarme a un oficial inglés involucrado en semejante tontería.

¡Ah, el café! —Se dio la vuelta cuando un ordenanza entró en la habitación llevando una bandeja con tazas—. ¿Tiene tiempo para tomar un café? —le preguntó a Sharpe—. ¿O acaso debe marcharse a toda prisa para rezar pidiendo un rayo divino?

—Le diré lo que voy a hacer. —Sharpe, dolido, abandonó sus esfuerzos diplomáticos y habló con una ferocidad mordaz—. Apostaré a mis mejores tiradores en esos campanarios. —Señaló la catedral a través de la ventana—. Sus mosquetes no son precisos a este alcance pero mis hombres pueden arrancarles los ojos de sus cabezas francesas desde una distancia el doble de grande. Disponen de todo el día para hacerlo, coronel, y convertirán estas habitaciones en un osario. Francamente, me importa un carajo, prefiero disparar contra los franceses que hablar con ellos.

—Le creo. —El coronel no dejó traslucir ningún nerviosismo por la amenaza de Sharpe, pero tampoco insistió en su desafío respecto al cuerpo del ejército que se aproximaba y Sharpe tuvo la sensación de que lo había dicho puramente como una formalidad. En cambio, puso una taza en la mesa delante del fusilero—. Usted puede matar a muchos de mis hombres, teniente, y yo puedo convertirme en un verdadero fastidio para su milagro. —Coursot tomó la taza que le ofrecía el ordenanza y miró a Sharpe con expresión divertida—. El gonfalon de Santiago, ¿no es cierto? ¿No le parece que si necesitan de semejante patraña para la victoria es que se están aferrando desesperadamente a una esperanza?

Sharpe no lo confirmó ni lo negó. El coronel tomó un sorbo de café.

—No soy ningún experto, teniente, por supuesto, pero diría que un milagro se realiza mejor en una atmósfera de paz reverente, ¿no está de acuerdo? —Aguardó una respuesta pero Sharpe guardó silencio. Coursot sonrió—. Le estoy sugiriendo una tregua, teniente.

—¿Una tregua? —Sharpe no pudo evitar que su voz denotara asombro.

—¡Una tregua! —repitió Coursot como si le estuviera explicando la palabra a un niño—. Supongo que no creerá que su ocupación de Santiago de Compostela durará siempre. Ya me lo figuraba. Usted ha venido aquí para hacer su pequeño milagro y luego lo que quiere es marcharse. Muy bien. Prometo no disparar contra sus hombres ni contra nadie de la ciudad, ni siquiera contra el mismísimo san Jaime, siempre y cuando usted prometa no disparar contra mis hombres ni efectuar ningún ataque contra este edificio.

El conde de Mouromorto hizo una repentina y vehemente protesta contra dicha sugerencia y luego, al ver que Coursot le hacía caso omiso, se dio la vuelta indignado. Mientras bebía el café, Sharpe pensó que comprendía la contrariedad del conde. Él había intentado capturar el gonfalon una y otra vez y ahora tenía que permanecer de brazos cruzados mientras lo despleaban en la catedral. Sin embargo, ¿permanecerían cruzados de brazos los franceses?

Coursot se percató de las dudas de Sharpe.

—Teniente, tengo a doscientos treinta hombres en este edificio, algunos de ellos heridos. ¿Qué daño puedo hacerle? ¿Quiere inspeccionar el palacio? ¡Puede hacerlo, debería hacerlo, ya lo creo!

—¿Puedo registrarlo? —preguntó Sharpe con recelo.

—¡De arriba abajo! Y verá que le estoy diciendo la verdad. Doscientos treinta hombres. También hay unos veinte españoles que, al igual que el conde de Mouromorto, son amigos de Francia. ¿De verdad piensa, teniente, que rendiré a esos hombres a la venganza de sus compatriotas? ¡Venga! —Coursot abrió una puerta casi con enojo—. ¡Registre el palacio, teniente! ¡Vea la penuria de los soldados que le asustan!

Sharpe no se movió.

—No estoy en posición de aceptar su sugerencia, señor.

—Pero el comandante Vivar sí lo está, ¿verdad? —El coronel pareció molesto por el hecho de que Sharpe no hubiera recibido su oferta de tregua con un entusiasmo inmediato—. Supongo que el comandante Vivar está al mando, ¿verdad? —insistió.

—Sí, señor.

—¡Pues dígaselo! —Coursot agitó la mano, como si todo aquello fuera prescindible—. ¡Termínese el café y dígaselo! Mientras tanto, quiero que me garantice una cosa. Supongo que hoy habrá hecho algunos prisioneros franceses, ¿no? ¿O acaso los ha matado a todos?

Sharpe hizo caso omiso del tono resentido del francés.

—Tengo prisioneros, señor.

—Quiero que me dé su palabra, como oficial británico, de que los tratarán como es debido.

—Así será, señor. —Sharpe hizo una pausa—. Y usted, señor, ¿tiene a una familia británica bajo su protección?

—Tenemos a una chica inglesa en palacio. —Coursot seguía pareciendo molesto por las sospechas de Sharpe respecto a su tregua—. Una tal señorita Parker, me parece. A su familia la enviaron a La Coruña la semana pasada, pero le aseguro que la señorita Parker se encuentra completamente a salvo. Supongo que la mandaron aquí para engañarnos, ¿no?

La calma de la pregunta no indicaba si el engaño había surtido efecto o no, aunque en aquel instante a Sharpe sólo le preocupaba la suerte que había corrido Louisa.

—No sabía que la hubieran enviado para engañarles, señor —afirmó con aire sumiso.

—¡Pues ya ve, eso fue lo que hicieron! —repuso Coursot con irritación. El conde de Mouromorto miró a Sharpe con el ceño fruncido, como si el fusilero fuera personalmente responsable de ello.

—¿La señorita Parker los engañó? —Sharpe trató de sonsacar más información sin revelar su preocupación. Coursot vaciló y luego se encogió de hombros.

—El coronel de l'Eclin se marchó a las tres de la madrugada, teniente, con un millar de hombres. Cree que ustedes se han dirigido al sur y que el comandante Vivar está en Padrón. Lo felicito por una exitosa *ruse de guerre*.

A Sharpe le dio un vuelco el corazón. ¡Había funcionado! Trató de mantener un semblante inexpresivo pero estaba seguro de que su gesto revelaba su alegría. Coursot hizo una mueca.

—Pero tenga la seguridad, teniente, de que el coronel de l'Eclin volverá esta tarde y le aconsejo que termine su milagro antes de que lo haga. ¡Bueno! ¿Intentará que el comandante Vivar considere mi propuesta?

—Sí, señor. —Sharpe no se movió—. ¿Puedo suponer que soltará a la señorita Parker y la dejará bajo nuestra protección?

—Si ella así lo desea, la soltaré cuando vuelva con la respuesta del comandante Vivar. ¡Recuérdelo, teniente! ¡No dispararemos contra ustedes siempre y cuando ustedes no disparen contra nosotros! —El coronel francés condujo a Sharpe hacia la puerta con impaciencia mal disimulada—. Le doy media hora para regresar con su respuesta, de lo contrario daremos por sentado que han rechazado nuestra generosa oferta. *Au revoir*, teniente.

En cuanto Sharpe salió de la habitación, Coursot se dirigió a una de las profundas ventanas. Abrió de nuevo el reloj y miró sus manecillas de filigrana con aparente incomprensión. No levantó la vista hasta que oyó el sonido de los pasos de Sharpe por las losas de la plaza. Coursot observó al fusilero mientras éste se alejaba.

—Pica, pececito, pica —dijo en voz muy baja.

—Es lo bastante estúpido como para picar —terció el conde de Mouromorto, que había oído su murmullo—, igual que mi hermano.

—¿Quiere decir que tienen sentido del honor? —preguntó Coursot con una malevolencia sorprendente, y entonces, al intuir que había hablado con demasiada acritud, sonrió—. Creo que necesitamos más café, caballeros. Más café para calmar los nervios.

La sugerencia de Coursot no asombró a Blas Vivar tanto como Sharpe se esperaba.

—No es nada raro —dijo—. No puedo decir que esté encantado, pero no es tan mala idea. —El español aprovechó el alto el fuego para entrar en la plaza y contemplar la fachada del palacio—. ¿Cree que podemos capturarlos?

—Sí —respondió Sharpe—, pero matarán a cincuenta de los nuestros y

tendremos el doble de heridos graves. Y serán nuestros mejores soldados. No puede mandar a unos voluntarios mal entrenados contra esos cabrones.

Vivar asintió con la cabeza.

—¿El coronel de l'Eclin se fue al sur?

—Eso ha dicho Coursot.

Vivar se dio la vuelta y gritó algo a los civiles que se apiñaban en las calles que daban a la plaza. Un coro de voces le respondió y todas confirmaron que sí, que la caballería francesa había abandonado la ciudad en mitad de la noche rumbo al sur. ¿Cuántos soldados de caballería?, preguntó, y le dijeron que cientos y cientos de hombres montados habían desfilado por la ciudad.

Vivar volvió a mirar el palacio sin ver su belleza austera, sino calculando el grosor de sus paredes de piedra. Meneó la cabeza.

—Esa bandera tendrá que arriarse —señaló con un gesto de la mano la bandera tricolor que colgaba por encima de la entrada—, y tendrán que acceder a cerrar todos los postigos. Pueden mantener observadores en una sola ventana a cada lado del edificio, pero nada más.

—¿Puede bloquear las puertas desde el exterior? —preguntó Sharpe.

—¿Por qué no? —Vivar miró su reloj—. ¿Y por qué no voy a comunicarles nuestras condiciones? ¡Si no estoy de vuelta dentro de quince minutos, ataque!

Sharpe quería ser quien recibiera a Louisa y la sacara sana y salva del cuartel general francés.

—¿No debería regresar yo?

—Creo que no correré peligro —repuso Vivar—, y quiero registrar el palacio yo mismo. No es que no me fíe de usted, teniente, pero creo que la responsabilidad es mía.

Sharpe asintió para indicar que lo comprendía. La buena disposición de los franceses a que registrara el palacio le había convencido de su buena fe pero, si él fuera Vivar, insistiría en realizar el registro él mismo. Su reencuentro con Louisa tendría que esperar y el retraso no lo haría menos sabroso.

Vivar no se puso en marcha enseguida; en cambio, dio unas palmadas con deleite y dos pasos de baile torpes y jubilosos.

—¡Lo hemos conseguido, amigo mío! ¡Lo hemos conseguido de verdad!

Habían logrado la victoria.

La victoria acarreó trabajo. Los mosquetes y carabinas capturados se amontonaron en la plaza al sur de la catedral y a los prisioneros franceses los encerraron en la cárcel de la ciudad vigilados por unos casacas verdes. Recogieron las

mochilas y capotes de los fusileros bajo los olmos del norte de la ciudad. Los cadáveres se arrastraron hasta el foso de la ciudad y se establecieron las defensas debidas. Sharpe fue de un puesto de guardia a otro para asegurarse de que los voluntarios de Vivar ocuparan sus posiciones. Seguía habiendo unos cuantos fugitivos franceses en el sur de la ciudad, pero unos disparos de rifle los ahuyentaron. Sharpe vio que el camino hacia el sur estaba cubierto de estiércol y con muchas marcas de cascos, lo cual era una prueba de la ausencia del coronel de l'Eclin. Los vigías apostados en los campanarios de la catedral y los piquetes de cazadores en los caminos de la periferia les advertirían del regreso de los dragones y, en previsión de dicha eventualidad, ordenó a sus hombres que limpiaran los rifles y afilaran las bayonetas.

Habían conseguido una victoria y podían quedarse con el botín. Había uniformes en los alojamientos de los franceses y caballos en sus establos. Todas las viviendas que los franceses habían requisado para acuartelarse contaban con una pequeña reserva de comida. Había sacos de bizcocho, bolsas de harina, salchichas cocidas, jamones curados, carne de cerdo salada, caballa seca, odres de vino y quesos de corteza gruesa. La gente de la ciudad se llevó gran parte de la comida, pero los cazadores de Vivar recuperaron la suficiente para llenar una veintena de alforjas.

Sharpe fue en busca del botín mayor: el forraje que se había recogido durante las últimas semanas y que se había almacenado en previsión del avance de Soult hacia el sur. En dos de las iglesias de la ciudad encontraron heno, harina y vino, pero en cantidades que a duras penas bastarían para alimentar a los soldados y a los caballos de Soult. En una tercera iglesia que había sido despojada de sus tesoros al igual que los demás templos de Santiago de Compostela, Sharpe encontró más suministros. Las losas del suelo de la iglesia estaban cubiertas de avena derramada y mostraban las señales de los sacos que se habían arrastrado. El párroco explicó, en un inglés vacilante, que los franceses habían vaciado la iglesia de suministros la tarde anterior y se habían llevado los sacos al palacio Raxoy.

—¿Al palacio Raxoy? ¿El de la plaza?

—Sí, señor.

Sharpe soltó una maldición en voz baja. Los franceses habían empezado a reunir los suministros en un punto de distribución central y la captura de la ciudad por parte de Vivar había interrumpido el proceso demasiado tarde. Casi todas las valiosas provisiones se hallaban en los sacos que Sharpe había visto en el interior del palacio; sacos que en aquellos momentos servían de parapeto a los franceses atrapados dentro del edificio. Se enojó al darse cuenta de ello. Sólo habían existido tres justificaciones para tomar la ciudad. La primera, desplegar el gonfalon, era una locura supersticiosa. La segunda, rescatar a Louisa, era un capricho personal de Sharpe e irrelevante para la guerra. La tercera, destruir los suministros de Soult, era la única justificación que

tenía verdadero valor y había fracasado en buena parte.

No obstante, aunque la mayor parte de las provisiones se encontraban a salvo dentro del palacio, Sharpe aún podía negarle al mariscal Soult lo que quedaba de ellas. Se llevaron las forrajeras de heno para los caballos de Vivar y la harina se la dieron a la gente de la ciudad. Ordenó que el vino se tirara.

—¿Tirarlo? —Harper parecía estar horrorizado.

—¿Quiere que los soldados estén borrachos si de l'Eclin contraataca?

—Es un desperdicio pecaminoso, señor, ya lo creo.

—¡Tírelo! —Sharpe dio energía a sus palabras pinchando un montón de odres de vino con su espada. El líquido rojo se derramó sobre las losas de la iglesia, se metió por los huecos y cayó a la cripta de abajo—. ¡Y si alguno se emborracha —alzó la voz— responderá ante mí personalmente!

—¡Muy bien, señor! —Harper aguardó a que Sharpe se fuera y llamó a Gataker—. Busque a un tabernero, tráigalo aquí y vea cuánto dinero ofrece. ¡Vamos, rápido!

Sharpe se llevó a un pelotón de fusileros en busca de otro alijo de grano o heno. No encontraron ninguno. Lo que sí descubrieron fue un almacén de mochilas de la infantería francesa que estaban hechas con cuero de buey y eran mejores que las británicas. Requisaron las mochilas, así como tres docenas de pares de botas de montar, aunque, para disgusto de Sharpe, no había ningún par lo bastante grande para él. Los fusileros encontraron cartuchos franceses con los que rellenar sus cacerinas; las balas de mosquete francesas, un poco más pequeñas que sus equivalentes británicas, podían utilizarse en los rifles Baker, aunque la munición enemiga sólo se usaría como último recurso puesto que la pólvora francesa era más gruesa y obstruía el cañón del rifle. Encontraron capotes y calzones, camisas y guantes, pero no más grano o heno.

La gente de la ciudad también iba en busca del botín. A los ciudadanos de Santiago de Compostela no les importaba que la mayor parte de las provisiones estuvieran a salvo dentro del palacio; lo único que les importaba era que, al menos por un día, eran libres. Hicieron de aquel día de invierno un carnaval y se disfrazaron con el producto de su saqueo, por lo que parecía que la ciudad estuviera habitada por una alegre multitud de soldados enemigos medio vestidos. Hasta las mujeres llevaban puestas casacas y chacós franceses.

A mediodía una caravana de mulas trasladó gran parte de las vituallas, junto con las mochilas de los fusileros, a un lugar seguro en las montañas del este. Vivar no quería que sus hombres fueran cargados con sus pertenencias si la ciudad tenía que defenderse, de manera que todo aquel alijo de mochilas y trofeos tendría que esperar a ser recogido tras la retirada. En cuanto las mulas emprendieron el camino, Sharpe ordenó a sus fusileros que descansaran mientras que él, intentando vencer el enorme cansancio, fue a buscar a Blas Vivar. Primero se dirigió a la gran plaza, que encontró

prácticamente desierta; sólo había un piquete de cazadores que vigilaban con recelo los postigos cerrados de las ventanas del palacio. También había unos cuantos civiles que construían una tosca barrera de muebles, cubas de vino vacías y carretas que rodearía todo el edificio cuyos otros tres lados se hallaban convenientemente delimitados por calles.

En la fachada del palacio sólo había una ventana con los postigos abiertos, aunque en ella no se veía a ningún observador. La bandera había desaparecido de encima de la puerta doble, la cual se había bloqueado con tablas sujetas con maderas. Así pues, los franceses estaban encerrados en su enorme edificio.

También eran objeto de las burlas de la multitud que, dado que los cazadores impedían su acceso a la gran plaza, se mofaban desde los espacios más pequeños, abiertos al norte y al sur de la catedral. Vitorearon al ver a Sharpe y retomaron sus insultos contra los franceses ocultos.

El gemido de las gaitas se sumó al alboroto. Los niños bailaban ridiculizando al enemigo mientras las campanas de la ciudad seguían tocando su desenfadada cacofonía de victoria. Sharpe sonrió con alegría cansada al ver las celebraciones de los ciudadanos y subió por el tramo de escaleras que torcía hacia la ornamentada entrada oeste de la catedral. Se detuvo a medio camino, no por cansancio, sino porque de pronto se sintió abrumado por la belleza de la fachada. Arcos y columnas, estatuas y balaustradas, blasones y volutas; todo ello magníficamente tallado para gloria de Santiago, que estaba enterrado en el interior. Después de semanas de frío y privaciones, de furia y batalla, la catedral parecía eclipsar las ambiciones de los hombres que luchaban por toda España. Entonces se le ocurrió que esa catedral era la ambición de Vivar. El español luchaba por algo en lo que creía, en tanto que Sharpe luchaba como un pirata: por un terco y maldito orgullo.

—¿Percibo admiración en los ojos de un soldado? —La pregunta, planteada en un leve tono de burla, la hizo una figura que avanzó en la plataforma de piedra en lo alto del tramo de escaleras.

Sharpe se olvidó al instante del esplendor de la catedral.

—¿Señorita Parker? —Sabía que estaba sonriendo como un idiota, pero no podía evitarlo. No era solamente el orgullo de un pirata lo que lo había hecho luchar, sino el recuerdo de aquella chica que, con su falda azul y su capa de color ladrillo, le sonreía también. Sharpe se volvió para señalar el silencioso palacio tomado por los franceses —. ¿No es peligroso estar aquí?

—Mi querido teniente, ¡me he pasado un día entero en la guarida del ogro! ¿Cree que corro más peligro ahora que han conseguido semejante victoria?

Sharpe sonrió ante el cumplido y, mientras acababa de subir las escaleras, se lo devolvió:

—Una victoria, señorita Parker, a la que usted contribuyó notablemente —le hizo

una reverencia—. Mis más humildes felicitaciones. Yo me equivocaba y usted tenía razón.

Louisa, encantada con aquel halago, se rió.

—El coronel de l'Eclin cree que lo emboscará en el valle del Ulla al este de Padrón. Lo estuve observando esta madrugada a las tres. —La joven se dirigió al centro de la plataforma de la catedral que constituía una especie de escenario que dominaba la ancha plaza—. Se puso en este mismo sitio, teniente, y dio un discurso a sus hombres. ¡Llenaban la plaza entera! Filas y filas de cascos relucientes bajo la luz de las antorchas y todos los soldados vitoreando a su coronel. ¡Nunca imaginé que vería algo así! Vitorearon y luego se pusieron en marcha hacia su gran victoria.

Sharpe pensó en el estrecho margen con que habían conseguido la victoria aquel día. Mil hombres más, comandados con firmeza y eficiencia por de l'Eclin, hubieran destruido el ataque de Vivar. Sin embargo, al coronel de *chasseurs*, completamente engañado por Louisa, lo habían llevado hacia el sur.

—¿Cómo lo convenció?

—Con lágrimas copiosas y una renuencia manifiesta a contarle nada. Al final, no obstante, me sacó la fatídica verdad. —Louisa parecía burlarse de su propia inteligencia—. Al final me dio a elegir. Podía quedarme en la ciudad o reunirme con mi tía en La Coruña. Creo que pensaba que si optaba por quedarme aquí debía de albergar la esperanza de un rescate, y expresar dicha esperanza hubiera revelado que le mentía. De modo que le rogué poder reunirme con mi apenada familia y el coronel se marchó. —Louisa dio una vuelta de alegría. Se supone que tengo que marcharme a La Coruña hoy al mediodía. ¿Se da cuenta de la suerte que me ha impuesto?

—¿No le daba miedo quedarse aquí?

—¡Pues claro! ¿Acaso usted no tenía miedo de venir?

Sharpe sonrió.

—A mí me pagan para tener miedo.

—Y para darlo. Tiene un semblante muy adusto, teniente. —Louisa se acercó a unos cajones de embalaje abiertos que había junto a la puerta de la catedral, se sentó en uno de ellos y se apartó un rizo suelto de los ojos—. Estos cajones —dijo— estaban llenos del botín robado en la catedral. Los franceses se lo llevaron casi todo la semana pasada, pero don Blas ha podido salvar algunas cosas.

—Estará satisfecho.

—No mucho —repuso Louisa con aspereza—. Los franceses profanaron la catedral. Saquearon el tesoro y arrancaron casi todas las rejas. Don Blas no está contento. Pero el gonfalon llegó sin ningún percance y se halla bajo custodia, por lo que el milagro puede seguir adelante.

—Bien —dijo Sharpe, que desenvainó la espada y, con la hoja sobre las rodillas, restregó la sangre que oxidaría el acero si no la limpiaba.

—Don Blas está dentro. Está preparando el altar mayor para su tontería —Louisa suavizó la palabra con una sonrisa—. Seguro que quiere que se lo quite de encima rápidamente para así poder retirarse, ¿no es cierto?

—Sí, así es.

—Pero él no lo hará —dijo Louisa con firmeza—. Los sacerdotes insisten en que la tontería debe hacerse bien y con la debida ceremonia. Se trata de un milagro, teniente, que debe ser observado por testigos que puedan difundir la noticia de lo ocurrido por toda España. Estamos esperando la llegada de algunos monjes y frailes. —Se rió con delicadeza—. Es como algo salido de la Edad Media, ¿no le parece?

Ya lo creo.

—Pero don Blas está muy serio, de modo que ambos debemos tratarlo con suma circunspección. ¿Entramos a verlo? —dijo Louisa con repentino entusiasmo—. También tendría que ver el Pórtico de la Gloria, teniente, es una obra de mampostería extraordinaria. Mucho más impresionante que las puertas de un templo metodista, aunque es monstruosamente desleal por mi parte decirlo.

Sharpe guardó silencio unos segundos. Él no quería ver el Pórtico de la Gloria, fuera lo que fuese eso, ni compartir a aquella chica con los españoles que preparaban la catedral para el lío de aquella noche. Él quería quedarse allí sentado con ella, compartiendo el momento de la victoria.

—Creo de verdad —dijo Louisa— que éstos han sido los días más felices de mi vida. Lo envidio.

—¿Me envidia?

—Es la falta de contención, teniente. De repente aquí ya no hay reglas, ¿verdad? ¿Que quieres decir una mentira? ¡La dices! ¿Que tienes ganas de destrozarse una ciudad? ¡Lo haces! ¿Que quieres encender un fuego? ¡Pues golpea el pedernal! Quizá podría convertirme en uno de sus fusileros, ¿eh?

Sharpe se rió.

—Acepto.

—Pero en cambio —Louisa cruzó los brazos con recato— tengo que viajar hacia el sur, hasta Lisboa, y allí tomar un barco rumbo a Inglaterra.

—¿Tiene que hacerlo? —soltó Sharpe.

Louisa permaneció un segundo en silencio. El olor a humo de una de las casas que ardía llegó hasta la plaza pero una ráfaga de viento lo disipó.

—¿No es lo que va a hacer usted? —preguntó la joven. Las esperanzas de Sharpe aumentaron.

—Depende de si conservamos una guarnición en Lisboa o no. Estoy seguro de que la tendremos —añadió sin convicción.

—Después de nuestras derrotas parece poco probable. —Louisa se volvió a mirar a un grupo de jóvenes españoles que habían conseguido entrar en la plaza sin que los

vieran los cazadores que la vigilaban. Los chicos llevaban una bandera tricolor capturada que, tras prenderle fuego, blandieron hacia el enemigo atrapado. Si lo que esperaban era provocar a los franceses que había en el palacio con su desafío, fracasaron.

—De modo que estoy condenada a volver a casa —mientras hablaba, Louisa contemplaba a los muchachos que daban brincos—, ¿y para qué, teniente? En Inglaterra retomaré mis labores de aguja y pasaré horas con mis acuarelas. No hay duda de que durante un tiempo seré una curiosidad; el caballero de provincia querrá oír mis extrañas aventuras. El señor Bufford reanudará su galanteo y me tranquilizará asegurándome que ¡nunca jamás, mientras le quede un aliento de vida en su cuerpo, volveré a verme expuesta a tan horrible peligro! Tocaré el pianoforte y pasaré semanas decidiendo si comprar cinta rosada o azul para los vestidos del año que viene. Llevaré limosnas a los pobres y tomaré el té con las señoras de la ciudad. Será todo muy poco arduo, teniente Sharpe.

Sharpe se sintió perdido en una ironía que su inteligencia no llegaba a comprender.

—Entonces, ¿ha decidido casarse con el señor Bufford? —preguntó atemorizado, temiendo que la respuesta truncaría todas sus frágiles esperanzas.

—Mi herencia no alcanza para atraer a una persona más elevada —respondió Louisa con fingida autocompasión. Sacudió unas cenizas que le habían caído en la falda—. Pero no hay duda de que es lo más sensato que puedo hacer, ¿no, teniente? Casarme con el señor Bufford y vivir en su muy agradable casa. Haré plantar rosas contra el muro del sur y, de vez en cuando, muy de vez en cuando, veré un artículo en el periódico que hablará de una batalla remota y recordaré lo mal que huele la pólvora y lo triste que puede llegar a parecer un soldado cuando limpia la sangre de su espada.

Sus últimas palabras, que parecían muy íntimas, devolvieron el optimismo a Sharpe. La miró.

—Verá, teniente —Louisa se adelantó a cualquier cosa que pudiera decir él—, llega un momento en la vida de cualquier persona en el que se plantea una elección. ¿No es verdad?

La esperanza, tan infundada, tan poco práctica y tan irresistible, renació dentro de Sharpe.

—Sí —dijo él. No sabía exactamente qué hacer para que la muchacha se quedase en el ejército, ni si sus finanzas, que eran la ruina de los romances más faltos de sentido práctico, le alcanzarían, pero las esposas de otros oficiales tenían casas en Lisboa, así que, ¿por qué no Louisa?

—No estoy convencida de querer las rosas y el bordado. —De pronto Louisa tenía aspecto de estar nerviosa y febril, como un caballo sin entrenar que avanza poco

a poco y asustado hacia la línea de tiradores—. Sé que debería querer esas cosas, y sé que soy una estúpida al despreciarlas, ¡pero me gusta España! Me gusta la animación que hay aquí. No hay mucha animación en Inglaterra.

—No. —Sharpe apenas osaba moverse por miedo a ahuyentar la aceptación de la joven.

—¿Cree que hago mal al anhelar animación? —Louisa no esperó a recibir una respuesta, sino que hizo otra pregunta—: ¿De verdad cree que un ejército británico se quedará a combatir en Portugal?

—¡Por supuesto!

—Yo no lo creo. —Louisa se volvió a mirar a los jóvenes que pisoteaban las cenizas de la bandera francesa quemada—. Sir John Moore está muerto —continuó diciendo—, su ejército se ha marchado y ni siquiera sabemos si la guarnición de Lisboa sigue allí. Y en caso de que así sea, teniente, ¿cómo puede esperar una guarnición tan pequeña resistir a los ejércitos de Francia?

Sharpe se aferró tercamente a su convencimiento de que el ejército británico no se había dado por vencido.

—Las últimas noticias que tuvimos de Lisboa decían que la guarnición estaba en su puesto. ¡Se puede reforzar! El año pasado ganamos dos batallas en Portugal, ¿por qué no íbamos a ganar más este año?

Louisa meneó la cabeza.

—Me parece que los británicos han sufrido una derrota aplastante, teniente, y me imagino que abandonaremos España a su suerte. Han pasado cien años desde que un ejército británico salió victorioso en Europa, ¿qué nos hace pensar que puede tener éxito ahora?

Al fin Sharpe intuyó que, después de todo, las ambiciones de Louisa y sus propias esperanzas no estaban en sintonía. Su nerviosismo no era el de una muchacha tímida aceptando una proposición, sino el de una chica preocupada por no causar daño con su rechazo. Sharpe levantó la mirada hacia ella.

—¿Eso es lo que cree, señorita Parker? ¿O es la opinión del comandante Vivar?

Louisa no respondió enseguida, y cuando lo hizo fue en voz tan baja que Sharpe a duras penas la oyó con el estruendo de las campanas de la iglesia.

—Don Blas me ha pedido que me quede en España, teniente.

—Ah. —Sharpe cerró los ojos como si la luz del sol de la plaza le molestara. No sabía qué decir. No había nada más estúpido, pensó, que un hombre rechazado.

—Puedo instruirme en la fe —dijo Louisa— y puedo convertirme en parte de este país. No quiero huir de España. No quiero regresar a Inglaterra y pensar en toda la atrayente animación que hay aquí. Y no puedo... —se detuvo, avergonzada.

No fue necesario que terminara. Ella no podía malgastar su vida con un soldado corriente, un teniente avejentado, un pobre con el uniforme harapiento cuya única

perspectiva era pudrirse en los barracones de algún país.

—Sí —dijo Sharpe con gesto de impotencia.

—No puedo pasar por alto este momento —afirmó la joven dramáticamente.

—Su familia... —empezó a decir Sharpe.

—¡No les va a hacer ninguna gracia! —Louisa soltó una risa forzada—. Estoy intentando convencerme de que no es la única razón por la que tengo intención de aceptar la oferta de don Blas.

Sharpe se obligó a mirarla.

—¿Van a casarse?

La joven le devolvió la mirada con el semblante serio.

—Sí, señor Sharpe, me casaré con don Blas. —Su voz sonó aliviada ahora que la verdad ya había salido a la luz—. Es una decisión repentina, lo sé, pero debo ser valiente y aprovechar el momento.

—Sí. —No se le ocurría qué decir.

Louisa lo observó en silencio. Había lágrimas en sus ojos pero Sharpe no las vio.

—Lo siento —empezó a decir la muchacha.

—No. —Sharpe se puso de pie—. Yo no tenía esperanzas. Ninguna.

—Me alegra oírlo —dijo Louisa con mucha formalidad. Retrocedió mientras Sharpe se dirigía al borde de la plataforma y frunció el ceño cuando vio que descendía las escaleras de la catedral—. ¿No tenía que ver a don Blas?

—No. —A Sharpe ya no le importaba. Envainó la espada y se alejó. Tenía la sensación de haber luchado por nada, de que ya no quedaba nada por lo que valiera la pena luchar, y sus esperanzas eran como las cenizas de la bandera quemada en la plaza vacía. Todo había sido para nada.

CAPÍTULO 16

Para el teniente Richard Sharpe, aspirar a la señorita Louisa Parker era, a su manera, tan osado como el plan de Vivar de capturar una ciudad tomada por el enemigo. Ella provenía de una familia respetable que, aunque en ocasiones se tambaleaba al borde de una pobreza refinada, estaba muy por encima de la innoble posición social de Sharpe. Él era campesino de nacimiento, oficial por accidente y menesteroso de profesión.

¿Y qué esperaba de la chica?, se preguntaba Sharpe. ¿Acaso imaginaba que Louisa accedería de buen grado a marchar detrás del ejército en campaña o de buscar una casa miserable cerca del cuartel y estirar su escasa paga comprando retazos de carne y pan del día anterior? ¿Iba a abandonar los vestidos de seda por las batas de lana? ¿O acaso se esperaba que lo siguiera hasta la guarnición de las Antillas donde la fiebre amarilla acababa con regimientos enteros? Se dijo que sus esperanzas respecto a la chica habían sido tan estúpidas como poco realistas, pero eso no calmó el repentino dolor. Se dijo que actuaba de un modo infantil simplemente por sentir dolor, pero eso no lo hizo más fácil de soportar.

Abandonó la luz del sol invernal de la plaza y se sumergió en el hedor fétido de un callejón donde, bajo una arcada, encontró una bodega. Sharpe no tenía dinero para pagar el vino, pero su porte y el manotazo que dio en el mostrador convencieron al tabernero para que llenara una botella grande del barril. Sharpe se llevó la botella y una taza de hojalata a un hueco en la parte trasera de la habitación. Los pocos clientes, amontonados en torno al fuego, vieron su expresión resentida y no le hicieron caso; todos menos una prostituta que, cuando el tabernero se lo pidió, se acercó poco a poco al soldado extranjero y se sentó en el banco a su lado. Por un segundo Sharpe estuvo tentado de apartarla de un empujón, pero pidió otra taza por señas.

El tabernero limpió la taza con su mandil y la dejó en la mesa. Había una cortina de arpillera enganchada encima del arco de la celda, el hombre la cogió y enarcó una ceja con aire interrogativo.

—Sí —le dijo Sharpe con aspereza.

La cortina cayó, sumiendo a Sharpe y a la chica en las sombras. Ella se rió tontamente, le rodeó el cuello con las manos y susurró alguna ternura en español hasta que él la hizo callar con un beso.

Alguien retiró la cortina bruscamente; la chica se alarmó y soltó un grito.

Blas Vivar apareció bajo el arco.

—Es muy sencillo seguir a un extranjero por las calles españolas. ¿Esperaba esconderse de mí, teniente?

Sharpe rodeó a la prostituta con el brazo izquierdo y la atrajo hacia sí de manera

que la mujer apoyara la cabeza sobre su hombro. Movi6 la mano y la puso en un pecho.

—Estoy ocupado, se1or.

Vivar no hizo caso de la provocaci6n y tom6 asiento en el banco frente a Sharpe. Hizo rodar un cigarro por la mesa.

—A estas alturas —dijo— el coronel de l'Eclin ya debe de haberse dado cuenta de que la se1orita Parker le minti6, ¿no?

—Estoy seguro —dijo Sharpe en tono despreocupado.

—Va a volver. No tardar6 en encontrarse con alg6n fugitivo de la ciudad y se enterar6 del alcance de su error.

—SÍ. —Sharpe tir6 de los cordones del canesú de la prostituta. La chica hizo un desganoado esfuerzo por detenerlo pero 6l insisti6 y consigui6 abrirle el vestido.

Vivar habl6 con voz muy paciente:

—De modo que es de esperar que de l'Eclin nos ataque, ¿no le parece?

—Supongo que lo har6. —Sharpe meti6 la mano debajo del vestido desabrochado de la chica y desafi6 a Blas Vivar a que protestara.

—¿La defensa est6 lista? —pregunt6 Vivar en un delicado tono razonable. Para el caso que Vivar le hacía a la prostituta de la taberna, hubiera dado exactamente igual si la mujer no hubiese existido.

Sharpe no respondi6 enseguida. Se sirvi6 vino con la mano que tenía libre, se bebi6 la taza entera y se sirvi6 m6s.

—¿Por qu6, en nombre de Dios, no termina de una vez con su maldita tontería, Vivar? Nos estamos entreteniendo en esta ciudad que es una trampa mortífera para que usted pueda hacer un truco de magia en la catedral. ¡Haga lo que tenga que hacer deprisa y luego larguémonos de aquÍ!

Vivar asinti6 con la cabeza como si las palabras de Sharpe tuvieran sentido.

—Déjeme ver. He enviado cazadores de patrulla por el norte y el sur. Tardar6 unas dos horas en hacer que vuelvan, tal vez m6s. Todavía tenemos que encontrar a todo hombre de la ciudad que haya cooperado con los franceses, pero los registros continúan y quiz6s eso nos lleve otra hora m6s. ¿Han destruido todos los suministros?

—Ya no hay ning6n dichoso suministro. Los jodidos franceses se los llevaron al palacio ayer.

Vivar hizo una mueca de dolor al oír la noticia.

—Ya me lo temía. Vi grandes montones de grano y heno cuando miré en los s6tanos del palacio. Es una lástima.

—Pues haga su milagro y salgamos corriendo.

Vivar se encogi6 de hombros.

—Estoy esperando la llegada de unos clérigos y he enviado a unos hombres a destruir los puentes m6s cercanos sobre el Ulla, una tarea que no podr6 completarse

hasta media tarde. Lo cierto es que no veo que sea muy factible darnos prisa. Tendríamos que estar preparados en la catedral al atardecer y sin duda es mejor que nos marchemos esta noche que mañana, pero yo creo que debemos estar preparados para defender la ciudad contra de l'Eclin, ¿usted no?

Sharpe alzó el rostro de la prostituta contra el suyo y la besó. Sabía que se estaba comportando con grosería, pero el dolor que sentía era intenso y los celos como una fiebre.

Vivar suspiró.

—Si el coronel de l'Eclin no ha conseguido retomar la ciudad al anochecer, la oscuridad nos cegará y sencillamente nos marcharemos. Por eso creo que es mejor esperar a que caiga la noche antes de irnos, ¿usted no?

—¿O no será para desplegar su bandera mágica en la oscuridad? Los milagros se hacen mejor a oscuras, ¿no es cierto? Para que nadie pueda ver el maldito truco.

Vivar sonrió.

—Ya sé que mi bandera mágica no es tan importante para usted como para mí, teniente, pero es el motivo por el que estoy aquí. Y cuando se despliegue quiero a todos los testigos que puedan reunirse. La noticia debe salir de esta ciudad; debe llegar a todas las ciudades y pueblos de España. Hasta en el lejano sur tienen que saber que Santiago se ha movido en su tumba y que la espada ha vuelto a desenvainarse.

Sharpe se estremeció a pesar de su escepticismo. Vivar, si es que vio que Sharpe revelaba sus emociones, fingió no darse cuenta.

—Calculo que el coronel de l'Eclin llegará en las dos próximas horas. Se aproximará por el sur, pero sospecho que atacará por el oeste con la esperanza de que el sol poniente nos deslumbre. ¿Se compromete a llevar a cabo la defensa?

—De pronto necesita al maldito inglés, ¿no es cierto? —Los celos de Sharpe estallaron con viveza—. Usted cree que los ingleses están huyendo, ¿verdad? Que abandonaremos Lisboa. Que su preciosa España tendrá que derrotar a los franceses sin nosotros. ¡Pues entonces puede hacerlo perfectamente sin mí!

Por un segundo, la inmovilidad de Vivar sugirió una furia orgullosa que podría estallar como la furia de Sharpe. La prostituta se echó atrás esperando violencia, pero cuando Vivar se movió alargó la mano por encima de la mesa y cogió la botella de vino de Sharpe. Su voz sonó muy controlada y plácida:

—En una ocasión me dijo, teniente, que nadie esperaba que los oficiales que habían ascendido desde la tropa del ejército británico tuvieran éxito. ¿Qué fue lo que dijo? ¿Que la bebida los destruía? —Hizo una pausa, pero Sharpe no respondió—. Creo que usted podría convertirse en un soldado de mucho renombre, teniente. Usted comprende la batalla. Se calma cuando otros se asustan. Sus hombres, aun no teniéndole simpatía, le siguieron porque entendían que les daría una victoria. Usted es

bueno. Pero tal vez no lo sea lo suficiente. Quizás esté tan lleno de autocompasión que también se destruirá con la bebida —al final Vivar se dignó advertir la presencia de la chica desgredada que se apoyaba contra el fusilero— o con la sífilis.

Durante todo este sermón Sharpe había estado mirando fijamente al español como si deseara desenvainar la gran espada y arremeter por encima de la mesa.

Vivar se puso de pie e inclinó la botella de vino para verter lo que quedaba de su contenido sobre los juncos del suelo. A continuación la dejó caer con desprecio.

—Cabrón —le dijo Sharpe.

—¿Eso me hace tan bueno como usted? —Vivar hizo otra pausa para dejar que Sharpe respondiera y, de nuevo, Sharpe guardó silencio. El español se encogió de hombros—. Siente lástima por sí mismo, teniente, porque no nació en la clase de los oficiales. Pero ¿ha pensado alguna vez que nosotros, que fuimos tan afortunados, en ocasiones lo lamentamos? ¿Cree que no nos asustan los hombres duros y resentidos provenientes de barrios bajos y tugurios? ¿Cree acaso que no sentimos envidia al mirar los hombres como usted?

—Es un cabrón condescendiente.

Vivar no hizo caso del insulto.

—Cuando mi esposa y mis hijos murieron, teniente, decidí que no quedaba nada por lo que vivir. Me di a la bebida. Ahora doy gracias a Dios de que un hombre se preocupara lo suficiente por mí para darme un consejo condescendiente. —Cogió su sombrero adornado con borlas—. Si le he dado motivos para odiarme, teniente, lo lamento. No lo hice a propósito; de hecho, me hizo creer que no iba a causar ningún resentimiento entre nosotros. —Fue lo más cerca que estuvo Vivar de referirse a Louisa—. Ahora lo único que pido es que me ayude a terminar el trabajo. Hay una montaña al oeste de la ciudad que tendría que ocuparse. Pondré a Dávila a sus órdenes con un centenar de cazadores. He reforzado los piquetes al sur y al oeste. Si usted no hubiera tomado esa primera barricada, ahora estaríamos huyendo a las montañas con los lanceros pinchándonos el culo. —Vivar pasó el pie por encima del banco para marcharse—. Cuando sus defensas estén en posición hágamelo saber y pasaré revista. —No se dignó esperar respuesta, simplemente salió de la bodega dando grandes zancadas.

Sharpe cogió el vaso de vino que todavía estaba lleno. Se lo quedó mirando. Había amenazado a sus soldados con un castigo si alguno de ellos empeoraba a causa de la bebida y sin embargo deseaba con todas sus fuerzas ahogar su decepción en un estupor alcohólico. En cambio, tiró la taza y se levantó. La chica, al ver perdidas sus ganancias, lloriqueó.

—¡Malditos sean todos! —dijo Sharpe. Se arrancó dos de los botones de plata que le quedaban en los pantalones rasgando un gran trozo de la tela y se los tiró a la chica en el regazo—. ¡Malditos sean! —Agarró su arma y se marchó.

El tabernero miró a la muchacha, que se abrochaba el canesú. Se encogió de hombros.

—Los ingleses... ¿eh? Locos. Están todos locos. Herejes. Locos. —Hizo la señal de la cruz para defenderse del mal pagano—. Igual que todos los soldados —afirmó el tabernero—. Están locos.

Sharpe caminó con el sargento Harper hacia el oeste de la ciudad y se obligó a olvidarse tanto de Louisa como de la vergüenza de su comportamiento en la taberna. En cambio trató de calcular la aproximación por la que optarían los franceses si atacaran Santiago de Compostela.

Los dragones se habían ido a Padrón y el camino de esa pequeña ciudad llegaba a Santiago desde el sudoeste. Esto hacía que la alternativa más probable fuera un ataque por el sur o el oeste. De l'Eclin podría emular a Vivar y realizar un asalto por el norte, pero Sharpe dudaba que el *chasseur* fuera a utilizar ese acceso porque requería del factor sorpresa. El terreno al este de la ciudad era accidentado y el más fácil de defender. Al sur estaba cercado y lleno de zanjas en tanto que al oeste, donde Vivar creía que tendría lugar el ataque, el terreno era abierto y atrayente como una zona de pastoreo inglesa.

El campo abierto del oeste se hallaba flanqueado al sur por la colina baja que Vivar quería guarnecer y donde los fusileros de Sharpe aguardaban órdenes. Los franceses, conscientes del valor de la colina, habían talado casi todos los árboles que cubrían el terreno elevado para construir una tosca fortificación metiendo broza entre los troncos caídos. Más al oeste había una zona muerta donde los dragones que comandaba de l'Eclin podían reunirse sin ser vistos. Sharpe se detuvo al borde de aquel terreno más bajo y volvió la mirada hacia la ciudad.

—Puede que tengamos que mantener el maldito lugar hasta después de anochecer. Harper, de manera instintiva, buscó la posición del sol con la mirada.

—No anochecerá del todo hasta dentro de unas seis horas —afirmó con pesimismo—, y será un atardecer lento, señor. No hay ni una dichosa nube para ocultarnos.

—Si Dios estuviera de nuestro lado —Sharpe probó con una de las bromas típicas del regimiento— les hubiera dado tetas a los rifles Baker.

Harper, que por el chiste malo reconoció que a Sharpe se le estaba pasando el mal humor, sonrió formalmente.

—¿Es cierto lo de la señorita Louisa, señor? —Hizo la pregunta con mucha delicadeza y sin vergüenza aparente, haciendo que Sharpe pensara que ninguno de sus hombres había intuido su apego por la chica.

—Es cierto —Sharpe intentó aparentar que no le interesaba demasiado el tema—. Tendrá que convertirse en católica, claro.

—Siempre hay espacio para uno más. Pero, si quiere que le diga —Harper clavó la mirada en la zona muerta mientras hablaba—, nunca creí que casarse fuera bueno para un soldado.

—¿Por qué no?

—No puedes bailar si tienes un pie clavado al maldito suelo, ¿verdad? Pero el comandante no es un soldado como nosotros, señor. ¡Viniendo de ese castillo tan grande! —No había duda de que Harper había quedado enormemente impresionado por la riqueza de la familia de Vivar—. El comandante es un tipo estupendo, ya lo creo.

—¿Y nosotros qué somos? ¿Los condenados?

—Lo somos, sin lugar a dudas, pero también somos fusileros, señor. Usted y yo, señor, somos los mejores soldados del mundo.

Sharpe se echó a reír. Hacía unas semanas había estado amargamente enfrentado a sus fusileros y ahora estaban de su lado. Sharpe no supo cómo responder al cumplido de Harper, de modo que recurrió a un tópico impreciso y carente de sentido.

—El mundo es un lugar jodidamente extraño.

—Es difícil hacer un buen trabajo en seis días, señor —dijo Harper con ironía—. Estoy seguro de que Dios hizo todo lo posible; pero ¿qué sentido tiene poner a Irlanda justo al lado de Inglaterra?

—Probablemente supiera que eran ustedes unos cabrones a los que les convenía una buena paliza. —Sharpe se volvió a mirar al sur—. Pero ¿cómo demonios vamos a pegarle una paliza a este cabrón francés para que vuelva por donde ha venido?

—Si es que ataca.

—Atacará. Se cree mejor que nosotros y está muy molesto por el hecho de que lo hayan engañado otra vez. Atacará. —Sharpe caminó hasta el borde sur del ejido y se dio media vuelta para mirar la ciudad. Se estaba poniendo en las relucientes botas del coronel de l'Eclin, viendo lo que vería el francés, intentando anticiparse a sus planes.

Vivar estaba seguro de que de l'Eclin vendría por el oeste, que el *chasseur* esperaba a que la puesta de sol fuera un brillo cegador detrás de su carga y entonces lanzaría a sus dragones por el terreno abierto.

No obstante, una carga de caballería era de dudoso valor para los franceses, razonó Sharpe. Bien podría ser que con ella barrieran a los dragones con un estilo glorioso hasta los límites de la ciudad, pero allí los caballos se verían obstaculizados por paredes y barricadas y los mosquetes y rifles que allí esperaban quebrantarían dicha gloria convirtiéndola en sangre y horror. El ataque del coronel de l'Eclin, igual que el de Vivar, obtendría mejores resultados si lo realizaba la infantería, que podía abrir la ciudad a la feroz carga de caballería; y la mejor ruta de aproximación para la

infantería era por el sur.

Sharpe señaló la esquina sudoeste de la ciudad.

—Efectuará el ataque por allí.

—¿Cuando haya oscurecido?

—Al anoecer —Sharpe frunció el ceño—. Quizás antes.

Harper lo siguió por encima de una zanja y un terraplén. Los dos fusileros se encaminaban a un montón de edificios que se extendían sin orden ni concierto como una prolongación del extremo sudoeste de la ciudad y que podían servir de protección a los soldados del coronel de l'Eclin cuando se aproximaran.

—Tendremos que situar a algunos hombres en las casas —dijo Harper.

Sharpe no pareció haberle oído.

—No me gusta.

—¿Mil dragones? ¿Y a quién le gusta eso?

—De l'Eclin es un cabrón muy inteligente —Sharpe estaba hablando a medias consigo mismo—. Un jodido cabrón muy, muy inteligente. Y especialmente hábil cuando ataca. —Se volvió a mirar las calles bloqueadas de la ciudad. Los obstáculos estaban cubiertos por cazadores y por los voluntarios de casaca marrón que apilaban broza para hacer hogueras que podrían iluminar un ataque nocturno. En realidad, estaban haciendo exactamente lo mismo que habían hecho los franceses la noche anterior, pero ¿prevería el coronel de l'Eclin estos preparativos? Entonces, ¿qué harían los franceses?—. Va a mostrarse muy listo, sargento, y no sé hasta qué punto.

—No puede volar —dijo Harper con estoicismo— y no tiene tiempo de excavar un túnel, de modo que tendrá que venir por una de las calles, ¿no es cierto?

Aquel sentido común imperturbable hizo suponer a Sharpe que veía peligro donde no lo había. Pensó que lo mejor sería confiar en su primer instinto.

—Enviaré a la caballería en un amago por allí —señaló el terreno llano del oeste—, y cuando crea que todos miramos en esa dirección mandará a soldados desmontados desde el sur. Tendrán órdenes de romper esa barricada —señaló hacia la calle que conducía desde la ciudad a la iglesia— y su caballería entrará por detrás de ellos.

Harper se dio la vuelta para juzgarlo por sí mismo y dio la impresión de que las palabras de Sharpe lo convencían.

—Y siempre y cuando estemos en la colina o en esas casas —mover la cabeza en dirección a los edificios desordenados situados al otro lado de las defensas— mataremos a ese hijo de puta. —El irlandés grandote arrancó un ramito de laurel y retorció su madera flexible entre los dedos—. Pero lo que de verdad me preocupa, señor, no es resistir a ese cabrón, sino lo que ocurrirá cuando nos retiremos. Invadirán las calles como demonios yendo de juerga, ya lo creo.

A Sharpe también lo preocupaba ese momento de retirada. En cuanto Vivar

hubiera terminado en la catedral, se daría la señal y una gran concentración de gente huiría hacia el oeste. Habría voluntarios, fusileros, cazadores, curas y aquellos habitantes de la ciudad que ya no quisieran seguir bajo la ocupación francesa; todos corriendo y empujándose en la oscuridad. Vivar había planeado que su caballería protegiera la retirada, pero Sharpe sabía que un caos salvaje podía alcanzar a sus hombres en las calles cuando los dragones franceses se dieran cuenta de que se habían abandonado las barricadas. Se encogió de hombros y dijo:

—Pues tendremos que correr como alma que lleva el diablo.

—Ésa es la verdad —afirmó Harper con pesimismo. Tiró la ramita estrujada.

Sharpe se quedó mirando pensativo el ramito de laurel retorcido.

—¡Dios mío!

—¿Y ahora qué he hecho?

—¡Por Dios! —Sharpe chasqueó los dedos—. Quiero a la mitad de los hombres en esas casas —señaló la línea de edificios que partían desde la barricada del sudoeste y se extendían a lo largo del acceso sur de la ciudad— y al resto en la loma. —Echó a correr hacia la ciudad—. ¡Volveré, sargento!

—¿Qué le pasa? —preguntó Hagan cuando el sargento regresó a la cima de la colina.

—La putita lo ha rechazado —dijo Harper con evidente satisfacción—, de modo que me debes un chelín, Dan. Va a casarse con el comandante, eso es.

—¡Creía que la muchacha bebía los vientos por el señor Sharpe! —exclamó Hagan con expresión atribulada.

—No es tan tonta como para casarse con él. No está preparado para la cadena y los grilletos, ¿no es verdad? Ella necesita a alguien un poco estable, ya lo creo.

—Pero él estaba loco por ella.

—Es lógico, ¿no? Se enamoraría de cualquier cosa con enaguas. He conocido a otros hombres como él. Cuando se trata de mujeres tienen menos tino que una oveja tonta. —Harper escupió—. Menos mal que ahora me tiene a mí para vigilarlo.

—¡Nada menos!

—Puedo encargarme de él, Dan. Igual que puedo encargarme de vosotros. ¡Muy bien, escuchad, escoria protestante! ¡Los franceses van a venir a cenar, de manera que vamos a prepararnos para recibir a esos cabrones!

Los rifles recién limpiados apuntaron al sur y al oeste. Los casacas verdes estaban esperando al atardecer y, con él, la llegada de un *chasseur*.

Sharpe corría cuesta arriba hacia el centro de la ciudad y la idea le iba dando vueltas en la cabeza. El coronel de l'Eclin podía ser inteligente, pero también podían

serlo los defensores. Se detuvo en la plaza principal y le preguntó a un cazador dónde podía encontrar al comandante Vivar. El soldado de caballería señaló hacia la plaza más pequeña situada al norte, al otro lado del puente que unía el palacio del obispo con la catedral. Dicha plaza seguía estando abarrotada de gente, aunque en lugar de proferir gritos desafiantes contra los franceses atrapados, la multitud guardaba un silencio inquietante. Hasta las campanas habían dejado de tocar.

Sharpe se abrió paso a codazos entre la aglomeración y vio a Vivar de pie en lo alto de un tramo de escaleras que conducían al crucero norte de la catedral. Louisa estaba con él. Sharpe deseó que la joven no estuviera allí. Se avergonzaba al recordar su comportamiento zafio con el español y sabía que debía disculparse, pero la presencia de la muchacha le impedía el arrepentimiento público. Lo que hizo fue expresar su idea a gritos mientras se abría camino a la fuerza hasta los escalones llenos de gente.

—¡Abrojos!

—¿Abrojos? —preguntó Vivar. Louisa, que no supo cómo traducir aquella palabra desconocida, se encogió de hombros.

Sharpe había cogido un par de briznas de paja mientras corría hacia la ciudad y, del mismo modo en que Harper había retorcido el ramito de laurel sin darse cuenta, Sharpe retorció la paja.

—¡Abrojos! ¡Pero no disponemos de mucho tiempo! ¿Podemos hacer que los herreros se pongan a trabajar?

Vivar se quedó mirando la paja y soltó una maldición porque no se le hubiera ocurrido a él.

—¡Se pondrán a trabajar! —Bajó las escaleras corriendo.

Louisa, que se quedó allí con Sharpe, miró la paja retorcida que para ella no significaba nada.

—¿Abrojos?

Sharpe cogió un poco de barro húmedo del empeine de su bota izquierda e hizo una bola con él. Partió la brizna de paja en cuatro trozos de unos siete centímetros de longitud y clavó tres de ellos en la bola de barro formando una estrella de tres puntas. Se puso la estrella en la palma de la mano y clavó el cuarto trozo de paja en la bola en posición vertical.

—Un abrojo —dijo.

Louisa meneó la cabeza.

—Sigo sin entenderlo.

—Es un arma medieval hecha de hierro. Lo ingenioso es que, caiga como caiga, siempre queda una punta que sobresale hacia arriba. —Lo demostró dando la vuelta al abrojo y Louisa vio que una de las puntas, que primero había formado parte de la estrella de tres picos, apuntaba hacia arriba.

Entonces lo entendió.

—¡Oh, no!

—¡Oh, sí!

—¡Pobres caballos!

—Pobres de nosotros si nos alcanzan los caballos. —Sharpe estrujó la paja y el barro e hizo una bola que arrojó lejos. Los abrojos de verdad estarían hechos de clavos de hierro que se fundirían y batirían al fuego y se esparcirían con abundancia en los caminos al paso de los fusileros cuando éstos se retiraran. Las puntas penetrarían fácilmente en la ranilla del interior de los cascos de los caballos y las bestias se empinarían, se retorcerían, corcovearían y se asustarían—. Pero los caballos se recuperan —le aseguró a Louisa, que parecía alterada por la sencilla maldad del artefacto.

—¿Cómo es que conocía este arma? —preguntó la joven.

—La utilizaron contra nosotros en la India... —A Sharpe se le fue apagando la voz porque, por primera vez desde que había subido por las escaleras de la catedral, vio el motivo por el que la multitud se apretujaba tan silenciosamente en la plaza.

En el centro de la plaza se había armado una tosca plataforma; una plataforma hecha con planchas de madera colocadas sobre unas cubas de vino. En ella había una silla de respaldo alto que a primera vista Sharpe tomó por un trono.

La extraña procesión que, flanqueada por cazadores de uniforme rojo, se acercaba a la plataforma, acentuaba la impresión de ceremonia real. Los hombres que formaban dicha procesión iban ataviados con unas vestiduras de un amarillo azufre y unos sombreros cónicos de color rojo. Cada uno llevaba un pedazo de papel apretado entre sus manos.

—En el papel —explicó Louisa en voz baja— hay una profesión de fe. Han sido perdonados, ¿sabe?, pero aun así deben morir.

Entonces Sharpe lo comprendió. La silla alta, lejos de ser un trono, era un garrote. Su respaldo alto tenía un instrumento metálico, un collar con un tornillo, que constituía el método de ejecución preferido en España. Era el primero de esos artificios que había visto en el país.

Los sacerdotes acompañaban a los condenados.

—Son todos *afrancesados* —dijo Louisa—. Sirvieron como guías a la caballería francesa y otros traicionaron a los partisanos.

—¿Tiene intención de quedarse a verlo? —Sharpe parecía horrorizado. Si Louisa palidecía sólo con pensar en pincharle el casco a un caballo, ¿cómo iba a soportar ver cómo le rompían el cuello a un hombre?

—Nunca he visto una ejecución.

Sharpe la miró.

—¿Y quiere hacerlo?

—Me temo que tendré que ver muchas cosas nuevas los próximos años, ¿no le parece?

Empujaron al primero de aquellos hombres hasta lo alto de la plataforma y lo obligaron a sentarse en la silla. Le colocaron el collar de hierro en torno al cuello. El sacristán, el padre Alzaga, se quedó de pie junto al verdugo. «*Pax et misericordia et tranquillitas!*» Gritó estas palabras al oído de la víctima mientras el verdugo se situaba detrás de la silla y volvió a gritarlas cuando éste agarró con firmeza la palanca que hacía girar el tornillo. El tornillo estrechaba el collar a una velocidad impresionante de modo que, casi antes de que la frase en latín terminara de pronunciarse por segunda vez, el cuerpo sentado en la silla dio una sacudida y se desplomó hacia atrás. Dio la impresión de que la multitud suspiraba.

Louisa miró hacia otro lado.

—Ojalá... —empezó a decir, pero no pudo terminar.

—Fue muy rápido —comentó Sharpe maravillado.

Se oyó un golpe sordo cuando empujaron el cadáver fuera de la silla y un roce cuando se lo llevaron a rastras de la plataforma. Louisa, que ya no miraba, no dijo nada hasta que el siguiente grito del padre Alzaga indicaba que otro traidor había encontrado su final.

—¿Tiene una mala opinión de mí, teniente?

—¿Por presenciar una ejecución? —Sharpe aguardó a que le soltaran el collar al segundo cadáver—. ¿Por qué diantre iba a tenerla? Normalmente hay más mujeres que hombres en una ejecución pública.

—No me refiero a eso.

Sharpe la miró y se sintió avergonzado al instante.

—No tengo una mala opinión de usted.

—Fue aquella noche en la fortaleza. —La voz de Louisa tenía un dejo de súplica, como si necesitara desesperadamente que Sharpe comprendiera lo ocurrido—. ¿Se acuerda? Cuando don Blas nos mostró el gonfalon y nos contó la historia de la última batalla. Creo que entonces quedé atrapada.

—¿Atrapada?

—Me gusta esta tontería de Vivar. Me educaron para odiar a los católicos; para despreciarlos por su ignorancia y temerlos por su malevolencia, ¡pero nadie me habló de su esplendor!

—¿Su esplendor?

—Estoy harta de los templos sencillos. —Louisa miraba las ejecuciones mientras hablaba, aunque Sharpe dudaba que fuera consciente de que aquellos hombres iban muriendo en el tosco cadalso—. Estoy harta de que me digan que soy una pecadora y que mi salvación sólo depende de mi arrepentimiento obstinado. Sólo por una vez quiero ver cómo llega, la mano de Dios en toda su gloria para tocarnos. Quiero un

milagro, teniente. Quiero sentirme muy pequeña frente a ese milagro, y todo esto no tiene ningún sentido para usted, ¿verdad?

Sharpe observaba la muerte de un hombre.

—Quiere el gonfalon.

—¡No! —exclamó Louisa casi con desprecio—. No creo ni por un segundo, teniente, que Santiago trajera esa bandera del cielo. Creo que el gonfalon es simplemente una vieja bandera que uno de los antepasados de don Blas llevó en batalla. ¡El milagro radica en lo que hace el gonfalon, no en lo que es! Si sobrevivimos al día de hoy, teniente, habremos conseguido un milagro. ¡Pero no lo hubiéramos hecho, ni siquiera lo hubiéramos intentado, sin el gonfalon! —Hizo una pausa esperando alguna ratificación de Sharpe, pero él no dijo nada. La joven se encogió de hombros con aire compungido—. Sigue pensando que todo esto es una tontería, ¿verdad?

Sharpe continuó sin decir nada. Para él el gonfalon, absurdo o no, era una irrelevancia. No había acudido a Santiago de Compostela por el gonfalon. Había pensado que era por esa chica, pero ese sueño estaba muerto. Sin embargo, había otra cosa que lo había llevado a esa ciudad. Había ido hasta allí para demostrar que un sargento hijo de una puta, a quien un ejército condescendiente le había dado unas palmaditas en la cabeza y lo había nombrado intendente, podía ser igual de bueno, igual de jodidamente bueno que cualquier otro oficial nato. Pero no podía demostrarlo sin la ayuda de los soldados de casaca verde que esperaban al enemigo, y de pronto Sharpe se sintió invadido de afecto por esos fusileros. Era un afecto que no sentía desde que había sido sargento y había ostentado el poder de la vida y la muerte sobre una compañía de casacas rojas.

Un grito lo sobresaltó y desvió su atención nuevamente hacia la plaza donde un prisionero recalcitrante se enfrentaba a las manos que lo empujaban hacia la plataforma. Era una lucha inútil. Lo obligaron a sentarse en el garrote y lo ataron con correas a la silla. El hierro se colocó en torno a su cuello y la lengüeta se insertó en la rendija por la que el tornillo apretaría el collar. Alzaga hizo la señal de la cruz. «*Pax et misericordia et tranquillitas!*»

El cuerpo vestido de amarillo del prisionero se sacudió con un espasmo cuando el collar le apretó el cuello para romperle la columna y ahogarlo. Sus manos delgadas tentaron los brazos de la silla y su cuerpo se desplomó. Sharpe imaginó que aquella muerte rápida hubiera sido el destino del conde de Mouromorto de no haberse encontrado a salvo en el interior del palacio ocupado por los franceses.

—¿Por qué el conde se quedó en la ciudad? —le preguntó a Louisa de pronto.

—No lo sé. ¿Importa?

Sharpe se encogió de hombros.

—Nunca lo había visto separado del coronel de l'Eclin. Y ese coronel es un

hombre muy inteligente.

—Usted también es inteligente —repuso Louisa con afecto—. ¿Cuántos soldados conocen los abrojos?

Vivar se abrió paso entre el gentío y subió por la escalinata.

—Se están calentando las fraguas. Hacia las seis tendrá unos cuantos cientos de esas cosas. ¿Dónde los quiere?

—Usted envíemelos a mí —contestó Sharpe.

—Cuando vuelva a oír las campanas sabrá que se ha desplegado el gonfalon. Entonces es cuando puede retirarse.

—¡Que sea pronto!

—Poco después de las seis —afirmó Vivar—. No puede ser antes. ¿Ha visto lo que los franceses le hicieron a la catedral?

—No. —Pero a Sharpe tampoco le importaba. A él sólo le preocupaba un inteligente coronel francés, un *chasseur* de la Guardia Imperial; entonces se oyó un disparo de rifle proveniente del sudoeste y Sharpe echó a correr.

CAPÍTULO 17

El disparo no advertía de la llegada del coronel de l'Eclin, sino de la aproximación de una patrulla de cazadores. Habían fustigado tanto a los caballos que éstos estaban cubiertos de sangre y sudor. Vivar, que había regresado con Sharpe para averiguar qué había provocado el disparo, tradujo el mensaje del piquete.

—Vieron dragones franceses.

—¿Dónde?

—A unas dos leguas al sudoeste.

—¿Cuántos eran?

—Cientos. —Vivar interpretó el preocupado informe de su patrulla—. Los franceses los persiguieron y tuvieron suerte de poder escapar. —Escuchó más palabras excitadas—. Y vieron al *chasseur*. —Vivar sonrió—. ¡Bueno! Ahora ya sabemos dónde están. Lo único que tenemos que hacer es evitar que entren en la ciudad.

—Sí. —De alguna manera, la noticia de que el enemigo se aproximaba, sirvió para calmar la aprensión de Sharpe. Gran parte de su nerviosismo se había concentrado en la inteligencia del coronel de l'Eclin, pero el hecho de saber por qué camino venía el enemigo y a qué distancia se encontraban sus fuerzas, lo hacía parecer un oponente menos temible.

Vivar siguió a los jinetes cansados por el hueco de la barricada.

—¿Oye los martillos? —preguntó mirando atrás.

—¿Martillos? —Sharpe frunció el ceño y entonces percibió, en efecto, los golpes resonantes de los martillos contra los yunques—. ¿Abrojos?

—Se los haré llegar, teniente. —Vivar empezó a subir por la pendiente—. ¡Que se diviertan!

Sharpe se quedó mirando al comandante mientras éste se alejaba y, llevado por un impulso, sorteó la barricada y lo siguió por la calle empedrada.

—¿Señor?

—Teniente.

Sharpe se cercioró de que ninguno de sus soldados podía oírle.

—Quiero disculparme por lo ocurrido en la taberna, señor, yo...

—¿Qué taberna? No he estado en una taberna en todo el día. Mañana, quizá, cuando nos hayamos puesto a salvo de esos cabrones, buscaremos una taberna. Pero ¿hoy? —La expresión de Vivar era de total seriedad—. No sé de qué me está hablando, teniente.

—Sí, señor. Gracias, señor.

—No me gusta cuando me llama «señor» —repuso Vivar con una sonrisa—. Significa que no está siendo agresivo. Lo necesito agresivo, teniente. Necesito saber

que van a morir franceses.

—Morirán, señor.

—¿Ha apostado a algunos hombres en las casas? Vivar se refería a las viviendas que se extendían por el camino fuera del perímetro de la ciudad.

—Sí, señor.

—Desde allí no pueden defenderse de un ataque por el oeste, ¿no?

—No será por el oeste, señor. Primero los veremos por el oeste, pero atacarán por el sur.

Estaba más claro que el agua que a Vivar no le gustaba el despliegue de Sharpe, pero también tenía fe en las habilidades del fusilero y esa fe hizo que guardara su protesta.

—Es un típico soldado británico —dijo—, hablando de tabernas cuando hay trabajo que hacer. —Se echó a reír y se marchó.

Sharpe regresó a la cima fortificada con la sensación de haberse confesado y allí, detrás de un parapeto levantado con maleza entre dos tocones de árbol, esperaban dos docenas de fusileros. Tenían una buena vista desde lo alto de la colina, pero Sharpe no dudaba que, en cuanto el enemigo se lanzara al ataque, aquel firme piquete bajaría a las casas donde esperaba el resto de sus hombres. El ataque se efectuaría por el sur, no por el oeste.

—¡Ya oyeron al comandante! —advirtió a sus fusileros—. ¡Los cabrones vienen hacia aquí! Llegarán en una hora.

En realidad tardaron casi tres horas. Tres horas de creciente preocupación por si los dragones tramaban alguna artimaña y tres horas en las cuales se llevaron a la cima de la colina los primeros sacos tintineantes de abrojos. Fue entonces cuando los dos cazadores del piquete que se había apostado al borde del terreno muerto espolearon sus caballos de vuelta a la ciudad. «*Dragons! Dragons!*» Hacían gestos por encima de la cabeza imitando la forma de los cascos franceses y señalaban al oeste, hacia la zona muerta.

—¡Sí! —exclamó Sharpe—. ¡*Gracias!*

Los fusileros, algunos de los cuales se habían estado riendo junto a los pinchos siniestros de los abrojos, regresaron a sus barricadas. El paisaje permaneció vacío. Sharpe miró hacia el sur esperando ver al otro piquete cercano retirándose, pero no había rastro de los cazadores que se habían apostado para vigilar el acceso meridional a la ciudad.

—¡Joder! —Hagman escupió horrorizado ante el repentino olor que provenía del otro extremo de la pradera. Era el hedor rancio de las llagas de los caballos provocadas por la silla y la grupera que les llegaba con el viento helado del oeste desde el terreno muerto. Los fusileros arrugaron la nariz para protegerse de aquel horrible olor.

Sharpe contempló la escena virgen y vacía que ocultaba a los atacantes. No había duda de que los oficiales franceses, escondidos tras los arbustos desiguales del borde del valle, estaban observando la ciudad. Detrás de esos oficiales los dragones se estarían preparando para la batalla. Se imaginó las cabezas con trenzas embutiéndose en los cascos y unas espadas largas saliendo ruidosamente de las vainas metálicas. Los caballos piafarían, conscientes de lo que se avecinaba. Los soldados acortarían las correas de los estribos con nerviosismo o limpiarían el sudor de las riendas. Sharpe se preguntó si se habría equivocado; si, en lugar de amagar por el oeste y atacar por el sur, los franceses se limitarían a cargar contra las barricadas para llegar a las defensas.

—¡Por Dios! —Fue Hagman quien soltó la exclamación cuando del valle oculto surgió de repente una línea de caballería; una gran línea de dragones que avanzaban al trote con las capas al viento y las espadas desenvainadas. Habían retirado las fundas de tela de sus cascos para que el metal dorado brillara con la luz de la tarde—. ¡Hay miles de esos cabrones! —Hagman echó el rifle hacia delante.

—¡No disparen! —ordenó Sharpe. No quería que los fusileros dispararan por miedo a provocar que los cazadores situados tras las barricadas apretaran el gatillo. Los mosquetes y carabinas españoles, al ser de ánima lisa, eran menos precisos que los rifles y una descarga disparada desde aquella distancia era una descarga malgastada.

Sharpe podía haber ahorrado saliva porque, a los pocos segundos de la aparición de la caballería, dispararon los primeros mosquetes. Soltó una maldición, se dio la vuelta y vio que los tejados de la ciudad estaban abarrotados de civiles que querían matar a los franceses. En cuanto sonaron los primeros disparos todos los hombres que había detrás de las barricadas abrieron fuego. Una enorme descarga estalló escupiendo llamas, la humareda ocultó el flanco de la ciudad y apenas cayó un solo francés. La distancia, casi trescientos metros, era excesiva. Aunque un proyectil alcanzara su objetivo, lo más probable es que fuera una bala fría y rebotara sin causar daño en una casaca gruesa de uniforme o en el pelaje invernal de un caballo.

Los jinetes frenaron su lento avance. Sharpe buscó con la mirada la pelliza roja del coronel de l'Eclin y no la vio. Dividió mentalmente la línea en cuartos y realizó un recuento rápido, multiplicó el resultado por cuatro y le salió un total de trescientos. Aquél no era el ataque. Era una demostración de fuerza, desplegada en una línea impresionante, pero sólo estaba pensada para atraer las miradas hacia el oeste.

—¡Vigilen el sur! —gritó Sharpe a sus hombres—. ¡Vigilen el sur!

Los disparos provenientes de la ciudad habían hecho subir al sargento Harper de los edificios que vigilaban el acceso meridional. Se quedó mirando la línea de dragones y soltó un silbido.

—Tanta maldad junta no se ve muy a menudo, señor.

—Sólo son trescientos —dijo Sharpe en tono calmado.

—¿Y eso es todo?

Un oficial francés desenvainó la espada y avanzó a medio galope. Al cabo de unas cuantas zancadas puso su montura al galope y describió una curva de manera que se precipitó a unos cien metros de las defensas de la ciudad. Los mosquetes traquetearon desde las barricadas, pero el hombre galopó entre los disparos desatinados y se puso a salvo. Otro oficial empezó a avanzar y Sharpe imaginó que los franceses seguirían atormentando a los defensores hasta que estallara el verdadero ataque.

Hagman amortilló su rifle cuando el segundo oficial francés espoleó su caballo y avanzó a toda velocidad.

—¿Puedo darle una lección a ese hijo de puta, señor?

—No. Déjelos. Esto no es más que un amago. Creen que está funcionando, de modo que dejemos que jueguen.

Pasaron los minutos. Todo un escuadrón de dragones trotó hasta el frente de la línea y a continuación dieron media vuelta y regresaron al galope con actitud burlona. Su desafío provocó que otra enorme descarga hendiera el aire desde los edificios del oeste de la ciudad y Sharpe vio que los golpes de las balas moteaban el suelo y supo que los disparos de los españoles se quedaban cortos. Un segundo escuadrón que enarbolaba un estandarte trotó hacia el norte. Algunos de los franceses que no se movían envainaron las espadas y dispararon las carabinas desde la silla, y cada uno de los disparos franceses provocaba a su vez una descarga desperdiciada a modo de respuesta por parte de la ciudad.

Otro oficial francés hizo alarde de su valentía galopando para acercarse a las defensas. Pero no fue tan afortunado. Su caballo cayó en medio de una lluvia de sangre y barro. Una gran ovación se alzó desde las barricadas, pero el francés cortó la silla para liberarse y corrió sano y salvo hacia sus compañeros. Sharpe admiró a aquel hombre, pero se instó a seguir vigilando el sur.

¡El sur! ¡Por allí se lanzaría el ataque, no aquí! El hecho de que de l'Eclin no estuviera en el oeste significaba que el *chasseur* debía de hallarse con los soldados que se acercaban poco a poco por el flanco izquierdo de la ciudad. Sharpe estaba seguro de ello. Los franceses esperaban a que el sol descendiera aún más para que las sombras alargadas cubrieran el terreno accidentado del sur. Mientras tanto, aquella diversión del oeste estaba calculada para poner a prueba los nervios de los defensores y para que la ciudad malgastara la pólvora, pero el ataque tendría lugar por el sur; Sharpe lo sabía y miraba obsesivamente en dicha dirección donde nada se movía por el terreno en declive. En algún lugar al otro lado de este terreno se encontraba el piquete de cazadores a caballo apostado en el sur, y Sharpe se obsesionó con que los

españoles habían sido arrollados por un ataque francés. Podía haber setecientos dragones escondidos en el sur. Se preguntó si debía enviar una patrulla de fusileros para que explorara las sombras.

—¿Señor? —Harper se había quedado en la cima de la colina y lo llamó con urgencia—. ¿Señor?

Sharpe se volvió hacia el oeste y soltó una maldición.

Otro escuadrón de dragones había aparecido por la zona muerta, y éste iba encabezado por un jinete que llevaba una pelliza roja y un colbac de piel negra. Un jinete montado en un gran caballo negro. De l'Eclin. No apareció por el sur, donde estaban desplegados la mayoría de los fusileros de Sharpe, sino por el oeste, donde el francés podía esperar hasta que el sol poniente fuera una bola de fuego deslumbrante y cegadora para los ojos de los defensores.

—¿Saco a los muchachos de los edificios? —preguntó Harper con nerviosismo.

—Espere un poco. —A Sharpe lo tentaba la idea de que de l'Eclin era lo bastante listo como para formar parte del engaño.

Los franceses esperaron. Si éste era su ataque principal, ¿por qué iban a señalarlo de un modo tan evidente?, se preguntó Sharpe. Volvió a mirar hacia el sur y vio cómo las sombras se oscurecían y alargaban. Miró el camino lleno de rodadas y escudriñó los setos. Algo se movió en una sombra; volvió a moverse y Sharpe dio una palmada de triunfo.

—¡Allí!

Los fusileros se volvieron a mirar.

—Son cazadores, señor. —Harper, consciente de que defraudaba las expectativas de Sharpe, pareció apagado.

Sharpe desplegó su catalejo. Los soldados que se acercaban llevaban el uniforme español, lo cual sugería que se trataba del piquete del sur que traía noticias o de uno de los grupos que habían partido hacia el sudeste para derrumbar los puentes sobre el río. ¿O quizás eran franceses disfrazados? Sharpe volvió nuevamente la mirada hacia el *chasseur*, pero de l'Eclin no se movía. Su absoluta inmovilidad tenía algo muy amenazador, algo que evidenciaba una desenfadada y escalofriante seguridad.

Sharpe se aferró a su certeza con obstinación. Sabía que sus soldados ya no le creían, que se preparaban para combatir al enemigo que con tanta confianza formaba al oeste, pero no podía deshacerse de su obsesión por el sur. Como tampoco podía librarse de la convicción de que de l'Eclin era un soldado demasiado astuto para poner todas sus esperanzas en un ataque directo y poco sutil.

Sharpe desplegó el catalejo para inspeccionar a los jinetes que se acercaban poco a poco por el sur. Soltó una maldición en voz baja. Eran españoles. Reconoció a uno de los sargentos de Vivar que tenía unas patillas canas. El barro que cubría las patas de los caballos y los picos atados a las sillas de los cazadores demostraba que era una

de las patrullas que regresaba de romper los puentes.

—¡Maldición! ¡Maldita sea, por todos los infiernos! —¡Estaba equivocado, completamente equivocado! Los españoles que se acercaban desde el sur acababan de cruzar tranquilamente una zona que tendría que haber estado plagada con los setecientos hombres que le faltaban al coronel de l'Eclin. ¡Sharpe se había pasado de listo!—. Vaya a buscar a los soldados de las casas, sargento.

Harper, aliviado al recibir la orden, corrió cuesta abajo y Sharpe dirigió de nuevo el catalejo hacia el oeste. En el preciso momento en el que detenía el largo tubo y ajustaba los cilindros para enfocar la imagen, el coronel de l'Eclin desenvainó el sable y Sharpe quedó momentáneamente deslumbrado por el reflejo de la luz del sol en el acero curvo.

Parpadeó para evitar el resplandor y recordó el momento en el que de l'Eclin había estado a punto de matarlo junto al puente. Parecía que había pasado mucho tiempo; antes de conocer a Vivar y a Louisa. Sharpe recordó el caballo negro cargando y su asombro cuando la bestia magníficamente entrenada había virado a la derecha para permitir que el coronel arremetiera con un golpe zurdo. Uno no esperaba encontrarse con un espadachín que utilizara la mano izquierda y quizás eso explicaba por qué había tantos soldados supersticiosos que no querían luchar con un oponente zurdo.

Sharpe volvió a atisbar a través del catalejo. El coronel de l'Eclin tenía su hoja curva apoyada en el pomo de la silla. Los caballos que tenía detrás de él se movían impacientes. El sol descendía y enrojecía. En la catedral de Santiago no tardaría en desplegarse una bandera y los fieles suplicarían a un santo muerto que acudiera en ayuda de su país. Mientras tanto, un soldado de la élite del Emperador aguardaba la carga que rompería las defensas de la ciudad. Sharpe se dio cuenta de que tanto el amago como el ataque tendrían lugar por el oeste. Aquellos trescientos jinetes atraerían el fuego de los defensores en tanto que el resto de dragones, ocultos en la zona muerta, preparaban un ataque rápido que surgiría entre la niebla del humo de la pólvora como un rayo.

Harper animaba a los soldados cuesta arriba.

—¿Dónde los quiere, señor?

Pero Sharpe no respondió. Estaba mirando al coronel de l'Eclin, quien cortaba el aire con su sable realizando unos refulgentes golpes a modo de práctica, como si estuviera aburrido. El reflejo del sol en la hoja reluciente provocó una descarga imprecisa e irregular por parte de los defensores de la ciudad. De l'Eclin hizo caso omiso. Él estaba esperando a que el sol se convirtiera en un arma de un poder formidable que deslumbrara a los defensores, y el momento estaba muy próximo.

—¿Señor? —insistió Harper.

No obstante, Sharpe siguió sin responder porque, en aquel preciso instante, tenía

otra certeza. Al fin supo qué era lo que planeaban los franceses. Se había equivocado en cuanto al ataque por el sur, pero si se equivocaba ahora la ciudad, el gonfalon y todos sus soldados estarían perdidos. Todo estaría perdido. Tuvo la tentación de no hacer caso de su nueva certidumbre, pero la vacilación era fatídica y había que tomar una decisión. Plegó el catalejo de golpe y se lo metió en el bolsillo. Dio una patada a los sacos de abrojos.

—¡Traigan los sacos y síganme! ¡Todos!

—¡En pie! —gritó Harper a los fusileros.

Sharpe echó a correr.

—¡Síganme! ¡Deprisa! ¡Vamos! —Se maldijo por no haberse dado cuenta antes de la verdad. ¡Era tan condenadamente sencilla! ¿Por qué los franceses habían trasladado las provisiones al palacio? ¿Y por qué el coronel Coursot había amontonado grano y heno en los sótanos? ¡Un sótano no era lugar para almacenar vituallas un día o dos antes de que se distribuyeran! Además, eran un millar de jinetes. Hasta un soldado tan experimentado como Harper había quedado impresionado al ver tal cantidad de dragones. A menudo los soldados veían una horda donde sólo había una pequeña fuerza, y para un civil era mucho más fácil cometer este error en mitad de la noche. Sharpe corrió más aún—. ¡Vamos! ¡Dense prisa!

Porque la ciudad estaba prácticamente perdida.

La nave de la catedral era más sencilla de lo que podría sugerir el exterior del edificio, pero dicha sencillez no desmerecía la magnificencia de sus altos pilares. Fuera de la larga nave, los cruceros abovedados y la reja, el santuario era tan suntuoso como cualquier otro de la cristiandad, y lo seguía siendo aunque los franceses hubieran arrancado el plateado, derribado las estatuas y desgarrado los trípticos sacándolos de sus marcos. Detrás del altar había un espacio vacío, el espacio de Dios, que aquel atardecer se hallaba iluminado por los rayos escarlata del sol poniente que penetraban en el interior de la catedral cargado de polvo y humo.

El arcón abierto estaba a los pies del altar, por encima de la cripta donde el santo yacía enterrado.

Un enorme cuenco de plata colgaba de unas cuerdas de lo alto de la cúpula que cubría la intersección de los cruceros y el pasillo. Desprendía humo de incienso que inundaba la enorme iglesia de un olor mohoso y dulzón. Un millar de velas sumaban su propio humo y hacían del santuario un lugar de misterio, de aroma, de sombras y esperanza; un lugar para un milagro.

Había cientos de personas arrodilladas en los cruceros. Habían sacerdotes y soldados, monjes y mercaderes, frailes y eruditos; los hombres que podían transmitir

por toda España el mensaje de que Santiago Matamoros vivía. Dirían a un pueblo invadido que se había rendido el debido homenaje, que se habían pronunciado las palabras adecuadas y el gran gonfalón, que en otro tiempo ondeó por encima de la masacre de paganos, había vuelto a desplegarse.

Era como si al fin se hiciera sonar el tambor de Drake, o como si el suelo de Ávalon estallara en una violenta oscuridad y escupiera a un grupo de caballeros vivificados, o como si Carlomagno, despertado de su sueño de siglos, volviera a desenvainar su espada de combate para expulsar a los enemigos de Cristo. Todas las naciones poseían su leyenda y aquella noche, en la bóveda resonante de la catedral, la leyenda de España rebrotaría rompiendo un silencio de mil años. Las llamas de las velas temblaron con el viento frío y los sacerdotes, ataviados con sus vestiduras, se inclinaron frente al altar.

En plena reverencia, una de las puertas del oeste de la catedral se abrió de golpe, como si una violenta ráfaga de viento hubiera estrellado la madera contra la piedra. Unos pasos resonaron sobre el pavimento. Los soldados arrodillados frente al altar se volvieron hacia el sonido y llevaron la mano a sus espadas. Louisa, cubierta con un velo y de rodillas junto a Blas Vivar, se quedó boquiabierta. Los sacerdotes detuvieron sus palabras para ver quién había osado interrumpir las invocaciones.

Vivar se puso de pie. Sharpe había irrumpido en la catedral y apareció debajo del Pórtico de la Gloria. El español recorrió a toda prisa la larga nave.

—¿Qué está haciendo aquí? —le preguntó en tono indignado.

Sharpe, con unos ojos como platos, no respondió. Paseó la mirada por la catedral como si esperara encontrar enemigos. No vio ninguno y se volvió nuevamente hacia las puertas del oeste.

Vivar alargó el brazo para detener al fusilero.

—¿Por qué no está en las barricadas?

—¡Sostenía el sable con la mano derecha! —exclamó Sharpe—. ¿No lo entiende? ¡Con la mano derecha! ¡El coronel de l'Eclin es zurdo!

Vivar se lo quedó mirando con estupor.

—¿De qué está hablando?

—Ahí afuera hay trescientos de esos cabrones —Sharpe alzó la voz, que resonó en las altas piedras de la nave—, ¡sólo trescientos! Y ninguno por el sur. Entonces, ¿dónde está el resto? ¿Miró detrás de los sacos en el sótano?

Vivar no dijo nada. No era necesario.

—¿Registró los sótanos? —insistió Sharpe.

—No.

—¡Por eso su hermano está allí! ¡Por eso querían una tregua! ¡Por eso salvaron las provisiones! ¡Por eso habían preparado el palacio! ¿No lo ve? ¡De l'Eclin está en el palacio! ¡Lleva allí metido todo el día, riéndose de nosotros! ¡Y viene hacia aquí!

—¡No! —El tono de Vivar no expresó desacuerdo, sino horror.

—¡Sí! —Sharpe se zafó del brazo de Vivar. Echó a correr otra vez, cruzó el Pórtico de la Gloria ajeno a su majestuosidad, y abrió las puertas que daban a la calle. Un grito de triunfo y un toque victorioso de trompeta hicieron que Sharpe se diera la vuelta. A través del humo y el incienso distinguió vagamente una bandera que se desplegaba. No era una bandera vieja, raída y apolillada que se desmenuzara al contacto con el aire, sino una bandera blanca nueva y gloriosa de seda reluciente con una cruz roja; era el gonfalon de Santiago, y cuando se extendió las campanas empezaron a sonar.

Y en aquel instante los mazos echaron abajo las planchas que habían encerrado a los franceses dentro del palacio. Las campanas repicaban pidiendo un milagro y los franceses, tal y como tenían intención desde un principio, rompieron su tregua.

Los dragones franceses atacaron desde todos los lados del palacio. Debían de haber salido por las puertas traseras del edificio, allí donde estaban los establos, y mientras la infantería emergía por la puerta central, los jinetes salieron en tropel a la plaza oeste. El único obstáculo para su carga era la barricada baja donde un puñado de cazadores desmontados dispararon una descarga irregular y a continuación huyeron.

—¡Sargento! ¡Abrojos! —Sharpe empujó a Harper hacia el flanco sur de la catedral, agarró él mismo dos de los sacos y ordenó a gritos a sus hombres que lo siguieran hasta la plaza del norte.

La caballería no podía subir el intrincado tramo de escaleras de la fachada oeste de la catedral. Sin embargo, los dragones tenían pensado rodear el santuario para que nadie pudiera escapar.

—¡Rifles! ¡No disparen! ¡No disparen! —Sharpe sabía que no tenía sentido malgastar una descarga. En cambio, los abrojos deberían contener aquella primera arremetida francesa.

La altura desde la plataforma de la fachada de la catedral hasta la plaza era peligrosamente elevada, pero Sharpe no tenía tiempo de utilizar las escaleras. Saltó y cayó con tanta fuerza que sintió una punzada de dolor en el tobillo izquierdo. Había que hacer caso omiso del dolor puesto que la derrota estaba tan próxima como el alcance de una espada de dragón. Sus soldados lo siguieron y fueron dejándose caer sobre las losas con un gruñido. Sharpe se llevó los sacos al norte. Veía a los jinetes a su izquierda y supo que sólo contaba con unos segundos para extender los despiadados pinchos debajo del puente que conducía al palacio del obispo.

—¡Por ahí! ¡Espérenme! —gritó dirigiéndose a sus fusileros; vació el primer saco

y los abrojos traquetearon y se desplegaron por el espacio estrecho—. ¡Venga conmigo, sargento! —ordenó Sharpe a Harper, pero su voz quedó ahogada por los gritos de los franceses y el toque de sus trompetas de guerra. Agarró el segundo saco y lo sacudió para vaciarlo. Los pinchos metálicos rodaron y cayeron al suelo, desperdigándose para bloquear aquel paso angosto.

Harper había desaparecido. Sharpe se dio la vuelta y echó a correr detrás de sus hombres. Las campanas repicaban en lo alto. Una trompeta lanzaba su estridente desafío al cielo. Sharpe no sabía si el sargento se encontraba a salvo o si había bloqueado la entrada a la plaza por el flanco sur de la catedral.

—¡Formen en línea! ¡Dos filas! —gritó Sharpe a sus soldados. Por detrás de ellos, los hombres huían en desbandada del crucero oeste de la catedral, presa del pánico.

El primer caballo se clavó un pincho. El hierro penetró en la ranilla del casco del animal y entonces llegaron más caballos. Se empinaron, relincharon y se abalanzaron desesperados de dolor. Los soldados cayeron de las sillas. Un caballo loco de sufrimiento se desbocó y echó a correr por la plaza. Otro se empinó tanto que cayó de espaldas y su jinete soltó un grito cuando se le vino encima el cuerpo del animal desplomado.

—¡No disparen! —Los fusileros habían formado una línea a unos trece metros de distancia de los abrojos. Ahora era una carrera. La infantería francesa subiría las escaleras del oeste para irrumpir en la catedral. Tardarían al menos un minuto en llegar a la puerta desde el crucero y aparecer por detrás de Sharpe. Algunos de ellos, al ver el sufrimiento de los caballos, habían ido a sacarles los pinchos. A la cabeza de aquellos hombres iba un sargento—. ¿Hagman? —dijo Sharpe—. Mate a ese cabrón.

—Sí, señor. —Hagman hincó una rodilla en el suelo, apuntó y disparó. El sargento dio una voltereta hacia atrás al tiempo que un chorro de sangre le manaba del pecho. La infantería se percató por primera vez de la presencia de los fusileros.

—¡Fuego! —bramó Sharpe.

Fue una descarga pequeña, pero provocó más caos y dolor en el estrecho espacio.

—¡Recarguen! —No tenía sentido dar voces a los casacas verdes para que se dieran prisa. Ellos sabían tan bien como Sharpe lo frágil que era el equilibrio entre la supervivencia y la muerte en aquella ciudad que se oscurecía, y gritándoles que se dieran prisa sólo conseguiría ponerlos nerviosos.

Sharpe se dio la vuelta. Los últimos fieles de Vivar corrían escaleras abajo. Un oficial español llevaba el gonfalon de pliegues relucientes que se habían apresurado a retirar. Dos sacerdotes se arremangaron los faldones y corrieron hacia el este. Louisa apareció en las escaleras y Sharpe vio que dos cazadores le llevaban un caballo. Vivar subió también a su silla y desenvainó la espada.

—¡Están en la catedral! —le gritó a Sharpe.

—Tranquilos, muchachos. ¡Calen bayonetas! —Mientras se desenfundaban las

bayonetas, Sharpe echó un vistazo en derredor buscando a Harper, pero no vio al irlandés por ninguna parte. Se oían gritos en el interior de la ciudad. Las trompetas sonaban con estridencia en la atmósfera del crepúsculo. Aquella noche haría frío. El hielo platearía las losas en las que los franceses se vengarían por los insultos de aquella jornada.

—¡Ahora tengan cuidado, muchachos! —Los abrojos habían retrasado al enemigo y sus soldados estaban recargando, pero una concentración de franceses a caballo esperaba al otro lado de los pinchos que la infantería estaba retirando frenéticamente. Las carabinas traqueteaban y sus balas pasaban por encima de las cabezas de los fusileros, pero los dragones disparaban desde la silla y apuntaban demasiado deprisa. Sharpe sabía que sólo contaba con unos segundos. Hizo bocina con las manos y gritó—: ¡Sargento! ¡Sargento Harper!

—¡Retírese, teniente! —le dijo Vivar a Sharpe a voz en cuello.

—¡Sargento Harper!

—¡Cabrón! —La voz provenía de lo alto de las escaleras que conducían al crucero sur. Sharpe se dio media vuelta rápidamente. Después de distribuir los abrojos, Harper debió de ver que no alcanzaría a Sharpe corriendo junto a la fachada oeste de la catedral. Había tomado el atajo por el interior del edificio y apareció con un oficial francés en su mano izquierda—. ¡Hijo de puta! —El irlandés estaba hecho una furia—. ¡Este cabrón intentó matarme! —Le propinó una patada al francés, lo golpeó y a continuación se dio la vuelta y arrojó a aquel hombre a la oscuridad de la catedral. Vivar, al ver más formas detrás de las puertas, disparó una pistola hacia el crucero.

—¡Señor! —Hagman le advirtió que ya estaban retirando los últimos abrojos.

—¡Apunten! —exclamó Sharpe—. ¡Creí que lo había perdido! —dijo dirigiéndose a Harper.

—¡Ese cabrón intentó clavarme una espada! ¡En una iglesia, maldita sea! Una catedral. ¿No le parece increíble, señor?

—¡Por Dios! ¡Pensaba que lo había perdido! —El alivio de Sharpe al ver que Harper estaba vivo era sincero.

—¡Señor! —advirtió nuevamente Hagman.

Dragones e infantería se mezclaron en el ataque que se canalizó por el estrecho espacio bajo el puente. Las espadas se alzaron, los hombres profirieron su grito de guerra y los franceses apretaron el paso en busca de venganza.

—¡Fuego! —ordenó Sharpe.

La descarga hizo trizas el estrecho espacio y los caballos se derrumbaron ensangrentados y muertos de dolor. Cayó una espada que golpeó y raspó contra la piedra con un ruido metálico. Los jinetes que venían detrás arremetieron con sus espadas para abrirse paso entre los heridos y los moribundos. La infantería apareció

en lo alto de las escaleras del sur de la catedral.

—¡Corran! —bramó Sharpe.

Entonces vino el caos de la huida. Los fusileros salieron corriendo por la plaza en dirección al dudoso refugio que les ofrecía una calle estrecha. Louisa había ido por delante y Vivar, rodeado por un grupo de su élite de casacas escarlata, le gritó a Sharpe que la siguiera. Los cazadores se quedarían para hacer frente al ataque francés.

Los fusileros corrieron. La retirada de la ciudad se había convertido en un barullo desenfrenado al atardecer, un descenso a través de las angostas calles medievales. Sharpe condujo a sus hombres a una plaza pequeña decorada con un pozo y una cruz de piedra. Las salidas de la plaza se hallaban abarrotadas de refugiados y Sharpe detuvo a sus soldados, los hizo formar en filas y permitió que la fila trasera cargara sin utilizar la baqueta. Los soldados vertieron la pólvora, escupieron la bala y a continuación golpearon la culata del rifle contra el suelo con la esperanza de que el impacto haría bajar la bala.

—¡Apunten!

Aparecieron los rifles con el peso añadido de las bayonetas en las bocas de los cañones. No pudieron disparar porque el grupo de cazadores que trataba de retrasar a los dragones franceses les obstaculizaba la puntería. Las espadas caían al suelo de la calle con un sonido de campanas rajadas. Un español a quien le salía sangre de la cara se alejó del combate. Un dragón soltó un grito cuando le rajaron el vientre con una espada.

—¡Comandante! —Sharpe informó a Vivar a voz en cuello de que los fusileros estaban preparados.

Vivar le lanzó un tajo a un francés y esquivó su estocada.

—¡Váyase! ¡Teniente! ¡Váyase!

—¡Comandante!

Un cazador cayó abatido por una hoja francesa. Vivar entró a fondo para herir al francés. Sharpe tuvo la sensación de que el español se vería abrumado cuando de pronto, por detrás de los dragones, salió un torrente de voluntarios con sus túnicas color marrón que los atacaron con cuchillos, martillos, mosquetes y espadas. Vivar hizo dar la vuelta a su caballo y gritó a sus hombres que se retiraran.

Sharpe había hecho retroceder a sus fusileros hacia el extremo este de la plaza pequeña y en aquel momento los dividió en dos grupos para dejar que los españoles pasaran entre ellos. Los voluntarios no querían retirarse pero Vivar los hizo volver con el filo de su sable. Sharpe aguardó hasta que la plaza se hubo despejado y apareció el primer enemigo por el extremo contrario.

—¡Fila trasera! ¡Fuego!

La descarga fue débil; sin embargo, frenó la acometida francesa.

—¡Atrás! —Sharpe desenvainó su espada, consciente de que no había dejado ningún margen de tiempo.

Los fusileros siguieron a Vivar hacia la siguiente calle. Estaba más oscuro ahora que el día se deslizaba hacia una noche invernal. Los mosquetes dispararon desde las ventanas por encima de Sharpe, pero la pequeña descarga no pudo evitar que los franceses entraran en tropel en la calle estrecha.

—¡Detrás de usted! —exclamó Harper.

Sharpe se dio la vuelta. Profirió su grito desafiante y arremetió con su hoja pesada contra el morro de un caballo. La bestia viró bruscamente y el dragón con trenzas hizo descender su arma para propinar un corte, pero Sharpe paró rápidamente el golpe y las dos espadas chocaron con un ruido metálico. Harper arremetió con la bayoneta contra el pecho del animal que se empinó y bloqueó la calle, y Sharpe le cortó un menudillo. La espada debía de haber roto el hueso porque el caballo, al levantarse, se desplomó. El dragón intentó acometer contra Sharpe mientras caía, pero la espada del fusilero ya se alzaba con un silbido, empujada con todas sus fuerzas, y el acero se deslizó en el cuello del soldado de caballería. Brotó una repentina lluvia de sangre que salpicó la pared encalada del callejón a unos treinta centímetros del suelo. El caballo con la pata rota chillaba y bloqueaba la calle.

—¡Corran! —gritó Sharpe.

Los fusileros fueron corriendo hasta la siguiente esquina donde Vivar los esperaba.

—¡Por allí! —Señaló a la izquierda y luego espoleó su montura y salió en dirección contraria con su grupo de cazadores.

Los fusileros pasaron a todo correr junto a una iglesia, doblaron una esquina y se encontraron en lo alto de un empinado tramo de escaleras que conducían a una calle que pasaba por detrás de un trecho de la muralla medieval de la ciudad. Vivar debía de haber sabido que los escalones los pondrían a salvo de la persecución de los dragones y los había enviado a refugiarse mientras él se quedaba atrás para contener la furia francesa.

Sharpe corrió escaleras abajo y siguió la calle a la cabeza de sus hombres. No tenía ni idea de si Vivar se hallaba a salvo, ni de si Louisa había escapado, ni siquiera de si el gonfalon había sobrevivido a la confusión en las estrechas calles. Lo único que podía hacer era aprovechar la salvación que Vivar le había ofrecido.

—¡Ese hijo de puta ha sido un cabrón muy inteligente! —le comentó Sharpe a Harper—. ¡Estaban dentro de la ciudad desde el principio! ¡Por Dios que debió de reírse de nosotros! —No había duda de que, después de que Louisa hubiera visto a los franceses formados en la plaza, de l'Eclin y la mayoría de sus hombres sencillamente habían regresado a la parte trasera del palacio en tanto que unos pocos centenares de dragones habían cabalgado hacia el sur. Había sido una treta muy

ingeniosa que había llevado a aquel desquicio. No tenía nada de honorable, en absoluto, pues los franceses habían roto la tregua, pero Sharpe ya se había dado cuenta del poco honor que había en esa guerra enconada entre España y Francia.

—¡Luchando en una catedral, será posible! —Harper aún estaba indignado.

—De todas formas acabó con él.

—¡Ya lo creo! Acabé con tres de esos cabrones. Tres cabrones que ya no volverán a luchar en una catedral.

Sharpe no pudo menos que echarse a reír. Había llegado a una brecha en la muralla de la ciudad que se abría a una campiña vacía. Allí el terreno caía abruptamente y llevaba a un río que parecía un tajo plateado en el creciente anochecer. Los refugiados huían hacia el otro lado del río para luego subir hacia las montañas y ponerse a salvo. No había franceses a la vista. Sharpe imaginó que el enemigo seguía atareado en las calles donde Vivar llevaba a cabo su desesperada acción dilatoria.

—Carguen —ordenó.

Los soldados se detuvieron y empezaron a cargar sus rifles. Harper, al parecer recuperado de su indignación ante la impiedad de los franceses, metió la baqueta hasta medio cañón. Se echó a reír.

—Comparta el chiste, sargento —dijo Sharpe.

—¿Usted se ha visto, señor?

Los soldados también empezaron a reírse. Sharpe bajó la mirada y se dio cuenta de que sus pantalones, que ya estaban rotos, se habían rasgado de manera que dejaban al descubierto todo su muslo derecho. Sharpe rasgó los jirones de tela descompuestos hasta que la pierna derecha quedó prácticamente desnuda.

—¿Y qué? ¿Creen que medio desnudos no podemos vencer a esos cabrones?

—Si lo ven se irán corriendo del susto, señor —terció Gataker.

—Muy bien, muchachos. —Por sus risas Sharpe intuyó que los soldados sabían que se hallaban a salvo. Habían escapado de los franceses, la batalla había terminado y lo único que había que hacer era cruzar el pequeño valle y trepar a las montañas. Volvió la vista atrás con la esperanza de ver a Vivar, pero la calle estaba vacía. Gritos, chillidos, disparos y el sonido metálico del acero daban cuenta de los combates que aún llenaban el interior de la ciudad, pero los fusileros se habían escabullido a través del caos hacia la seguridad de aquel lugar. Tampoco tenía ningún sentido volver a la lucha. En aquellos momentos el deber de todo soldado era escapar—. ¡Iremos derechos al otro lado del valle, muchachos! ¡Nos detendremos en la cima del otro lado!

Los casacas verdes abandonaron la protección del muro y descendieron por el pasto agreste y empinado que conducía al río cenagoso donde, aquella misma mañana, Sharpe había omitido aplacar a los espíritus del agua. Frente a ellos, y

extendidos por todo el valle, había una concentración de refugiados. Algunos eran civiles, otros llevaban la andrajosa túnica marrón de los voluntarios de Vivar y unos cuantos eran cazadores separados de sus escuadrones. Seguía sin haber señales de Vivar, como tampoco de Louisa, ni del gonfalon. Dos monjes vadeaban la corriente con las vestiduras remangadas.

—¿Esperamos, señor? —Harper, preocupado por la seguridad del comandante Vivar, quería quedarse junto al río.

—En la otra orilla —respondió Sharpe—. Podemos ofrecer fuego de cobertura desde allí.

Entonces sonó una trompeta en el sur, Sharpe se dio la vuelta y vio que todo había terminado. La aventura, las esperanzas, todos los sueños imposibles que tan cerca habían estado del triunfo, habían tocado a su fin.

Porque, al igual que el oro incandescente, los cascos del enemigo destellaban bajo el sol que se apagaba. Trescientos franceses habían cabalgado rodeando la ciudad. Sharpe estaba atrapado y el día de los milagros había concluido.

CAPÍTULO 18

Los dragones que habían amenazado el oeste de la ciudad descabalgaron en su lado meridional para bloquear la ruta de escape del este. Y ahora inundaban el valle al sur, donde sus cascos relucían con la última luz del día. Los dirigía el jinete que llevaba la pelliza roja del coronel de l'Eclin pero que manejaba el sable con la mano derecha.

Los refugiados empezaron a correr, pero el suelo cenagoso entorpecía su huida despavorida. La mayoría intentaron cruzar el río, algunos se dirigieron al norte y otros corrieron hacia la dudosa seguridad de los fusileros de Sharpe.

—¿Señor? —preguntó Harper.

Pero Sharpe no podía dar una respuesta útil. Todo había terminado. El tumulto que seguía resonando en el interior de la ciudad no ofrecía ninguna protección y no había tiempo para cruzar el río o retirarse hacia el norte. Los fusileros se encontraban en terreno abierto, atrapados por la caballería, y Sharpe debía formar a sus hombres en cuadro y combatir a esos cabrones hasta el final. A un soldado se lo podía vencer, pero nunca humillar. Se llevaría por delante a tantos de esos triunfantes mal nacidos como pudiera y, en los años venideros, cuando los franceses se acuclillaran junto a las fogatas en alguna tierra remota, unos cuantos se estremecerían al recordar un combate en un valle del norte de España.

—¡Formen! ¡Tres filas! —Sharpe dispararía una descarga cerrada y luego se agruparían en cuadro. Los cascos de los caballos pasarían junto a ellos con un ruido de trueno, las hojas acometerían relucientes y poco a poco acabarían con sus hombres. Sharpe se puso a cortar hierbajos con la espada—. No voy a rendirme, sargento.

—Nunca pensé que fuera a hacerlo, señor.

—Pero cuando nos hayan desbaratado puede que los soldados abandonen.

—No lo harán si los estoy vigilando, señor.

Sharpe le sonrió al irlandés grandote.

—Gracias por todo.

—Sigo diciendo que nunca he conocido a nadie que dé unos puñetazos como los suyos.

—Lo había olvidado. —Sharpe se echó a reír. Vio que algunos cazadores desmontados y voluntarios se habían acercado corriendo y formaban tres burdas extensiones de tres filas. Lamentó que hubieran venido porque su torpeza sólo serviría para hacerlos más vulnerables en su última batalla; sin embargo, no iba a echarlos. Hendió el aire con su espada a derecha e izquierda, como si practicara para el momento final. Los dragones franceses habían detenido su avance lento y amenazador. La primera fila de dragones permanecía inmóvil a unos cuatrocientos

metros de distancia. Parecía un largo trecho, pero Sharpe sabía que la caballería podía cubrir el terreno a una velocidad cruel cuando su trompeta los hiciera avanzar.

Se volvió de espaldas al enemigo y miró a sus soldados:

—Lo que tendríamos que haber hecho, muchachos, es ir hacia el norte.

Hubo un momento de silencio y los casacas verdes recordaron la discusión que había llevado a Harper a intentar matar a Sharpe. Se echaron a reír.

—Pero esta noche —dijo Sharpe—, tienen mi permiso para emborracharse. Y por si no tengo más adelante ocasión de decírselo, ustedes son la mejor tropa con la que nunca he combatido.

Los soldados aceptaron la disculpa y vitorearon. Sharpe pensó en el largo tiempo que le había costado ganarse aquella ovación y se dio la vuelta para que los fusileros no vieran su satisfacción e incomodidad.

Se volvió a tiempo de ver a un puñado de jinetes que salía de la ciudad. Uno de ellos era el conde de Mouromorto, inconfundible con su larga chaqueta negra y las altas botas blancas. Otro, que llevaba un dolmán rojo y tenía un cabello tan dorado como los cascos de los dragones, montaba un caballo grande y negro. Los dragones franceses que esperaban prorrumpieron en vítores cuando el coronel de l'Eclin recuperó su pelliza y su colbac del hombre que los había llevado puestos. El conde cabalgó hacia el escuadrón de la retaguardia, la reserva francesa, mientras el *chasseur* ocupaba el lugar que le correspondía al frente del ataque. Sharpe lo observó mientras se arreglaba la pelliza escarlata sobre el hombro, se colocaba el gran colbac de pelo en la cabeza y desenvainaba el sable con la mano izquierda. Sharpe rezó para poder ver muerto a de l'Eclin antes de caer bajo los cascos y aceros del enemigo.

—¡Teniente!

Sharpe se dio la vuelta y vio a Louisa que se acercaba a caballo por detrás de sus hombres.

—¡Váyase! —Señaló hacia el este, donde tal vez podría ponerse a salvo. La rapidez que le proporcionaba la montura no la tenían los refugiados que iban a pie—. ¡Márchese!

—¿Dónde está don Blas?

—¡No lo sé! ¡Y ahora márchese!

—¡Voy a quedarme aquí!

—¡Señor! —gritó Harper a modo de advertencia.

Sharpe se dio la vuelta. El sable del coronel de l'Eclin se había alzado para iniciar el avance francés. Los dragones tenían una extensión de terreno empapado a la derecha y una pendiente empinada a la izquierda, de modo que la carga quedaría restringida a un cauce de suelo firme de unos cien pasos de ancho. Unos cuantos mosquetes dispararon con un fogonazo parpadeante desde el otro lado del río, pero se hallaban demasiado lejos y los dragones del flanco hicieron caso omiso.

El sable del coronel de l'Eclin descendió y el trompeta dio el toque de avance. El escuadrón que iba en cabeza inició la marcha. Sharpe sabía que cuando este primer escuadrón hubiera recorrido unos cincuenta metros, la segunda línea francesa avanzaría lentamente. La tercera línea guardaría otros cincuenta metros de distancia por detrás. Era el ataque clásico de la caballería, dejando espacio suficiente entre las líneas para que un caballo caído de la primera línea no hiciera tropezar y caer a los que iban detrás. Al principio era lenta, pero muy amenazadora.

—¡Primera fila, rodilla a tierra! —ordenó Sharpe en tono calmado.

Los dragones llevaban sus caballos al paso porque querían mantener la formación apretada. No tardarían en acelerar, pero Sharpe sabía que no pondrían a sus monturas al galope hasta pocos segundos antes de que la carga chocara contra el objetivo. Se oían disparos de mosquete y gritos procedentes de la ciudad, lo cual era prueba de que los españoles seguían luchando con los franceses en las calles que se oscurecían, pero esa batalla ya no era asunto de Sharpe.

El coronel de l'Eclin alzó el sable con su mano izquierda y el primer escuadrón se puso al trote. La trompeta confirmó la orden. Sharpe ya oía a la caballería. Oía el tintineo de las barbadas, el golpeteo de los faldones de las sillas y el ruido sordo de los cascos. Un estandarte se alzó por encima de la primera fila.

—Tranquilos, muchachos, tranquilos. —Sharpe no podía decir otra cosa. Estaba al mando de una línea irregular de soldados que resistirían un instante antes de ser arrollados por los grandes caballos—. ¿Sigue usted ahí, señorita Louisa?

—¡Sí! —La voz nerviosa de Louisa le llegó de detrás de las filas de fusileros.

—Pues ya me perdonará, pero ¡lárguese de una jodida vez!

Sus hombres se rieron. Sharpe veía las trenzas de los dragones que rebotaban debajo de los cascos que se oscurecían.

—¿Sigue ahí todavía, señorita Louisa?

—¡Sí! —Esta vez su voz sonó desafiante.

—¡Esto no es nada agradable, señorita Louisa! ¡Van a arremeter a diestro y siniestro como malditos carniceros! Puede que ni siquiera se den cuenta de que es usted una chica hasta que le hayan tajado media cara. ¡Y ahora lárguese! ¡Es demasiado guapa para que la maten estos cabrones!

—¡Yo me quedo!

El coronel de l'Eclin volvió a alzar su sable. Sharpe ya oía el crujido de las sillas de montar.

—¿Hagman? Ese tramposo hijo de puta es suyo.

—¡Sí, señor!

Sharpe se olvidó de Louisa. Se embutió entre dos de sus soldados de la primera fila y sostuvo la espada en alto.

—¡Aguarden a que les dé la orden! ¡No hay que disparar hasta que noten el

aliento de esos mal nacidos en el cuello! ¡Pero cuando vengan vamos a hacer que esos hijos de puta deseen no haber nacido! —Los caballos que se acercaban sacudían la cabeza con nerviosismo. Sabían lo que se les venía encima y Sharpe se permitió tener un momento de compasión por la carnicería que tenía que infligir—. ¡Apunten a los caballos! —les recordó a sus hombres—. ¡Olvídense de los jinetes, maten a los caballos!

—Por lo que estamos a punto de recibir —dijo Harper.

Los fusileros se pasaron la lengua por los labios llenos de pólvora. Nerviosos, comprobaron que las cazoletas de los rifles estaban cebadas y el pedernal bien sujeto en el martillo forrado de cuero. Tenían la boca seca y el estómago revuelto. La vibración que provocaba el trote de los caballos se percibía en el suelo, como cuando los grandes cañones pasaban por una carretera cercana. O como el temblor de un trueno en un día sofocante que presagiaba el agujijoneo de los rayos, pensó Sharpe.

El coronel de l'Eclin hizo descender su hoja curva para dar la señal a sus hombres de que se pusieran a medio galope. Sharpe sabía que en cuestión de pocos segundos la trompeta ordenaría el galope y las enormes bestias se precipitarían hacia delante. Tomó aire, consciente de que debía calcular el momento de su única descarga con una perfección exquisita.

Entonces cayó el rayo.

Eran poco más de cincuenta hombres, pero se trataba de la compañía de élite de Vivar, los cazadores de casaca escarlata que salieron de repente de la ciudad y cargaron pendiente abajo. Era un escuadrón cansado, agotado tras una noche y un día de combate, pero por encima de ellos, como una oleada de gloria en el cielo oscuro, ondeaba el gonfalon de Santiago Matamoros. La cruz escarlata era brillante como la sangre.

—¡Santiago! —Vivar iba al frente. Vivar los alentaba. Vivar profería el grito de guerra que podía arrebatar con un milagro una derrota—. ¡Santiago!

La pendiente proporcionaba velocidad de ataque a los cazadores y la bandera les daba el coraje de los mártires. Alcanzaron el borde de la primera línea francesa como un rayo y las espadas se clavaron provocando una sangrienta destrucción entre los dragones. De l'Eclin gritaba, se daba la vuelta, intentaba volver a formar a sus hombres, pero la bandera del santo se abría paso, adentrándose en el escuadrón francés. Las largas puntas del estandarte ya estaban salpicadas de sangre enemiga.

—¡A la carga! —Sharpe ya había echado a correr—. ¡A la carga!

El segundo escuadrón francés avanzó, pero Vivar ya lo había previsto y viró a la derecha para llevar a sus hombres al centro del escuadrón. Tras él había un caos de

caballos arremolinados. Caballería arremetiendo contra caballería.

—¡Alto! —Sharpe extendió los dos brazos para impedir que sus hombres se precipitaran—. ¡Calma, muchachos! Una descarga. ¡Apunten a la izquierda! ¡A los caballos! ¡Fuego!

Los fusileros dispararon contra los jinetes situados a la derecha de la carga francesa. Los caballos cayeron relinchando sobre el barro. Los dragones sacaron las botas de los estribos y rodaron para alejarse de sus monturas moribundas.

—¡Y ahora maten a esos hijos de puta! —Sharpe fue recitando el conjuro a voz en cuello mientras corría—: ¡Mátenlos! ¡Mátenlos!

Una muchedumbre corrió hacia la línea francesa rota. Eran fusileros, cazadores y campesinos que habían abandonado sus hogares para hacer la guerra contra el invasor. Los dragones acometían con sus espadas largas, pero la multitud los rodeó, la emprendió a tajos con los caballos y arrancó a los jinetes de las sillas. Así no combatía un ejército, así luchaban las personas no instruidas aterrorizadas por el enemigo.

El coronel de l'Eclin hizo dar la vuelta a su caballo para mantener a raya a la multitud. Su sable hendió el aire con un silbido y mató a un cazador, entró a fondo para hacer retroceder a un español y descendió para parar la bayoneta de un fusilero. Los dragones se estaban viendo obligados a retroceder hacia el terreno cenagoso en el que los caballos patinaban y resbalaban. Arrancaron a un trompeta de su montura y lo cosieron a cuchilladas salvajemente. Algunos grupos de franceses intentaron abrirse paso a tajos entre la muchedumbre. Sharpe utilizó ambas manos para arremeter contra el cuello de un caballo y luego volvió a alzar la espada para hacer caer al jinete de la silla. Una mujer de la ciudad le cortó el cuello con un cuchillo al francés caído. Los fugitivos regresaban a todo correr de la orilla este del río para unirse a la matanza.

Una trompeta hizo avanzar al tercer escuadrón francés hacia el caos. El campo estaba ensangrentado y el gonfalon blanco seguía ondeando en alto donde Blas Vivar conducía a su élite escarlata como una hoja contra el enemigo. Un sargento español sostenía la gran bandera que había estado colgada de la cruz de un mástil. La agitaba tanto que la seda serpenteaba desafiante en el crepúsculo.

El conde de Mouromorto vio el desafío y lo desdeñó. Aquella bandera representaba todo lo que él odiaba de España; representaba las viejas costumbres, el dominio de la Iglesia sobre las ideas y la tiranía de un Dios que él había rechazado, de modo que el conde espoleó su caballo y lo condujo hacia los hombres que vigilaban el gonfalon.

—¡Es mío! —gritaba Vivar una y otra vez—. ¡Mío! ¡Mío! Las espadas de los dos hermanos se encontraron, rasparon una contra otra, se separaron. El caballo de Vivar se volvió hacia el enemigo como estaba entrenado y Vivar acometió. El conde paró el golpe. Un cazador cabalgó para atacarlo por la espalda pero Vivar le gritó a aquel

hombre que se mantuviera al margen.

—¡Es mío!

El conde propinó dos golpes rápidos y fuertes que hubieran hecho caer de la silla a un hombre más débil. Vivar los paró, lanzó un revés y convirtió la acometida en una estocada que hizo sangrar el muslo de su hermano. La sangre goteó sobre las botas blancas.

El conde tocó su caballo con una espuela; se fue de lado y luego, con otro toque, volvió a avanzar rápidamente. Mouromorto soltó un gruñido, consciente de que aquella batalla estaría ganada cuando su espada larga alcanzara a su hermano.

Pero Vivar se inclinó hacia atrás en la silla de manera que la hoja de su hermano pasó silbando en el aire y no pudo retroceder con suficiente rapidez mientras él se enderezaba y clavaba su propia espada hacia delante. El acero trepidó en el vientre de Mouromorto. Sus miradas se encontraron y Vivar retorció la hoja. Sintió lástima y supo que no podía permitírselo.

—¡Traidor! —Volvió a retorcer la hoja y luego alzó la bota para apartar el caballo de un empujón y liberar así su espada. El acero se desprendió con un estremecimiento y un chorro de sangre cayó sobre el pomo de la silla del conde, cuyo grito de agonía se apagó al desplomarse sobre el barro ensangrentado.

—¡Santiago! —gritó Vivar triunfalmente, y el grito resonó por todo el pequeño valle mientras los cazadores se agrupaban en torno a la bandera del santo muerto y alzaban sus espadas contra el tercer escuadrón francés.

Los fusileros andaban de caza entre los restos de los primeros dos escuadrones. Los dragones hacían dar la vuelta a sus monturas para huir, conscientes de que habían sido vencidos por la ferocidad del ataque. La espada de un cazador le abrió la garganta al portaestandarte francés y el español se hizo con el guión enemigo y lo alzó para celebrar la victoria. El coronel de l'Eclin vio la captura del pequeño estandarte y supo que estaba derrotado; derrotado por el gran gonfalon blanco de Matamoros.

—¡Atrás! —El *chasseur* sabía cuándo la lucha era inútil y sabía cuándo era mejor salvar a un puñado de hombres que pudieran luchar de nuevo.

—¡No! —Sharpe vio que el coronel ordenaba la retirada y corrió hacia el francés—. ¡No! —Todavía le dolía el tobillo por el salto desde la plataforma de la catedral; el dolor lo hizo correr de manera desgarbada y el suelo cenagoso estuvo a punto de hacerle tropezar, pero se obligó a seguir adelante. Dejó atrás a sus fusileros y siguió gritando con ira frustrada—. ¡Tú, hijo de puta! ¡No!

De l'Eclin oyó el insulto. Se dio la vuelta, vio a Sharpe aislado de los hombres de casaca verde y, como haría cualquier oficial de caballería, aceptó el reto. Cabalgó hacia Sharpe recordando que la primera vez que había luchado con el fusilero, éste había utilizado la sencilla treta de pasarse el sable de la mano derecha a la izquierda.

Esta estratagema no podría repetirse puesto que el coronel espolearía su caballo en el último momento para que el negro semental se precipitara a una velocidad asesina que concentraría todo su impulso en el golpe de su espada. Sharpe esperó con la espada preparada para golpear con ella el hocico del caballo. Alguien le gritó que se hiciera a un lado de un salto, pero el fusilero se mantuvo firme mientras el gran caballo negro se aproximaba a él. De l'Eclin sujetaba el sable de manera que la punta penetrara en las costillas de Sharpe, pero en el último segundo, en el preciso instante en el que el caballo espoleado entró a matar, el francés cambió el golpe. Lo propinó con la misma rapidez que el picotazo de una serpiente, alzando y girando la hoja para asestar un tajo en la cabeza descubierta de Sharpe. De l'Eclin soltó un grito de triunfo cuando el sable descendió y el fusilero, cuya espada no había alcanzado al caballo, se encogía por debajo del golpe.

Pero Sharpe no había atacado al caballo del coronel de l'Eclin. Con una rapidez que igualó la del *chasseur*, alzó la fuerte hoja por encima de su cabeza y la sostuvo allí como si fuera una lanza larga para recibir el impacto del sable. El golpe hizo caer a Sharpe casi de rodillas, pero no antes de que su mano derecha soltara la empuñadura y agarrara al *chasseur* de su brazo armado. Con el impulso del sable desviado, la espada de Sharpe golpeó a éste en el hombro, pero sus dedos habían aferrado el fiador del arma del coronel de l'Eclin. Soltó la espada de su mano izquierda y enganchó los dedos en torno a la muñeca del francés.

De l'Eclin tardó un segundo en darse cuenta de lo que había ocurrido. Sharpe se aferraba como un sabueso que hubiera hincado los dientes en el cuello de un jabalí. Lo estaban arrastrando por el suelo embarrado. El caballo se retorció e intentó morder al fusilero. El *chasseur* lo golpeó con la mano libre pero Sharpe siguió aferrado, tiró e intentó afirmar los pies en el cieno. Su pierna derecha desnuda estaba manchada de barro y sangre. El caballo intentó zafarse al tiempo que Sharpe trataba de arrancar al francés de la silla. El fiador del sable le cortaba los dedos como si fuera de alambre.

De l'Eclin intentó desenfundar una pistola con la mano derecha. Harper y un grupo de casacas verdes corrieron a prestar su ayuda.

—¡Déjenlo! ¡No lo toquen! —gritó Sharpe.

—¡Que se joda! —Harper propinó un culatazo de su rifle al caballo en el hocico y la bestia se empinó haciendo que de l'Eclin perdiera el equilibrio y, con el peso de Sharpe tirando de él hacia atrás, cayó de la silla.

Las bayonetas se alzaron para acuchillar al francés.

—¡No! —gritó Sharpe con desesperación—. ¡No! ¡No! —Había caído con de l'Eclin y, al golpear contra el suelo le había soltado la muñeca. El francés se alejó de Sharpe, se puso de pie como pudo y arremetió con el sable contra los fusileros que lo rodeaban. Sharpe había perdido la espada. De l'Eclin buscó a su caballo con la mirada y luego entró a fondo para matar a Sharpe.

Harper disparó su rifle.

—¡No! —La protesta de Sharpe quedó ahogada por el estruendo de la detonación del arma.

La bala alcanzó a de l'Eclin justo en la boca. La cabeza se le fue hacia atrás como si una cuerda invisible tirara de ella. El francés cayó, la sangre brotaba como una fuente hacia el cielo que se oscurecía y luego su cuerpo cayó en el barro, se sacudió una vez más como un pez sacado del agua y se quedó inmóvil.

—¿No? —dijo Harper, indignado—. ¡Ese cabrón iba a cortarlo en filetes!

—Está bien. —Sharpe flexionaba los dedos de su mano derecha—. Está bien. Es que no quería que le agujereara los pantalones. —Miró los pantalones de peto reforzados de cuero que llevaba el muerto y las botas altas, de hermosa factura. Eran unos artículos muy valiosos y ahora le pertenecían a Sharpe—. Muy bien, muchachos. Quítenle los malditos pantalones y las botas. —Los fusileros se quedaron mirando a Sharpe como si estuviera loco—. ¡Quítenle los malditos pantalones! Los quiero. ¡Y las botas! ¿Por qué creen que vinimos aquí si no? ¡Deprisa!

Sharpe, aunque Louisa y una docena más de mujeres estaban delante, se quitó las botas y los pantalones viejos allí mismo. Los últimos rayos de sol se apagaban en el cielo. El resto de los dragones había huido. Los heridos gemían y arañaban la hierba húmeda y los vencedores se movían entre los muertos en busca del botín. Uno de los fusileros le ofreció la magnífica pelliza a Sharpe, pero él la rechazó. No necesitaba una fruslería semejante, pero sí había deseado desesperadamente tener los pantalones con galón rojo que le sentaban como si se los hubieran confeccionado a medida. Y con el pantalón venía lo más valioso para cualquier soldado de infantería: unas buenas botas. Unas botas altas de buen cuero que podían marchar por la tierra, para resistir la lluvia, la nieve y los ríos embrujados por los espíritus, unas buenas botas que se ajustaban a sus pies como si el zapatero hubiera sabido que algún día este fusilero necesitaría ese lujo. Sharpe arrancó las espuelas afiladas, tiró de las botas por encima de las pantorrillas y golpeó el suelo con los tacones, satisfecho. Se abrochó la casaca verde y volvió a colgarse la espada. Sonrió. Una bandera vieja, renovada, hacía alarde del milagro de una victoria, había una pelliza roja tirada en el barro y Sharpe había encontrado unas botas y unos pantalones.

Louisa le dijo a Sharpe que el viejo gonfalon se había cosido sobre el nuevo. Fue ella quien había hecho el trabajo en secreto, en la fortaleza de las montañas, antes de dirigirse a Santiago de Compostela. Había sido idea del comandante Vivar y la tarea había propiciado que el español intimara con la joven inglesa.

—Los galones del sargento —dijo— están hechos de la misma seda.

Sharpe miró a Harper que caminaba delante de los fusileros.

—No se lo diga, por el amor de Dios, o creerá que ha hecho un milagro.

—Todos ustedes han hecho un milagro —repuso Louisa con afecto.

—Sólo somos fusileros.

Louisa se rió ante la modestia que delataba un orgullo monstruoso.

—Pero el gonfalon sí que obró un milagro —afirmó la joven en tono de censura—. No era una tontería tan grande, ¿verdad?

—No era una tontería —confesó Sharpe. Caminaba junto al caballo de la muchacha, por delante del comandante Vivar y sus españoles—. ¿Y ahora qué pasa con el gonfalon?

—Se va a Sevilla o a Cádiz; donde sea más seguro. Y un día será devuelto a un rey español en Madrid. —La historia del gonfalon ya iba de boca en boca en los pequeños pueblos y ciudades por los que marcharon los fusileros. La noticia se propagó con la misma rapidez que el fuego por la hierba reseca, narrando una derrota francesa y una victoria española, hablando de un santo que mantuvo una antigua promesa para defender a su pueblo.

—¿Y usted adónde irá ahora? —preguntó Sharpe a Louisa.

—Iré adonde vaya don Blas, a cualquier lugar donde haya franceses que matar.

—No a Godalming, ¿eh?

Ella se echó a reír.

—Espero que no.

—Y será condesa —comentó Sharpe maravillado.

—Creo que es mejor que ser la señora Bufford, aunque sea desagradable por mi parte decirlo. Y mi tía nunca me perdonará por convertirme al catolicismo por lo que, como verá, algo bueno ha resultado de todo esto.

Sharpe sonrió. Se habían dirigido al sur y ahora debían separarse. Los franceses habían quedado atrás, la nieve se había derretido y habían llegado a un valle poco profundo por encima del cual soplaba el frío viento del mes de febrero. Se detuvieron al borde del valle. La cima del otro lado estaba en Portugal y en aquel horizonte extranjero Sharpe distinguió a un grupo de hombres con uniforme azul. Los hombres observaban a los forasteros que venían de las montañas españolas.

Blas Vivar, conde de Mouromorto, desmontó. Dio las gracias a los fusileros, uno a uno, y terminó abrazando a Sharpe, cosa que incomodó mucho al teniente.

—¿Está seguro de que no quiere quedarse, teniente?

—Estoy tentado de hacerlo, señor, pero... —Sharpe se encogió de hombros.

—Quiere presumir de sus pantalones y botas nuevos ante el ejército británico. Espero que le dejen quedarse con ellos.

—Si me mandan de nuevo a Gran Bretaña no me dejarán.

—Pues me temo que será lo que van a hacer —dijo Vivar—. Mientras a nosotros

nos dejan luchando contra los franceses. Pero algún día, teniente, cuando haya muerto el último francés, usted regresará a España a celebrarlo con el conde y la condesa de Mouromorto.

—Lo haré, señor.

—Y dudo que siga siendo teniente.

—Supongo que lo seguiré siendo, señor. —Sharpe miró a Louisa y vio en ella una felicidad que deseaba que no desapareciera. Sonrió y se llevó la mano a la bolsa—. Tengo su carta. —La joven había escrito a sus tíos para contarles que la habían perdido por la Iglesia de Roma y por un soldado español. Sharpe volvió a mirar a Vivar—. Gracias, señor.

Vivar sonrió.

—Es usted un cabrón insubordinado, un pagano y un inglés. Pero también es mi amigo. Recuérdelo.

—Sí, señor.

Ya no quedó nada más por decir y los fusileros descendieron en fila por la ladera hacia el río que constituía la frontera con Portugal. Blas Vivar se quedó mirando a los casacas verdes que cruzaron la corriente con un chapoteo y empezaron a subir por la pendiente del otro lado.

Uno de los hombres que esperaba en la cima portuguesa estaba impaciente por descubrir quiénes eran los extranjeros. Bajó apresuradamente hacia los fusileros y Sharpe vio que era un oficial británico; un capitán de mediana edad que vestía la casaca azul de los Ingenieros Reales, A Sharpe se le cayó el alma a los pies. Regresaba a la estricta jerarquía de un ejército que no creía que los ex sargentos convertidos en oficiales debían comandar tropas en combate. Se sintió tentado de darse la vuelta, de escapar y volver al otro lado del río y lograr su libertad con Blas Vivar, pero el capitán británico les dirigió una pregunta desde lo alto de la ladera y las viejas coacciones de la disciplina hicieron que Sharpe contestara:

—Sharpe, señor. Rifles.

—Hogan. Ingenieros. De la guarnición de Lisboa. —Hogan dio unos cuantos pasos más cuesta abajo—. ¿De dónde vienen?

—Nos separamos del ejército de Moore, señor.

—¡Hicieron muy bien al escapar! —La admiración de Hogan parecía genuina y fue expresada con acento irlandés—. ¿Algún francés detrás de ustedes?

—Hace una semana que no hemos visto ninguno, señor. Los españoles se las están haciendo pasar canutas.

—¡Bien! ¡Espléndido! ¡Bueno, venga, hombre! ¡Tenemos una guerra que ganar! Sharpe no se movió.

—¿Quiere decir que no vamos a huir, señor?

—¿Huir? —Hogan parecía horrorizado por la pregunta—. Pues claro que no

vamos a huir. La idea es hacer que huyan los franceses. Van a enviar a Wellesley de vuelta. Es un cabrón pedante pero sabe combatir. ¡Pues claro que no vamos a huir!

—¿Nos vamos a quedar aquí?

—¡Por supuesto que nos vamos a quedar! ¿Qué cree que estoy haciendo? ¿Trazar el mapa de un territorio que tenemos intención de abandonar? ¡Por Dios, hombre, vamos a quedarnos y luchar! —Hogan poseía una energía vivaz que a Sharpe le recordó a Blas Vivar—. Si los políticos cabrones de Londres no pierden los nervios, ¡mandaremos a los malditos franceses a París!

Sharpe se dio la vuelta para mirar a Louisa. Por un momento estuvo tentado de gritarle la buena noticia, pero lo descartó y se encogió de hombros. No tardaría en enterarse y eso no podía cambiar nada. Se rió.

Hogan condujo a los fusileros a lo alto de la montaña.

—Supongo que su batallón regresó a Inglaterra, ¿no?

—No lo sé, señor.

—Si se dirigió a La Coruña o a Vigo, seguro que sí. Pero me figuro que no se reunirá usted con ellos.

—¿No, señor?

—Necesitamos a todos los fusileros. Conociendo a Wellesley, querrá que se queden aquí. No será oficial, por supuesto, pero ya encontraremos algún rincón donde esconderlos. ¿Eso le preocupa?

—No, señor. —Sharpe sintió un arrebato de esperanza de que tal vez no estuviera condenado a retomar la monotonía de un intendente, sino que podría quedarse y luchar—. Quiero quedarme, señor.

—¡Así me gusta! —Hogan se detuvo en la cima y observó a los españoles que se alejaban a caballo—. Le ayudaron a escapar, ¿verdad?

—Sí, señor. Y tomaron una ciudad a los franceses, no por mucho tiempo, pero sí el suficiente.

Hogan miró al fusilero con severidad.

—¿Santiago?

—Sí, señor —repuso Sharpe a la defensiva—. No estaba seguro de tener que ayudarles, señor, pero, bueno... —Se encogió de hombros, demasiado cansado para explicarlo todo.

—¡Dios santo, hombre! ¡Ya nos enteramos! ¿Ése fue usted? —Estaba claro que aquel capitán de Ingenieros no pondría ninguna objeción a la aventura de Sharpe. Al contrario, Hogan estaba claramente encantado—. Tiene que contarme esa historia. Me gustan las buenas historias. ¡Bueno! Supongo que a sus muchachos les apetecerá comer algo, ¿no?

—Preferirían un poco de ron, señor.

Hogan se echó a reír.

—Eso también. —Se quedó mirando a los fusileros mientras pasaban junto a él. Los casacas verdes iban sucios y harapientos, pero sonrieron a los dos oficiales al pasar, y Hogan se dio cuenta de que, aunque aquellos soldados no tuvieran los zapatos reglamentarios, y aunque algunos llevaran capotes franceses enrollados en mochilas francesas, y aunque fueran sin afeitar, sin lavar y sin peinar, todos tenían sus armas, y las armas se encontraban en perfecto estado—. No escaparon muchos —dijo Hogan.

—¿Señor?

—De los soldados que quedaron aislados de la retirada de Moore —explicó Hogan—. La mayoría sencillamente se rindieron, ¿sabe?

—Hacía frío —dijo Sharpe—, mucho frío. Pero yo tuve suerte con mi sargento. Ese tipo grandote de ahí. Es irlandés.

—Los mejores lo son —afirmó Hogan alegremente—. Y tienen aspecto de ser buenos chicos.

—Y lo son, señor. —Sharpe alzó la voz para que todos y cada uno de los soldados cansados pudiera oír el insólito halago—. Son unos malditos borrachos, señor, pero los mejores soldados del mundo. —Y lo decía en serio. Eran la élite, los condenados, los Rifles. Eran los soldados de verde.

Eran los Rifles de Sharpe.

NOTA HISTÓRICA

La retirada a La Coruña fue una de las hazañas más duras jamás impuestas al ejército británico. El milagro de la retirada fue que sobrevivieron tantos soldados que se dieron la vuelta y rechazaron un ataque francés fuera del puerto. Sir John Moore murió en la batalla, pero con su victoria se ganó tiempo suficiente para que las tropas supervivientes embarcaran en las naves que habían enviado para salvarlos.

Los franceses habían conseguido expulsar a todo el ejército británico de la Península excepto a la pequeña guarnición de Lisboa. En París se anunció como una victoria, que lo era, aunque al parecer nadie se percató de que la campaña había alejado a las tropas francesas de su tarea principal, que consistía en completar la invasión de España y Portugal. Dicha invasión no llegó a completarse nunca. No obstante, en el mes de febrero de 1809, pocos podían haber previsto dicho fracaso, y sólo unos pocos creían que Gran Bretaña, tras la derrota en la campaña de Moore, debía mantener presencia militar en la Península.

Sin embargo, en la primavera de 1809, sir Arthur Wellesley, quien sería conocido como el duque de Wellington, asumió el mando de la guarnición de Lisboa que, lentamente, con renuencia incluso, se expandió para formar el ejército que pondría fin a la invasión francesa propiamente dicha. Estas victorias conforman el marco de los libros de Richard Sharpe que ya han llevado a Sharpe y a Harper al sur de Francia.

Ésta, por tanto, es una historia temprana, narrada sobre el fondo de la brutal ocupación francesa de Galicia. Hasta ahí el libro es fiel. Los franceses capturaron Santiago de Compostela, saquearon su catedral y se enfrentaron en feroces batallas a la creciente resistencia en las montañas gallegas. El resto, ¡ay!, es ficción. Actualmente los estudiosos consideran que la derivación romántica de Compostela del latín *campus stellae*, «campo de estrellas», también es ficticia. Dicen que en realidad el nombre deriva de la palabra latina para designar un cementerio. A menudo es prudente no hacer caso de los estudiosos.

Se suponía que el mariscal Soult tenía que conquistar Portugal antes de finales de febrero de 1809. Atormentado por los problemas de avituallamiento y martirizado por los partisanos, sólo pudo llegar a Oporto por la orilla del río Duero, al norte de Portugal, desde cuya línea de defensa fue repelido por sir Arthur Wellesley en mayo. Tras haber expulsado a los franceses de Portugal, Wellesley se volvió hacia el este y se adentró en España para obtener la primera de sus victorias en este país, Talavera. A continuación tendrían lugar otras victorias británicas, algunas de una brillantez asombrosa, pero dichas victorias minimizaron el hecho (al menos para los británicos) de que murieron muchos más franceses a manos del pueblo español que en batalla contra los británicos. Los españoles eran unos partisanos incontenibles que hacían la *guerrilla*, la «guerra pequeña». Dichos *guerrilleros* combatieron en la guerra de la

Independencia, que es como los españoles denominan a lo que conocemos los británicos como guerra de la Península, y algunos de sus enemigos eran, en efecto, *afrancesados*.

Sharpe y Harper, sin embargo, iban ya camino de Talavera. Desde Talavera a Francia hay un largo trecho, pero esa élite del ejército británico, con el fusilero de casaca verde, marchó cada paso del trayecto, y, cuando fue necesario, fue a marchas forzadas desde Waterloo al mismísimo París. Sharpe y Harper todavía tienen que completar los dos viajes; así pues, marcharán de nuevo.